



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

## Universidad de Guadalajara

**Karla Alejandrina Planter Pérez**  
Rectora General

**Héctor Raúl Solís Gadea**  
Vicerrector Ejecutivo

**Jaime Federico Andrade Villanueva**  
Vicerrector Adjunto Académico y de Investigación

**César Antonio Barba Delgadillo**  
Secretario General

**Daniela Yoffe Zonana**  
Coordinadora General de Extensión y Difusión Cultural

**Virginia Guardado Valdez**  
Coordinadora de Artes Escénicas y Literatura

## Luvina

**Silvia Eugenia Castillero**  
scastillero@luvina.com.mx  
Directora

**Víctor Ortiz Partida**  
vortiz@luvina.com.mx  
Editor

**Iván Soto Camba**  
isoto@luvina.com.mx  
Editor

**Xitlalitl Rodríguez Mendoza**  
xrodriguez@luvina.com.mx  
Corrección

**Andrés Gómez Servín**  
Diseño

**Paola Llamas Dinero**  
Edición del sitio web

**Griselda Olmedo Torres**  
golmedo@luvina.com.mx  
Administración

**Luis Armenta Malpica | Jorge Esquinca | Verónica Grossi  
Josu Landa | Baudelio Lara | Ernesto Lumbreras  
Antonio Ortuño | León Plascencia Ñol | Laura Solórzano  
Sergio Téllez-Pon**  
Consejo editorial

**José Balza | Adolfo Castañón | François-Michel Durazzo  
José María Espinasa | José Homero | Christina Lembrecht  
Jaime Moreno Villarreal | Luis Panini | Francisco Payó González  
Vicente Quirarte | Patricia Torres San Martín  
Carmen Villoro**  
Consejo consultivo

## Programa Luvina Joven

Talleres de lectura y creación literaria  
en el nivel de educación media superior

**Paola Llamas Dinero**  
luvinajoven@luvina.com.mx

**Luvina**, año 29, núm. 119, verano de 2025 es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara a través de la Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural, Biblioteca Pública del Estado de Jalisco Juan José Arreola.

Periférico Norte Manuel Gómez Morín 1695, piso 6,  
colonia Belenes, 45100, Zapopan, Jalisco, México.  
Teléfono 33 3044-4050

www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx

Editor responsable: **Silvia Eugenia Castillero**

Reserva de Derechos al Uso Exclusivo:  
04-2006-112713455400-102 e ISSN 1665-1340,  
proporcionados por el Instituto Nacional del Derecho de  
Autor. Licitud de título 10984 y Licitud de contenido 7630,  
ambos otorgados por la Comisión Calificadora de  
Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría  
de Gobernación.

Impreso en los talleres de Libros en Demanda, Periférico  
Norte 940, colonia Lomas de Zapopan, 45130, Zapopan,  
Jalisco, México.

Este número se terminó de imprimir el 30 de junio  
de 2025 con un tiraje de 800 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no  
necesariamente reflejan la postura del editor de  
la publicación. Queda estrictamente prohibida la  
reproducción total o parcial de los contenidos  
e imágenes de la publicación sin previa autorización  
de la Universidad de Guadalajara.

**Citlalli Ixchel Sandoval**

**Ana Vera Orozco**  
Comunicación digital

**Comercializadora GBN**

Distribución  
Teléfono 55 5618-8551  
comercializadoragbn@yahoo.com.mx  
comercializadoragbn@gmail.com

**Estrella Carmona Ronzón**

Imagen de portada

**Christian Castañeda**

@xianofthedeath  
Ilustraciones

www.luvina.com.mx

fb: /RevistaLuvina

ig: @luvinaudg

**Nos preguntamos incansablemente** por qué las sociedades toman decisiones que llevan a su destrucción y por qué la guerra es siempre la coronación que acomete a los pueblos. La guerra, «esa bestia insaciable» como la define Apollinaire, ha sido protagonista de las políticas mundiales. Las culturas humanas han estado regidas por una inteligencia social que encumbra los valores de autonomía, libertad e individualismo. Y pareciera que las inteligencias individuales no producen necesariamente una inteligencia social. La ambición, el poder, la sed de conquista, han dominado sobre el planeta. Y sobre todo ha dominado la irracionalidad.

Del germánico *werra*—pelea, discordia, desorden, su motor es la violencia: la violencia directa opera como insignia del poder. En la Antigüedad, las masacres eran públicas, se realizaban frente a los ciudadanos como una parte de la comunicación política y social. Ahora, la violencia se ha retirado a espacios mentales íntimos. El combate se libra dentro del yo. Existe, por lo tanto, una inclinación agresiva del individuo, que va desde la guerra contra sí mismo hasta la violencia sobre los seres queridos y escala a la violencia masiva.

A pesar del fracaso de nuestras sociedades, la literatura constituye un refugio, una trinchera de resistencia, como la *Ilíada* canta la ira de Aquiles, Tolstói narra la invasión napoleónica a Rusia en *Guerra y paz*, Virginia Woolf en *La señora Dalloway* refleja los traumas postbélicos de la Primera Guerra Mundial o, en *Los de abajo*, Mariano Azuela crea imágenes indelebles de la Revolución Mexicana.

En *Batallas*, **Luvina** publica textos literarios donde se abordan y se plasman las secuelas íntimas, las atrocidades, las dimensiones sociales e individuales de las guerras pasadas y actuales. Textos que exploran y retratan las experiencias humanas, los temores, las pérdidas, los cuerpos y espíritus mutilados. La fragilidad de la existencia frente a la violencia y el futuro de lo humano.

«¿Quiénes seremos? ¿Qué clase de personas seremos tras estos días, después de haber visto lo que hemos visto? ¿Desde qué punto se podrá empezar de nuevo tras la destrucción y la aniquilación de tantas y tantas cosas en las que creíamos y de las que estábamos seguros?» (David Grossman). ✖



# Luvina 119

<b>Un sol caído avanza [Selección]</b>	<b>8</b>	<b>El silencio de Rebeca</b>	<b>107</b>
María Auxiliadora Álvarez		Gabriela Selser	
<b>Potro de rabia y miel</b>	<b>11</b>	<b>Poemas de guerra</b>	<b>113</b>
Jimena German		José Ángel Leyva	
<b>Masacre</b>	<b>21</b>	<b>De la guerra sin fin al genocidio</b>	<b>115</b>
Ghayath Almadhoun		Naief Yehya	
<b>Te envió tres postales de Gaza</b>	<b>25</b>	<b>Vida y muerte de un jardín de papel [Fragmentos]</b>	<b>123</b>
Julio César Toledo		Menchu Gutiérrez	
<b>Poema</b>	<b>30</b>	<b>Diplomacia postruptura y conflictos territoriales sobre bares</b>	<b>127</b>
Luis Eduardo García		Juan Carlos Monst	
<b>Un mismo libro ucranio-chihuahuense</b>	<b>32</b>	<b>Apocatástasis</b>	<b>133</b>
Gabriel Wolfson		Dafne Martínez	
<b>Arre Batinga</b>	<b>37</b>	<b>Kéfir</b>	<b>136</b>
JIS		Edna Montes	
<b>Tres crónicas sin guerra</b>	<b>38</b>	<b>Misa sin vino</b>	<b>138</b>
Alberto Spiller		Roberto Ramírez Flores	
<b>Poemas</b>	<b>46</b>	<b>Dientes</b>	<b>144</b>
Margarita León		Melinna Guerrero	
<b>Los territorios por poseer</b>	<b>49</b>	<b>In memoriam</b>	<b>146</b>
Vanesa Robles		Isa Arias	
<b>War Never Changes</b>	<b>56</b>	<b>¿Se pueden comer los enlatados vencidos?</b>	<b>153</b>
Ánuar Zúñiga Naime		Xel-Ha López Méndez	
<b>Fatherland Front</b>	<b>59</b>	<b>Lewis</b>	<b>154</b>
Myriam Moscona		Verónica Grossi	
<b>Nuestra película de las vacaciones</b>	<b>64</b>	<b>Telémaco</b>	<b>156</b>
Jeymer Gamboa		J. R. Espinosa	
<b>Morenga [Fragmento]</b>	<b>65</b>	<b>Poema</b>	<b>157</b>
Uwe Timm		Marlena Braester	
<b>Auf Deutsch</b>	<b>73</b>	<b>Poemas</b>	<b>159</b>
José Javier Villarreal		María Salgado	
<b>Ora pro eo</b>	<b>76</b>	<b>Por su culpa</b>	<b>162</b>
Ana Fuente		Talia S. Padilla	
<b>Sombría constelación</b>	<b>83</b>	<b>Un cometa llamado Shoemaker-Levy 9</b>	<b>166</b>
Denise Desautels		Nadia López García	
<b>Feliz cumpleaños</b>	<b>85</b>	<b>En el espesor de la carne [Fragmento]</b>	<b>169</b>
Cecilia Magaña		Jean-Marie Blas de Roblès	
<b>Vestigio Jazmín</b>	<b>93</b>	<b>Tetis [Fragmento]</b>	<b>172</b>
Mónica Hernández Mendoza		Isaura Leonardo Salazar	
<b>Dejando Guatemala por AmERiCa</b>	<b>95</b>	<b>Palabras para Gaza</b>	<b>175</b>
David Unger		Irene Selser	
<b>Tu corazón es un bombo [Selección]</b>	<b>104</b>	<b>Terror sin nombre</b>	<b>178</b>
Alessio Brandolini		Ingrid Solana	
		<b>Urpayhuachac y Penélope</b>	<b>184</b>
		Carolina O. Fernández	
		<b>Como si fuera el fin del mundo</b>	<b>186</b>
		Silvia Eugenia Castillero	

IN MEMORIAM SELVA CASAL (1927-2020)

Porque tristes y pequeñas son las cosas [Selección] 189  
Selva Casal

LUVINA JOVEN

páramo 192  
Ernesto Gabriel González

ARTE

Demián Flores XIII  
América grabada en el presente

PÁRAMO

Erik Satie: naturaleza muerta con partitura 194  
María Negroni

Adrift's Book (Índigo): la investigación del cuerpo 194  
Christian Mendoza

Poesía y política 196  
Indran Amirthanayagam

Voces del Norte. Una celebración de la UANL 199  
por los 200 años del estado de Nuevo León  
Carlos Lejaim Gómez

Quise 202

Víctor Cabrera

Poeta en Roma de Jorge Eduardo Eielson 203  
Ricardo Pohlenz

El oficio de resistir 206  
Luis Vicente de Aguinaga

Ópera mexican style o poetizar lo nuestro 208  
Ana Claudia Zamudio Aguiar

Mesa de novedades 211

Guerra y familia 213  
Alfredo Sánchez Gutiérrez

La guerra: entre la historia y el estilo 216  
Hugo Hernández Valdívila

Estrella Carmona Ronzón: la guerra en movimiento 219



# María Auxiliadora Álvarez

Caracas, Venezuela, 1956. Estos poemas pertenecen al libro *A Sun Behind Us / Un sol caído avanza* (Akashic Books, 2025).

## UN SOL CAÍDO AVANZA

[Selección]

5

*(Llevo conmigo la sangre del ojo herido)*

*llevo conmigo la sangre del ojo herido.* Llevo su sangre en la mano, seca y viva. Soy el lazarillo de una pupila incompetente: ora subyugada (seca), ora subyugante (viva)

14

*(hablabas sin compasión)*

*hablabas sin compasión de otras agonías,* hasta que el sonido de tu propio estertor tomó posesión de tu voz

16

*(las sombras de las heridas)*

*las sombras de las heridas:* ¿son heridas? ¿o son sombras? ¿o son rojas solas? ¿o son? ¿o son?

22

*(cuando yo miraba de frente)*

*cuando yo miraba de frente,* perturbaba a las personas: tus ojos —decían— tus ojos. Alguien incluso comparó mi mirada con la de una oveja ((degollada)).

Pero lo que en verdad era irresistible, era lo que mis ojos reflejaban, ni yo misma lo podía sobrellevar: aquellos lagos nocturnos registraban, en detalle, el mundo (de)enfrente: las pérdidas, el miedo, y el vencimiento

23

*(escribo para los muertos)*

*escribo para los muertos* desde un barco varado en el desierto (no pronunciaré estas palabras. ni las guardaré por escrito). Es de noche. Y la arena fría rodea la quilla encallada. Yo escribo para este, y otros mausoleos, porque lo que está detenido ya ha alcanzado su destino

33

*(avanzábamos sin aliento)*

*avanzábamos sin aliento,* esperando que la estrella bajara la mirada, y de UN SOLO FULGOR midiera todo nuestro esfuerzo, pero su pupila sin párpado, permanecía horizontal y sin apremios. Avanzábamos sin resguardo (el sol hiriéndonos en los ojos) y en un recodo del camino, EL GUÍA intentó quitarse la vida: alcanzándolo —a medias— perdió los ojos & los pies y se acogió a otra noche quieta y permanente. Avanzábamos vencidos, desde la tumba —a medias— del sentido, el sol hiriéndonos en los (inútiles) ojos & la noche esperándonos en los (inmóviles) pies

34

*(y ese árbol que parecía un hermano)*

*y ese árbol que parecía un hermano,* que proyectaba su sombra sobre ti, ya no te cubre, su imagen se aleja. El sol está solo ahora: MANDANDO. La sombra inicia el bosquejo del fraccionamiento (...), y sobreviene el vaivén de la desaparición. Aunque estés, no te veo. Aunque no estés, te veo ■



# Potro de rabia y miel

Jimena German

.....  
Tlaxcala, 1994. Doctoranda en el Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada. Escribe una tesis doctoral sobre los aportes del mundo árabe clásico a la historia de la salud mental.

**Hace meses que recorro en mi agenda lo mismo.** Procrastino con el más simple de todos mis pendientes, y me he preguntado muchas tardes en las que me repito *esta noche lo hago* por qué no lo he hecho. Me di cuenta de que en el fondo es, de todo lo que fácilmente se acumula en más de una bandeja o más de una lista, lo menos simple, porque cada vez que vuelvo a ello me hundo tranquilita de una forma muy extraña, distinta. Supongo que es el ejercicio que me autoimpongo, el detenerme a observar de verdad antes de escribirte cualquier cosa; de decidir con plena consciencia qué compartir, especialmente después de nuestro último reencuentro, hace más de un año. En esas semanas, Gabriel, pocas conversaciones me hacían sentido, y la nuestra no sólo estaba pendiente para continuarla sin distancia, sino que me habría encantado extenderla ahí mismo. He querido escribir sobre la guerra sin aludir predeciblemente al tópico. Le di vueltas a ideas y metáforas buscando posibilidades desde las que partir, pero después de varios intentos fallidos vi que no tenía sentido, que estaba dando tumbos en vano y que, como dices, «tampoco es relevante entregar

unas paginitas extra al mundo, como si al mundo le concerniera...». Pero resonó en mi cabeza un texto-carta de Gabriela Wiener que leí hace años, en el que le contaba a su madre que iba a tener un hijo con su marido y su mujer, que iban a parir y criar a alguien bajo dinámicas de poliamor, algo que me sigue pareciendo tan marciano pese a las inquietudes de mi generación. Con esa carta que me vino a la mente un poco de la nada, con un misterio coincidente que me hace creer en cosas que en otro momento he criticado a rajatabla, el único ejercicio de escritura que me pareció suficientemente honesto tras estos meses fue este: responderte.

A veces las cosas llegan en momentos muy raros. Cuando recibí tu correo estaba aquí Marina de visita. Me habías respondido cosas sobre comida, pastelerías y restaurantes en Beirut, y casi al final mencionabas el *knefeh*: «esa cosa preciosa según la describes», pusiste. Lo raro es que recibí el mensaje precisamente el día en que llevé a Marina a que probara ese postre maravilloso del que hablo tanto a todo el mundo porque me parece, de verdad, que no existe nada igual en el planeta. No fue su favorito, pero lloró probando otros ahí mismo. Digo *lloró* porque lo hizo, literalmente. Quisiera, sí, volver a la idea de buscar trazos de la comida libanesa en Puebla, o más bien de la comunidad libanesa con negocios e historias de comida en Puebla, empezando por los tacos árabes, por supuesto. Me hablaste precisamente del Beirut, y sí, cómo de que no, conozco esa taquería mítica. El Centro nunca fue mi rumbo, pero recuerdo perfectamente que la última vez que cené ahí le acababan de quitar la vesícula a mi hermana en el hospital UPAEP. Fíjate, ella sin vesícula y yo tragando tacos con jocoque del otro lado de la calle. No sabía que el dueño murió (no me sorprende, también te digo) hasta que te leí. Eso sí que merecería una placa conmemorativa en la que seguramente ningún turista repararía.

Yo también he perdido las ganas de viajar, Gabriel. Ya no me lo planteo si no es para visitar a gente que quiero, y hecho eso intento, antes que cualquier otro plan, dedicar la visita a comer y beber allí donde esa persona lo hace normalmente. Por eso a veces fantaseo con volver a coincidir contigo fuera de Cholula, muy fuera, lejos, y ver otras réplicas de ese tú chupándose los dedos como lo hiciste en la calle Sierpes con no sé qué cosa de almendras que te zampaste caminando. Fantaseo con compartir esas cosas en Beirut porque mi vida aquí, fuera del trabajo, ha sido eso como en ninguna otra parte. Caminar, observar y comer. Muchas veces caminar con el específico objetivo de llegar a tal pastelería o restaurante que ya me conozco bien y en donde sé perfectamente lo que voy a pedir

porque soy como una vieja rutinaria que, al menos en esos lugares, ya no quiere aventurarse. Tú serías aquí un señor típico de postal en Achrafieh: fumadera imparable con café bien cargado en mano, leyendo en alguna terraza o posiblemente jugando *tawle* con otros fumadores. Y, no creas, también hay demasiados días en que fantaseo con una orden de volcane al pastor y un Boing de mango o guayaba.

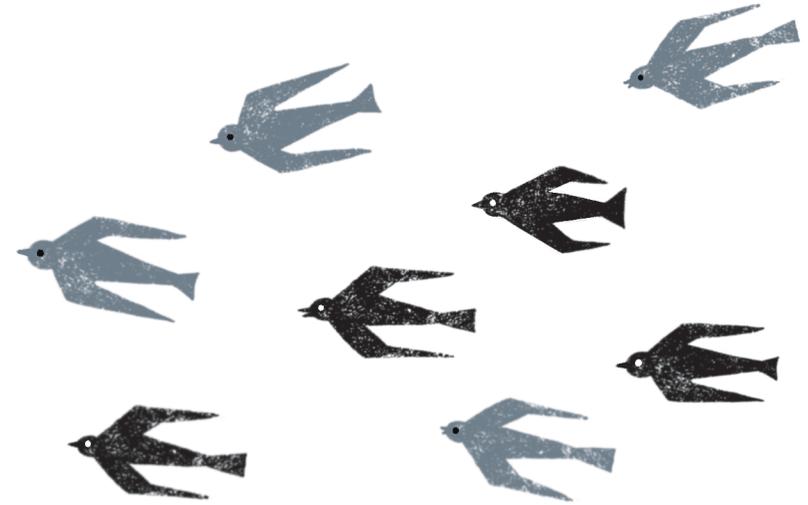
Se suma aquí un evidente filtro: el de hacer esta respuesta visible a otras personas. Consciente y temerosa de eso, suelto mi hipótesis no solicitada, tal vez absurda, y es que existe un punto común en nosotras que una lectura simplista en la que yo misma he llegado a caer podría calificar más bien como antagónico. Me refiero a que hay identidades basadas en la memoria, y parte de la mía, *la nuestra*, parte de la ausencia de, parte de huecos y preguntas a partir de información demasiado escueta. Y ahí estamos: tú comprando galletitas kosher, yendo a Lituania o Letonia, ya ni sé, intentando completar el árbol genealógico, y yo aquí, creo que con bastantes menos pistas, sabiendo que si hubiera menos riesgos estaría más bien en Jericó. Somos un eslabón más en dos cadenas diasporales esparcidas que hoy muchos presentan erróneamente incompatibles, y no sé en qué medida eras consciente de lo escalofriantemente inculcado y a inculcar desde bien pequeñitos en tantos otros eslabones a partir de ese falso antagonismo.

Me respondiste, Marina probó el mentado *knefeh*, cinco días después nos despedimos en el aeropuerto, y al poco rato se parió aquí un nuevo trauma. Marina se fue y explotaron cientos de *papers* en todo el país. No pararon de sonar ambulancias en toda la semana, se necesitaban todos los tipos de sangre en todos los hospitales y no había suficiente personal para atender esas heridas. Un médico que había estado meses antes en Gaza dijo que nunca había extirpado tantos ojos en tan pocas horas. La de los *papers* se trató de una «operación» —qué horripilante y frígido es el lenguaje de la guerra, del «periodismo» actual en general— histórica, de una estrategia histórica con cifras históricas. Teníamos miedo de tomar cualquier transporte público o ir a las tiendas de siempre porque nadie entendía dónde, cuándo y sobre quién podía explotar otro dispositivo. A partir de eso todo escaló y a mí volvió el miedo terrible a que me ardieran manos y pies, a querer de nuevo arrancarme todo y verme en un hospital ahora colapsado por ataques de los que perdimos muy pronto la cuenta.

El día que me evacuaron el taxista tomó muy en silencio una ruta alterna, mucho más larga pero mucho más segura, y en ese trayecto vi por



primera vez el malecón hecho un arrecife de despojo. Se me hizo el corazón como semillita de amapola. Decenas de familias acampando y era yo un esqueje ya pachucho al que había sí o sí que poner en agua al llegar, porque sería posible. Pensé en mi gardenia, a la que tanto le costó volver a echar hojas cuando nos mudamos y que dejé junto con tanto más. Elegí como refugio a Soledad y la casa que fue también de Damián, quien, por cierto, vivía obsesionado con guisar con curry. En su cocina-comedor siguen sucediendo demasiadas cosas y a eso se sumaron mis intentos por trabajar a diario sentada frente al ventanal largo que divide la cocina del jardín. Veía jilgueros y gorriones, carboneros, currucas, picogordos y herretillos atiborrándose de granos que pone Soledad y que solía poner Damián en distintos comederos pensados según la anatomía y dieta de especies endémicas que sigo sin saber identificar. Para observarlas desde fuera hay que sentarse en silencio un rato porque apenas una abre la puerta, vuelan; y tardan en volver junto con el silencio ausente que las hace sentirse seguras, ruidos nada más que del viento y las ramas o insectos que no percibimos. Es un no-silenció específico que me recuerda a Damián callándonos para dejar que las grullas aterricen y se acomoden escandalosas rodeando



el embalse; son aves que cada año llegan a la zona exhaustas desde Noruega o Finlandia y a ellas hay que ceder licencia de ruido. Son esos momentos los asquerosamente trillados para traer a colación la gratitud por poder ejercer nuestro derecho a tomar distancia. Hay cuatro versos bellísimos de Marwan Majoul que últimamente han rescatado y reproducido por todo el mundo sobre pancartas y stickers y pósters y paredes:

لكي أكتب شعرًا ليس سياسيًا يجب  
أن أصغي إلى العصافير،  
ولكي أسمع العصافير يجب  
أن تخرس الطائرة.

El texto en español pierde muchísimo, pero podría traducirse así: «Para escribir poesía que no hable de política / debo escuchar a las aves / y para escuchar a las aves / el avión (de guerra) debe callar».

Fui un esqueje y me acerqué insistentemente al agua. El día que Sayyaf perdió a otros tres familiares en Khan Younis caminamos al lado de la ría

señalando cormoranes. Al siguiente día, Al Assad fue derrocado y a continuación cosas y cosas y cosas como coágulos y sangre fresca a borbotones tras extirpar el gran tumor necrosado. Vi en el metro a quien asumí otro cuerpo de ese éxodo. Fue un trayecto de pocos minutos pero de esos que se hacen largos porque nadie habla, nadie entra pregonando ni pidiendo dinero ni tocando ninguna guitarra traqueteada. La gente espera su parada de destino como si hablar les quitara el calor que lograron conseguir debajo de abrigos y gorros y botas que difícilmente resbalan sobre el hielo. Hablábamos sólo nosotras y una pareja sentada a pocos metros. Él no llevaba guantes y alcancé a verle un tatuaje en la mano: una bandera ondeante, la bandera siria con tres, no dos, estrellas. Y cuando nos llegaron las noticias de Alepo pensé en ese hombre desconocido. En él y en Karim, a quien inmediatamente escribí. Hace nada volvió a Homs por primera vez en diez años y nos encontramos en Beirut unas horas antes de su vuelo. Le dije que el mío había sido conmovedor porque estaba lleno de sirios con muy evidente emoción y nerviosismo, ambas cosas por igual. Lo confirmé porque paré la oreja cuando las autoridades libanesas hicieron preguntas antes de sellar sus pasaportes, ya europeos. Llevaban poco equipaje y mucho escándalo. Karim coordinó con sus hermanos que una banda tocara fuera de la casa familiar para sorprender a su madre con su llegada. Me enseñó videos de la celebración, que se extendió una semana entera, y me trajo de regalo una bandeja con tres tipos de *kibbeh* y hojas de parra envueltas por ella, que resulta que allí, a diferencia de las recetas libanesas en que las hojas se conservan en salmuera, las mujeres sirias, o al menos la madre de Karim, las maceran en melaza de granada y posos de café. Es un sabor de otro planeta, no te lo puedes imaginar.

Su ciudad fue fundamental para gestar la revolución, y escuchar de él mismo cómo la encontró, después de una década, fue un tsunami extrañísimo de optimismo, me atrevo a decir que de esperanza, pese a las celdas repentinamente abiertas, y los nombres de aún desaparecidos, y los cuerpos identificados, y los testimonios desempolvados, y las torturas que ya no debían callarse, y los ojos de Mazen al Hamada, que murió al siguiente día, o de quien encontraron el cuerpo justo al siguiente día, nadie lo sabe.

Los ojos de Mazen al Hamada: ese video en donde le preguntan cómo se siente respecto a sus torturadores, y durante 34 segundos no emite sonido alguno más que el que llega a percibirse al tragar saliva. Empieza mirando fijamente a la cámara. Tras la pregunta frunce el ceño con cara de espanto, pero muy pronto elimina ese miedo del rostro e

intenta mantener la mirada sobre el lente, sin éxito, hasta que la fija en un lugar lejano, a su derecha, a nuestra izquierda como espectadores. Y el rostro se le va enrojando cada vez más, tanto, que se torna morado. Y parpadea en silencio. Y traga saliva. Y vuelve a parpadear, y vuelve a tragar. Y justo cuando rompe su propio silencio para decir que *Dios les hará rendir cuentas*, cae la primera lágrima. Y lo repite, y cae otra. Y retoma el silencio, y traga saliva, otra vez. Y vuelve a mirar lejos, hacia su derecha, y separa los labios. Y se le empapa el rostro mirando de nuevo a la cámara.

Lograron envolver su féretro con las tres estrellas rojas, rodeado de miles de personas libres en las calles de Damasco, y cada hora aparecían viejos nombres y se retomaban historias de vida indescriptibles. Fueron los primeros días conmovedores en mucho tiempo frente a un cambio bestial en tantos sentidos. Y a mí, salvando las necesarias distancias, esos días me llevaron en solitario a los 43, a las víctimas de feminicidios, a sus madres y padres que buscan y esperan incansables. A tantas fosas encontradas y por encontrar en México y en tantos lados.

Volví a Líbano en cuanto pude y esa ambivalencia se mantuvo. Fui al sur por primera vez. Fui a Tiro y me robé un trozo de mármol. Había decenas puestos como plátanos en un huacal de plástico junto a columnas altísimas que no sostienen ya nada pero que siguen viéndose imponentes cuando contrastan con un cielo azul azul azul. Lo guardé en mi bolsa mientras nadie me veía porque nadie más estaba entre esas ruinas. Éramos yo y un pescador a lo lejos, en la orilla del yacimiento, esperando sentado caña en mano. A Tiro se entra como al agua. En la caseta de entrada, que usé de salida porque entré por un acceso lateral sin vigilancia alguna, casi por casualidad, había una mujer nada más que para decir *bienvenido* o *hasta luego* y nadie supo decirme cuándo dejaron de emitir tickets de acceso pese a que el yacimiento sea lo que es. Me robé un trozo de mármol que ahora pisa servilletas. Es un romboide, sin más. Ni siquiera brilla. Pero es de Tiro. Asumo qué significa porque crecí viendo a mi madre analizar obsidiana y tepalcates. Les daba vueltas entre sus dedos gruesos y me explicaba cosas como que un pedacito era parte de una vasija, tal objeto pertenecía al posclásico, y *estas figurillas se encontraron sobre la pirámide de las flores: esta tiene un bebé, aquí, esto es el rebozo, ¿ves? Y esta es una anciana, mira, las arrugas, era alguien respetable, de alto rango, aquí está su tocado y estas son joyas, ¿sí lo ves?*

Su contraseña para todo en internet es *coatlicue*. El otro día me mandó unas fotos de puntas bifaciales y desechos de talla o lascas, que son

trozos desprendidos de un bloque de obsidiana. Esos bloques se hacen nódulo, y esos nódulos fueron convertidos en núcleo prismático hace miles de años. *Lo bonito es que la fractura en la obsidiana deja una huella en ambas partes, nódulo y lasca, y puedes ir armando para imaginar cómo fue. Será un rompecabezas al que siempre le faltarán piezas, pero eso es importante porque lo que falta pudo ser lo que se vendía o intercambiaba. Esta es una fractura concoidal, es una lasca en cresta, se sacó para hacer un núcleo grande, y también fue en sí misma una herramienta, porque todo sirve. Me está recordando a nuestras acciones (verbales, físicas o mentales). U omisiones. Todo deja huella...* Mi mamá está a dos pasos de mudarse a algún templo budista.

Ese día, primera y única vez que he pisado Sour, le mandé fotos con un mensaje que decía «vine a Tiro», y me respondieron ella y mi abuela con un audio largo hablándome de los fenicios. Fui a Tiro, le dije, y vi demasiadas ruinas, también fuera del yacimiento, porque caminando el malecón me encontré sin querer con la «casa» de Nader. Parecía un edificio derretido. La reconocí por un video que se hizo viral hace poco. A pocas calles vi otras montañas de escombros, bultos gigantescos de concreto y varillas. Ventanas puertas libros fotos notas cables. Recuerditos familiares, todo hecho trizas. Robé un trozo de mármol, pero no se me ocurrió guardar también un pedazo de concreto. Y me arrepentí.

Mencionaste que estuviste recorriendo el Cáucaso en Google Maps: hace poco se actualizó la vista satelital de Gaza. Ayer me impactó una (otra) imagen un poco menos gris que lo nuevo en Maps porque en ella hay una línea roja, como nervio central, de la que no se alcanza a ver el inicio ni el final. A cada lado, un pasillo de tierra aplanada, limpia, y lleno de gente. Y a cada lado, una guirnalda de luces circundando la tarde. Los foquitos marcan un perímetro amorfo del cual se percibe fácilmente el ancho, pero no llega tampoco a percibirse su largo. Demarcan, en realidad, no la celebración frente a la hecatombe, no el banquete contra la hambruna, sino la determinación por la vida frente a todo lo demás. Fuera del contorno iluminado no hay más que polvo y piedras grises. Son cuadradas enteras de escombros y ruinas. En mi trayecto de Mar Mikhael al centro de Sour vi quizás veinte edificios desplomados, y bastó el primero para tener que detenerme a tomar aire con consciencia, y mirar al cielo y al suelo y al cielo y al suelo y al cielo y al suelo buscando noséqué. Pero de aquella línea, aquella hilera de mesas con mantel rojo para que cientos, quizás miles de personas rompan el primer ayuno voluntario del año, para que se reúnan

en la apertura del mes más importante de su calendario, de esa línea roja, nervio central, como de la guirnalda de luces, no se alcanza a ver el inicio ni el final. Tampoco de la destrucción. Las familias caminan kilómetros y kilómetros sin poder ver ningún edificio en pie.

Yo sé, Gabriel, que la intención inicial de retomar nuestra correspondencia remitía a la comida, a comer y cocinar en ciertos espacios o historias, y creo que eso naturalmente se entrelaza en mucho de lo que a mí y a nosotras nos impacta, en general, para contar cualquier cosa. Pero insisto en lo que te escribí hace meses y que me pareció que ignoraste en tu respuesta: extraño que me escribas desde tantas dudas, desde un shock quizás ya difuminado, con una respuesta concienzuda que no huya de lo incómodo sino intente ponerlo en palabras transcurridos tantos meses, tantas cifras y tantos sinsentidos. Al menos yo no puedo pretender pasar de página, no totalmente. Me convertí en monotema y no creo tener que disculparme por ello. Y a pesar de eso intenté retomar algunas notas, mirar hacia otras cosas. Por ejemplo, la maternidad que no he vivido y que, como bien sabes, siempre he deseado. Pero no quiero escribir sobre mis ganas de ser madre. Quiero recuperarlas.

Ningún alto al fuego detuvo ninguna guerra, todo lo contrario: se expande hacia distintas direcciones cual ejército silencioso de células para metástasis. Qué sentido tiene crear cualquier cosa o parir a cualquier persona. ¿Para qué, frente a estas vistas y bajo estos ruidos? Esta es una guerra contra nuestro lenguaje carente o nuestros principios o nuestra distancia o nuestra mente frágil o nuestra posibilidad de perseguir un arcoíris a pie cuando se camina ya tan poco. Nos declararon la guerra a todos y todas, y diría que especialmente a mi generación. Esta es una guerra contra la determinación para no dar *swipe* al visualizar lo que de verdad importa. Para no voltear la cara y no por ello perder nuestra capacidad de mantener alguna ilusión. Es una guerra que no aparece en ninguna clase de ningún libro. Hoy quiero ver una ría o los volcanes nevados, no más aviones militares en formación de v volando bajo obscenamente nada más que para reactivar el pánico sobre miles de cabezas en duelo siguiendo el féretro de su gran mártir. No quiero escribir sobre ningún platillo si estos meses ya no parecen relevantes para nombrar, Gabriel. Quiero que nadie a mi alrededor se salve del suicidio nada más que por el tabú latente entre su comunidad o por la convicción de que así no se llegaría a ningún cielo; que M pueda vivir en un lugar en donde no sienta que algo en cualquier momento estallará, de nuevo, y que N deje de drogarse y beber, cada

día, como tantas personas más de veintipocos en esta ciudad-dinamita sin ningún protocolo sanitario para asistirles justamente.

Quiero no tomar las circunstancias más inmediatas como presagio cuando pienso en México. Lo de aquí no debiera replicarse nunca en ningún lugar. Quiero que nuestra guerra sin bombas deje de crecer, que no aumenten las minas antipersonas ni crezca el tamaño de las armas a la par del de quienes las cargan. Quiero dejar de preguntarme si personas que forman parte de los recuerdos de mi adolescencia hoy siguen órdenes de vida y muerte. Y para mantener estos deseos mayúsculos pongo el foco o la vela de cera al viento en lo que queda de esas casas con la vida devuelta a cachos: en quienes han barrido el suelo y limpiado sillones, y colocado una cortina floreada sobre el agujero que antes era ventana, y hecho postres y calentado café con vista a los destrozos. Hay un niño que desde hace meses no para de cuidar plantas, gatos y gallinas. Asediado por tanto no dejó de apostar por la vida. Se le moría un gato y adoptaba otro; lo desplazaban de nuevo y reiniciaba un huerto allí donde las estacas de su casa endeble debieran clavarse. Y vimos los primeros jitomates de su planta, regada con tan poca agua, y el único huevo que ha puesto una gallina alimentada con tan poca cosa. Admiro a ese niño, y admiro más a su padre y a su madre. Y ahora sube videos probando bajo un techo que ya no es de lona lo que han logrado conseguir y cocinado para romper el ayuno. Y hace unas caras de placer infinito cuando come pollo, como pienso que las harías tú con los dedos bien pringados de azúcar en circunstancias tan dispares. ✱

# Ghayath Almadhoun

Damasco, Siria, 1979. Su libro más reciente es *I Brought You a Severed Hand* (Almutawassit, 2024). Estos poemas fueron traducidos del inglés a partir de la versión que hizo del árabe Catherine Cobham con autorización y asesoría del autor.

VERSIÓN DEL INGLÉS DE DAVID ANUAR Y YAMILA TRANSTENVOT

## MASACRE

Masacre es una metáfora muerta que se está comiendo a mis amigos, comiéndolos sin sal. Eran poetas y se han convertido en Reporteros Con Fronteras; ya estaban cansados y ahora están todavía más cansados. «Cruzan el puente de madrugada a paso ligero» y mueren sin cobertura telefónica. Los veo a través de gafas de visión nocturna y en la oscuridad sigo el calor de sus cuerpos; ahí están, huyendo de ella a pesar de correr hacia ella, rindiéndose a este enorme masaje. Masacre es su verdadera madre, mientras que genocidio no es más que un poema clásico escrito por intelectualísimos generales pensionados. Genocidio no es apropiado para mis amigos, en tanto que es una acción colectivamente organizada y las acciones colectivamente organizadas les recuerdan a la Izquierda que los defraudó.

Masacre se levanta temprano, baña a mis amigos en agua fría y sangre, enjuaga su ropa interior y les prepara té con pan, luego les enseña algo sobre la caza. Masacre es más compasiva con mis amigos que la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Masacre les abrió la puerta cuando otras puertas estaban cerradas y los llamó por sus nombres cuando los noticieros buscaban números. Masacre es la única que les otorga asilo sin importar sus antecedentes; su situación económica no le preocupa a Masacre ni le interesa si son intelectuales o poetas. Masacre mira desde una perspectiva neutra; Masacre tiene los mismos rasgos muertos que ellos, los mismos nombres que sus viudas, pasa como ellos por el campo y los suburbios y aparece, como ellos, súbitamente en las noticias de última hora. Masacre se parece a mis amigos, pero siempre llega antes que ellos a las aldeas lejanas y las escuelas de niños.

Masacre es una metáfora muerta que sale de la televisión y se come a mis amigos sin siquiera una pizca de sal.

## المجزرة

المجزرة مجازٌ ميثٌ يأكل أصدقائي، يأكلهم بلا ملح، كانوا شعراء، وأصبحوا مراسلين مع حدود، كانوا متعبين وأصبحوا متعبين جداً، "يعبرون الجسر في الصباح خفافاً"، ويموتون خارج التغطية، إنني أراهم بالمنظير الليلية، وأتبع حرارة أجسادهم في الظلام، ها هم يهربون منها إليها، مستسلمين لهذا المساح الهائل، المجزرة أهم الحقيقية، أما الإبادة الجماعية فهي مجردُ قصيدةٍ كلاسيكيةٍ يكتبها جنرالاًث متقفون أحيلوا إلى التقاعد، الإبادة الجماعية لا تليق بأصدقائي، فهي عملٌ جماعي منظم، والأعمال الجماعية المنظمة تذكرهم باليسار الذي خذلهم.

المجزرة تصحو باكراً، تحمّم أصدقائي بالماء البارد والدم، تغسل ملابسهم الداخلية وتعد لهم الخبز والشاي، ثم تعلمهم قليلاً من الصيد، المجزرة أحنُّ على أصدقائي من الإعلان العالمي لحقوق الانسان، فتحت لهم الباب حين غلقت الأبواب، ونادتهم بأسمائهم حين كانت نشرات الأخبار تبحث عن عدد الضحايا، المجزرة هي الوحيدة التي منحتهم اللجوء بغض النظر عن خلفياتهم، لم يهمها وضعهم الاقتصادي، لم يهمها إن كانوا متقفين أو شعراء، إنها تنظر إلى الأشياء من زاوية محايدة، لها نفس ملامحهم الميتة، وأسماء زوجاتهم الأرامل، تمر مثلهم على الأرياف والضواحي، وتظهر فجأة مثلهم في الأخبار العاجلة، المجزرة تشبه أصدقائي، لكنها دائماً تسبقهم إلى القرى النائية ومدارس الأطفال.

المجزرة مجازٌ ميثٌ يخرج من التلفزيون، ويأكل أصدقائي دون رشة ملح واحدة.

٢٠١٣

## EL POETA PUEDE CONVERTIRSE EN UN LOBO

Ella les dijo: miren la montaña y me verán a mí  
ellos la miraron para poder ver la montaña  
y Damasco parecía estar más cerca cada vez que te hablaba de ella  
pues los cuerpos que vemos en el espejo parecen estar más cerca de lo que en  
[verdad están

y los que llevan nuestras almas se han ido muy lejos  
y ahora deben tomar el medio de transporte más cercano para regresar  
y así...

el poeta puede convertirse en un lobo  
si piensa sistemáticamente en la mujer que ama  
y puede convertirse en la banca de un parque si es contaminado por la prosa  
la ciudad puede convertirse en un camerino tras bambalinas en un pequeño  
[teatro

en un pueblo del que nadie ha escuchado hablar por razones poco convincentes  
y yo también podría amarte por razones poco convincentes  
o podría haberte conocido cinco minutos antes del hombre que tocó tu corazón  
si hubiera tenido en esos días un pasaporte válido  
y tú fueras la única justificación que podría darle al hombre de seguridad en  
[el aeropuerto

de por qué ahora me veo más delgado que en la fotografía de mi pasaporte  
y todas las palabras que susurré a tu oído podrían formar probablemente un  
[poema erótico

si fueran recogidas y recicladas en el oído de alguna otra mujer  
y creo que hay algo de esperanza para la esperanza  
ya que a la fecha de la escritura de este texto, los sensores de la física moderna  
no han llegado a respuestas concluyentes  
respecto a la influencia de las ondas sonoras de tus palabras en mis oídos  
sobre la poesía en Oriente Medio  
y yo podría enamorarme una vez más de ti  
porque la historia se repite, ya lo dijo Karl Marx  
y nuestra casa podría recibir amigos  
o nuestra hija podría tener tus facciones y mis ojos  
y podría no haberme ido de Damasco esa tarde de otoño del 2008  
lo que significaría que nunca nos hubiéramos conocido

y no podría decirte que pareces más cercana cada vez que te hablo de Damasco  
o cada vez que yo le hablo a Damasco de ti  
pues los cuerpos que vemos en el espejo parecen estar más cerca de lo que en  
[verdad están  
y los que llevan nuestras almas han sido devorados por un predador llamado mar  
[Mediterráneo. ✕

يَمَكُنُ لِلشَّاعِرِ أَنْ يَتَحَوَّلَ إِلَى ذَنْبٍ

قَالَتْ لَهُم: انظروا إلى الجبل، كي تروني  
نظروا إليها، كي يروا الجبل  
وكانت دمشق تبدو أقرب، كلما حدثتُك عنها  
فالأجسام التي نراها في المرآة تبدو أقرب مما هي عليه في الواقع  
وتلك التي تحمل أرواحنا ابتعدت كثيرًا  
وصارَ لزامًا عليها أن تأخذ أقرب وسيلة مواصلات للعودة  
وهكذا...

يَمَكُنُ لِلشَّاعِرِ أَنْ يَتَحَوَّلَ إِلَى ذَنْبٍ  
إن هو فَكَّرَ في المرآة التي يحثها بطريقة مُمنهجة  
وقد يصير مقعدًا في حديقة، إن مسَّه النثرُ  
ويمكن للمدينة أن تصبح غرفة تبديل ملابس، في كواليس مسرح صغير، في بلدة، لم يسمع بها أحدٌ بلا أسباب مقنعة  
ويمكن أيضًا أن أحثك بلا أسباب مُقنعة  
أو أن التقيك قبل الرجل الذي لمس قلبك بخمس دقائق، لو كنت أملك جواز سفرٍ معترفًا به في تلك الأيام  
وقد لا أجد تبريرات لرجل الأمن في المطار حول نحولي عن الصورة في جواز السفر إلاك  
ويمكن أيضًا لجميع الكلمات التي همستها في أذنك أن تُشكّل قصيدة إلكترونية مُحتملة، إن تمت إعادة جُمعها وتدويرها في  
أذن امرأةٍ أخرى  
وأعتقدُ أن هنالك بعض الأمل لأن يكون هنالك بعض الأمل  
إذ حتى تاريخ كتابة هذا النص لم تتوصل أجهزة الاستشعار في الفيزياء الحديثة إلى أجوبة مقنعة حول التأثير الذي أحدثته  
الأمواج الصوتية لكلماتك في أذني على الشعر في الشرق الأوسط  
كذلك يمكن أن أقع في حبك مرةً أخرى  
فالتاريخ يكرّر نفسه، كما يقول ماركس  
ويكن لمنزلنا أن يكون رحيبًا بالأصدقاء  
أو أن يكون لطفلتنا ملامحك وعيني  
ويمكن أنني لم أعادُ دمشق في ذلك المساء الخريفي من العام 2008  
وذلك يعني أننا لم نلتق أصلًا  
وأني لن أكون قادرًا أن أقول لك إنك تبدين أقرب كلما حدثتُك عن دمشق  
أو كلما حدثتُك دمشق عنك  
فالأجسام التي نراها في المرآة تبدو أقرب مما هي عليه في الواقع  
وتلك التي تحمل أرواحنا أكلها حيوانٌ مفترسٌ، يُسمى البحر الأبيض المتوسط.

٢٠١٦

# Te envió tres postales de Gaza

## Julio César Toledo

Chicontepec, Veracruz, 1977. Su libro más reciente  
es *Viajes Virgilio* (Mantis, 2023).

### PUESTO DE CONTROL DE SOUFA

Soufa fue un punto de control militar que servía de frontera entre Israel y la ocupada Franja de Gaza: era el único paso autorizado de ayuda humanitaria para los habitantes de Palestina. Era un pedazo de desierto con un camino enrejado. Los lunes los comerciantes palestinos iban con sus camiones destartalados y sus carretas a recoger mercancía que les permitían vender en los mercados, y repartir (en el caso de la ayuda) a zonas de la Franja más alejadas. Los soldados israelíes se colocaban de su lado, justo en el borde de su lado, y disparaban al aire o a la arena del desierto para mantener de su lado a los palestinos. Y si alguna bala daba de rebote en alguno de ellos, pues servía de escarmiento para los demás. Pasadas las cuatro de la tarde abrían por fin las plumas de la frontera y dejaban pasar a los camiones que abastecían. Para esa hora, bajo el sol de Cisjordania, el pescado y la verdura se había echado a perder, y las bolsas de harina y arroz llegaban rotas a su destino, cuando llegaban. Qué buenos tiempos eran aquellos, cuando aún había mercados y la ayuda humanitaria tenía permiso de llegar a Palestina.

Este pan sabe a sangre  
 tiene una bala en el centro  
 ha sido levado con girones de la piel de un hombre  
 que no comerá hoy con sus hijos.  
 La sangre es de mi encía, es del pecho del hombre y es de la tierra en Soufa.

هذا الخبز طعمه مثل الدم  
 لديها رصاصة في المركز  
 وقد تم رفعه بشرائط من جلد الرجل  
 أنه لن يأكل اليوم مع أولاده  
 فالدم من لثتي، وهو من صدر الرجل، وهو من الأرض

### PARQUE NÁUTICO DE AL ZAHRA

La gente más afortunada de Gaza vivía en Al Zahra. Se imponían bloques de departamentos amplísimos con vistas al Mediterráneo y un frondoso parque central que en el centro, al final de una columna dórica en medio de una fuente, tenía una lancha, y que por ello (y sólo por ello) le llamaban parque náutico. En 2020 un misil destruyó cuatro de los seis bloques de apartamentos. Cuarenta y tres personas se reportaron como muertas —¿no es la guerra acaso eso: un contador de cadáveres que dice quién va perdiendo?—. En la esquina poniente del parque náutico existía una pequeña biblioteca que durante años atendió Amhir Beydoum, cuyo orgullo más grande era una traducción al árabe de *El proceso*, de Kafka; y unos discos de los Rolling Stones. En 2020 un misil destruyó también el local que albergaba la biblioteca de Al Zahara. La comunidad de profesionistas que vivían en los bloques de departamentos se partió en tres pedazos: los que lograron huir fuera de Palestina, los que murieron y los que todavía andan por los escombros del parque náutico intentando recoger, de entre esas piedras, el sentido de la salida del sol. Amhir es uno de ellos. Ya no lee, no tiene libros para hacerlo, pero encontró en el destrozo de esta guerra (no es una guerra, es un genocidio) un lenguaje distinto para resistir y contar otras historias; ahora enseña parkour. En 2020 un misil fue el inicio de un grupo de jóvenes que se organizaron para hacer algo con lo único que en este mundo les quedaba: su cuerpo. Como una evolución natural de los saltos que había que hacer para atravesar las ruinas del parque y del complejo de departamentos (a eso que ellos todavía llaman

hogar) para huir, para volver, para afanarse algo de supervivencia, fueron perfeccionando los saltos, las piruetas, la técnica, hasta convertirse en un grupo de parkour. Falta ancho de banda en el mundo y en su corazón, para hacer virales a estos muchachos.

A quién debemos el viento en nuestro rostro, la brisa de sal  
 que vuelve con el ayuno.  
 A quién estos resortes que nos crecen en vez de suelas.  
 Veinte y otras veinte veces maldito el fuego de la guerra:  
 te damos las gracias por enseñarnos el arte de huir  
 volar  
 sin más alas que el pecho. En el escombros que somos  
 queda  
 todavía  
 para resistir hasta el final  
 el cuerpo.

لمن ندين بالريح في وجوهنا، بالنسيم المالح  
 الذي يعود بالصيام  
 لمن هذه الينابيع التي تثبت علينا بدل النعال؟  
 وعشرين مرة أخرى لعنت نار الحرب  
 نشكرك لأنك علمتنا فن الهروب  
 سافر  
 دون أجنحة أكثر من الصدر. في الركام الذي نحن فيه  
 بقي  
 ما زال  
 للمقاومة حتى النهاية  
 الجسم.



Entre Rafah y Hebrón existía un camino al que los locales llamaban Zautua. Era, dicen las mujeres que se acuerdan, hermoso en primavera. Ya no existe. Pero en una de las ruinas que todavía se alza vimos este hermoso grafiti dice: «volveremos». La consigna, simple y poética, me llenó de esperanza. Me parecía que guardaba, en su elemental compostura, el abracadabra más hermoso que la guerra ha producido: la justicia del tiempo. Luego, esa consigna se convirtió en un grito (una bandera) de la resistencia Palestina: ¡Ealayna Aleawda!, se escuchaba en las calles de Gaza.

Una caravana de migrantes gazatíes fue acribillada por un francotirador de las fuerzas de Israel cuando emprendían un viaje para volver al barrio que fue su hogar. Las balas que los mataron ¿también volverán?

En los límites de la posibilidad  
está también el odio  
extendiendo en balas su presencia  
encrespando los torrentes de arterias  
que bullen sin poder volver a ocupar lo que, antes, fue su cauce.

في حدود الإمكان

هناك أيضا الكراهية

وينشر وجوده بالرصاص

تجعيد السيول الشرايين

تلك الفقاعة دون أن يتمكنوا من إعادة احتلال ما كان في السابق قناتهم

✘



# Luis Eduardo García

Guadalajara, Jalisco, 1984. Su libro más reciente es *Diario de una planta carnívora* (Fondo de Cultura Económica, 2024).

**Un campo** de batalla  
desierto  
donde la guerra se autorreproduce  
aunque ya no queda nadie.

Como los juguetes que cobran vida  
cuando los niños duermen. ✖

Poema excavado del ensayo «La guerra siempre encuentra una salida», del cineasta y teórico alemán Harun Farocki, traducido por Julia Giser. En el texto Farocki imagina— a partir de imágenes y secuencias operativas o demostrativas de tecnología bélica— un panorama en el que las guerras siguen teniendo lugar, de forma automatizada, aun después de la extinción de la especie humana.



# Un mismo libro ucranio- chihuahuense

## Gabriel Wolfson

Puebla, 1976. Su libro más reciente es *Fiebre*  
(Impronta Casa Editora, 2025).

**Isaak y Nellie**, Isaak Bábel y Nellie Campobello, dos ángeles hermanos de la guerra. Aunque debería decirse Kiril y Nellie, o Isaak y Francisca, deslindando nombres de seudónimos, va a preferirse Isaak y Nellie, y es más: Nellie y Bábel, así la querencia del idioma por las palabras graves. Asisten a los dos últimos episodios —revoluciones, guerras civiles, enjambres de furia política, pueblos agónicos y fiebres fronterizas— donde los trenes no han acabado de sustituir a los caballos ni la marcha a pie, las ametralladoras y tanques a los rifles y mosquetones ni la matazón a distancia al cuerpo a cuerpo. Conviven batallas y escaramuzas, hay soldados y campesinos destripados y destripando. Pero Bábel participa en la guerra y Nellie no, Nellie da testimonio a veces sólo de un testigo más hondo y sin restos, su madre. Pero Bábel escribe cuando el bando por el que combatió está en el poder y Nellie no, porque hubo un gobierno villista en Chihuahua y un asomo de gobierno nacional y no obstante Nellie sitúa el comienzo de sus miniaturas cuando el villismo no tiene ya poder ni lo tendrá en el resto de los siglos XX y XXI. Pero Bábel claramente habría querido que su bando no hubiera tenido el poder —ese bando en el poder que lo fusilará la madrugada del 27 de enero de 1940— o no lo hubiera tenido de esa manera, para ser entonces un bolchevique convencido en la forma en que Nellie, al

escribir, fue para siempre una villista convencida, es decir una villista sin poder. Pero Bábel tampoco tuvo nunca poder, como sí lo tuvo el bando por el que combatió, así que, a diferencia de Nellie, categórica, maniquea, urdió un poliedro de matices ínfimos, de pueblos que, comportándose al compás de su propia raíz, de pronto también ejecutan distancias y lealtades caprichosas, como esos mujiks de Leshniv, en la Ucrania occidental, que eligieron como atamán a «un joven cargado de espaldas y con gafas [...], un muchacho judío cegato con la cara consumida y atenta de un talmudista». Pero las diferencias, a las que podría sumarse la fuga contrafamiliar de Bábel frente al apego de Nellie por las manos de su madre, pierden relevancia ante dos jóvenes bajo el idéntico mandato de dibujar su pequeño universo desquiciado, esa turba de culturas de larga cocción ahora trastocadas por la guerra. Todo mundo, es de suponerse, quería pintar lo mismo en Rusia como en México, pero nadie lo hizo como Nellie y Bábel en sus libros ya que no bastaba sólo la vivencia ni sólo el dominio de un estilo. *Cartucho* y *Caballería roja*, esos dos libros que son el mismo libro, son entonces el libro rusomexicano en las antípodas del nihilismo, pues con oponer la frialdad de Bábel y la tibia frialdad de Nellie a la frialdad del contemporáneo Jünger se comprueba que el canto de la guerra en Nellie y Bábel no es nunca la finalidad del lenguaje ni del mundo. En algún momento hay dos niños que se ubican o que cuentan ubicarse en una ventana, que se apostan ahí con dientes y chillidos porque ansían el despliegue de la calle, el pasar de gentes, los primeros ejercicios fisionómicos, la dulce latencia de un acontecimiento. «El viejo yace muerto, dice Bábel, la cara cortada por la mitad de un tajo, y la sangre azul cubre su barba como un pedazo de plomo»,<sup>1</sup> y Nellie dice que «la sangre se había helado, la junté y se la metí en la bolsa de su saco azul de borlón. Eran como cristalitos rojos». Es imposible la continuidad, la paciencia para prolongar, conducir de un sitio a otro, no hay puentes, sólo pedazos de puentes porque afuera también los puentes han sido destruidos con bombas o ni siquiera se construyeron. Lo que aparece no se ha visto, todo es inédito, así que hay que ver y recoger cristales. Un mundito resquebrajado en cristales. ¿Cómo ocurre, cómo se produce la cristalización no química ni stendhaliana sino verbal? Primero: aceptar lo inédito al narrar lo inédito. Desaparecen los largos períodos, la atadura de párrafos, la vista panorámica, la anticipación, la escritura como favor comunitario, y aparecen muchos huecos, cierta insensatez de los tiempos verbales, desorden, caprichos inatribuibles, cierto balbuceo, e impera la yuxtaposición. Se habla, donde

<sup>1</sup> Lo dice Bábel junto a Ricardo San Vicente, su magnífico traductor.



hablar significa hablar al escribir, como si se fuera comprendiendo no, o no tanto, el sentido de los hechos sino su pura concatenación, su gramática, y no antes ni siquiera un minuto sino sólo al momento de hablar. Se habla, sí, y se distingue que una cosa lleva a otra o se junta con otra, y aun con eso lo inaudito e inarmónico de los hechos y los lenguajes deja un resto de cosa inmanejable en la escritura, cosa inmanejable que puede llamarse propiamente lo salvaje. Un manojo de frases alucinantes, nuncavistas, imposibles. «Habló en diez tonos distintos, para pedirle a un fantasma la misma cosa: maquinarias», dice quién sabe quién o cuántos a través de Nellie; «Los bizcochos del ama olían a crucifixión. Encerraban un néctar taimado y la furia perfumada del Vaticano», dicen cuántos siglos por boca del soldado Bábel. Sarmiento, fray Servando, Vasconcelos, entregan vehemencia a quien los siga, y vehemencia es acumulación, desear o resignarse a que una textualidad en relieve, una textura de varias capas, mullida, narcótica, envuelva y logre una persuasión provisional. Nellie y Bábel no acumulan, dan rotundidad: esparcen criaturas y cada criatura posee o es poseída por una idea del mundo y de ella hay puro asentamiento, manifestación transparente sin énfasis ni menos el camino a tal idea porque la idea no ha llegado, ha estado ahí siempre. Seres como cristales, oraciones que de pronto, de golpe, condensan la multiplicidad de la situación, las



contradicciones, los desniveles intraducibles de la situación, minucias verbales filosas y absolutas que han de entretorse, tirarse como dados en un tablero agujerado. De la ciudad de Berestechko, en Volinia, dice Bábel que «en lugar de gente recorren sus calles esquemas desleídos de las desdichas fronterizas», y dice Nellie de Parral que «sus calles llenas de caballerías villistas, reventaban, nadie tenía sorpresa, los postes eran una interrogación». No queda más que ritmo cortante, cesuras donde no se frecuentan, yuxtaponer, yuxtaponer, arrejuntar sin eslabones; se leerá el tablero o se leerán sus huecos, no puede ser de otra manera. Hay un mundo, un par de mundos en pedazos, pero esos pedazos y las fuerzas de la fractura también son elementos del mundo y han de verse. «Lo sacaron arrastrando, lo tiraron a media calle y los pedazos de su cabeza estaban prendidos de las peñas», dice Nellie; «En las casas en que el cosaco descubría objetos de su madre o la pipa del padre, dice Bábel, dejaba viejas acuchilladas, perros colgados sobre el pozo, iconos embadurnados de estiércol». Hay tripas y orejas rasgadas de sus cabezas y hallar normalidad, leer en Nellie y en Bábel aclimatación de la violencia es no leerlos y en cambio ver el juego, la plasticidad, la caricia a cada entidad del mundo, la agitación, el temblor de la vida, como lecciones implorantes a mí y a ti. ¿Podemos no leer parábolas especialmente ahí donde se nos reparten luminosas y hasta

inexpugnables piedras puras? Aceptemos que Nellie y Bábel danzan en un filito, en una intemperie donde interrumpir es comprender, pintar es renunciar y atestiguar es desdibujar. Aquellas guerras, un mundo de mundos acribillado que en apariencia pide nomás frontalidad, constreñirse a vehículo que devuelva lo observado, en Nellie y Bábel se cruza con la necesidad de una mediación, un doblez enunciativo que, en el trance de lo imperioso, no obstante haga posible la astucia, el esmero, la insensatez, la maña. Un doblez que les permita hablar. Aguilar Mora recuperó a Nellie para todos nosotros hace treinta y cinco años y ahora le proliferan lecturas: ¿por qué no suele advertirse que la infancia en Nellie es invento? Aquello que *Cartucho* nos finta como deslumbramiento de niña fue la vivencia de una adolescente, una joven que, además, por la época, la guerra, por lo extraordinaria que uno presiente a su madre, creció y maduró en tres saltos. La infancia es en Nellie la mediación. Un velo, esa ficción, hace posible hablar, y para Bábel el velo es el seudónimo. Que se disfrace incluso de molokano, la secta pacifista cuya diáspora recién había arribado a Baja California, pudo ser treta de supervivencia, no hay duda, pero también su truco de aprendiz y callejero para salir de sí y mezclarse. Kiril Liútov, nombre explícito, descaradamente ruso, salvoconducto para sortear sus años en el Ejército Rojo y firmar textos como exiliado de su judaísmo. Cosacos y mujiks, polacos y judíos para el soldado Liútov son orbes igualmente rijosos, duros de pelar: oscuridades aterradoras y fascinantes. Infancia y eslavismo, pues, amoralidad y ajenidad bolchevique, ropajes para internarse ahí donde la mayoría cargó con su cámara fotográfica y soñó con el teatro de la sinceridad. Los inverosímiles cristales de Nellie y Bábel no son colecta antropológica ni retorcimientos sólo lingüísticos, sino sencillas aperturas a un mundo veteado de solapamientos y asperezas, de cuerpos y de piedad. Mezclar y yuxtaponer. Objetos de distintos estratos de pronto coincidentes, desinencias líricas que se doblan sobre una seca constatación. «Tras mi valla, sueña Bábel, se extendía un terreno baldío y allí se apilaban montones de polvoriento carbón, el viejo fusil disparaba mal, los asesinos, unos tipos barbudos, con dientes blancos, se acercaban cada vez más, y yo experimentaba el orgulloso sentimiento de una muerte próxima y en lo alto, en el azul del mundo, veía a Galina», y Nellie sueña bajo la misma trágica avidez: «y las vimos: estaban enrolladitas como si no tuvieran punta. “¡Tripitas, qué bonitas!, ¿y de quién son?”», dijimos con la curiosidad en el filo de los ojos». ✱



# Tres crónicas sin guerra

**Alberto Spiller**

.....  
Schio, Italia, 1977. Estos textos forman parte  
de *Notas a pie de página. Crónicas para releer*  
(Universidad de Guadalajara, 2024).

## SCHIO EN MI MEMORIA... Y LA DE HEMINGWAY

En el restaurante de Le Due Spade de Schio, donde yo de joven solía ir a beber con los amigos, desde 2006 hay una placa esculpida en piedra con un retrato y la inscripción «Ernest Hemingway», en memoria de cuando el autor estadounidense se hospedó allí en 1918.

Que el Premio Nobel de Literatura hubiera estado durante la guerra en mi ciudad natal y los alrededores era algo que todos sabíamos; pero quizás, más que una placa conmemorativa, lo que dejó Hemingway en nuestro imaginario adolescente fue el deseo rebelde de seguir sus caminos alcohólicos y aventureros; con más éxito en los primeros que en los segundos.

Entonces Schio era una ciudad cercana al frente donde se combatía la Primera Guerra Mundial. Hemingway, después de ser rechazado por el ejército y deseoso de ver el conflicto de cerca, llegó allí como parte de un contingente de choferes de la Cruz Roja estadounidense.

De sus correrías étlicas y recogiendo heridos por los caminos de montaña alrededor del pueblo, y de cruciales batallas en el Monte Pasubio, como la conquista del Monte Corno, baluarte de la defensa italiana contra los austriacos, quedan muchos rastros en escritos del autor: en las novelas *Adiós a las armas* y *Las nieves del Kilimanjaro*, en relatos de *En nuestro tiempo* y poemas como el que sigue (traducción mía del italiano):

Estábamos Ike y Tony y Jaques y yo, dando vueltas por el centro de Schio,  
tres días de permiso y te sientes un fregón,  
borrachos pero con el ojo abierto y avizor  
mirábamos cómo se veían, ay dios, sólo mirábamos, dios mío...

Pero en Schio, además de mujeres, sólo hay paisajes que ver, muchos, casi demasiados. Nada más que paisajes y jardines hermosos donde beber («coñac, aunque no fuera Martell», recuerda el autor), y Hemingway, en cambio, quiere estar en el centro de la acción. Y la ocasión le llega entre el 20 y el 22 de junio de 1918, cuando arrecia la batalla decisiva sobre el cercano río Piave y se necesita de toda la ayuda posible. Su contingente es enviado a Fossalta, a las trincheras, donde finalmente Hemingway resulta gravemente herido y es internado en un hospital militar de Milán.

Pero la experiencia en el frente sería decisiva para él, tanto a nivel personal como para su incipiente obra literaria. La región del Véneto, donde se encuentra Schio y cuya capital es Venecia, quedaría para siempre en la memoria del autor: «Soy un viejo fanático del Véneto y es aquí donde dejaré mi corazón», escribía en 1948 sobre esta zona de Italia.

Y de la que conservó, además, muchos recuerdos y descripciones que aparecen en su obra: los primeros contactos con la guerra e Italia en Schio, su experiencia en el frente, sus cacerías y amores por la zona de Caorle, y sus noches bohemias en Venecia, donde contribuyó a hacer famoso el Harry's Bar.

Recorrer ahora en perspectiva las andanzas de Hemingway es para mí no sólo visitar tantos lugares de mi adolescencia, sino también sueños y aventuras que, por mi fascinación temprana por la literatura norteamericana, y en particular hacia autores de la «generación perdida» —y de las muchas, perdidas y malditas, que en ella se inspiraron—, dieron vida a un torbellino de sucesos que terminaron llevándome al otro lado del mundo.

Y asimismo, me llevaron a compartir con este autor cierta nostalgia, aunque desde perspectivas y tiempos diferentes, para mi pueblo natal. La imagen de un Schio lejano que quedaría en el corazón, y sobre todo en la imaginación, de ambos, pero que en realidad ya no existe, y que cada vez que regresas, te das cuenta de que quizás nunca existió como tal.

No regreses al viejo frente, si guardas en la memoria imágenes de lo que sucedió de noche entre el lodo. Es totalmente inútil, el frente es diferente de como era entonces... y yo lo sé, porque acabo de regresar de una visita a mi viejo frente, acabo de regresar de Schio.

Hemingway vuelve a Schio en 1922, ya casado y como corresponsal de un periódico de Toronto, y lo que encuentra lo describe en el texto «Un veterano visita el viejo frente», del que, para terminar, transcribo algunos fragmentos más:

Schio era el pueblo más bonito que yo recordara de los días de la guerra, y no lo reconocí, y daría lo que fuera por no haber regresado. [...] Era un pueblo al abrigo de los Alpes y tenía en sí toda la vivacidad, el divertimento y la distinción que se pudiera desear. Nosotros estábamos acuartelados allí, perfectamente satisfechos, y siempre hablábamos de qué maravilloso lugar era ese al que regresar para vivir después de la guerra.

Aquello era Schio, pero ya no existía... Todo el brío se había ido de las cosas, continúa Hemingway.

Había un jardín en Schio, con las paredes recubiertas de flores de glicina, donde íbamos a tomar cerveza durante las noches calurosas, bajo una luna que nos bombardeaba y hacía todo tipo de juegos de sombras con el gran plátano que se extendía sobre las mesas. Después de un paseo por el lanificio, en la tarde, entendí muy bien que no habría de buscar aquel jardín. Tal vez, nunca había existido un jardín; tal vez, en los alrededores de Schio, tampoco había habido guerra.

El pasado estaba muerto, como un disco roto. Ir en pos del ayer es de estúpidos; si quieres una prueba, vuelve al viejo frente.

## RIGONI STERN Y LOS MUCHOS NOMBRES DE LA NIEVE

En 1985 hubo en mi ciudad una nevada histórica. Cayó más de un metro de nieve, cosa inusual, aunque se encuentre a los pies de los Alpes. Para mí, que tenía tan sólo ocho años, esa excepcionalidad cobró no obstante un sabor dulciamargo: pues tuve que asistir a ese evento atmosférico, único en mi corta vida, desde la ventana de mi cuarto, donde me quedé encerrado todo el tiempo que permaneció la nieve, hasta que empezó a derretirse y desaparecer. Enfermo de paperas, observaba triste cómo los demás niños se apoderaban con sus juegos del poblado paralizado de improviso en un blanquecino ensueño, repleto de extraños matices y sobrenatural silencio.

Esos sentimientos encontrados hacia la nieve se reforzaron por aquellos años con la lectura de un libro que encontré en casa de mi abuela, uno de los pocos que tenía en sus estantes, pero con el cual, sin saberlo, me adentraría a dos mundos que a lo largo de mi vida seguirían entrelazándose: el de la lectura y el de la historia reciente de mi patria chica; marcada por un fuerte apego al terruño y sus tradiciones, por un lado, y los dos conflictos mundiales, por el otro.

Ese libro era *El sargento de la nieve*, de Mario Rigoni Stern, autor originario de Asiago, pueblo de la región del Véneto ubicado en un altiplano a pocos kilómetros de donde nació.

Rigoni Stern fue un escritor que en su obra trató ambos aspectos que me interesaron desde niño: por un lado, las guerras; la Primera, que se combatió en las montañas alrededor de su altiplano natal, y la Segunda, durante la cual participó directamente en la operación Barbarroja, lanzada por Hitler para ocupar Rusia, en la que el ejército italiano fue dejado a su suerte después de que la Armada Roja y el gélido invierno ruso obligaran a la retirada a las tropas del Eje.

En la nieve de las estepas quedaron miles de cadáveres de soldados italianos, y muchos otros fueron mutilados: como mi tío abuelo Luigi, a quien se le congelaron tres dedos del pie, que tuvieron que amputarle en el campo; herida que, en ese momento, probablemente le salvó la vida, pero de la cual, muchos años después, empezaría la gangrena que lo llevó a la muerte.

La nieve, esa nieve y muchas otras, así como la guerra, aparecen en varios libros y portadas de libros de Rigoni Stern: además del citado *Sargento en la nieve*, que describe aquella trágica retirada desde Rusia, en *La historia de Tönle* y *El regreso al don*, en *Estaciones* y *Cuentos de cacería*.

Pero, por otro lado, en estos es omnipresente también el segundo aspecto que comparto con este escritor y que caracteriza su obra: el amor por el territorio, el añorado regreso a casa, la nostalgia por una patria lejana o devastada por la guerra, pero que siempre vuelve; como la naturaleza, otro de los temas recurrentes en Rigoni Stern, una naturaleza viva al igual que la historia local que continuamente se entrelaza con los grandes eventos mundiales.

Una historia, la suya y la de mi región, que tuvo origen hace centenares de años, cuando algunas poblaciones «chimbras», del norte de Europa, después de migraciones y guerras, decidieron establecerse en ese altiplano de difícil acceso, expandiéndose luego a los valles adyacentes; mismo camino que hizo con toda probabilidad el padre de mi abuelo paterno, a quien él nunca conoció y que al principio del siglo pasado bajó a Schio desde el altiplano para luego irse a la guerra y desaparecer, dejando a mi bisabuela embarazada y el apellido y la sangre chimbra en su descendencia.

Algo parecido a lo que hizo, aunque metafóricamente, Rigoni Stern: mantener viva y transmitir esa herencia, pero por medio de su literatura.

«Tengo muchas nieves en mi memoria», escribió en un texto que posteriormente fue recopilado en el libro *Las vidas en el altiplano*. «Nieves de avalanchas, nieves de alturas, nieves de montañas albanesas, de estepas rusas, de landas polacas, y también de competencias. Sin embargo, no es de esto que quiero hablar; hablaré de cómo las nieves, hace tiempo, eran llamadas en mi tierra».

Porque hay por lo menos seis maneras de nombrar la nieve en chimbro, idioma que todavía se habla en el altiplano de Asiago: empezando por la *brüskalan*, como se indica a la primera nieve de invierno, pasando por la *sneaa*, que es la nieve abundante, que finalmente se convierte en *haapar* cuando el invierno está por acabarse y que, como lo describe Stern —y como lo vi desde la ventana de mi casa a los ocho años, tristemente impotente—, «en la zona expuesta al sol se va por la tierra en miles y miles de gotas... hasta que aparece el oscuro suelo».

### VÍSPERAS SICILIANAS, A TREINTA AÑOS DE LAS BOMBAS

El tren se perdía como bicho negro en la oscuridad de la estación de Verona. Iluminado aquí y allá por trémulas luces, no se le veía inicio ni fin, y nosotros, uniformados en largas filas soñolientas y fumosas, íbamos llenando poco a poco los vagones. Destino: Palermo. Objetivo: operación *Vespri siciliani* (Vísperas sicilianas).

Mi aventura en el ejército había empezado cuatro meses antes, una fría mañana del primero de diciembre de 1997, también con un tren. Cuando me subí, todavía era un joven que pertenecía a un mundo que consideraba normal, que había fluido hasta entonces sin mayores problemas ni veledades. Sin embargo, al bajar del tren fue como si hubiera descendido, más que a otra ciudad, a otro escalón de la existencia. En un santiamén, mi vida cambió por completo.

Tauriano, el cuartel al que me asignaron, era un centro logístico de tanques y cañones concentrados en medio de la nada, situado en el noreste de Italia a unos cuantos kilómetros de la ex Yugoslavia, en la frontera más al sur entre los bloques soviético y occidental que se fueron creando después de la Segunda Guerra mundial y a lo largo de la Guerra Fría.

Sin embargo, esa noche de marzo de 1998 nuestro destino era otro: después de un largo viaje de casi treinta horas desde el norte, reptando por toda la bota, llegamos al extremo sur de Italia, a Sicilia, donde entre los años 1992 y 1998 se implementó un operativo militar para combatir a la mafia.

El ejército realizaba operativos de patrullaje en las calles de las principales ciudades de la isla, donde custodiaba las 24 horas lugares estratégicos, como el Tribunal de Palermo o casas de personalidades que pudieran haber sido blanco de represalias por parte de los clanes mafiosos.

Yo fui asignado durante los meses que estuve en Palermo al puesto de guardia de un edificio donde nunca supe con certeza quién vivía, aunque se rumoraba que pudiera ser la madre del juez Giovanni Falcone, quien murió en un atentado de la mafia por sus investigaciones que desmantelaron buena parte de la organización delictiva a finales de los años ochenta y principios de los noventa. Mil kilos de explosivos estallaron cuando con su esposa y su escolta estaban cruzando el puente que conecta a la ciudad de Palermo con el aeropuerto Punta Raisi, en mayo de 1992, por orden del *boss* Totó Riina.

Fue justamente ese atentado, y en el que murió su sucesor, el juez Paolo Borsellino, pocos meses después, los que hicieron tomar la decisión al gobierno italiano de mandar el ejército a las calles de la isla sureña por motivos de orden público, operación denominada *Vespri siciliani*, nombre de una ópera de Giuseppe Verdi basada en un hecho histórico, la insurrección de Sicilia en contra de la dominación francesa en 1282.

Se dice que la historia la escriben los ganadores. Y los ganadores, en este caso el gobierno, dicen haber propinado un golpe mortal a la mafia con ese operativo. Sin ánimos de menospreciar los resultados que obtuvo el ejército, con la fundamental colaboración de la sociedad civil y de organizaciones

civiles de diferente tipo en la lucha contra la mafia, que desde entonces ya no fue la misma, en libros como *Mafia Export*, de Francesco Forgione y la *Historia de la mafia*, de John Dikie, se puede leer cómo las organizaciones mafiosas, lejos de haber desaparecido, han logrado evolucionar y adaptarse al cambiante mundo capitalista y globalizado para mantener sus tráficos e influencias ilícitas.

Por mi parte, lo que vi fue sin duda diferente a la visión oficial. Vi a una Palermo invadida por oleadas de jóvenes que procedían de diferentes lugares de Italia quienes, cuando no estaban de guardia, poblaban como una horda salvaje calles, playas y bares de la capital siciliana.

El cuartel de Palermo era un fermento continuo, de donde salían y entraban día y noche las rondas. Una Babel de miles de dialectos de toda Italia donde se fumaba marihuana a escondidas en las esquinas o en los baños, y se pasaba de una borrachera a otra y de un turno a otro, cambiando apresuradamente la ropa civil por la militar y la botella por el fusil. El puerto era el escuálido escenario donde jóvenes militares iban a comprar droga con marroquíes siniestros o altos negros de África occidental, y de furtivas copulaciones con chicas africanas que se dejaban penetrar «de perrito» por cincuenta mil liras, parados en la oscuridad, en medio de una playa que de tan negra no lograba distinguirse del mar, mientras la gente pasaba como sombras alrededor.

Desde los puestos de guardia, cargando soñolientos nuestros rifles, con los guantes agujereados por los cigarrillos que fumábamos escondiéndolos en el hueco de la mano, veíamos pasar a grupitos de chicos que, montados de a tres en sus motos, se burlaban de nosotros, nos mostraban el dedo medio o nos gritaban insultos. Expresiones evidentes de cierta animadversión hacia el ejército que se percibía en toda la ciudad; de una barrera infranqueable entre nosotros y los palermitanos.

Por todo ello, me queda claro que si hay alguien que ha logrado ganarle a la mafia, es la gente de aquellos lugares que, con sus actos, desde pequeños hasta heroicos, como el juez Giovanni Falcone, han arriesgado o sacrificado su vida para intentar extirpar este cáncer que sigue carcomiendo la vida no sólo de Italia, sino de todo el mundo.

Nosotros y nuestro ejército caricaturesco, nada más nos subimos a un tren y bajamos de otro, y a otro y otro más, yendo y viniendo hasta que, de repente, el día menos esperado, pisamos de nuevo el suelo de casa, y la tan añorada normalidad. ✖



# Margarita León

Santiago de Anaya, Hidalgo, 1983. Uno de sus libros más recientes es *Ya pa otho ya xudi / El tiempo sin sombra* (Universidad de Guadalajara, 2022).

VERSIÓN DEL OTOMÍ-HÑÄHÑU DE LA AUTORA

## Un remolino

que se negó a pasar por aquí  
ahora llora

Qué piensa el recuerdo donde vive  
una lágrima de agua  
baja su voz  
nos recuerda:

No hay principio  
fuera de nosotros  
es adentro  
donde el viento se columpia  
en nuestra intemperie.

I

No hay  
nada que irrumpa en mi voz  
salvo el eco mudo.

Las instrucciones  
son simples:  
*agua y silencio*  
¡Ushh! Todos corren.

Cae la voz del agua,  
*Mira la voz del agua caída*  
¿Qué dice?  
¡Shhh!

## Mientras dormimos

podemos ver nuestro abismo

Adentro  
donde nadie puede ver  
brinca un recuerdo  
se asusta de su propia oscuridad  
ruega que otros vengán

La túnica de la noche se derrumba  
sobre nuestro instinto  
¿Cuánto dura la noche?

II

*Dentro de nosotros  
es el principio  
de afuera.*

*El río  
del océano  
devora el agua  
en su vacío. ✖*

## N´a zixedi ge

hinbi ne bi thogi ha  
nuua, ri zoni

Te be´a da beni bye ya bui  
n´a ra gida dehe ge  
da köi ra zi ne  
epu da nengagihe:

Ha ma thihe hinte mudi  
gatho ma mudi  
ha mbo  
habu mpembo ra thi  
Ge ra thi ra otho.

I

Otho  
ra otho ri fat´i  
ha ra ñä.

Gatho da xipabi:  
*ra dehe ne ra otho*  
nub´u gi ode:  
¡Ushh! *Gatho gi tih.*

Ra ñä ra dehe ri tagi,  
*Handi ra ñä bi tagi*  
¿Te da mä?  
¡Shhh!

Ra hñe ra ñot´i  
ra hñufi zi ndähi ge  
da ma  
ri tee  
ra xudi fonthai.

## Denda ga ahähe

da za gra handi ra hñe mbo ya ngok´ei

Ha mboo  
habu hinto bi handi  
ri mponi n´a mfeni  
da ntsu sehe  
ri za ri handi ma r´a

Ra thuxo ra xui ri tagi  
ha ma ñähe ma hoga ne  
¿Ham´u da huadi ra xui?

II

*Ha mbo  
ma buihe  
ri mudi ra thi.*

*Ra madehe  
ra dämathe  
ri jänt´i ra dehe  
ha ra otho.*



# Los territorios por poseer

Vanesa Robles

Guadalajara, Jalisco, 1973. Es autora de *Cien voces de Iberoamérica. FIL Guadalajara 35 años* (con fotografías de Maj Lindström, Universidad de Guadalajara, 2021).

**Donald, como lo llamo con la confianza** que me inspira haberlo leído, escuchado y visto tanto estos meses, promete que en el territorio de Gaza, en el Oriente Medio, se abrirán las puertas del infierno. «Yo diría: Que se desate el infierno». Está mascando las palabras, al parecer frente a un grupo de periodistas que pocas veces son enfocados por el objetivo de las cámaras de televisión, quizás para hacer más realista el hecho de que Donald nos habla a todos los seres del mundo.

Cuando leo a Donald me lo imagino como a un ser bestial de ojos saltones e inyectados en sangre, de cuyas fauces escurren torrentes de baba espesa. Con esa imagen tan firme en mi cerebro, me decepciona bastante encontrarlo en ese estado de tranquilidad soberbia en el que siempre parece estar y que sólo se traiciona por el encogimiento perpetuo del ojo derecho.

Con una expresión mustia; con el único signo de su tensión, el ojo derecho a medio cerrar, en un guiño permanente; con un guiño envidiable —«Yo diría que todo el infierno va a estallar»—, el idioma que Donald habla se parece mucho al de un cantante de metal o al de un matón de películas del *far west*. O tal vez al capitán Beatty, el villano creado por Ray Bradbury para la novela *Fahrenheit 451*. Sin embargo, hay un error de tiempo en sus palabras; el infierno en el Oriente Medio estalló hace miles

de años, azuzado a veces por unos y a veces por otros. Supongo que cuando ocurra lo que él dice, el infierno del que habla arderá contra todas las personas que se crucen en el camino, de manera intencionada o no, en el intento de exterminar a los integrantes del grupo radical Hamás, quienes deben estar escondidos en lugares donde no está la población civil.

Pero a Donald las bajas no le importan, es imparable. Hace seis días, cuando estaba al lado del primer ministro de Israel, Benjamín Netanyahu, dijo que Estados Unidos poseerá la Franja de Gaza para transformarla en una Riviera.

Poseer es una palabra que conocí, con doblaje netamente mexicano, en muchas películas de mi infancia en la que el diablo o un espíritu maligno — hasta donde sé a ningún espíritu benigno se le ha ocurrido tal cosa— ocupa almas frágiles y las vuelven homicidas. En mi subconsciente, que no siempre escucha a la Real Academia, poseer significa someter, dominar, ocupar sin permiso, violar. En mi subconsciente, poseer significa desatar todas las atrocidades de la guerra, incluyendo las de la guerra interior, como cuando en las películas de miedo el asesino ni se imaginaba que se iba a volver malo, hasta que ¡zas!, era poseído. Consciente de la fragilidad de mi espíritu, desde que era pequeña le temo a la posesión tanto como a los asesinos. Y es justo eso lo que está vociferando Donald para la televisión, encuadrado en un plano medio: vamos a poseer el territorio gazatí, cueste lo que cueste.

*Si en este mismo instante un auto me chocara y pudiera escoger al auto que me va a chocar, elegiría un Chevrolet. No cualquiera; un Chevy, me inclino por uno destartado. Ojalá fuera nada más un impacto laminero, de esos que no lastiman a nadie.*

*Un choque, dios no lo quiera, sería algo ordinario en mi vida. De lunes a viernes, cada día recorro diez u once kilómetros a bordo de mi sedán clasemediero, con el que dejo una huella ambiental indeleble y desde el cual convivo con otros dos millones de coches, jamás con sus conductores. Como si se tratara de una competencia macabra, mis conocidos de la Ciudad de México no se resignan al hecho de que Guadalajara tiene más automóviles por cabeza que la capital. Aun así, me gusta la ciudad. Cuando me preguntan si campo o playa, siempre respondo que ciudad.*

*Es mi hábitat artificial. Soy la dueña de sus calles y avenidas, que recorro bajo un sol calcinante a sesenta kilómetros por hora cuando tengo mucha suerte. Lo malo son los otros; es decir los otros dos millones de vehículos, cuyos conductores reclaman el mismo territorio, casi siempre al mismo tiempo*

*que yo. Me hacen sentir menos dueña, sobre todo cuando son mejores o más recientes que mi sedán clasemediero. Cuando eso me pasa, y me pasa seguido, olvido todas las lecciones de civismo que yo misma imparto en la universidad y los desgraciados choferes me conocen, me conocen.*

*Mis hijos piensan que me transformo en un guarro en cuanto quito el freno de mano. Qué curioso, nunca han dicho que me transformo en una guarra. Están equivocados, pero me da vergüenza decirles la verdad, por miedo a perder su respeto para siempre. La verdad es que padezco un tipo de humillación motorizada; empiezo a putear en cuanto veo un coche mucho mejor que el mío, y eso ocurre en la esquina de la casa, antes de dar la primera vuelta, pues el engréido de mi vecino acaba de comprarse una Hummer de modelo reciente; eso decía su esposa el otro día. A partir de la esquina de la casa ya no paro en mentadas de madre y otros improperios que no puedo escribir aquí. Odio los automóviles de lujo. Detesto a sus conductores, a quienes a veces — cuando voy sola— alcanzo con sendos arrancones, sólo para buscarles la cara y hacerles gestos muy ridículos, pero muy sentidos. Otras veces me contengo de hacer muecas, pero entonces me saca los mocos con descaro, juego unos segundos con ellos y, antes de que el semáforo nos dé el paso, me los sacudo con violencia por la ventana, mientras miro de reojo sus caras de asco.*

*En realidad, me caen gordos casi todos los coches —también sus conductores—, de modelos más nuevos que el mío, que son la mayoría de los dos millones que circulan por Guadalajara. Mientras que a las carcachas y a los sedanes clasemedieros, a los Chevys, por ejemplo, les dejo el pase, los comprendo cuando impunes obstruyen un carril de tránsito y los disculpo si me echan el carro sin avisar, en cambio me porto ruin con los deportivos, las camionetas recientes y los jeeps de más de medio millón de pesos. Y soy abiertamente vil con los Mercedes clase A, B, C o sin clase, los Rolls-Royces, los Porsches, Ferraris, Lamborghinis y Maseratis. No se diga con los Teslas, tanto los Model X como los Cybertrucks, a los que puedo detectar a kilómetros de distancia. Lo malo es que nunca he podido mirar la reacción de sus conductores ante mi embestida de mocos, porque tienen los cristales polarizados. Miren nada más, los coches de lujo no tienen vidrios, tienen cristales.*

*No los soporto. Incluso ya tengo bien ensayado mi discurso cuando un tonto automóvil de lujo y el cretino de su dueño se atreven a tocarme, aunque sea la placa del sedán clasemediero. «¡Nomás porque traes ese pinche carro te sientes dueño de la ciudad, hijo de tu tal por cual!». Lo malo para mí es que hasta ahora sólo me han chocado vehículos por los que siento gran simpatía. Y que muchos de ellos no tienen seguro contra accidentes.*

A diferencia de posesión, *territorio* es una palabra hermosa. *Terra torium*, la tierra que pertenece a alguien, un territorio es un fragmento del universo; un lugar, y los seres vivos siempre andamos buscando uno para hacer posible la vida. Quizás por eso no hay hombre más angustiado que aquel que no encuentra su lugar, está fuera de lugar o, peor, que fue expulsado de su lugar.

El territorio es patrimonio, sentido de pertenencia, identidad, apego, memoria. Es una lástima que siempre esté perseguido por un calificativo de mala fama. Es resbaladizo. No hay tarea más difícil que conservarlo. «El territorio es un espacio de competencias, el resultado de una repartición de la superficie terrestre entre un conjunto de sociedades que luchan por su dominio», escribe la especialista argentina en estudios urbanos, Mijal Orihuela.

La lucha por su dominio —a lo que Donald nombra posesión— ha provocado las guerras más sangrientas. Es verdad que las hormigas, los colibríes, los koalas, los lobos y las plantas también matan y mueren en el reclamo de un espacio propio; su diferencia con los seres humanos y quienes nos antecedieron es que nosotros no queremos su dominio sólo por sobrevivencia biológica. Lo deseamos con lascivia porque sabemos que todas las posibilidades de inmortalidad habitan en nuestro territorio soñado, incluso en nuestro territorio corporal, el fragmento del universo que somos.

Los *Homo neanderthalensis* lo intuían hace cientos de miles de años. Dueños de un planeta inmenso para habitar y enterrar a sus muertos, habitaron la tierra tres veces más tiempo del que los humanos hemos estado sobre ella. Estaban dotados de deseo, conciencia, memoria, estrategia, instrumentos de caza, rituales, dioses, armas de guerra. Según algunas teorías, sus luchas territoriales, cuerpo a cuerpo o con garrotes y lanzas, contra los *Homo sapiens* habrían durado unos cien mil años. Unos y otros reclamaban el mismo mundo. Algunos estudiosos afirman que al principio los neandertales ganaron todas las batallas, en Asia central y el Oriente Medio —desde entonces tan vulnerable a ser poseído—. Un día los sapiens les arrebatamos la eternidad. Vencimos a su especie, olvidamos a sus deidades y alzamos las manos de reyes y reinas hambrientos de expandir sus linderos. Casi desde el principio la guerra se tornó contra nosotros mismos. E, igual que los neandertales, los emperadores y emperatrices del mundo insisten en que están aquí por órdenes del más allá.

Los dioses han sido grandes instigadores de las batallas que ha librado la humanidad por el dominio del orbe. No por nada dios es una de las

palabras favoritas de Donald. Son numerosas las veces que se ha recomendado a los rebaños hacerse de un cacho de superficie ajena. El Jehová del Antiguo Testamento es implacable cuando se trata de correr a la gente o de premiarla con un terreno. Esa costumbre empezó el día que Eva y Adán fueron expulsados de su lugar, el paraíso. «Levántate, recorre la tierra a lo largo y a lo ancho de ella, porque a ti te la daré», le dijo después a Abraham, en el Génesis 13:17. O, tal vez, sólo dijo Abraham que eso le dijo Jehová. Antes y después también se lo dijo a muchos otros, casi a ninguna mujer, por cierto; dios podrá ser muchas cosas, pero no es un woke.

Omitiendo todas las batallas de la Antigüedad, las guerras santas que salpicaron el mundo de sangre durante siglos y las que se han librado en los países de Asia y África, se me ocurren tres ejemplos locales y vulgares de ocupaciones basadas en designios sobrehumanos. Los mexicas habrían hallado su tierra prometida en 1325, tras obedecer, convenientemente, la orden de Huitzilopochtli de fundar Tenochtitlan donde vieran un águila agitando sus alas, parada sobre un nopal y desgarrando una serpiente; los desplazados por aquella misión celestial se tuvieron que callar la boca. Sin embargo, el imperio azteca pudo conservar su capital apenas 196 años, hasta que Hernán Cortés y los suyos, ungidos por un dios que entendía más de tecnología armamentista, les arrebataron el paraíso sin necesidad de desplazarlos, bastó con poseerlos. Salvando las dimensiones históricas y simbólicas, mi vecino, el taquero que vive a espaldas de la casa, «poseyó» ocho metros de mi lote el día que, por sus pistolas, decidí ampliar tu terraza con un nicho para la Virgen de Guadalupe. Atea como soy, no hallé cómo reclamarle, pues las historias del Antiguo Testamento y de la ira de dios siguen enquistadas en mi subconsciente. La tierra es de quien la trabaja, pensé para consolarme.

*A mi hija y a mi yerno se les ocurrió que sería buena idea que yo pasara un fin de semana en familia; es decir, con la familia extensa que incluía a mi consuegra Tencha.*

*Mi hija y mi yerno pensaron que a las viejas nos pondría de buen ánimo compartir las tardes junto a la alberca, los recuerdos de la juventud, las recetas del bacalao, el dulce amor de nuestra nieta. Les parecía muy natural que sus madres respectivas desearan un asueto así, siendo ambas consuegras, siendo viudas, siendo casi de la edad. Casi. Es importante decirlo, porque yo tengo 88 y Tencha, 93 años, que a nuestra edad se notan o deberían notarse mucho; no es así, para mi desgracia.*

*Desde hace tiempo arrastro un poco los pies, pero mis hijas piensan que los arrastro mucho y me compraron una andadera. Aunque al principio la andadera me pareció una extensión humillante del cuerpo, pronto se transformó en una tercera pierna de mucha utilidad. Tencha, en cambio, no usa ni un bastón. Tencha camina con la coquetería erguida de una mujer que ganó el aplomo el mismo día que perdió la juventud. Parece que lo hace para presumir; para echarme en cara que yo soy menor que ella y no puedo sostenerme. Hablando de sostener ella sabe que a mí me sostuvo mi marido con una vida modesta, mientras yo me dedicaba a la crianza de mis hijas, seguro mi yerno se lo contó. En cambio Tencha, aristócrata de nacimiento, pudo sostener su vida, a su marido, sus viajes a Europa y a sus nodrizas, mi hija me lo contó.*

*El caso es que el fin de semana pasado estábamos ambas en una casa de campo y desde el viernes Tencha quiso pasarme por delante todo el día, con ese estilo de caminar tan empeñado y petulante que tiene. Apenas desempacamos, me pasó por enfrente fingiendo que olvidó dónde habían puesto su maleta de viaje; más tarde me pasó por enfrente persiguiendo al perro, como una niña pequeña; detrás de mi propia hija, a la que le preguntaba tontearías, como si no había visto su traje de baño amarillo; luego, con una copa de vino blanco en la mano y, cuando estaba oscureciendo, con unos bocadillos de pan con queso ahumado, que se atrevió a ofrecerme, con la intención velada de sojuzgar mi dignidad, pues mi yerno debe haberle contado sobre mi intestino irritable.*

*Sin buscarlo, mi momento llegó a la hora de repartirnos en las habitaciones donde dormiríamos. Como necesito ayuda para moverme, mi nieta se ofreció a dormir en mi cuarto. Pude leer la cara ardorosa de Tencha, escuché el rechinado de su dentadura perfecta; así que el sábado decidí hacerme la consentida. Cada que pasaba frente a mí con su andanza ligera, yo les pedía algo a mi yerno, a mi hija, a mi nieta o a los tres: agua; un pan dulce; una aspirina, no mejor leche de magnesia, más ensalada; un pedazo de pastel, un poco más grande, por favor; un tequila; otro poquito de leche de magnesia; compañía para ir al baño, uy no alcancé a llegar. Tencha insistió todo el sábado con sus caminatas. Yo, con mis antojos y con mis achaques.*

*Al anoecer se tiró al pasto para jugar con el perro y fingió ser muy feliz. Su risa había perdido su aristocracia para volverse estruendosa y lastimera. Ya era demasiado tarde. Mi hijo, mi nuera y mi nieta se turnaban mi cuidado sin descanso y a Tencha nadie la volvió a mirar. Me parece que por eso se hizo la enferma. Hasta tuvieron que llamar a una ambulancia. Dice el*

*médico que no tiene nada grave, sólo agotamiento por su sesión excesiva de ejercicio. Sólo así logró Tencha hacerse de la atención de mi hijo, mi hija y mi nieta, que ahora se turnan, macilentos, para cuidarla en el hospital. Más les vale que reúnan fuerzas; mi andadera puede extraviarse en cualquier momento.*

Ha pasado casi un mes desde que Donald prometió desatar toda la furia del infierno sobre el territorio gazatí. Hasta ahora nadie da noticias sobre ese nuevo báratro prometido para la región, aunque sí de la tendencia lenguaraz que diseminó el presidente de Estados Unidos. «Vamos a desatar el infierno sobre los cárteles mexicanos [...] Están sobre aviso», amenazó a finales de febrero el asesor en seguridad nacional Mike Waltz, ante los gritos jubilosos de los asistentes a la Conferencia Política de Acción Conservadora.

Por supuesto, nada ha impedido que Donald atice otros infiernitos perniciosos, muchos de ellos con la palabra *dios* como telón de fondo. Ya violó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, al imponer 25 por ciento de aranceles a productos de origen mexicano y canadiense; ya aplazó la imposición de los aranceles para el caso de la importación de automóviles para sus conciudadanos. Ya se enfrascó en una guerra comercial con China y logró que este país aumente su gasto militar. Ya humilló en la Oficina Oval al presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski, y le congeló el suministro de información de inteligencia, ante la guerra que libra contra Rusia. Ya puso a Europa en alerta. Ya soltó que se apropiará del Canal de Panamá y de Groenlandia. Ya declaró, ante el congreso estadounidense, que esto apenas comienza...

Todos los días la intuición me susurra que debajo de la piel blanquecina, Donald es un ser bestial de ojos saltones e inyectados en sangre. La razón me dice que con él al frente del mundo podríamos acabar como los neandertales, extintos por ese afán «donaldiano» de poseerlo todo. La esperanza me susurra que él y todos los de su especie son una broma negra de un periodo que la historia se empeñará en olvidar.

Eso es lo que me susurra en un oído. Pero en el otro me grita que los conflictos entre sapiens seguirán y que siempre habrá territorios por poseer, ya sean países, diferencias entre carros o disputas por afecto y atención.

Quizás los sapiens no seamos tan sapiens después de todo. ✖

# Ánuar Zúñiga Naime

.....  
Ciudad de México, 1982. Su libro más reciente es *El meta-bolismo de los reptiles* (Ediciones Liliputienses, 2018).

## WAR NEVER CHANGES

ahora mismo no tengo  
trabajo no estoy  
en mi mejor momento  
me gustaría  
nos viéramos de nuevo  
de preferencia en el futuro  
postapocalíptico donde seré  
dueño de un búnker  
subterráneo tabletas  
de yodo y una ducha  
química que elimine  
hasta el 85%  
de la radiación residual

## HENRY ROLLINS LE DIO LIKE A MI COMENTARIO

antes yo era como usted

:

un niño que va persiguiendo  
un globo y termina en el centro  
de un campo minado

## HYDRAULIC PRESS

paso la mitad del día  
mirando videos de aplanadoras

:

aplanadora vs penca de plátanos  
aplanadora vs botella de champú  
aplanadora vs ojos de vidrio  
aplanadora vs pilas duracel

siento que es mi deber  
estar del lado de la resistencia

el resultado es casi siempre  
una maraña de alambres o una pasta  
o un montículo de polvo

pero a veces

cuando estoy a punto  
de abandonar la pelea

una lata de fijador  
estalla y ennegrece  
los bordes de la máquina ✖

# Fatherland Front

Myriam Moscona

Ciudad de México, 1955. Su libro más reciente es *León de Lidia* (Tusquets, 2022).



**Así lo soñé**, le explico a mi hermano.

—¿Sabes qué? Me turbó tanto que mejor lo anoté y prefiero leértelo porque tenía poco de haber despertado.

—¿No decías que amabas eso de Walter Benjamin?

—¿Qué cosa?

—Que nunca debes hablar de tus sueños al despertar porque los traicionas.

—No hablé con nadie. Después de darle unos sorbos al café, fui por mi libreta y escribí este fragmento:

Mi papá ya viejo, la cara flaca, consumido y sin memoria. Llevaba guantes negros y un saco grueso de cuadros café con leche. Hacía frío. Lo vi sentado, quería mostrarme un cuaderno de forma italiana a doble raya. Allí, papá escribía palabras sin ton ni son y una que otra línea, más estructurada, con caracteres cirílicos. El cuaderno estaba igual de viejo y gastado que él y lo sostenía con cierta dificultad entre sus manos enfundadas. Su cara tenía algunas manchas, seguramente con diseños similares a las que debía tener bajo sus guantes. ¿Por qué usas guantes, papá? Tú lo sabes, me dijo asintiendo con la cabeza. Conozco el mundo de los muertos, le dije, y no me engaño.

Se lo fui leyendo a mi hermano porque sabía que iba a darme una respuesta.

Me respondió igual que el cuaderno de papá, con frases inconexas.

La voz de mi hermano rebotaba, parecía estar hablando adentro de una concha de mar. Desprendida del sueño, así comenzó una historia de la que hubiera querido no enterarme esa mañana.

Volví a recordar los guantes negros y la sonrisa enigmática de mi padre anciano. Los guantes, me dijo la eterna voz intrusa, son para ocultar las manos llagadas. Tiene que usarlos siempre sin interrupción, hasta cuando se baña.

—*Savalí*.

¿*Savalí*? ¿Otra vez con tu ladino? No le digas *savalí*, no lo pobretees. Mejor ayúdalo, le digo, sin mover los labios, a la voz que siempre me pellizca por dentro.

Mi papá usaba guantes negros porque sus manos estaban llenas de costras de sangre. Mi hermano mirándome de frente, con claridad, me reviró con otro tema que, en realidad, era el mismo.

—Mira lo que dice aquí: «un partisano es un guerrillero que se opone a un ejército de ocupación. El término se refiere principalmente a organizaciones clandestinas de resistencia durante la Segunda Guerra Mundial».

¿A qué viene esa lectura? Además, hay mejores fuentes que internet, ¿no crees?

Y comienza mi cuerpo a reaccionar golpeado por la verdad.

Gracias a Ítalo Calvino fui entendiendo lo que el sueño me revelaba.

El infierno de los vivos no es algo que será: hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días.

No mucho después llegó a nuestras manos el único escrito de ese tiempo que se conservó de mi padre. Parece que lo escribió ya de mayor y con una prosa vigilada. Para mi sorpresa estaba escrito en un inglés perfecto, durante sus años postuniversitarios.

Era el inicio del invierno de 1942. Un grupo de muchachos búlgaros y yo estábamos en la loma de la montaña cercana a Plovdiv. Llevábamos diez o doce días a salto de mata. Habíamos perdido contacto con el grupo de mando. No sé si era diciembre o enero, pero había hielo en las laderas. Estábamos cercados. Se escuchaba el bullicio del fuego y unas cancioncillas alemanas. Comencé a no sentir el pie derecho. Quería darme una buena refriega de alcohol, pero hacerlo era perder un tiempo que no nos sobraba. El resto lo he olvidado.

El mayor era yo. A punto de cumplir 24.

Uno de los alemanes en el costado más occidental del monte estaba borracho y se había quedado dormido. Con el largavista, pudimos observar que entre sus manos sostenía un fusil colgado de los hombros con una cinta gris. Tenía la mano relajada cerca del gatillo y sus labios vibraban con sus ronquidos. Allí

se abría el único camino para escapar por la ladera. Si no nos apurábamos, nos reventarían en cuestión de horas o tal vez menos. Era clarísimo que iban a aniquilarnos y que no había otro sitio para huir.

Fui yo quien dio la orden. Yo la di. Toni era el mejor y sería él quien disparara.

—¿Estás seguro, León, de que es la mejor estrategia? —me dijo con los labios morados por el frío.

—Si a ti se te ocurre algo mejor, dilo en este segundo porque no nos sobra tiempo para hacer una asamblea. Asumo la decisión.

—¿Ah sí? ¿Y también te harás cargo de recoger nuestros cadáveres? Lo dudo porque estarás tendido en el hielo igual que todos.

Le menté la madre al tiempo que comenzamos la caminata. La adrenalina es más eficaz que cualquier analgésico. Mi pie comenzó a obedecer, como si el ardor del miedo calentara también el pie entumecido y sus cartílagos. Recuerdo haberle picado con fuerza las costillas a Toni en el momento calculado.

Vino el disparo exacto y la muerte instantánea del joven alemán. Ya era cosa de segundos. Teníamos que bajar antes de que sus compatriotas, mucho mejor armados, alcanzaran el lugar. Lo vi tirado con su esvástica cosida al traje. No tenía ni 18 años.

Comprendí el gesto de mi padre desde los vapores del sueño. Se dibujaba en mi mente con claridad, como si me dijera «entiende, por eso llevo guantes, necesito cubrirme la sangre». Lo comprendí todo. Mi padre dio la orden de matar al joven alemán.

—¿Seguirá pagando por dentro la muerte de un muchacho que dormía fuera del pelotón? ¿Será eso? —le pregunté a mi hermano a media voz.

—No lo sé. ¿Y tampoco sabes cómo se llama la organización rebelde en la que se enlistó, verdad?

—No.

—*Fatherland Front*.

—¿*Fatherland*? Es difícil de creer. *Father land*. Parece mentira...

A raíz del sueño de los guantes negros fui a buscar a un anciano. Yoshi. Fue amigo de mi padre y lo perdí de vista por décadas. Él guardaba ese escrito de papá entre cientos de papeles. Tenía noventa años o tal vez más. Vivía solo con una mujer zapoteca de dientes muy blancos que lo cuidaba en la calle Miami de la colonia Nápoles en la Ciudad de México. Yoshi no podía caminar, pero era lúcido y muy consciente de su condición. Nunca se lamentaba. Sus ojos lucían apagados tras una especie de membrana

viscosa. Era rápido en sus deducciones y su memoria seguía intacta. Su casa, tapizada por libros de historia, geografía y estética parecía que iba a caérsele encima. Le pidió a la mujer que le bajara el libro azul del tercer estante a la derecha. Lo hojeó unos segundos e inmediatamente localizó lo que quería leerme. Lo tradujo del búlgaro como si estuviera leyendo en español.

La fuerza armada del Frente de la Patria era el Ejército Rebelde de Liberación Nacional, cuyos destacamentos fueron organizados en los bosques búlgaros para combatir a las Fuerzas Armadas del Reino de Bulgaria y sus aliados, los alemanes del Imperio nazi. El Frente de la Patria, *Fatherland*, contaba con veinte mil guerrilleros, diez mil participantes de grupos de combate y apoyo logístico de aproximadamente doscientos mil simpatizantes. En los combates cayeron nueve mil 415 guerrilleros del Ejército Rebelde de Liberación Nacional y veinte mil enlaces y simpatizantes fueron asesinados por el gobierno fascista, ya sea mediante ahorcamiento o quemados vivos. Otras decenas de miles de militantes murieron en campos de concentración.

Volví a repetirme en silencio: «mi padre ordenó la muerte del alemán para salvarse el pellejo». El pellejo. Quisiera que Yoshi me ayudara a entender.

Él sabía más detalles. Por ejemplo, las palabras que mi padre dijo antes de salir hacia las montañas de Plovdiv, en Bulgaria, vestido con un traje caqui y una mochila de lona, llena a reventar.

Iban los dos muchachos. Es decir, Yoshi, años más joven que su compañero —y mi padre—, enfundados, los dos, hacia la misma noche.

Yoshi subió los ojos, recargó las manos en los brazos de la silla de ruedas con una sonrisa delgada, casi imperceptible, como si el recuerdo fuera una escena que sucediera allí, frente a sus ojos, en ese mismo instante.

—Te lo diré. Antes de desaparecer tras la puerta, tu papá le dijo a tu abuela: «Quédate tranquila, *maiko*, regresaré vivo». Y ella le suplicó: «No te vayas, hijo, recapacita, te necesitamos».

Gracias a Yoshi, comprendí que mi papá no soportaba pensar en las mismas posibles palabras que el joven nazi habría dicho antes de salir de su casa en algún lugar de Alemania. «Quédate tranquila, *mutter*. Regresaré vivo».

—¿Esto te lo confesó él, el anciano? —me pregunta incrédulo mi hermano a quien corrí a ver saliendo de la colonia Nápoles.

Toqué la mano rugosa de Yoshi y otra vez lo miré a los ojos en silencio.

—Tal vez por eso papá no puede acabar de morir —pensé para mis adentros.

Más allá de si era nazi o no, el chico era un jovencito que mi padre consideraba preso de una situación que no eligió. Era casi un adolescente. Pienso que toleraba mal haberlo visto morir a esa edad por una orden que él mismo dio, sí, aunque fuera un nazi. Mi padre era lo que hoy se llama el «autor intelectual» de su muerte. Dudo que durante los años de terror se empleara un término con tan poca monta militar. Aunque fuera un nazi, es muy probable que haya sido, por su edad, víctima de una situación sin salida. Estaba loco mi papá. No sé por qué esa tendencia a una empatía exacerbada, incluso hacia alguien que, de tenerte de frente, te hubiera humillado.

Yoshi me regaló el escrito de papá y no creo que pasara ni un mes cuando murió dormido.

Por las noches, regresaban escenas de mi sueño, volvía a ver sus guantes negros, me imaginaba sus llagas, su sentimiento de culpa, sus diálogos internos, su incapacidad para colocarse en un lugar distinto que el de su *lenta y razonada* destrucción. Aunque se haya muerto por negligente, por no hacerse cargo de sanar, también yo comienzo a justificarlo. Siempre las hijas disculpamos y protegemos la figura patriarcal. Con las madres solemos ser más exigentes, menos misericordiosas. Son nuestras iguales y de niñas sentimos una rivalidad. Al fin y al cabo, ellas son la pareja de nuestro primer amor. Y en aquellos tiempos, ¿quién iba a cuestionarse? Eso se actuaba con toda naturalidad, así salía, en crudo. Sin filtros.

Mi padre comenzó a fumar desde ese invierno en que dio la orden del disparo contra el nazi. Ya de mayor, proyectaran lo que fuera, se salía del cine a la mitad de la película, se apartaba de cualquier junta de trabajo; incluso se escondió en el baño del hospital cuando lo internaron en su primer infarto y hacía las cosas menos esperadas, hasta las más indignas, por seguir fumando. Su adicción a la nicotina lo tenía esclavizado. La misma semana de su muerte, a sus 47 años, sus pulmones recibían el impacto de setenta cigarros al día, como si en las volutas de humo se dibujara una bomba redondita y de apariencia fugaz, hasta que, un día, se activó. Tras esas volutas de humo, había un reloj invisible que él escuchaba por dentro, *tactictac tactictac*. Una cosa muy distinta es que fingiera no escucharlo. Lo que ya sabemos: todos los plazos se cumplen. ✱

# Jeymer Gamboa

Santa Cruz de León, Costa Rica, 1980. Su libro más reciente es *El desplazamiento circunstancial o Jardín* (Ediciones Liliputienses, 2024).

## NUESTRA PELÍCULA DE LAS VACACIONES

Un concepto más complejo que la muerte es el final de las vacaciones.

Mi hijo de cuatro años lo acaba de entender.

Guardamos flotadores, trajes de baño, el balde para levantar castillos, la luminosidad de la costa.

El agua es su definición de la felicidad.

En cada uno de estos viajes vacacionales parece que comprende algo nuevo

mientras que yo entiendo menos.

Pensé que la libreta iba a quedar en blanco.

Antes de regresar, en el malecón de Quepos,

mi hijo usa el renglón del horizonte:

cuando el sol se hunde en el mar,

¿en qué se convierte el mar?

Como no sé qué contestarle,

le paso mi mano por su mata de pelo dorado

que en ese momento refulge con el atardecer.

## NO EL SÍMBOLO SINO EL ESCENARIO AL QUE NOS LLEVA ESTE PAVIMENTO: LA INSISTENCIA DEL PUEBLO NATAL

Hay que estar rápido de reflejos

el domingo en la noche

al bajar del cerro lleno de neblina.

Luces altas que golpean de frente en una curva.

Animales que se arriesgan a cruzar la carretera y ser aplastados.

Desde el asiento trasero llega

la voz firme de mi hijo:

quiero que tu cuerpo sea igual

que el de mi mamá. ✖

# Morenga [Fragmento]

## Uwe Timm

Hamburgo, Alemania, 1940. Este es un fragmento de *Morenga* (Deutscher Taschenbuch Verlag, 2000).

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN DE GONZALO VÉLEZ

## AL OTRO LADO DE LA ROMPIENTE

El veterinario en jefe Gottschalk fue cargado a tierra por un negro. Afuera, antes de donde rompen las olas, ancló el *Gertrud Woermann*. Unos negros kru habían llevado a remo a los soldados a través de la rompiente. En la orilla había curiosos, entre ellos muchos soldados; también se podía distinguir, con sombrillas en las manos, a algunas mujeres. A Gottschalk le recordó un balneario, Norderney, donde alguna vez había estado de vacaciones. Los vendajes blancos de los heridos eran lo único que perturbaba esa impresión. Cuando la lancha encalló en la arena, Gottschalk había trepado en la espalda de uno de los negros que esperaban ahí. El hombre llevaba tan sólo unos pantalones de vestir deshilachados. Gottschalk sintió la sudorosa negra piel, olía a sudor agrio. Le dio asco. Con un suave giro fue depositado sobre la arena.

Gottschalk se encontró en tierra africana. Creyó que el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

Casi tres semanas atrás, Gottschalk había embarcado en Hamburgo en el *Gertrud Woermann*. La tarde del 28 de septiembre de 1904 se había desatado una persistente llovizna. Los caballos ya estaban a bordo, protegidos, en la bodega delantera. En la popa desaparecían aún cajas de municiones, piezas de artillería y provisiones. A las 18:30 horas aulló con una cauda blanca la sirena de vapor. Los visitantes tuvieron que desembarcar. Las escotillas habían sido apuntaladas ya, y revestidas con una lona impermeable. Abajo, en el muelle, había cientos de personas, parientes, amigos, curiosos, de

quienes, ahí arriba en la cubierta del barco, sólo se podían ver los negros paraguas. Los padres de Gottschalk le habían escrito que se encontrarían en el dique de Gluckstadt para hacerle señas de despedida, y que él debía hacer lo mismo desde la embarcación, de preferencia con un mantel blanco. Una banda de música de la 76 había subido al muelle y tocaba marchas. El piloto subió a bordo. La escalerilla fue arriada, y de pronto hubo en el barco un retumbo sordo que se reiteraba a intervalos regulares y que ahora habría de perdurar casi tres semanas, una ligera vibración de los tablones de la cubierta, el golpeteo de una correa. De la chimenea brotaban negras nubes de humo que, con la calma del viento, y puesto que el barco aún no avanzaba, eran empujadas por la lluvia sobre la cubierta. Pequeños residuos grasos de tizne se pegaban a la capa del uniforme gris de Gottschalk, y al tratar de sacudírselos le dejaron franjas negras. Y sólo ahora, cuando las amarras ya habían sido soltadas, cuando la banda de música tocaba una melodía tradicional para las despedidas, ante esa negra bandera de humo que, lentamente, tiñendo todo de hollín, se cernía sobre el barco, Gottschalk tuvo el repentino deseo de desembarcar. Allá se estaba librando una guerra que a él, estrictamente, en realidad no le importaba. ¿Cómo había llegado a la descabellada idea de registrarse de manera voluntaria? Por otro lado, los últimos días se había sentido contento de marcharse al Suroeste. En aquel lugar, mientras que en Alemania los días se volvían más cortos y más fríos, empezaba el verano. Desde su infancia, a Gottschalk se le repetía un sueño: no había verano. O bien se había quedado dormido todo ese tiempo, o bien, por motivos inexplicables, el verano no había llegado. Los oficiales y el personal de la tripulación en la cubierta gritaron tres veces un ¡hurra! al emperador. Gottschalk se oyó a sí mismo gritando tres veces ¡hurra!

Dos remolcadores arrastraron al barco de vapor fuera del muelle hasta el río. Sólo de manera borrosa se divisaban las luces del crepúsculo lluvioso y gris del camino de Ovelgonner que corre a lo largo de la orilla. Ahí los remolcadores liberaron las amarras e hicieron aullar sus sirenas en son de despedida.

Hacia las 22 horas el barco pasó por Gluckstadt. Gottschalk estaba solo en la cubierta del barco. La lluvia había aumentado, y también había empezado a soplar un ligero viento del Noroeste. Lo único que Gottschalk pudo identificar a través de la lluviosa oscuridad fue el fanal de Gluckstadt. En algún lugar en esa dirección se encontraban sus padres en el dique, con sábanas blancas. Tal vez ni siquiera habían sido capaces de distinguir las luces del barco de vapor.

Durante la travesía, Gottschalk tuvo que compartir una cabina con el médico en jefe, el doctor Haring, y con el veterinario asistente Wenstrup. El médico en jefe Haring, inmediatamente después de que el sobrecargo le asignara la cama, había colocado un cuadro sobre la única mesa de la cabina. La fotografía mostraba —como le explicó a Gottschalk— a su esposa y a sus hijas Lisa y Amelia. Ya el primer día de viaje Gottschalk se enteró de las intrincadas relaciones familiares de los Haring. Haring se había casado con su prima que, sin embargo, en sentido estricto no era en realidad su prima. Su tío había adoptado a la muchacha. A la pregunta de Haring de por qué él, Gottschalk, aún no se había casado, Gottschalk respondió que todavía no encontraba a la adecuada.

Wenstrup no participaba en esas conversaciones, ni siquiera cuando una vez Haring hizo el intento de incluirlo, mediante el comentario de que con la mala iluminación de la cabina era fácil estropearse los ojos. Y es que casi siempre Wenstrup estaba echado en la cama, leyendo.

A Gottschalk le hubiera gustado saber el título del libro que Wenstrup leía. Pero el libro estaba en un forro de piel de serpiente, y no quiso preguntar.

Él mismo había traído consigo para la travesía tres libros. Un libro de texto de inmunología, un manual de botánica sudafricana y una novela de Fontane, *El Stechlin*.

Con la costumbre de leer, Gottschalk, en sus inicios con su viejo regimiento, se había hecho merecedor de las bromas de algunos oficiales. Una ocasión lo encontraron, era incluso durante una maniobra, sentado bajo la sombra en la rueda de un carro, y en las manos un libro. Lo que lo salvó de habladurías de que era un tipo peculiar fue que minimizó el acto de leer como un mal necesario, ya que tenía que ponerse al corriente de los sucesos científicos. Pero por supuesto no se pudo ocultar que también leía novelas, que además eran novelas contemporáneas.

Gottschalk gozaba de la reputación de poder volver a poner sobre sus patas incluso a caballos con cojeras graves. Oficiales de tropa que creyeron que ese doctor de caballos les lamía las botas casi siempre se llevaron penosas sorpresas. El mayor Von Consbruch, durante las maniobras para el emperador, vociferó luego de que Gottschalk le recomendara tratar con cuidado a su caballo cojo. Más tarde, cuando las baterías entraron a galope, el mayor, en medio de la acción, tuvo que cambiarse a uno de los caballos de reserva que llevaban. El jefe del batallón galopando detrás de sus tropas no era una imagen positiva. Por ello recibió una reprimenda del general

comandante en persona. De casos así corría la voz, sin que Gottschalk hiciera ningún alarde de ello.

### REGLAMENTO PARA SALUDOS

En los barcos, a un superior se le saluda solamente una vez al día, la primera vez que se le ve. Un veterinario asistente tiene que saludar a un veterinario en jefe llevando la mano a la visera de su gorro, o bien al ala de su sombrero. La misma manifestación de saludo debe hacer un veterinario en jefe frente a un médico en jefe. Estos tres grados de servicio, a saber, veterinario asistente, veterinario en jefe y médico en jefe, deben efectuar primero ante cualquier teniente la manifestación de saludo arriba descrita.

El *Gertrud Woermann* había pasado ya el Canal de la Mancha, cuando por primera vez Gottschalk llegó a hablar con Wenstrup de cosas personales.

El viento había aumentado considerablemente, y hubo las primeras víctimas de mareo. Wenstrup le ofreció a Gottschalk una píldora contra el mareo. Gottschalk contó que había crecido en Gluckstadt, por así decir con barcos a la puerta de la casa. Su padre tenía ahí una tienda de productos coloniales y su abuelo materno una lancha para pescar arenque. En sus vacaciones escolares, varias veces había navegado a vela con él al banco de Dogger.

Dios nos proteja del fuego en alta mar, era una frase consabida que el abuelo de Gottschalk soltaba en cualquier oportunidad en un alto alemán más bien obtuso.

Wenstrup dijo que era berlinés, o sea una persona de tierra firme, y había traído consigo el medicamento como precaución.

De lo que sólo después cayó en cuenta Gottschalk fue que Wenstrup nada más a él le había ofrecido el medicamento contra el mareo, y no al teniente Von Schwanebach, quien iba severamente mareado, ni tampoco al jefe del convoy, el capitán de caballería Von Tresckow.

Durante el desayuno, Von Tresckow había afirmado que los del cuerpo de caballería no empalidecían tan fácilmente, ya que había demasiados paralelismos entre los caballos y los barcos. No se presentó al almuerzo. Por la tarde estaba en la cubierta de la embarcación, aferrado al barandal de borda, con la vista fija en la distancia. Alguien de la tripulación del barco le había dicho que eso servía. Su monóculo se balanceaba descuidadamente

colgando de su cordel, y golpeaba cuando el barco recalaba, produciendo un tintineo con un tubo de acero. Poco antes de la cena entró Wenstrup a la cabina y le dijo a Gottschalk que si quería pasar por los retretes, ahí podría formarse una idea de la fuerza de combate de la caballería de guardia.

Gottschalk encontró en el suelo, abrazando la taza del inodoro, con el rostro verde sobre el borde de porcelana blanca, al capitán de caballería Von Tresckow. Cuando Gottschalk le preguntó si podía ayudarlo, Tresckow respondió: Gracias, camarada. Ni siquiera alzó la cabeza.

En el diario de Gottschalk aparecen durante el lapso de la travesía casi únicamente las anotaciones diarias de los grados de longitud y de latitud, además de datos estándar del clima: nublado, encapotado, soleado, lluvioso. Sólo en tres días fueron hechas anotaciones algo más extensas.

### Entrada en el diario de Gottschalk del 8 de octubre de 1904

Trópico de Cáncer. En cubierta se montaron toldos. Por todas partes hay pelos de caballo. Por el cambio de clima los animales están perdiendo su pelaje invernal.

#### 10 de octubre

Es de noche, justo sobre el horizonte: la Cruz del Sur. Ganas de estar a solas, pero en vez de eso, conversaciones cuidadas y previsibles en el comedor. Una sensación de estar atado por dentro. W. simplemente guarda su distancia.

#### 13 de octubre

El barco atraviesa el ecuador. Al mediodía, justo a las 12, estando de pie uno podía cubrir su sombra con una gorra.

Wenstrup, quien se había dejado crecer toda la barba, a causa del ritual del cruce de la línea tuvo que dejar que un ayudante de Neptuno (representado por el sargento Ro., un viejo soldado colonial) lo rasurara con un enorme cuchillo de madera.

Durante el acto Wenstrup puso una cara de tal solemnidad, que parecía que estaban a punto de cortarle la cabeza. Todos rieron. También yo.

Una vez le preguntó Wenstrup a Gottschalk por qué se había registrado voluntariamente para ir al Suroeste. Gottschalk le respondió: Por diversos motivos.

Una fotografía: Gottschalk, vistiendo un raído uniforme caqui, una gorra con visera en la cabeza, está sentado frente a un vagón de entrenamiento. De la rueda de madera tan alta como una persona a la derecha en la imagen se pueden apreciar cuatro de sus rayos. Gottschalk tiene recargado el brazo izquierdo sobre una mesa de madera. Encima de esa mesa hay: una cantimplora, hojas de papel, lápices, una navaja de bolsillo y un cuaderno con forro de hule (su diario). Ojos oscuros, una barba oscura que de manera evidente se la había dejado crecer sólo unos días atrás, la boca con una curvatura amable. Una foto del recuerdo para los de allá en casa en Gluckstadt, así fue como posó para el fotógrafo. Se podría creer que al mirar a la cámara está conteniendo el aire.

A qué se dedica, por cierto, su padre, preguntó durante la cena el teniente Von Schwanebach.

Es comerciante de mercancías coloniales.

En la mesa hubo risas. Se creyó que Gottschalk se había permitido hacer una broma.

La balanza colgaba del techo encima de la mesa de la tienda. Cuando su padre pesaba cien gramos de azafrán, utilizaba pesas de cobre, que de diversos tamaños se insertaban igual que macetas pequeñas una en la otra. Lo que para el pequeño Gottschalk resultaba incomprensible, era que tantos dátiles, higos, bananas secas y almendras no se los podía uno comer así nada más, cuando uno tuviera ganas. (Lo cual sus compañeros de juegos nunca se lo quisieron creer.) Su madre tenía que negociar primero con su padre cuando necesitaba algo para cocinar. Las cantidades extraídas se anotaban en un cuaderno contable. Existía una frontera invisible entre la tienda y la vivienda en el primer piso, a la que sólo se podía llegar por una estrecha escalera desde la tienda. Para abajo aplicaban otras reglas, más severas, que para arriba, y al pequeño Gottschalk se las inculcaron de manera drástica luego de que alguna vez sacó un puño de almendras de un frasco de vidrio en un estante. Lo que ahí en la tienda se exhibía y se guardaba en recipientes de vidrio, costales y cajas, únicamente estaba esperando a ser pesado una sola vez algún día, para ser trocado por el propietario a cambio de monedas. Se hubiera dicho que la familia vivía de la espera.

El 11 de octubre el *Gerturd Woermann* ancló en Monrovia. Un secretario de la embajada subió a bordo con la noticia de que en el Suroeste los hotentotes se habían alzado. Eso será entonces llegar a lavar los platos sucios, dijo un primer teniente.

Quince negros kru fueron llevados a bordo. Su trabajo sería, al llegar el barco de vapor a Swakopmund, trasladar a los soldados a tierra en lanchas de remos. El médico en jefe Haring recibió la orden de examinar a los negros, que debían ser instalados en la proa.

En sentido estricto, un trabajo para nuestros dos veterinarios, dijo el teniente Schwanebach. Todos rieron, excepto Wenstrup. (Dr. Haring: Al hombre le falta sentido del humor.) A Gottschalk le pareció que él mismo había reído demasiado con los demás. En sentido estricto, no había tenido en absoluto ganas de reír.

Seis días después arribó el vapor a Swakopmund. En la noche oyó Gottschalk fuertes aplausos y luego el chirrido de la cadena del ancla. Pero fue otra cosa lo que lo despertó. Necesitó un momento hasta que lo supo: faltaba el zumbido con el repetitivo golpeteo, la ligera vibración de tablones, de las paredes de la cabina y de la armadura de la cama. Gottschalk consideró salir para dar un vistazo a la costa. Pero cuando oyó voces en la cubierta del barco y vio que el médico en jefe Haring ya estaba afuera, se quedó acostado.

Cuando a la mañana siguiente salió, para su sorpresa se encontró en una lechosa y densa niebla. Ni siquiera podía divisar la popa del barco. Sólo el rítmico murmullo y bramido de las olas rompiendo en una orilla indicaba hacia dónde quedaba la costa. Hacia las once horas se disipó la niebla. Un desértico paisaje de tonos marrones y grises apareció.

En la costa había dispersas algunas casas de ladrillos, barracas, chozas de lámina, carpas. Ninguna palmera, ningún árbol, nada verde en absoluto. A pesar de que Gottschalk sabía qué tipo de paisaje le esperaba, se decepcionó.

Luego de que los negros kru hubieron transportado a tierra firme a los soldados en botes de remos, fueron cargados los caballos. Uno por uno se les izó desde la bodega mediante cinchas con el cabrestante de borda, y luego se les soltó en lanchones de madera. Los lanchones fueron arrastrados por una barcaza de vapor hasta cerca de la rompiente, donde el equipo de apoyo, con ayuda de chasquidos de látigo, impulsó a los caballos al mar. En manadas nadaron a tierra firme.

Wenstrup llegó con el último bote. Había supervisado desde la borda la descarga de los caballos. Cuando el bote encalló en agua somera, se pudo apreciar que iba descalzo. Rechazó que un negro lo cargara. Con botas, espada y calcetas en las manos, vadeó hasta tierra firme.

El capitán de caballería Von Tresckow, quien estaba junto a Gottschalk observando a los caballos, los cuales estaban por todas partes, alborotados, y a los que las cuadrillas de las caballerizas poco a poco iban juntando, dijo: Los jamelgos podrán golpear y morder cuanto quieran: al final, no obstante, estarán al frente de un carruaje, y tendrán un cochero o un jinete que los conduzca con riendas y con látigo.

En Swakopmund, Gottschalk se enteró de que no iría a la Sección Norte, a Hererolandia, como estaba previsto, sino que había sido adscrito a la 8ª Batería, en el Sur.

En el Sur todo se ve bastante sombrío, dijo el teniente primero Ahrens.

Dos locomotoras jalaban al tren de vía estrecha a través del desierto. Gottschalk hubiera podido correr cómodamente junto al tren, de no haber sido por el calor. Estaba sentado igual que los demás en costales de avena. Por encima del vagón abierto con las provisiones habían instalado una lona como protección contra el sol.

Tan solo el capitán de caballería Tresckow llevaba puesta todavía la chaqueta del uniforme, y al cinturón, su pistola.

¿Querrá aquel montar la locomotora?, le había preguntado Wenstrup a Gottschalk cuando partieron, señalando la fusta del capitán de caballería. Gottschalk hizo como si no hubiera entendido. Más tarde, el tren había partido ya, salió a relucir, sin embargo, que la empuñadura de la fusta tenía instalado un pequeño encendedor de oro. Un aditamento especial de una fábrica de látigos en la región de Algovia.

Muy cómodo, dijo Tresckow, y eso mismo, cinco meses después, también lo habría de decir un hotentote, cuando, luego de un combate entre patrullas, encontró dicha fusta.

Cómodo porque, todavía justo antes de un ataque, uno podía encender un cigarrillo sin tener que hurgar un rato en las bolsas. Gottschalk se había puesto en la puerta abierta del vagón. Tenía la esperanza de que el viento del trayecto trajera algo de fresco. Era como si estuviera sentado frente al fuego abierto de una caldera. Afuera, en el calor vibrante, había una planicie árida, carente de plantas, en la cual destacaban de cuando en cuando peñascos escabrosos, y a veces, como si los hubieran esparcido por ahí, extensos cantizales. ✱

## José Javier Villarreal

Tecate, Baja California, 1959. Este poema forma parte del libro *Retratos de familia*, de próxima aparición en la editorial Vaso Roto.

### AUF DEUTSCH

Al estar hojeando *La vida es sueño*

me detuve en la descripción del caballo como una alegoría del amor.

Un batallón de soldados, un cuerpo de infantería, posó frente a una cámara.

Lo que el fotógrafo vio, lo que todos vimos, fue el contorno de un caballo,

la cabeza de un caballo en medio de la guerra.

John Donne habla de su cuerpo envuelto en una mortaja, unido apenas

por la frágil pulsera que rodea su muñeca;

pulsera, trenzada con los cabellos de la amada, que evita que su cuerpo se separe

deteniendo la corrupción de la carne.

Shakespeare cantó las andanzas de Cupido y nos explicó en verso cómo una

[dulce caricia

puede convertirse en una herida, en la escisión y desgarradura de unos colmillos, en el torso del amado.

Recién me entero que Else Lasker-Schüler, que murió en Jerusalén, y que el gobierno

alemán le retiró la ciudadanía,

fue, por un período de tiempo, amante del poeta y dermatólogo Gottfried Benn.

Hay una carta donde Paul Celan le pide poemas a Nelly Sachs. Esta vivía en

[Estocolmo

a causa del régimen nacionalsocialista que imperó en su país.

Celan, le dice que la señorita Bachmann, la futura poeta Ingeborg Bachmann,

[se pondrá

en contacto con ella.

Paul Celan e Ingeborg Bachmann fueron, por un período de tiempo, amantes.

[Él murió

en Francia, ella en Italia;

él congelado en un río, ella calcinada en una cama.

Tuvo un pretendiente que murió en Israel. Este pretendiente, al término

de la guerra, como soldado británico, le tocó interrogar a la señorita

Bachmann.

Ingeborg Bachmann, en la primera y única página de su diario, así lo consigna. En Canadá un músico se escondía en los interiores de su casa. La casa estaba rodeada por un jardín al que le seguía un bosque, una barda [de piedra y un camino de grava. Ahí, entre las once y las doce, él tocaba. Sus dedos se acompañaban de su mente, y su boca tarareaba aquello que no debía escucharse. Realmente no sé si tenía un gato, tampoco sé si tenía un perro, pero el gato maullaba y el perro se mantenía echado muy cerca del piano mientras él iba y venía del banquillo a la ventana. El caso, es que Glenn Gould siempre posó en camisa. Las *Variaciones* se hicieron [famosas, los austriacos recibieron a Hitler, Thomas Bernhard escribió *El malogrado* y el joven soldado británico, que interrogó a la poeta, se enamoró al descubrir que compartían los mismos gustos literarios. Sus caminos, pese a unas pocas cartas, jamás volvieron a encontrarse. Benn, el autor de *Morgue*, y traductor de *La tierra baldía*, ingresó al partido nazi. Fue expulsado, y se le prohibió publicar libro alguno. Su fama y reconocimiento vendrían mucho tiempo después. Ya para entonces había escrito ese poema donde se sacrifica, una a una, a pequeñas ratas, inocentes e insaciables ratas, que se alimentaban de las entrañas de una joven mujer que, sin explicación alguna, había muerto en un pequeño y oscuro motel. La joven, que yo no conocí, se despidió al abordar un taxi. Habíamos pasado la noche juntos; en otra ocasión cenamos y caminamos por el parque. Eso fue antes de que yo leyera el poema en un libro que encontré en la mesa [de novedades, en la librería, frente al restaurante donde ella se despidió al tomar el taxi. W. G. Sebald, el autor de la novela *Austerlitz*, y del poema en prosa *Del natural*, quien viviera en Inglaterra dando clases en una universidad del interior, escribió un ensayo donde puntualizó, según las normas de la guerra, que no había esperanza para frenar el bombardeo sobre la ciudad de Dresde. También escribió otro donde habla de la callada convivencia que suele imperar entre los muertos. El diálogo vendría después al tomar una taza de café, al llegar por la tarde y descubrir la misma calma, la misma gente; los transeúntes fuera, los parroquianos dentro. Años atrás, Hans Magnus Enzensberger, escritor de otra generación, compone *El hundimiento del Titanic*.

Estaba en Cuba, los sesenta terminaban; el amor y otras historias llegaban a su fin. El poeta Heberto Padilla, ganador del Premio Casa de las Américas, premio [que luego se le retiraría, tradujo el poema desde el poema mismo, ya que aparece como personaje, como un fantasma que será exhibido y humillado —fuera del poema— a principios de la década siguiente. Las purgas sociales llevan sus aguas muy lejos. Las lavativas, la higiene bucal, la paracentesis, busca el bienestar del paciente, pero los riesgos están ahí: el aire acondicionado, la enfermera que te lleva a la salita donde un doctor, con gran pericia, ve, más allá de tu piel, a través de una pantalla. Hace la punción donde esta [debe ocurrir. Los días y las horas, los minutos y segundos, empiezan a drenar; la mejoría es inmediata. Finalmente, y años después, Herta Müller quien, como Nelly Sachs, se hizo [acreedora del Premio Nobel de literatura, escribió un poema donde afirma que hay un hombre que habita en el café, que es tímido y callado, que gusta de estar detrás de la puerta y ve perros donde perros no hay. En un poema de Kenneth Koch hay un invierno, una primavera, un día especial, extraño y raro. La nieve no cae, pero es ahí donde Celan escucha el gruñido y le da por beber leche en un cántaro que le pertenece a Sulamit, aunque Margarete se lo haya prestado. Eran amigas, pero dejaron de serlo. Yo, en mi departamento, ceno un plato de frutas. No encuentro muchos nexos, tampoco una clara moraleja. Sin embargo, [lentamente, y al paso de los años, yo, que no entiendo alemán, me he ido enterando de todo. Como ese joven creado por Heinrich Böll que, frente a su padre, juega con una [moneda, con el brillo y el peso de una moneda, con la furia e impotencia de una moneda entre los dedos. ■

# Ora pro eo

## Ana Fuente

Ciudad de México, 1984. Su libro más reciente es *La Ley Campoamor* (Nitro Press, 2023) que obtuvo el Premio Nacional Dolores Castro de Narrativa 2019.

### —¿Podrías apagar tu música?

—¿Qué?

—Que si podrías apagar tu música, por favor.

—¿Por qué?

—Porque ya te dijeron que lo apagues durante el despegue.

—¿Y tú qué? ¿Eres azafata y viajas de incógnito?

—No, pero si se cae el avión no quiero irme de este mundo oyendo esa mierda.

—No es ninguna mierda, es...

—Me vale madres. Apaga tu puta música, mamón.

Agitada, Eloísa se acomoda en el asiento y respira profundo. Cuando trata de encontrar la verdadera razón de su mal humor, descubre que no son los pasajeros que gritan *more tequila* desde la fila 32, tampoco son las patadas de la señora del asiento de atrás, ni los codazos del vecino junto a ella; no es el hedor que se forma a partir del barniz de uñas, las papitas sabor a queso y los pies sin zapatos que la circundan. Es todo lo demás: la llamada, su marido, el viaje, su padre, su hermano. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo encontrar el origen de un estambre tan enredado que preferiría cortar a trozos? El origen es anterior, sin duda, al momento en que recibió la llamada.

—¿Señora Eloísa Fernández?

—Sí. ¿Quién habla?

—Su servidor y amigo, el comandante Z32 de la región noroeste —mursitó una voz ronca.

—Si me va a decir que tiene a mi hijo secuestrado, ahórreme la llamada. Soy más estéril que una mula. Si es para avisarme que tiene a mi marido, lo felicito por haber logrado sacarlo del putero. Quédeselo.

—No, señora Eloísa, le hablo por su padre.

—¿Quién? De ese señor no sé nada, así que si el secuestrado es él, ni se le ocurra pedirme un quinto.

La voz al otro lado de la línea guardó un breve silencio.

—Su padre ha muerto, señora.

Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo. No supo si se trataba de dolor, de alegría o del choque de ambos. Calló un momento al concentrarse en una infinidad de recuerdos cuyo almacenaje ignoraba por completo.

—¿Quién habla?

—El comandante Z32 de la región noroeste, su...

Eloísa lo interrumpió.

—Quiero un nombre.

—Ese es, señora.

—Pues no quiero hablar con un pinche número. Pásame a alguien que sí sea alguien.

La larga pausa terminó cuando el conjunto de voces de hombre que se escuchaban en el fondo se transformó en una sola que ella reconoció al instante.

—¿Elo?

Por su mejilla rodó una lágrima solitaria aun cuando seguía frunciendo el ceño.

—¿Qué pasó, Teo? ¿O tú también tienes un número especial?

El hombre al otro lado de la línea no se preocupó por contener la risa.

—No, no importa. Estas conversaciones no las oye nadie, no creo que estén metidos en tu teléfono. Ni a quién le interese oír cómo te puteas al Jairo, y mi apá nunca habló a tu casa.

Ambos estallaron en risas. Las voces de su infancia volvían a los oídos de Eloísa subidas en columpios que eran empujados hasta que lloraba de terror, en subibajas que la dejaban caer, en pasamanos aceitados y en carcajadas chiquitas.

—Cómo serás cabrón. Hay cosas que no cambian. Entonces, ¿se murió?

Teo suspiró para controlar la agitación de la risa y regresó a su tono solemne.

—No, lo mataron. Lo emboscaron. Pinches jotos, lo mataron como perro.

—Él, tan angelito.

—Ya, Elo. Ya perdónalo. Aunque sea porque está muerto.

Eloísa no quiso dar pie a esa conversación. El perdón a su padre, el perdón a todos; aquello que siempre entendió como su propia inmolación, su cooperación obligada.

—¿Por qué mandas al chofer a que me hable? Habla peor que policía de tránsito.

—Pensé que seguías enojada.

En una mentira más obvia que piadosa, dijo lacónica:

—Mi enojo se acaba de morir. Que lo mataron como perro, dicen.

—Ay, carnalita. Sí es cierto que hay cosas que no cambian. Te hablo porque necesito pedirte un favor.

—A poco.

—El cadáver de mi apá está en el Semefo, pero no sabemos dónde. Hay uno en Los Mochis y uno en Culiacán, necesito que vayas a reconocerlo y a reclamarlo. Con eso de que nunca le entraste a esto, tú ni has de tener expediente.

—¿Y si me quieren usar de chivo?

—No les conviene. No quieren mezclar temas, y tú como maestra sindicalizada perteneces a otros enjuagues. Además eres poblana. Ni al caso. El pedo no es contigo, era con mi apá y cuando mucho, conmigo.

—¿Qué hacía tu apá en Sinaloa?

—Nuestro. Quería la plaza, el muy cabrón. Se le hizo fácil y se lanzó a ver si sacaba algo. Tienes que ir ya. Si lo sacan de ahí ya nos chingamos, porque entonces lo habrán reconocido. Yo ya estoy acá en Guasave, en cuanto me digas dónde está, unos compas y yo nos lanzamos por el cuerpo y le damos sepultura. Ya hasta tiene su capillita preparada en el rancho.

Al término de la llamada, Eloísa se sentó el piso inhalando y exhalando con lentitud. Un nudo le obstruía la garganta al pensar en su padre, en la posibilidad de que tuviera, como cualquier otro, un descanso eterno. Sacó del escote de su blusa el crucifijo que le colgaba del cuello y lo sostuvo en su puño derecho.

—Que se vaya al carajo —murmuró entre dientes mientras se gestaba en ella una profunda náusea.

De la despensa de la cocina tomó una botella de tequila y le dio un trago que se convirtió en arcada. El recuerdo de su boda regresó tan vívido que volvió, como aquel día, a encerrarse en el baño. Su padre tocaba la puerta y le decía bajito que no se enojara, que Jairo era un buen muchacho y que la trataría como reina, que pedirla a cambio de la plaza de Reynosa y una feria para mantenerla era un acto de amor, como de príncipe de película.

Él, según decía, le enviaría dinero hasta que se establecieran, Jairo ya no quería estar en el negocio porque sería un hombre de bien y trabajaría duro para formar una familia junto a su esposa, su Eloísa.

Las aspiraciones de su marido le parecieron un chiste de mal gusto, incluso en el recuerdo. El llanto se hizo cada vez más cercano al evocar el consejo de su padre la primera vez que ella fue a dar al hospital. *No te pongas brava cuando se le pasan las copitas, hija. Es buen muchacho, pero a veces se impacienta. Tú también tienes tu carácter difícil, pero eres más lista. No caigas en el juego de andarte enojando por otras muchachas. Si él está contigo es porque te quiere a ti. Tú eres la mera mera.*

El primer connato de gemido se vio interrumpido por el sonar del teléfono.

—¿Elo?

—Si no voy a reconocerlo, ¿quién iría?

—Pus yo.

La decisión que hasta hacía un instante era evidente dejó de serlo.

—Si me agarran —prosiguió Teo— habrá sido en nombre de mi apá.

Eloísa suspiró y dejó que su cabeza cayera rendida sobre el muro detrás de ella.

—Mándame el boleto, pues. ¿Nada más hay que ir a reconocerlo y avisarte?

—Sí. Tú no digas nada. Todavía no se han dado cuenta de quién es el muertito porque está todo desfigurado. Se lo cargaron en Guamúchil, pero no sé a dónde fue a dar. Saliendo del Semefo de Culiacán me avisas. Si no está, voy yo a sacarlo de Los Mochis. Está en uno de los dos.

—Y si está tan desfigurado, ¿cómo lo voy a reconocer?

—Ay, Elo. No te hagas pendeja. Es tu papá. Mañana mando a alguien a que te deje una feria. Que ni la vea el Jairo, porque se la apaña. Te compras un boleto de avión a Culiacán y vas al Oxxo por un celular baratito y una recarga de docientos pesos. No le des a nadie el número. Yo te busco y me lo das a mí.

—Que conste que es por ti —dijo resignada.

—Gracias, carnalita, pero también era tu papá.

Aunque tiene los ojos abiertos, es una palmada en el hombro lo que la despierta del trance mientras una voz de mujer le pide enderezar su respaldo. El aterrizaje es más turbulento para ella que para el resto de los pasajeros, no sólo porque vuelve a tocar tierra, sino porque advierte que debe entrar a ese sórdido mundo del que no ha sabido nada durante años.

Ahora, por si fuera poco, tiene que ir a la Procuraduría a comprobar a qué huelen los oficialmente muertos. Con una pequeña valija en la mano izquierda y su bolso bien sostenido en la derecha, observa desde el taxi el verdor a las orillas de la carretera que conduce a Culiacán, ansiosa por saber si es él, por comprobar que efectivamente esté desfigurado.

Al llegar a la Procuraduría y preguntar dónde puede buscar a un familiar fallecido, un grupo de elementos de la Guardia Nacional se acerca a ella para hostigarla con preguntas obvias.

—No sé si es o no mi papá. A eso viene uno aquí, ¿no? ¿Por qué creo que es él? Porque me dijeron que había habido un enfrentamiento en Guamúchil y mi papá andaba por acá. Había venido a ver a unas personas y debía regresar hace unos días, pero no llegó. Mi mamá está preocupada.

—¿A qué se dedica su papá? —cuestiona un hombre corpulento mientras se acerca cada vez más a ella.

—Es agricultor. Y no es por nada, oficial, pero es mi derecho buscar a mis muertos.

—Uy. Ora hasta abogada salió la señora. Pues pásele nomás. ¿Quiere ver muertos? Allá usted. Yo nada más le digo dos cosas: no se vale quejarse de que no le avisé que va a ver cosas horribles y no se lo puede llevar.

—No me quiero llevar a nadie. Nada más quiero llevarle noticias a mi mamá.

Al caminar por un largo pasillo que parece congelarse a cada paso, recuerda a su madre. Siempre ha estado convencida de que el cáncer fue él, que el tumor enquistado en su cabeza no era otro que su marido. De tristeza, de frustración y de hartazgo, suele afirmar cuando le preguntan de qué murió. Aunque no la asesinó, piensa mientras el oficial abre la puerta, la dejó morir así, como si nada, y pudrirse en vida hasta que la enfermedad hizo que cupiera en un féretro del tamaño de un niño.

De pie frente a la sábana que cubre al cuerpo que yace de cara a ella, un mareo le invade el cuerpo. La habitación parece girar a su alrededor, el olor a formol que fracasa en ocultar la peste de la sangre seca la transporta a una pollería con el piso clorado. El guardia se sonríe sin pretender la menor discreción al tiempo que el forense sostiene los hombros de la pálida mujer.

La mirada de Eloísa recorre el cuerpo desde los pies. A pesar del *rigor mortis*, el cadáver completamente desnudo se desparrama hasta cubrir la plancha de acero casi en su totalidad. La mano que cuelga del filo la hace recordar su boda, el instante en que su padre la entregó. Aquel día le

secó las lágrimas antes de entrar a la iglesia y no logró más que dejar impregnado el olor a tabaco en su mejilla. Su padre, el de las manos gruesas y ríspidas, el que la condujo casi a la fuerza hasta el altar repitiéndole al oído el sonsonete de su agradecimiento porque «ella sí entendía lo que era la familia». Su mano, sus manos. Esas manos que utilizó para darle palmaditas en la espalda cada vez que Jairo la mandó al hospital, pero nunca para mandarlo a él. Eloísa se hace las mismas preguntas de siempre: ¿por qué jamás le levantó una mano a él? La plaza ya era suya, ¿por qué debía aguantar ella para que él no faltara a su palabra de honor? ¿Y Teo? ¿Dónde había estado todo ese tiempo? ¿Por qué habían podido hacerle ver su suerte a tantos pero nunca a Jairo?

Cuando el forense comienza a retirar la sábana, Eloísa cierra los ojos. Toma aire y aprieta los dientes con extraordinaria fuerza, como cuando se encerraba en el baño para sumergir la cabeza en una cubeta de agua helada hasta que dejaba de sentir la cara. Al abrirlos, contempla el cuerpo casi amorfo que hacía unos minutos se escondía bajo metros de tela blanca.

La voz del forense le ayuda a quitar los ojos del cadáver.

—Fue una balacera muy violenta. Hubo muchos muertos, pero según la edad que dice, este podría ser su padre.

—Ah, pues con este tengo. No me los vaya a enseñar todos.

Su mirada vuelve al muerto para descubrir que tiene las piernas evidentemente rotas, probablemente lo acribillaron en el piso. A partir de los muslos, es una verdadera carnicería: los incontables hoyos de las balas parecen pequeños lunares, huecos de oscuridad por donde le extrajeron la vida, piensa. Moretones y derrames llenan de color el torso. No logra callar la idea de una acuarela mal pintada, como cuando los niños ponen demasiada agua y se mezclan los tonos hasta rebasar las líneas, le dice al forense. Teo tenía razón, su rostro está completamente desfigurado. Una de sus mejillas ha desaparecido hasta dejar al descubierto un horrendo maxilar sin dientes, los ojos cerrados e hinchados lo hacen parecer un animal ahogado y el resto de la cara simplemente ha desaparecido para dejar al descubierto pedacitos de hueso.

Al terminar su minucioso análisis de la deformidad, toma la mano del muerto.

—¿Puedo?

—Si quiere.

La mano helada le hace pensar que está tocando metal. Rígido, como el de la sartén con el que Jairo la golpeó hasta cansarse porque ella pidió

ollas nuevas; gélido y duro, como la mano que pasó su padre por su frente cuando ella apenas recuperaba la conciencia. *Mijita, no puedes ser tan ambiciosa. Lo que tiene Jairo es lo que puede dar. No te le pongas tan exigente.*

Ya afuera, espera la llamada de Teófilo sentada en una jardinera frente a la Procuraduría mientras un sinfín de ideas e imágenes le revolotean con violencia: su padre cubierto de flores, su padre en el cielo acompañando a su madre y enterrado junto a ella. Su padre, el que regaló a su hija, el que la vendió a cambio de una plaza, el que la jodió de por vida. La complicidad de todos, el silencio de una familia que le puso precio. Su padre y su hermano, que siendo tan hombres no la defendieron nunca, que no sólo la vieron tirar su vida al caño, sino que se lo pidieron; ellos, que vivieron todas las comodidades del sacrificio de la Elo; ellos, que le mandaban flores al hospital pero nunca un peso para mantenerse, ni para mantener al haragán de su marido.

El celular interrumpe las vehementes alas de la memoria. Es la llamada, la inminente transformación de la víctima en verdugo.

—¿Fuiste?

—Sí. No es. Seguro está en Los Mochis. Lánzate para allá. Me dijeron que se habían llevado la mayoría de los cuerpos a la procu de allá.

—Ya. Gracias, carnalita. Hoy en la noche me lanzo por él. Ahora sí lo vamos a enterrar como se merece.

Eloísa besa el crucifijo que le cuelga del cuello.

—Sí, que lo entierren como se merece. Reza por él, carnalito, que yo rezaré por ti. ✱

## Denise Desautels

Montreal, Canadá, 1945. Su libro más reciente es *Disparaître autour de onze œuvres de Sylvie Cotton (L'herbe qui tremble, 2021)*.

VERSIÓN DEL FRANCÉS DE SILVIA EUGENIA CASTILLERO

### SOMBRÍA CONSTELACIÓN

que se amordacen nuestras gargantas y nuestras garras  
casi por todas partes un manojito de almas  
nos lo susurramos al son de todos los tábanos  
ya no hablo mi lengua ya no hablo más  
pero grito y risa resisten en i cerradas  
enardecidamente su pico lado crudo de los cráneos

ESCRIBIR es un lujo  
pero avanzar correr abrir esperar perforar  
en pleno púrpura ESCRIBIR yo vi el árbol  
y sus miembros caídos de Berlinde de Bruyckere  
tendidos heridos a contraluz vendados  
visto en un vacío colosal el Cristo adolescente  
colgado perdido desnudo de Miguel Ángel  
casi nada pasa libre y alto entre nuestros labios pero pasa  
por el ímpetu y la constelación

necesariamente ESCRIBIR  
y *el Matiz* que salva  
todo *el Matiz*

### SOMBRE CONSTELLATION I

que deviennent muselées nos gorges et nos griffes / un peu partout un paquet d'âmes / on se chuchote ça en dedans au son de tous les taons / je ne parle plus ma langue je ne parle plus mais cri et rire résistent en i serrés / vivement leur pique côté cru des crânes // ÉCRIRE est un luxe / mais avancer courir ouvrir espérer percer / en plein pourpre ÉCRIRE j'ai vu l'arbre / et ses membres tombés de Berline de Bruyckere / étendus blessés à contre-jour pansés / vu dans un vide colossal le Christ ado / accroché perdu nu de Michel Ange / presque rien passe libre et haut entre nos lèvres mais passe / pour l'élan et la constellation / nécessairement ÉCRIRE / et *la Nuance* qui sauve / toute *la Nuance*

## SOMBRÍA CONSTELACIÓN II

donde incluso los árboles se negaron a callar  
demasiados gritos desesperadamente circulan  
duro resultado  
ese recuerdo bajo la corteza

cómo resistir creer ESCRIBIR  
de la mordida en las manos  
decir *día* decir *yo amo*  
a flor de piel  
hasta lo más alto  
donde crecen brazos ramas sueños alas  
donde cuida la cabra roja de Chagall  
un Cristo crucificado  
BABEL SOLIDARIO

en lo oscuro de las gargantas  
ESCRIBIR grave  
en cada una de ellas  
decir *incluso la negrura susurra*  
su gusto de ímpetu y de constelación ✖

## SOMBRE CONSTELLATION II

où même les arbres ont refusé de se taire / tant de cris désespérément roulent / dure issue  
/ que mémoire sous écorce // comment résister croire ÉCRIRE / du mordant dans les pa-  
mes / dire *jour* dire *j'aime* / à vif / jusqu'à très haut / où poussent bras branches rêves ailés  
/ où veille chèvre rouge de Chagall / un Christ en croix / BABEL SOLIDAIRE // dans l'obscur  
des gorges / ÉCRIRE grave / en chacune d'elles / dire *même la noirceur murmure* / son goût  
d'élan et de constellation

*entre la obscuridad de la noche  
y la negrura de los hombres*  
Asli Erdogan

*entre l'obscurité de la nuit  
et la noirceur des hommes*

ASLI ERDOGAN

# Feliz cumpleaños

## Cecilia Magaña

Ciudad de México, 1978. Su libro más reciente es *Lo que no se mueve* (Veinti6 Veinti8, 2024).

**Marcela no puede quitar los ojos** del espacio donde debería estar el pastel. Las hermanas de José Luis tienen la cara brillante y ella siente una gota correr desde el pliegue detrás de su rodilla hasta el talón. Bebe del vaso de plástico y mastica hielo. El ruido no le deja escuchar a las tres mujeres que contribuyeron con bolsas de papitas y un aderezo cremoso para el que ha tenido que ir a la casa y volver con un paquete de tostadas.

José Luis pone la mano sobre su muslo y le da un suave apretón. Al menos las tostadas no están verdes, como el espagueti que ella estuvo a punto de preparar. «Aquí todo se pudre», dijo en voz alta aunque estaba sola y tiró la pasta con todo y envoltura. «Es el campo», se hubiera apresurado a decir él y respirado profundo, como para probar que el aire, cargado de ese moho que crece en las orillas de clósets y alacenas, también está pleno de oxígeno.

Ellas sonríen y la miran con lástima. Una seca las perlas de sudor sobre sus labios dándose toquitos con la servilleta, otra mira hacia la barra de metal que cruza el techo de la casa club. Las palomas han vuelto a reunirse.

—Seguro se cagan en las mesas.

—¿Y si nos vamos a la casa? —sugiere una.

—No vamos a caber. —José Luis hace un gesto hacia el resto de las mesas de plástico.

Los manteles azules son para mesas redondas y aunque Marcela los ha doblado para disimular los excedentes, parecen fundirse sobre las sillas.

—Lo bueno es que apenas tienes tres meses —dice la que alcanza el paquete de tostadas y usa las uñas para tirar de la liga.

—Imagínate a los seis —suspira la otra y se lleva una papa a los labios.

—Para entonces ya va a estar más fresco.

—Y con esos tobillos que tienes, quién sabe cómo se te van a poner.

—A mí siempre me han gustado los tobillos de Marce.

Ella aprieta la mano que José Luis aún no ha quitado de su muslo.

—¿No quieren ir a ver a los niños al parquecito?

—Seguro están bien, si algo pasa ya vendrán a dar lata.

—Ay, qué pena que se nos olvidara el pastel.

—Alfredo lo trae. —La mayor se abanica con un plato desechable.

—Nada más que den las cuatro, baja el fresco del cerro —insiste José Luis.

Marcela lo escuchó decir que iba a tomar notas para calcular la hora exacta de la reunión durante semanas, pero los sábados y domingos se queda dormido apenas se sienta en el sillón. «Nada más una pestañita», dice y pone música en el celular o prende la tele, se pierde por dos horas y despierta cuando está oscureciendo y ya pasó la ola de calor. Ella sabe que todavía falta, que el fresco no llega hasta las siete. Piensa en el aire acondicionado del coche refrescándole el pecho, las piernas, los pies que despega de las sandalias.

—Puedo ir por un helado.

—Ellos vienen de camino, ya no tardan.

—Qué bueno que invertiste, hermanito —dice la que insistió en que no se casaran todavía, ni siquiera por el civil—. Hay que estirar el dinero lo más que se pueda.

—Deberían aprovechar también, antes de que suba más el metro cuadrado.

Una se encoge de hombros, otra sigue comiendo papas, la mayor da pasos hacia la banqueta, se cubre la frente con la mano y desde ahí, da un par de órdenes a los niños que seguramente van a acabar empanizados de tierra o mordidos por un perro.

Los tacos que mandó hacer se entibian dentro de la vaporera, las moscas rondan. «¿Por qué hay tantas?», preguntó cuando recién se mudaron y él dijo que así era la vida de los pioneros. Los llanos por los que andaban las vacas habían estado ahí desde siempre, esperando a gente como ellos. «Somos muy listos, llegamos antes que nadie». Al caer el sol y muy temprano en la mañana, cuando él se va al trabajo, Marcela ve a un grupo de cebúes blancos pastar a sólo unos metros de la puerta. Sus pieles parecen terciopelo y sus ojos, canicas. El chorro de su orina, que sale en cuanto alzan la cola, es más grueso que el de la manguera en el jardín.

«No deje la basura afuera, doñita, aquí hay pumas», le advirtió el señor que las pastoreaba la vez que ella se sirvió un café y esperó afuera de la casa para sentirse así, pionera, como José Luis decía. Le contó, y los dos fueron caminando hasta la caseta de la entrada, donde el guardia se rio. «Son jaurías de perros, de esos que la gente viene a abandonar en la carretera para que no los sigan de regreso».

—¿Qué tal el parquecito? Ahora que Alfredo lo vea, seguro se anima —le dice José Luis a la hermana que, la hayan obedecido o no los niños, vuelve a la mesa—. Lo voy a llevar a que vea las canchas, hay una de básquet y otra de fut. Hay pista para correr alrededor de toda la barda para ti que corres, hermana. —Le hace un gesto a la que sigue abanicándose con el plato.

—Pero acá no hay gimnasios.

—No tardan en levantarlos —dice él y hunde una tostada en el aderezo que a Marcela le da náuseas.

—¿Todo bien? —susurra una al oído de la que fue a hacer señas a los niños.

La hermana asiente. José Luis se pone a hablar del arquitecto, de la gran entrada que va a dar la bienvenida a los visitantes cuando acaben la nueva sección y hasta de un lago con patos que ella no recuerda en ningún momento haber escuchado que iba a existir. Los imagina, a los patos y a los sobrinos de José Luis, echados sobre la hierba, a punto de ser atacados por jaurías de perros.

—¿No tienen sed? Los niños. Puedo ir por una nieve para ellos —sugiere y la hermana que ha ido a verlos mueve la cabeza: no, deslizándose los párpados lentamente, igual que hizo José Luis cuando dijo que el pastor y el guardia de la caseta la estaban vacilando.

«Querían asustarte para no batallar. Seguro los regañan los de la constructora porque no les gusta que dejemos el bote ahí afuera. No quieren que este lugar pierda categoría, que los hagamos ver mal». Ella comprobó a los pocos días que los vecinos, desperdigados y silenciosos, quemaban su basura en botes de fierro. El humo se elevaba por encima de las azoteas: aquellas casas eran de dos pisos y según él, la que ellos compraron podría crecerse igual. «Los cimientos están preparados para aguantar un tercer nivel».

—Imagínate, hermana, un piso para tus hijos, para ellos solos o para ustedes, si quieren el que esté más cerca de la azotea, donde hacen uno de esos patios con lucecitas y su asador. Ni les haría falta aquí la casa club.

Había visto los cimientos en la nueva sección y no pensó lo mismo. «Ni aljibe tenemos», se quejó. Él la abrazó por detrás y dijo que no hacía falta:

había pozos y un extenso manto freático. «¿De dónde crees que se alimenta el bosque, o quién lo riega con este calorón?», metió su mano bajo el resorte de su falda. «A ver, dime, de dónde», se rio ella, y entreabrió las piernas.

—¿Por dónde viene Alfredo?

—Es que fue por Miguel y Armando, dice que hay un trafical en el puente.

—Qué pena, de veras, hermano.

—Ah, no hace falta el pastel para celebrar.

Si termina el trabajo de la casa y su corazón empieza a latir rápido o le falta el aire, Marcela va a recorrer el muro perimetral del fraccionamiento y busca los árboles que, como él dice, han estado ahí desde hace cuarenta o cincuenta años. Como era complicado tirarlos o convenía aprovechar lo frondosos que son, los arquitectos planearon glorietas y parques alrededor de ellos. Les toma fotos y José Luis los busca en internet para decirle cómo se llaman. «Este es un encino, este es un tepehuaje; este, un pino triste» y a los dos les da risa porque en algunas páginas también lo llaman pino llorón y tiene las agujas como pestañas de aguacero. Le da miedo convertirse en uno de esos o en uno peor: un pino chingaquedito. «¿A qué hospital vamos a ir, si aquí no hay ni clínicas ni nada?».

—Nosotras vimos un Oxxo en el camino, ¿te acuerdas?

—Mejor que sí traiga un helado.

—Ni van a llegar —dice Marcela en voz muy baja.

Necesita otro hielo. Un vaso de agua. Se levanta y con ella la tierra que anuncia la llegada de una camioneta y un carro. Las palomas se agitan por encima de sus cabezas y dejan caer un líquido espeso que apenas libra las papas y ensucia el mantel. Ella lo cubre con una servilleta.

—Ya se nos hacía que no llegábamos. Me vas a tener que cambiar los amortiguadores, cuñado.

—¿Con esa troca?

—Yo nomás iba atrás de él para que abriera brecha, ¡feliz cumpleaños!

—Pues sí, con esos baches. Además, llevártela al taller ya no va a salir gratis.

—Nunca fue gratis, Alfredo.

—No, ¿verdad?

—Pensamos que se habían perdido.

Marcela se encamina a la hielera. Abre una cerveza y roba un par de sorbos. Se mete un hielo más a la boca. Mastica casi al ritmo de las palmadas que se propinan unos a otros. El sonido le recuerda a los cebúes y sus jorobas. Sirve el resto de la botella en su vaso.

—Allá están sus primos, miren, váyanse para allá.

—Ahorita que esté la comida les hablamos.

—¿No hay pizza?

—Son tacos.

—¿Y el pastel?

—¿Cuál pastel?

Esconde el casco detrás de la hielera. Agarra cuatro chelas frescas.

—Muchas gracias, siempre tan acomodada, qué bárbara, Marcelita, ¿cómo has estado?

Les entrega una a cada uno como respuesta y ellos la abrazan. Todavía fríos, casi helados, seguro traían el aire del carro al máximo.

—Te escribí para que lo trajeras, Alfredo.

—¿Qué?

—Pues el pastel de mi hermano.

—Es que desde que cruzamos el puente no hay señal.

—Aquí sí hay.

—Oye, pero esos baches no se los van a arreglar nunca. A menos que les abran otro camino para llegar hasta acá, no hay manera que cierren esa calle, ¿eh?

—A lo mejor si trabajan de noche.

—Ha de estar como boca de lobo, imagínate, ¿sí hay alumbrado? No me fijé.

Marcela da tragos largos, empuja hacia ellos los platos con papas. Las palomas no dejan de aletear. Hace un par de semanas, se subió a la azotea a revisar el tinaco porque el agua de la casa apeataba. Quería descartar que fuera algo que debieran reclamar a los arquitectos, antes de achacarlo a su embarazo. Lo descubrió sin tapa y, adentro, flotando en el agua, alcanzó a ver palomas ahogadas, no supo cuántas. «Aquí hay gente así, señora, se llevan lo que pueden, lo roban y lo venden. Si va a las tiendas que están en el camino, le venden su misma tapa», dijo el de la caseta y ella quiso preguntarle de qué servía él. «Vienen de noche, aprovechando que casi no hay luz y son calladitos para trepar las azoteas. Desde aquí, ni quien los mire. Por eso los de la constructora no ponen los tinacos hasta que ustedes se mudan».

José Luis la había regañado por subirse: «Ya no eres tú sola», le dijo y luego fueron juntos a comprar garrafones de agua, pastillas de cloro y una tapa nueva en las tiendas en el camino que atraviesa el barrio al que él llama cariñosamente «el Pueblito».

Marcela examinó el rostro de los muchachos que los atendieron, del viene viene que les indicó con una franela dónde pararse, del señor que dijo que sólo aceptaban efectivo y les entregó una nota escrita a mano. Los cuatro tenían cara de rateros. «Ha de haber sido el viento. Ya lo oíste en la noche», insistió José Luis. La primera madrugada que se había levantado a vomitar, Marcela había escuchado los aullidos del aire colándose entre las rendijas de la puerta, silbando por los agujeros en los marcos de las ventanas que después él rellenó con silicón. «Pronto va a haber más vecinos y te vas a sentir más segura. Mientras, ponemos herrajes». Aseguró la tapa con unos fierros y quemó las palomas muertas en el bote que en el que ahora ellos también quemaron la basura.

—¿Y los demás?

Dos de los niños se acercan a la mesa, sudorosos y oliendo a pollo mojado, como dice su mamá. Bebe de tirón lo que resta en su vaso.

—¿Pues a quién más invitaron que nomás no llegan?

—A los del nuevo taller —responde José Luis.

—Qué bueno, qué bien.

Ella misma los llamó, además de mandarles los datos por mensaje de texto. *Perdone pero stá pasando la Tuzanía verdad?* También le marcó a un par de los otros, los que José Luis había tenido que despedir cuando las hermanas decidieron vender su parte del taller. «Mi papá nos lo dejó a partes iguales, Marcela. Todo pasa por algo: es cansado ser jefe. Podemos comprar una casa, empezar de cero, tener algo nada más de nosotros».

—¿A qué hora es la comida? —pregunta el mayor de los sobrinos y agarra papas con la mano sucia—. ¿No hay pizzas?

—Voy por unas —dice José Luis.

—No, yo voy.

—¿Cómo crees, Marce?

—No me tardo. —Le da un beso muy cerca de la oreja y le susurra—: Es tu cumpleaños.

—Ay qué pena, hermano, si a nosotras nos tocaba comprarlo, deja les cooperamos.

—¿Te encargo unos cigarros, Marcelita?

—Pero aquí no se puede fumar. —Una de las hermanas hace un gesto hacia el abdomen de Marcela que todavía no se bota pero, según le han dicho ellas, no debe tardar por cómo le ha aumentado el busto.

—Nos los fumamos allá en donde dices que están los niños, sirve que les echamos un ojo.

—Te vas a aventar una hora.

—Por eso. —Le da otro beso rápido, esperando que no le note el aliento a alcohol.

Él mueve la cabeza pero le entrega las llaves y le da su cartera.

—Que se traiga a los demás invitados —ríe uno de los conuños.

«A lo mejor cuando ustedes ya no estén», quisiera contestarle, pero extiende la mano para recibir el dinero de los cigarros.

—De los rojos está bien, Marcelita.

La hermana mayor busca en su bolsa y saca cien pesos.

—Para el pastel.

El calor dentro del auto la abraza y Marcela enciende el aire acondicionado, apunta las rendijas hacia ella pero no abre las ventanillas. Prefiere coerse a darles la oportunidad de que le encarguen algo más en lo que se echa de reversa. «Ya no somos dos, Marce». Acomoda los espejos y el asiento a su altura, se pone el cinturón. Hace un último gesto al aire, una despedida con la mano sin mirar hacia la casa club, endereza el coche y avanza. El guardia sonrío como asombrado de verla manejar y ella pone la radio para no darle las buenas tardes.

El motor se queja pero Marcela no piensa bajarle al aire hasta que el pecho le duela de frío, como la vez que se fueron juntos a Vallarta y llegaron a un hotel a unas cuadras del mar. Los ventiladores de techo eran tan malos que terminaron bajando al estacionamiento para hacer el amor en el asiento trasero, felices y helados. A lo lejos, con una impresión ondulada de espejismo, alcanza a ver la fila de carros a vuelta de rueda y más allá, el puente.

José Luis le había pedido a sus hermanas el pastel de chocolate. «Es el que le gusta a todo el mundo, Marce». Ahora que es ella quien va a comprarlo, decide que será de zanahoria, el favorito de él, el sabor que elegirá si alguna vez tienen pastel de bodas.

El embotellamiento está cada vez más cerca y un conductor en la radio habla de desapariciones, de asesinatos, de las campañas políticas que ya pintan las bardas: «Vota por Fulano y mejora tu vida». Marcela reduce la velocidad y cambia de estación. Encuentra una de música y sigue el ritmo con los dedos sobre el volante, no conoce la tonada. Ve carros frente a ella que ponen la direccional y dan vuelta en u. Mira todos los movimientos que tienen que hacer para salirse del único carril y sus caras de fastidio cuando se integran a la fila en sentido contrario. Pone neutral en lugar de estar pise y pise el clutch. «No tiene caso, pero mejor que la gente lo haga así, para que nos lo traigan a arreglar después», suele decir José Luis y luego señala las placitas en obra

negra: «¿Qué crees que van a poner?». Un banco, una farmacia, una panadería de las que le gustan a ella, donde cualquier pieza cuesta 35 pesos. «Qué fifí», se burla y ella dice que lo que pasa es que él siempre escoge chiquitas, en lugar de elegir grandes, para que valga la pena. Si le preguntara ahora mismo, desearía que los pioneros de aquellos locales no vendan jamás pasteles ni pizzas. Quiere ir por ellas cada vez que su familia venga de visita.

Un perro se mueve entre los carros, indeciso de cruzar la avenida. «Aquí los vienen a tirar, le digo, unos todavía traen los collares puestos pero sin placas, para que uno no pueda regresarlos», le contó el guardia. Ojalá encuentre rápido una jauría para no estar solo y comer basura acompañado. «Tú crees que por amor tienes todo seguro», le dijo su madre cuando le habló. Replicó que no le había hablado para pedirle consejo, sino para invitarla. «¿Qué le voy a celebrar yo a ese muchacho?».

«Que me quiere, mamá», repite, moviendo los labios.

El perro ya está del otro lado y ella alcanza el inicio de la pendiente. Sólo se trata de seguir, ahora sí, con la velocidad puesta para que el carro no se vaya para atrás. Mira los autos y tráilers que corren por debajo, el grupo de personas que se aprietan en el andén, listos para subir al macrobús recién instalado en el Periférico. Las líneas de casas y edificios rodeados de postes y cables, los árboles con nombres que a nadie le interesan.

Los vuelve a ver cuando viene de regreso y detenida allá arriba, la esperan los anuncios con promesas de las constructoras, el humo de los vendedores de pollo asado, los prados inmensos. Lleva las pizzas en la cajuela, aunque tal vez no fue el olor a queso sino el cigarro que se fumó mientras las esperaba lo que le revolvió el estómago. Compró un paquete nuevo para que su concuño no la acuse y escondió en su bolsa la que había abierto. *Ya empezaron a llegar ls demas del taller*, le escribió José Luis. Dos cajas descansan en el asiento trasero, junto a un par de velas que él no se hubiera atrevido a comprar. *dnde vienes?* Del macrobús bajan sólo unos cuantos pasajeros, los que aguardan en el andén comienzan a empujarse. *todo bien?* Abre un poquito la ventana y tira el chicle de yerbabuena. *estoy en el puente amor que empiecen con los tacos casi llego.*

Su pecho está frío y a pesar del aire acondicionado, le cuesta respirar. Ha de ser culpa del cigarro. O del bebé, que también es un pionero y ocupa un hueco cada vez más grande dentro de su cuerpo. *textraño marce.* Sonríe, mira las cajas de pastel por el retrovisor. Uno es de chocolate; el otro, de zanahoria. Frente a ella, la hilera de coches se estira y el horizonte se borrea por el calor que sube del asfalto. ✱

# Mónica Hernández Mendoza

Guadalajara, Jalisco, 1994. Su libro más reciente es *Algunas reminiscencias de naranjas* (Herring Publishers, 2024).

## VESTIGIO JAZMÍN

I

Hubo un tiempo en que  
todas las sillas  
me recordaban a ti.

En especial las de madera  
o de color blanco  
con huesos de leche cálida.

Nuestras casas imaginarias  
estarían sólo amuebladas  
con sillas.

Una cama de sillas.  
Una mesa de sillas.  
Una estufa de sillas.

Protegiendo algo entre sus cuatro extremidades.

## II

Hay una gran cantidad  
de pintura negra  
en mi cerebro.

Deja manchas de diferentes formas  
en todo lo que hago:

Una estrella,  
humo,  
algo parecido a un corazón.

## III

Es mentira que de los cuerpos muertos

nacen flores  
musgo  
hongos.

De tu cráneo no crecerá un roble  
bajo el que alguien se cubrirá del sol.

Lo único que quedará es  
el eco de tus vísceras:  
una canción que nadie entenderá. ✦

# Dejando Guatemala por AmERiCa

## David Unger

Guatemala, 1950. En 2014 recibió el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias por su trayectoria literaria.

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE CARLOS PONCE VELASCO

**En 1957, antes de cumplir los siete años,** descubrí que las relaciones sociales en Estados Unidos se regían por la raza y el grupo étnico. Fue un sábado por la mañana, cuando mis papás, dos hermanos y yo desayunábamos en la mesa de formica verde en nuestra cocina de Hialeah, Florida. Las ventanas estaban abiertas de par en par y aun así se sentía un calor como para freír huevos sobre la acera. Faltaba mucho para que el aire acondicionado fuera una opción asequible. Imagina un verano en Florida, que comienza en mayo y termina en octubre, a doce millas de la playa, los ventiladores removiéndolo el pantanoso aire lleno de mosquitos. Aire estancado.

Una voz llegó por la ventana:

—¡Tomates, el chico de los tomates!

Fui corriendo a la puerta, era de las que tienen una ventana con persianas, y la abrí. Un chico de doce años, con camiseta de mangas cortas y ajustadas, y pantalones negros, se me quedó viendo con resignación y aburrimiento en los ojos.

N. del T. En la palabra AmERiCa se encuentran las letras en desorden de la palabra RACE (raza). Hallazgo que el autor hace evidente en el título como punto de partida para hablar de los conflictos raciales que existen en Estados Unidos.

Estaba tres escalones abajo de mí con una canasta de bejuco roja llena de frutos también rojos del tamaño de un puño. «Omates, de a dóla' la caja», decía arrastrando las palabras. Su piel era morada como una ciruela. Iba descalzo, ¿cómo podía soportar las hierbas con espinas y el pavimento ardiente?

Otro adolescente de color, como entonces se les decía a los afroamericanos (si se quería ser amable con ellos) estaba sentado en la caja de una vieja camioneta Ford verde de finales de los años cuarenta; junto a él se elevaban pilas de cajas con tomates a lo largo de las redilas. Ese chico, de unos 16, traía una camiseta blanca y se veía a gusto ahí sentado. Un viejo *negro*<sup>1</sup> (otro apelativo de los cincuenta) apoyaba su brazo sobre la ventana del conductor. El motor carraspeaba, el mofle inhalaba y exhalaba humo gris.

Regresé corriendo con mis papás y les dije que los chicos de los tomates estaban afuera y los tomates se veían deliciosos. Mi madre sacó un dólar de su monedero.

Yo le di el billete al chico.

Él puso una caja de cuatro libras de peso en mis brazos.

—La necesito de vuelta —dijo tocando la caja. El sudor se perlaba en su frente.

Asentí sonriendo y él me sonrió de vuelta. Si no hubiera estado trabajando podríamos haber ido a atrapar la pelota, jugar *indian ball* o *flies and grounders* en nuestro patio. Yo ya sabía bastante de beisbol para ese entonces, leer la sección deportiva de *The Miami Herald* me había vuelto lector en inglés. Este chico podría haber sido otro Mays o Robninson, quizás hasta un Satchel Paige.

¿En verdad podría ser amigo de este chico?

Lo más seguro es que viviera en una granja y no fuera a la escuela. No podría entrar a la Feria Gastronómica, la Farmacia Rexall o la tienda de manualidades Schell por ser «de color». Quizás su abuelo podía comprarse un paquete de seis cervezas en la Licorería de Mike, eso sólo si le confiaba a un blanco su dinero.

Los tomates eran esferas perfectas. Las cosechaban en sembradíos como a una milla de ahí, en Opa Locka, atrás de la base aérea. En Colored Town. Jerry Easley me advirtió que nunca fuera en la bici a «Niggertown»:

—Uno de esos «conejos salvajes» te va a robar la bicicleta, niño judío.

Cuando llegamos de Guatemala a Estados Unidos, en 1955, mi padre ya tenía 57 años. Había recesión en Florida, uno de esos

<sup>1</sup> N. del T.: Así escrito en el original.

vaivenes en los que se va de rico a pobre y de pobre a rico. No había oportunidad de trabajo para nadie, menos para la gente mayor, especialmente si tenían un acento raro. El inglés de mi padre estaba demasiado afectado por su alemán.

Después de migrar a Guatemala en 1933, mi padre dirigió el Royal Home, un hotel-restaurante para ciudadanos británicos. Tiempo después administró el comedor de la base estadounidense, a pesar de haber luchado con Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Antes de mudarnos a Estados Unidos, él y mi madre abrieron La Casita, un restaurante que servía champán, cortes de carne y langosta Newburgh, considerado el mejor restaurante en Ciudad de Guatemala. En nuestro último año ahí, mis padres obtuvieron una concesión para proveer a Pan American Airways comidas calientes para los pasajeros de sus nuevas rutas a Centroamérica.

Mi padre tenía don de gentes. En la década de 1920, después de la guerra, trabajaba dirigiendo una compañía de magos que viajaron de Hamburgo a Cartagena y a Guayaquil. Era un hombre culto y sociable; vestía trajes de lana y siempre era educado y cortés. Vendió entradas en un pequeño cine en Ciudad de Guatemala y tomó un barco lento a China, ahí fue empleado nocturno del famoso Palace Hotel en Shanghái antes de que los japoneses invadieran y se regresara a Guatemala.

Mi padre fue testigo de la invasión a China de 1937 por los japoneses. Trabajaba como empleado nocturno en el Palace Hotel. Nos contó cómo los soldados japoneses entraron al hotel y sacaron a todos los chinos para dispararles a quemarropa.

Le resultó muy difícil conseguir trabajo en Miami, pero finalmente lo contrataron como recepcionista en un Debb's House, un restaurante sobre la West 36th Street, al otro lado del nascente aeropuerto de Miami; el viaje en autobús era largo desde nuestra casa en Hialeah. Era el tipo de trabajo para él, platicando y acomodando comensales; su único problema estaba en sus altos estándares: fue crítico con la decisión del gerente de cambiar las servilletas de papel por unas de tela en su primera semana de trabajo y cuando lo escuchó por casualidad insultando a un lavaplatos negro al que llamó «bestia perezosa».

Un día, entró una pareja al restaurante. Mi padre les asignó una mesa cerca del aire acondicionado. Durante la cena, el gerente se acercó a mi padre y le preguntó por qué había sentado a «esos *niggers*» en un área reservada para

gente blanca. Mi padre le dijo que no sabía que el restaurante tenía diferentes secciones para personas de diferentes colores.

—¿Qué no ves que son negros?

—¿Y eso qué?, ¿qué diferencia hace? —Antes, él había trabajado durante seis meses para los ferrocarriles en Livingston, Guatemala, una villa de los garífuna.

—Unger, la próxima vez que llegue una pareja de *niggers*, siéntelos en la parte de atrás.

—Pero ahí hace mucho calor.

—Usted haga lo que le digo.

Ese fue el último día que mi padre trabajó en Debb's House.

No había chicos de color en la Primaria Palm Springs de Hialeah, aunque yo sabía que algunos vivían más cerca de la escuela que yo. También había algunos latinos.

Mis compañeros eran hijos de padres de clase trabajadora: mecánicos de aviación, policías, plomeros, lecheros y la madre soltera ocasional que trabajaba sirviendo cocteles o, en raras ocasiones, una cajera de la Feria Gastronómica o una estilista en la estética local. Ninguno de nuestros vecinos tenía título universitario, tampoco hablaban ni una palabra en español. No sabían de ópera ni de arte como mi padre. Ninguno era judío.

Cuando un compañero se enojaba contigo, te decía «tomatero» o *nigger*. Era normal. Mis hermanos y yo nunca llamamos a nadie *nigger*, pues la palabra suena horrible, aunque nos llamaron a menudo *kikes*, *spics* y judíos sucios. Teníamos ojos oscuros y cabello rizado como prueba de que éramos extranjeros. Un sábado por la mañana descubrimos que habían tirado huevos podridos en el costado de nuestra casa. En otra ocasión alguien pintó en un carrete de madera para cable las palabras «Lárguense, sucios gudíos». Al igual que los chicos de los tomates, sospechábamos que realmente no éramos bienvenidos.

Tenía como 16 años una tarde que acompañé a mi padre al Aeropuerto Internacional de Miami a recoger a mi madre, que había ido a visitar a su madre a Guatemala. Caminábamos por el vestíbulo cuando de repente vimos a un *negro* impresionante, rebasaba el metro ochenta y se dirigía directo hacia nosotros. Su traje apenas podía tapar sus ondulantes músculos y parecía querer estallar. Era guapo, llevaba el cabello corto y tenía una sonrisa digna de un rey.

Lo reconocimos, era Muhammad Ali. Estaba entrenando en el gimnasio de la 5th. Street de Miami Beach para enfrentarse después ese mismo año con Big Cat Cleveland Williams. Un delincuente con dos arrestos. Williams era un golpeador con bigote y una bala todavía alojada en su cadera para destacar su temple. Pero de nada le sirvió toda su fuerza cuando Ali anotó un decisivo nocaut técnico durante el tercer round en el Astrodome, era noviembre de 1966.

Mi padre rondaba el metro 76 y era un apasionado del box. Veíamos con fervor religioso las peleas de la *Cabalgata Deportiva* todos los miércoles y viernes en la televisión. Amábamos a Luis Rodríguez, Floyd Patterson y a Federico Fernández, qué buen estilo tenía. También odiábamos a boxeadores como Carmen Basilio y Gene Fullmer, quien propinaba palizas a sus oponentes durante los agarrones, lanzaba golpes bajos cuando el réferi no podía ver, daba golpes de conejo que martillaban la nuca de sus oponentes. Emile Griffith era nuestro boxeador favorito, ya que acabó en el ring con Benny Kid Peret, quien se burlaba constantemente del boxeador gay llamando a Griffith «maricón».<sup>2</sup>

Ali podía ser descrito con ballet: guapo, ocurrente y desafiante. No era ni *negro* ni de color, estaba más allá de toda clasificación. Era un orgulloso hombre negro con buena labia. Mi padre no sólo lo admiraba por el boxeo, sino porque no tenía miedo a dar su opinión y de alguna manera, contraria a él, parecía revelarse con su audacia.

Mi padre y yo abordamos a Ali.

—Quiero darle la mano —le dijo mi padre.

Ali sonrió y le tomó su manucha enclenque.

—Usted enorgullece a su gente —prosiguió mi padre, apenas podía articular sus palabras en un inglés entendible.

—Gracias —respondió algo perplejo el campeón.

Ali me dio su autógrafo en una tarjeta que tenía el himno de mi preparatoria en Miami Springs. Mientras él firmaba mi padre añadió: —Me gustaría invitarlo a cenar, usted siempre será bienvenido en nuestra casa.

Lo que mi padre realmente decía, era que en un Miami separado por razas, en donde los letreros en la playa prohibían la presencia de negros y perros después de las seis de la tarde, él se sentiría honrado si pudiera compartir el pan con Muhammad Ali sin importar lo que dijeran los vecinos...

—Quizás lo haga —respondió Ali. Sonrió de tal forma que pensé que entendía muy bien a lo que se refería mi padre.

<sup>2</sup> N. del T.: Así escrito en el original.

En 1964, cuando cursaba el noveno grado, nos mudamos de Hialeah a Miami Springs, pasamos de una casa sin aire acondicionado a una con climatización central. Tan pronto como nos mudamos, desde la primera semana fuimos visitados por fieles de las iglesias metodistas, luteranas y bautistas locales. Nunca les dijimos que éramos judíos, sólo que no estábamos interesados en asuntos religiosos.

En décimo grado, tomé un seminario sobre Humanidades del Mundo con el Sr. González, un exiliado cubano. En ese curso leímos *La naturaleza del prejuicio* de Gordon Allport y *El verdadero creyente* de Eric Hoffer; discutimos sobre raza, comunismo, la Sociedad John Birch y la Guerra de Vietnam. Leímos *Las religiones más grandes del mundo* y definimos qué vuelve a uno ateo o agnóstico. Escuchábamos música clásica y comparamos a Mozart con Beethoven y Stravinski.

Había un chico negro en la clase, Skid. Era un chico alto y delgado que llevaba una escuálida barba de chivo. Vestía con tonos oscuros hasta en interiores y se asomaba por encima de las cabezas cuando me susurraba algo desde la fila de atrás. Tenía una sonrisa agradable y una lengua muy roja que sobresalía entre sus dientes de conejo.

Su madre nos ayudaba en casa planchando y doblando la ropa desde que mi mamá consiguió un empleo de tiempo completo como secretaria de Pan American Airways. Skid y su madre vivían al otro lado del canal de Miami Springs, en la parte afroamericana de Hialeah. Era una zona triste, sin árboles y llena de baches, donde los postes del teléfono se tambaleaban.

Skid y yo incumplíamos la separación racial cinco días a la semana. En verdad nos caíamos muy bien. Él hablaba como un pantera negra y yo quería ser miembro de la Sociedad de Estudiantes por la Democracia.

Estábamos de acuerdo en que Satch Paige de las Ligas de Negros era probablemente el mejor lanzador de la historia, hasta que Sandy Koufax, un zurdo de Brooklyn, frenó su racha salvaje cuando anotó 25-4 y obtuvo la Triple Corona de Lanzadores en 1963. Era judío. Cuando se negó a jugar durante Yom Kippur, el día de expiación en el judaísmo, se convirtió en un héroe para la totalidad de la comunidad judía. Sin embargo, los dos entendíamos por qué era necesario tener héroes diferentes que reflejaran nuestra ascendencia sin necesidad de hablar al respecto.

Durante el último año escolar, en 1968, el Sr. González nos invitó a participar en un programa de televisión que salía al aire los sábados en la mañana, se llamaba *La juventud y sus problemas*. Recuerdo que Skid y yo esperá-

bamos sentados en la recepción, su madre y mi madre esperaban que llegara el momento para ir a filmar nuestro segmento. Martin Luther King había sido asesinado hacía un mes y Newark, en Nueva Jersey, y Gary, en Indiana, ardían. Lyndon B. Johnson había decidido no buscar la reelección y la protestas por Vietnam estaban al máximo.

Recuerdo que nuestro anfitrión, un liberal bastante simpático, estaba más interesado en exponer sus propios argumentos sobre cómo el democrático Estados Unidos encontraría una solución pacífica, que en cualquiera de nuestros problemas. Era un guerrero feliz al estilo de Hubert Humphrey. Skid habló admirablemente de Huey Newton y Stokely Carmichael, sostuvo que Malcolm X era el hombre indicado. Yo elogí a Ernest Gruening, William Fulbright y al padre de Al Gore, todos habían votado en contra de la Resolución del Golfo de Tonkín. Recuerdo que nos la pasamos bien en ese programa amedrentando a nuestro anfitrión. Pero ¿qué demonios con lo que pasó después? Ya en la recepción, Skid se fue con su madre a su casa y yo me fui con la mía. Lo más engorroso fue cuando la madre de Skid nos dijo: —Nos vemos el sábado en la mañana.

Skid escribió algo como esto en mi anuario: «Hermano, con tu mente brillante y buen corazón vas a llegar lejos en la vida. Quizás algún día nuestros hijos jueguen juntos. Nunca cambies».

Las palabras de Skid me rompieron el corazón. Él sabía que, entre los chicos del sur de Florida de nuestra generación, la brecha entre nosotros era infranqueable. Y hubiera habido algo de esperanza en esos sueños suyos, sin embargo, para entonces yo ya tenía muy claro que quería irme de Miami tan lejos como fuera posible. Así eventualmente terminé en Boston y después me enteré de que Skid se había enlistado para luchar en Vietnam.

La separación de razas era algo arraigado en Miami. Los negros vivían en Opa Locka, Allapattah, Overtown y el peligroso gueto que paradójicamente se llamaba Liberty City; adonde mi hermano y yo íbamos a comprar cerveza cuando estábamos en el bachillerato, le dábamos una propina de cincuenta centavos a algún chico negro para que nos consiguiera un paquete de seis por 2.50 dólares.

Los negros de Miami se molestaron mucho cuando, durante la administración de Kennedy, miles de cubanos llegaron a la ciudad escapando del castrismo y el gobierno les daba varios cientos de dólares a la entrada del país. Los cubanos adultos recibían cien dólares mensuales durante un año

para asimilarse en Estados Unidos. Al mismo tiempo, el salario mínimo era de un dólar y veinticinco centavos en Miami, lo que significaba que trabajando cuarenta horas a la semana un trabajador recibía 150 dólares libres de impuestos al mes. Nadie apoyó a la gente de color cuando llegaron a Miami desde Georgia, Luisiana y Alabama para trabajar en la pesca. O debería decir mejor que vinieron de Palatka y Pensacola, donde muchos de sus familiares habían sido linchados en el pasado.

Apenas en dos años, los afanosos exiliados cubanos ya se habían hecho con las gasolineras y los talleres de reparación de calzado en Miami, asimismo, habían remplazado a los negros como porteros y mucamas en los hoteles. Calle Ocho, a menos de una milla de Liberty City, se convirtió en su vía principal.

Los negros no tenían más opción que sentarse y mirar con los brazos cruzados. Finalmente, en 1968, se terminaron amotinando y francamente ¿quién podría juzgarlos? Por desgracia su frustración los hizo incendiar los pocos negocios de sus vecindarios. Pasarían décadas para poder reconstruirlos.

Cuando Obama fue electo presidente, en 2008, yo tenía viviendo más de treinta y cinco años en Nueva York. Mi esposa y yo hicimos campaña por él en el extrarradio de Filadelfia, en un pobre gueto blanco que me recordaba al Hialeah de mi juventud. Los blancos abrían sus puertas con desconfianza. No sabían quién era John McCain, supongo que creían que Obama quería sacar a George W. Bush (el tipo de estadounidense con el que se identificaban) de la Casa Blanca. Fue un día pesado, tocando puertas en la lluvia torrencial. Finalmente tuvimos algo de consuelo cuando una familia nos dejó entrar, eran negros y sus corazones se emocionaron al ver a un par de blancos cincuentones que estaban haciendo campaña por su candidato bajo la fría e intensa lluvia. Pienso en Satchel Paige. Les regalamos a los niños todos los broches de Obama que debíamos vender a un dólar cada uno. Su elección parecía providencial: quizás mi país adoptivo finalmente había alcanzado aquella grandeza de la que la constitución reza debe ser «la unión más perfecta».

Me pregunto si Skid pudo salir de Vietnam y regresar a Hialeah. ¿Se habrá convertido en electricista? Creo que en otro contexto habríamos podido seguir siendo amigos, pero la brecha social y racial que nos separaba en los años sesenta, en el sur, era titánica. ■



# Alessio Brandolini

.....  
 Frascati, Italia, 1958. Estos poemas forman parte  
 del libro *Tu corazón es un bombo* (Vaso Roto, 2025).

# TU CORAZÓN ES UN BOMBO

[Selección]

VERSIÓN DEL ITALIANO DE JEANETTE L. CLARIOND

## PIEL DE CUERO

Salir del cercado, armarse de valor  
 mirando lagartijas que gozan  
 bajo el sol, el perro que sueña. El silencio  
 relata una ciudad donde nadie  
 se oculta. La piel es cuero, cascarón  
 donde tallar círculos y, en su interior,  
 guaridas enterradas y nuestras pequeñas cruces.

El alba estalla y estoy en el balcón  
 pensando en las heridas que han vuelto  
 a sangrar en estos días de odio  
 y de puertos clausurados a los últimos, hijos y madres  
 que llegan desde lejos. Quedarse junto a ellos  
 en la oscuridad que se propaga, oculta las raíces.  
 El sol arroja sus últimas lanzas de fuego.

## PELLE DI CUOIO

Uscire dal recinto, farsi coraggio / guardando lucertole che si godono / il sole, il cane che  
 sogna. Il silenzio / riferisce di una città dove nessuno / si nasconde. La pelle è cuoio, gus-  
 cio / dove incidere cerchi e, all'interno, / tane sepolte e le nostre piccole croci. // L'alba  
 esplose stando in balcone / pensando ai tagli che hanno ripreso // a sanguinare in questi  
 giorni di odio / e porti chiusi agli ultimi, figli e madri / venuti da lontano. Stargli alle  
 costole / al buio che dilaga, nasconde le radici. / Il sole scaglia le ultime lance di fuoco.

## EL NUDO EN LA GARGANTA

a Simone

Más abajo de la hilera de casas bajas y entre ellas  
 la nuestra en un esplendor inaccesible.  
 En el verde del Comèlico: padre e hijo  
 ante un conflicto antiguo. El silencio  
 que te ofusca lo he percibido marchando  
 contigo en la montaña, más fuerte en la trinchera  
 entre las piedras ennegrecidas por el fuego de los soldados.

¿Dónde está la estrella asignada? Las manos  
 hurgan en busca del barco que lleva a la isla  
 del tesoro. Persigo huellas tras la muerte  
 de mis padres: huérfano en un año. Un bloque  
 en la garganta disuelve el olvido de los días, la voz  
 de quien parte o se queda. Ahora no tienes  
 tiempo para hablar de ello, tal vez en otra ocasión. ✱

## IL BLOCCO ALLA GOLA

a Simone // Sotto la fila di case basse e tra quelle / la nostra in uno splendore inaces-  
 sibile. / Nel verde del Comèlico: padre e figlio / davanti a un conflitto antico. Il silenzio  
 / che ti offusca l'ho avvertito marciando / con te in montagna, più forte in trincea / tra  
 le pietre annerite dal fuoco dei soldati. // Dov'è la stella che ci guida? Mani frugano / in  
 cerca della barca che conduce all'isola / del tesoro. Inseguo tracce dopo la morte / dei  
 genitori: orfano in un anno. Un blocco / in gola scioglie l'oblio dei giorni, la voce / di chi  
 parte o di chi resta. Ora tu non hai / tempo per parlarne, magari un'altra volta.

# El silencio de Rebeca

Gabriela Selser

Buenos Aires, Argentina, 1961. Su libro más reciente es *Crónicas de abril. La verdad sobre la rebelión de 2018 en Nicaragua* (2023).

**No conocí a Rebeca Joffe.** Mi padre habló de ella solamente una vez y nos pidió no volver a preguntarle nada. La referencia que las nietas teníamos a mano para imaginarla era una fotografía en blanco y negro tomada en 1911. Frente a la cámara, con un molino de viento retratado a sus espaldas como parte del sombrío decorado, dos mujeres ucranianas, una sentada en una silla de madera negra y la otra de pie, aparecen en rígidos vestidos oscuros que ocultan sus cuellos y brazos. Ella es mi abuela, la joven y robusta, con cara de luna llena. Observa de frente con seriedad, el ceño triste y los labios cerrados, de los que algún día dejaron de salir las palabras. Dos finas trenzas negras recogidas cubren sus orejas, por las que tampoco pasan los sonidos.

Rebeca tiene su mano izquierda oculta detrás de la espalda y la derecha, con un solo anillo, se posa sobre el hombro de la madre, mi bisabuela, una anciana menuda de nariz aguileña y manos blancas, el rostro enjuto envuelto en una larga bufanda tejida.

—Rebeca tiene la boca apretada, como contenida —dijo mi hermana frente a la foto.

—Era sordomuda —respondió papá bajando la mirada, en la primera, escueta y única alusión a su madre.

Mi padre, Gregorio Selser, no quería hablar de su pasado. Sus hijas no tuvimos la suerte de otros niños a quienes les comparten asombrosas



anécdotas de familia en la sobremesa o después de leerles un cuento, antes de dormir. Quizás porque él tampoco conoció a Rebeca. Tenía seis meses de nacido cuando ella falleció de cáncer, por lo que su infancia transcurrió en un orfanato para niños judíos pobres en Buenos Aires. Sus dos hermanos mayores, Isaac y José, fueron enviados a casas de parientes en el norte argentino. Y es que el abuelo Manuel, un carpintero judío alemán que reparaba durmientes del Ferrocarril Provincial de la capital argentina, fundado por franceses y belgas en los albores de 1900, no supo qué hacer con ese drama: su mujer lo había dejado con tres varones, todos menores de edad. Y ya antes habían padecido otra tragedia.

Mi madre nos contó un día, en susurros, que papá tuvo una hermana cuyo nombre nadie recuerda y que murió una noche de lluvia en la que Rebeca se quedó dormida mientras la amamantaba en su cama. No la oyó llorar, no escuchó el estridor de la asfixia bajo el peso de sus senos generosos. Al año siguiente nació mi padre, y seis meses más tarde Rebeca partió para siempre. Convertida en silencio por ese dolor indecible, la tristeza había invadido su cuerpo del útero al pulmón, envolviéndola en la mudez de la pena. Esa mujer humilde, huérfana de alegrías, desterrada de un paisaje que sigue sangrando por la guerra.

Viudo hasta la muerte en su doble exilio de amor y de culpa, Manuel vivió sumido en sí mismo por más de treinta años. Enfermó y dejó el ferrocarril.

A inicios de 1950, siendo novio de mi madre y convertido en un acucioso periodista autodidacta, Gregorio reservaba los domingos para visitar a su padre en un hospicio para enfermos mentales en el barrio porteño de Barracas, junto al Río de la Plata. A veces mi abuelo lo reconocía y lo abrazaba. Lloraban juntos, pero jamás le habló de Rebeca ni de sus duelos. Como tampoco papá lo hizo con nosotras.

Dicen que Rebeca quedó sorda a consecuencia de una meningitis que contrajo en la adolescencia, aunque nadie sabe a ciencia cierta por qué dejó de hablar. A lo mejor su mudez fue una secuela de la sordera, sumada a la impotencia y el desconsuelo de haber tenido que abandonar su tierra. O tal vez prefirió ahogar las palabras, convencida de que los recuerdos duelen menos si se quedan quietos, resignados.

Las escuetas referencias de su niñez provienen de los descendientes de su hermana Emma que, como ella, emigró a la Argentina desde Ucrania huyendo de los pogromos —como se conoció a los masivos linchamientos de judíos, que sumaron miles de asesinados en aquel país antes de 1888.

Mi prima Elena Kirilovsky, reconocida astrónoma argentina y nieta de Emma, quiso reconstruir la historia y hace algunos años viajó a Babrova, el diminuto pueblo natal de las hermanas Joffe, para recuperar los recuerdos. Nombrarlos. Honrar sus vidas.

En un barco que zarpó del puerto de Odesa algún día de algún mes de 1912, Emma y su esposo, Aleaquim Kirilovsky, se embarcaron con sus cuatro hijos para escapar de la muerte en un transatlántico prestado por el barón Moritz von Hirsch, un empresario y filántropo alemán impulsor de las colonias de migrantes judíos en Argentina. Elena no sabe si mi abuela Rebeca también viajaba en ese barco.

Aleaquim había sido contratado como maestro de la colonia y pudo aprender español durante la travesía. No así Emma, obligada a cuidar a los cuatro niños que entre risas y correrías hacían estragos en la embarcación. Otros familiares, amigos y conocidos también partieron, algunos ese mismo día, mientras la bisabuela Joffe, la anciana de la foto, se quedó en Babrova, incapaz de sumarse al desafío. No se supo más de ella. Por eso, cuando a Elena la invitaron en 2004 a una conferencia en Odesa para conmemorar el centenario del natalicio de George Gamov, un famoso cosmólogo ucraniano, aceptó emocionada. Era la oportunidad de viajar a sus raíces.

Con ayuda de unos colegas en Ucrania hizo contacto con la Biblioteca Nacional de Odesa y pudo localizar Babrova en un mapa oficial. La colonia judía aparecía con el nombre de Bobrovyy-kut (el cruce de Babrova) con mil cuatrocientos habitantes en 1888, una escuela, una sinagoga y un río...

Elena emprendió el trayecto al amanecer, en una camioneta de la Universidad de Lvov con un chofer. Era un día precioso. Atravesaron los campos sembrados de trigo, maíz y girasoles. Junto a la carretera los agricultores vendían tomates, peras, melones y sandías, frutos de una tierra sometida a interminables invasiones y bombardeos, como hoy.

Horas más tarde bordearon Nikolaye, un importante puerto sobre el río Bug Austral, centro de los astilleros de Ucrania y cuna del abuelo de Elena. Al final de los últimos dos kilómetros encontraron el paisaje buscado: ahí estaba el río, una cinta plateada que serpenteaba a través del inmenso valle bajo el reflejo del sol. Y de frente el cartel: Bobrov-y-kut.

Cuando entraron al poblado, Elena contuvo la respiración. A ambos lados de la calle polvosa surgían modestas casas de madera, todas con jardincitos, gallinas y árboles. Un edificio derruido parecía haber sido la sinagoga. Un kilómetro más adelante llegaron a la sede de la Municipalidad, donde la recibió la intendente. Le preguntó qué buscaba y al escuchar el relato sacudió la cabeza. «No queda nada», dijo mirando al suelo.

«Los nazis irrumpieron en Bobrov-y-kut una tarde de septiembre de 1941 y terminaron de realizar con saña y una ira descomunal la tarea iniciada décadas atrás por los rusos: se llevaron a los habitantes a un campo en las afueras y los fusilaron», agregó la mujer.

A continuación, la condujo a una oficina y sacó de un cajón una lista escrita a máquina. De los mil cuatrocientos habitantes de la localidad, en 1941 sólo quedaban 916. Elena leyó «Ioffe» y se echó a llorar desconsoladamente. Ahí figuraban, familia por familia, todas las víctimas. ¿Quién se ocupó de llevar ese registro? Entre la intendencia y la vieja escuela donde dio clases su abuelo, y que estaba aún en pie, mi prima se topó con un muro blanco con la misma lista grabada, *In memoriam*.

Minutos más tarde entró a la oficina una mujer que se identificó como Marcia Moiseevich, tenía cinco años cuando la masacre y fue rescatada por una familia que le dio refugio y la crió. Ella le contó que el cementerio quedó destruido en la segunda gran guerra junto con la sinagoga, transformada luego en una fábrica de aceite.

Mi prima Elena tomó fotos, intercambió nombres e intentó buscar nuevas pistas sobre otros Joffe, o Ioffe, que pudieron haber sobrevivido. Supo de uno que volvió del frente en 1946 y murió de viejo, y de otro que cayó en combate. Le sugirieron entrevistar a un historiador en la cercana ciudad de Jersón, pero ella no quiso. Ya no podía más. No tenía fuerzas para seguir preguntando. Sintió una punzada aguda en el pecho, al reconocerse

parte de aquella historia de violencia planificada y brutal desarraigo, para la cual nunca ha habido reparación, mucho menos justicia.

Caminó hacia la puerta sin decir gracias ni adiós. También ella había enmudecido de rabia ante el daño provocado por los autores del genocidio, monstruos desatados por la ira más primitiva. La ira heredada a las víctimas en forma de tristeza, que se multiplicó por generaciones y se instaló en algún recodo de la memoria sellando los labios de mi abuela, que tal vez dejó de hablar para no despertar a los fantasmas del horror. ✖



Rebeca Joffe, de pie (Foto: Archivo de la familia Selsler).

# José Ángel Leyva

Durango, 1958. Uno de sus libros más recientes es *Exorbitante* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2024).

## POEMAS DE GUERRA

### PASTORES Y PROFETAS

El islam esquiaba en los inviernos de la Guerra Fría  
Kabul es una ciudad antigua cruzada por un río

No se llega a Afganistán por mar sino por aire  
afirmaba un joven instructor a los pioneros  
Los muchachos se van a combatir a la guerrilla  
sus botas aplastan la nieve con ritmo militar  
la mezclan con fango en las ciudades blancas

Allá espera impaciente en las montañas  
No volverán del desierto los campeones  
los últimos ausentes de la historia

Vendrán las prótesis del miedo a sostener la noche  
En canchas de hockey limpian rayas  
de patines abandonados por los pies  
Bastones podridos en el agua

Vendrán sin souvenirs sin sol sin nada qué contar  
Allí donde hubo mar deambulan los pastores  
con sus rebaños de óxido y de sal  
sobre minas y bombas sembradas en la arena  
entre huesos que asoman u ocultan su aridez  
a la intemperie o a la corriente de agua subterránea  
No se llega a Afganistán por aire ni por mar



## SU NOMBRE ES BAGDAD

Atado a la mano de sus seis noviembre  
camino por abril sobre preguntas lilas  
Frágiles revientan debajo de la suela del zapato  
Su aroma luminoso asciende a la nariz  
Estalla la ciudad poblada de presagios

—¿Las bombas apagan el color del Sol  
o le quitan la sombra a las personas?—  
Me pregunta el niño con su voz de sabio

—¿La guerra despinta el corazón  
o sólo seca la sangre de la gente?  
¿Papá, cómo se matan las sonrisas?—  
Las jacarandas son lágrimas aéreas  
en la ciudad más grande del planeta  
donde el olvido desecó sus lagos  
y convirtió en escombros a los dioses  
de la lluvia, del maíz, de la creación humana

—Papá, ¿cómo se llaman las voces que ordenan  
desde lejos la explosión del mundo?  
En esta primavera me quedo sin palabras ✖

# De la guerra sin fin al genocidio

Naief Yehya

.....  
Ciudad de México, 1963. Su libro más reciente es  
*El planeta de los hongos* (Anagrama, 2024).

## ESTADO DE GUERRA

A comienzos del siglo XXI sentí la urgente necesidad de organizar mis ideas y percepciones de los conflictos bélicos que bajo el mantra de la Guerra contra el Terror estremecían y reordenaban la política internacional. Era evidente que habíamos entrado a una nueva fase de violencia militarizada, expansionismo y capitalismo depredador. Después de la vergonzante derrota que sufrió Estados Unidos en Vietnam (1965-1973) y ante su incapacidad de derrotar a Corea del Norte (1950-1953), la cúpula militar sentía la urgencia de reinventarse y sobre todo de reclamar algún triunfo. Así fue como tuvieron lugar las incursiones en la isla caribeña de Granada en 1983 y la invasión de Panamá en 1990. Estos modestos ejercicios bélicos sirvieron como preparación para acciones mucho más ambiciosas como fue la Primera Guerra del Golfo Pérsico en 1990, que abrió las puertas a un intervencionismo mucho más agresivo en el Oriente Medio del que llevaban practicando. Después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos lanza una misión de gran escala contra Afganistán para eliminar al Talibán que había dado santuario a la organización islámica

Al Qaeda. Ese conflicto terminó en otra debacle vergonzosa en 2021 pero dio la oportunidad sin precedente a las empresas armamentistas de enriquecerse y experimentar con sus arsenales sobre la población afgana. En 2002 las acciones bélicas se extienden a Yemen en otra guerra no declarada que sigue y en 2003 a Irak, donde los niveles de muerte y destrucción fueron inmensos. La presencia militar estadounidense sigue aún ahí. Justo cuando fue lanzada esa invasión publiqué *Guerra y propaganda. Medios masivos y el mito bélico en Estados Unidos* (Paidós, 2003).

Las acciones bélicas de Estados Unidos y sus aliados venían a cerrar un siglo sangriento de guerras, holocausto, consolidación de esferas de influencia y colapsos de potencias mundiales. Mi enfoque radicaba en la forma en que estos conflictos se presentaban, justificaban y vendían a la población estadounidense y al mundo como acciones de defensa indispensables contra «terroristas», es decir, asesinos sin ideales que tan sólo querían causar terror. La propaganda era fundamental para presentar actos de agresión injustificables que implicaban la muerte de miles de ciudadanos, destrucción de infraestructura, saqueo y devastación por motivos de reordenamiento geopolítico. Y para ello era indispensable emplear los términos «terrorista» y «terror», con lo que se despolitizaba la lucha y se le convertía en una guerra entre el bien y el mal. Los terroristas no podían tener valores ni decencia ni derecho a sobrevivir, eran simplemente seres inmorales desechables, villanos de utilería definidos más por sus representaciones cinematográficas que por sus orígenes, métodos de lucha, objetivos y sufrimiento que los ha llevado a algún tipo de lucha armada. Imaginamos que un terrorista es aquel que lanza un ataque contra civiles desarmados, lejos de un frente de combate, pero el uso del término se ha extendido para incluir a cualquier insurrecto al orden dominante.

En 2011 Washington emprende un cambio de gobierno en Libia que terminó con la destrucción del régimen, el estado y la vida de Muammar Gaddafi, quien murió siendo torturado por una turba. La devastación y el caos que dejaron los bombardeos y las acciones militares apoyadas por Estados Unidos y sus aliados provocaron que en poco tiempo hubiera mercados de esclavos operando libremente en el país. Los frentes de combate, las intervenciones, los ataques con drones y batallones de fuerza especiales se han seguido multiplicando en Asia y África. Los barcos militares estadounidenses están listos para asestar golpes en las áreas más remotas a la menor provocación. El Pentágono envía regularmente tropas de élite y material a sus aliados en Siria, Líbano y muchos otros lugares.

El gobierno de Joe Biden no parpadeó para colaborar estrechamente con el régimen israelí de Benjamín Netanyahu en el genocidio y limpieza étnica de Gaza y Cisjordania. Donald Trump anuncia que no enviará tropas a esa región pero al mismo tiempo ha determinado que va a «tomar la Franja de Gaza», lo cual abre las puertas a más intervencionismo, despliegues militares y represión de la poblaciones locales. La historia de Estados Unidos es una casi ininterrumpida serie de guerras, agresiones y brutalidad en contra de países vecinos y remotos; es la historia de conquistas, imposiciones de regímenes y el uso de las tecnologías de destrucción, transporte y comunicación para establecer un imperio planetario sin precedentes.

Después de la Segunda Guerra Mundial las potencias triunfantes impusieron un nuevo orden y el planeta quedó dividido en dos bloques de influencia. La Guerra Fría vino acompañada por una gran abundancia (aunque no una justa distribución), crecimiento económico (en gran medida por desarrollos tecnológicos) y aparición de instituciones que buscaban garantizar la paz, la defensa de los débiles y la preservación de los recursos. Así se adoptan sistemas de protección de la salud universales en los países europeos y en unos cuantos más, mientras Estados Unidos conserva su sistema médico con fines de lucro pero permite la creación de un sistema médico accesible o gratuito para los mayores de 65 años (Medicare) y otro para los pobres (Medicaid). La educación se universaliza para todos hasta la universidad. La vivienda se hace un tanto más accesible a través de programas federales. Esta era de generosidad y socialización en Occidente comienza a debilitarse con la aparición del neoliberalismo, en particular de los regímenes de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Con ellos el conservadurismo volvía a ser una fuerza para restablecer viejas hegemonías, para volver a imponer el viejo orden que mantenía a los pobres y a los marginados en su lugar. Desde entonces hemos tenido la destrucción sistemática de los organismos, sistemas y recursos creados para reducir la pobreza, crear una sociedad más justa e igualitaria y con esto la guerra ha vuelto a ser inevitable e incluso apetecible para las potencias. Hoy con Donald Trump esto se magnifica y adquiere una dimensión mayor al ser presentado con toda honestidad y sin el menor pudor que usualmente tienen los Demócratas cuando destruyen programas sociales o los vuelven vulnerables para que los republicanos los terminen de sepultar.

Desde 1948 y la declaración unilateral de independencia del estado de Israel, Palestina se convirtió en el laboratorio del neocolonialismo, la limpieza étnica, el apartheid y el genocidio. La partición del territorio dictada por la Organización de las Naciones Unidas en dos estados, uno judío y uno árabe, en su resolución 181, de 1947, dio la oportunidad al sionismo de emprender una campaña para tomar la cuasi totalidad del territorio. Esto comenzó en forma con la Nakba, en 1948, durante la cual más de 750 mil palestinos (alrededor de la mitad de la población árabe de la zona) fueron obligados violentamente por milicias sionistas a ir al exilio, sus tierras fueron tomadas por colonos, la sociedad fue desgarrada, los nombres geográficos cambiados y pueblos enteros fueron borrados del mapa. Así comenzó la brutal supresión de la cultura, sociedad, derechos e identidad de los palestinos. Gran parte de los sobrevivientes siguen viviendo en campamentos de refugiados. La narrativa israelí, aceptada por la gran mayoría de los estados occidentales, es que los palestinos abandonaron su tierra voluntariamente o como un plan de los estados árabes vecinos que vendrían a expulsar a los judíos. Las guerras que lanzaron los estados árabes vecinos contra Israel fracasaron y dieron la oportunidad a Tel Aviv de expandir sus fronteras. Desde el comienzo del programa sionista cuando los palestinos trataban de defenderse de los colonizadores se les consideraba terroristas y antisemitas. Los despojos de tierras, destrucción de casas, expulsiones y masacres nunca se detuvieron y a cada expresión de nacionalismo o intento de defensa el ejército israelí y los colonos respondían con enorme violencia. Así llegamos a la situación actual y a esta mal llamada guerra entre Israel y Hamás, que en realidad es una continuación de la Nakba y una nueva etapa en el proceso de exterminio de la población palestina.

La matanza de mil ciento cincuenta civiles y militares el 7 de octubre de 2023 en Israel, durante la operación Diluvio Al Aqsa de las brigadas Al Qassam y otras milicias, dio la oportunidad al estado de Israel de convertir la destrucción de Hamás en una urgencia existencial. La propaganda israelí de la atrocidad (historias falsas de bebés decapitados o colgados, de violaciones masivas usadas como arma de guerra y descuartizamientos de gente por placer y diversión sádica), así como el ocultamiento de que muchos de los muertos ese día fueron resultado de las acciones precipitadas y la reacción desproporcionada del ejército israelí (en particular la

directiva Hannibal) que había sido sorprendido y humillado, hizo que la sociedad se uniera en su deseo de venganza. Antes de este ataque, el primer ministro Benjamín Netanyahu había declarado en varias ocasiones que en Israel no había ni el consenso ni la voluntad de lanzar una campaña para exterminar a Hamás, una fuerza militar que se estimaba en unos veinte mil combatientes. Pensaban que una acción militar semejante duraría cinco años, se perderían las vidas de cientos de soldados y numerosos civiles morirían como daño colateral. La operación Diluvio Al Aqsa, a la que convenientemente llamaron «el 11 de septiembre israelí», creó las condiciones políticas y emocionales, así como el apoyo internacional para lanzar una masacre y una limpieza étnica despiadada.

Con su superioridad tecnológica y la doctrina de la «transferencia del riesgo» que propone que en un combate en zonas densamente pobladas se usen municiones operadas remotamente para tener un mínimo de pérdidas humanas, los altos mandos del ejército y el gobierno decidieron que el precio de muertes palestinas civiles sería altísimo. Después de más de quince meses de destrucción sistemática de edificios, instalaciones necesarias para la vida y todo tipo de bienes, así como de la muerte de alrededor de sesenta mil palestinos, Israel aceptó un cese al fuego el 19 de enero de 2025 que de cualquier manera el ejército israelí ha violado en docenas de ocasiones matando palestinos en Gaza y Cisjordania diariamente y bloqueando el acceso de alimentos y medicinas. Se puede anticipar que esta tregua no sea duradera ya que la opresión, el apartheid, la deshumanización y la violencia contra la población palestina no cambiarán si no es con acciones que realmente tengan consecuencias para el gobierno israelí.

La brutalidad demencial de este ataque derivó en que Sudáfrica y algunos otros países presentaran su caso ante la Corte Criminal Internacional, lo cual resultó en órdenes de arresto por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad para Netanyahu y su ministro de Defensa (ahora despedido) Yoav Gallant, así como contra los líderes de Hamás. En pleno desafío de esa condena Donald Trump invitó al primer ministro israelí a visitar la Casa Blanca, apenas tomó el poder. Aún antes de ser nombrado canciller de Alemania, Friedrich Merz también invitó a Netanyahu en un acto de desesperación por ganar su aprobación. Victor Orban, el primer ministro de Hungría también desafió a la Corte al invitar a Netanyahu. Esto pone en evidencia el nulo valor de la ley internacional cuando no apoya las políticas de las potencias. La principal víctima de este genocidio es el mito del orden internacional basado en reglas

que se impusieron a partir de la Segunda Guerra Mundial. La hipocresía de los líderes del «Mundo libre» es aún más apabullante al comparar las reacciones que ellos han tenido ante la invasión rusa de Ucrania y la matanza en Gaza que no sólo pretendieron no ver sino que armaron, justificaron y reprimieron a sus propios ciudadanos cuando se manifestaron contra el genocidio desde las calles y universidades de numerosas ciudades europeas y estadounidenses.

El ataque del 7 de octubre ha sido señalado como una masacre terrorista, como un acto brutal e innecesario. En cambio la desesperada situación de Palestina con la expansión cotidiana de los asentamientos que ha hecho imposible el establecimiento de un estado palestino viable en el hipotético caso de que Israel lo permitiera, además del estrangulamiento sistemático de Gaza desde el recrudescimiento del bloqueo de la Franja en 2007, ha sido ignorado e incluso justificado en gran medida por el mundo. A pesar de que el año 2023, antes del 7 de octubre, fue el más mortal para los niños palestinos debido al uso de la violencia mortífera de forma casual y cotidiana, rara vez los medios internacionales prestaban atención a las incesantes agresiones israelíes contra la población de Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este. Asimismo, todo intento de manifestación no violenta como la Flotilla de Gaza, que en 2010 buscaba llevar ayuda humanitaria a la Franja desafiando el bloqueo israelí fue interceptada, abordada y nueve activistas además de un periodista fueron asesinados a sangre fría a bordo; o bien La Gran Marcha del Retorno, en 2018, que consistía en manifestaciones masivas frente a la reja de separación de Gaza para protestar contra los doce años de bloqueo, fueron recibidas con balas israelíes que cobraron la vida de 266 personas e hirieron de gravedad (los soldados enfocaban sus lesiones en causar amputaciones) a unas treinta mil. Durante su primer periodo Donald Trump trató de promover un proceso de normalización de relaciones entre Israel y Arabia Saudita, en forma de los Acuerdos de Abraham, que ignoraban por completo a la población palestina. Las naciones árabes de la misma manera tan sólo apoyan la causa palestina de forma oportunista y sin la menor convicción.

### IMÁGENES DE UN GENOCIDIO

Todas las guerras son terreno fértil para atrocidades inesperadas, para descubrir y experimentar nuevos extremos de la crueldad humana, sorprendernos con los alcances de la desesperación y descubrirnos vertientes



desconocidas del horror. Cientos de millones de dólares despilfarrados en armas, equipo y servicios para la destrucción se traducen en interminables pilas de muertos, rencores imborrables, pueblos traumatizados y kilómetros cuadrados de destrucción. Sin embargo, una vez que callan los cañones y se despeja la proverbial neblina de la guerra, el mundo olvida el dolor de las víctimas y en la atmósfera quedan nuevas colecciones de imágenes que, en vez de servir como memorias antibélicas, pierden su potencial aleccionador y se convierten en entretenimiento morboso. El mito de la guerra se nutre de estas imágenes aterradoras, de estas escenas de muerte, confusión y pavor que pierden su capacidad de indignarnos, entristecernos, horrorizarnos o llenarnos de rabia, para en cambio volverse escenas de acción útiles para exaltar valores patrióticos, estimular la adrenalina y volver higiénica y aceptable la brutalidad de la próxima carnicería bélica.

El genocidio de Gaza es el primer crimen de esta magnitud que ha sido visto literalmente en streaming en el mundo entero, transmitido por los victimarios que celebran su carnicería y la destrucción como si se tratara de un entretenimiento digno de registrarse en Instagram o de celebrarse en TikTok. Asimismo, las propias víctimas han documentado cuando tienen

señal y su equipo de comunicación tiene carga, las atrocidades que les rodean, especialmente debido a que Israel ha asesinado a ciento setenta periodistas y trabajadores de los medios en Gaza (siempre afirmando que eran terroristas). La colección de imágenes de las matanzas, de bebés palestinos despedazados, incinerados y muertos de abandono en hospitales destruidos, muertos de frío o de inanición deberían perseguirnos por décadas y volverse elocuentes testimonios de la traición de Occidente a los palestinos y a nuestra propia humanidad. Habrá un momento en que todos aquellos que valoren su humanidad asegurarán estar en contra de un genocidio como este, pero por ahora la mayoría de la gente tiene miedo de ser acusada de antisemitismo o simplemente prefiere ignorar esta tragedia. Al confrontar a los defensores de esta matanza la respuesta inicial es que todo lo que se dice y muestra es propaganda de Hamás y que nada es verdad, pero al desafiarlos usualmente terminan señalando que esa masacre no es suficiente. Así pasan del negacionismo histórico de que Israel esté cometiendo un genocidio, a pesar de tener las evidencias frente a sus ojos, a la celebración del exterminio. Las declaraciones de naturaleza genocida por parte de políticos, figuras públicas, celebridades, comentaristas y el público israelí en general ponen en evidencia la deshumanización del sionismo y su aterradora lógica patológica. La cotidiana matanza de palestinos, su justificación, la victimización israelí, el desarrollo de drones asesinos, el uso de inteligencia artificial para elegir blancos, la reducción de precauciones para proteger a los civiles y el aumento desbocado de la tolerancia para las muertes colaterales han logrado normalizar el crimen más grande que puede ser imaginado: el genocidio. ✖

# Vida y muerte de un jardín de papel [Fragmentos]

**Menchu Gutiérrez**

Madrid, España, 1957. Estos son fragmentos de *Vida y muerte de un jardín de papel* (Siruela, 2025).

**En su libro** *Seis estampas de una vida flotante*, Shen Fou contaba algunos pasajes autobiográficos de su feliz vida conyugal, transcurrida en China durante la dinastía Qing. En uno de ellos, describía la construcción, junto con su esposa Yun, de un bellissimo jardín en miniatura.

Sobre el plato de cerámica, el jardín, extraído a la manera clásica de un fragmento de naturaleza privilegiada, desplegaba todo un paisaje en el que unas piedras semejaban roquedales, y en el que había escarpaduras, precipicios e incluso el pico de una montaña. Entre las rocas crecían las ipomeas; sobre la superficie de un pequeño riachuelo, las lentejas de agua. Tan vívida era la experiencia que los esposos debatían sobre el mejor lugar para pescar, el que brindaba mejor sombra o el que ofrecía un mejor panorama. Tal era su hechizo, de tal forma eran capaces de habitar este minúsculo espacio, que llegaron a pensar en la construcción de una casa a la que podrían transportar todas sus pertenencias.

Hasta que una noche, dos gatos que corrían sobre el tejado, mientras se disputaban una misma presa, cayeron juntos al jardín, haciendo añicos el plato y su precioso contenido.

Shen Fou concluye el breve episodio con estas palabras: «A pesar de su modestia, nuestra empresa había provocado el resentimiento de la Creación».

Y aunque el comentario se acompañe de una aparente aceptación, el espectáculo de las ruinas hace que sus artífices no puedan contener las lágrimas.

Por modesta que fuera mi empresa, yo había comenzado a escribir un libro que tenía al jardín por protagonista. Un jardín de papel más que de tierra, en el que me había propuesto escribir sobre algunos aspectos de la creación. En realidad, sobre lo que quizá haya escrito siempre: la poesía, el arte, la belleza, la magia, el juego, la duda y la muerte.

Y fue la muerte la que trastocó para siempre el jardín de este libro que, desde su primera línea, había sido concebido como un regalo para mi madre. Ella no sólo era la dedicatoria del libro sino la persona a quien estaba destinado.

La muerte de mi madre destruyó el jardín que también era el libro, y después de un tiempo de silencio insuperable, entre sus ruinas comenzaron a surgir flores y plantas de una savia diferente. También, caminos por los que nunca había transitado.

Ella misma comenzó a aparecer como impulsora de un libro diferente, y tuve que aceptar que, sin su apoyo inestable, de naturaleza evanescente —como esos regalos que a veces vienen de los sueños, que nunca puedes predecir, que no responden a un llamado—, no podía continuar.

Comencé entonces a escribir dos libros paralelos —de forma alternativa, según demandara mi estado de ánimo—, y en los que seguí avanzando entre las flores de un jardín que también era un cementerio.

Este es un libro que nace de las ruinas de un libro. Un libro que se construye y se descompone. Dos libros que dialogan entre sí, o simplemente crecen juntos, incluso si a veces lo hacen en dirección a la pérdida y la desaparición. Sus breves capítulos se suceden aquí en un orden o un desorden aparecidos una vez que se escribieron sus dos puntos finales.

El libro de memorias de Shen Fou fue publicado de forma incompleta. Los avatares de su vida hicieron que muchos de sus fragmentos se perdieran. Sobre los libros autobiográficos, necesariamente selectivos y por tanto fragmentarios, se cierne asimismo la pérdida y el accidente.

Quizá también todos los poemas se escriban solos y revelen su naturaleza visionaria mucho tiempo después de haber sido escritos.

Los gatos de Shen Fou me parecen ahora perseguidos a su vez por un perro, sobre el que yo escribí hace muchos años, y que hoy veo alejarse hacia el fondo del jardín con los pasos seguros y satisfechos de quien ha cumplido bien su trabajo.

*El perro destruye lo que habías plantado. Tú miras el desorden,  
los brotes incipientes  
empujados a la muerte,  
y no te escandalizas,  
sumas esa ruina  
al saldo de una deuda con la vida.*

\*

Un gigantesco girasol frente a un campo de girasoles. Una flor que crece frente a miles de flores iguales.

A última hora de la tarde de agosto, el campo de girasoles es un ejército de soldados humillados, de retirada tras haberse enfrentado al sol. Es como ver la individualidad aplastada por la maquinaria de la guerra. Del mismo modo, en la guerra, cada soldado pierde su historia, su familia, sus amigos, es un peón descondicionado, insensible en la mente de quien lo convierte en saco terrero de una barricada o en pieza percutora de un tanque.

Estos días en los que mi duelo me lleva constantemente al duelo colectivo de la guerra, recuerdo algunas de las conmovedoras entrevistas que leí en *El fin del «Homo sovieticus»* de Svetlana Aleksievich.

En una de ellas, una mujer relata terribles escenas de la guerra, hombres en llamas que avanzan en un carro profiriendo gritos y palabras incomprensibles. Pero la madre, la madre tenía que proteger a su hija de estos horrores, y había llenado de flores todas las ventanas de la casa. «Tú mira las flores, hijita, tú mira al mar», le repetía.

Pienso en todas las madres que cantan y juegan con sus hijos en medio de la guerra, que los protegen del mal con todo lo que tienen a su alcance.

Luego pienso en los miedos y en los dolores infantiles, y en el amparo que proporcionan las flores, el poderoso escudo de la belleza.

\*

Relee libros sobre la destrucción en la Segunda Guerra Mundial, sobre la locura de la guerra. De nada han servido sus advertencias. Muchos años

más tarde esta continúa, la eterna guerra simplemente se ha desplazado de escenario.

Los mortíferos drones sustituyen a las balas y a los cañones, en una especialización del aniquilamiento que no es posible eludir y que transcurre en paralelo a los ilusorios escudos defensivos.

Tantos muertos, tantas madres muertas con sus hijos en brazos, perdida la posibilidad de morir en los brazos de sus hijos en la ancianidad.

La guerra continúa también en la cabeza, atormentada por el balance diario de los muertos, por la visión de las madres deshijadas.

Piensas en esas ciudades arrasadas, de las que no queda una sola piedra en pie, y en las que ni siquiera es posible enterrar a los muertos. Ciudades que son cementerios sin tumbas.

\*

Intentar momificar la memoria es tan demente como jugar a esconderse frente a un espejo.

*La medianoche sacude la memoria  
como un loco sacude un geranio muerto.*

T. S. Eliot recuerda los geranios que el sol ha secado, observa el trabajo de la muerte por la espalda, como un espectador, mientras retuerce su tallo como si estuviera estrangulando a un enemigo, como si quisiera arrancarle palabras.

El geranio está tan muerto, como lo estarán el loco y el cuerdo. Porque todos los cuerdos llevan el tumor de la locura en su interior, y basta con que te arrebaten a quien más querías, o que la guerra con su ruleta mortal apunte a tu vecindario para que la cordura salte por los aires.

Escondidas debajo del felpudo de nuestras casas o de los rascacielos del mundo, la muerte y la guerra siempre están preparadas para incorporarse.

\*

La guerra una y otra vez. El duelo individual, que se toma sus tisanas de tiempo y se cubre con la manta para escuchar el tictac de la sangre, frente a un duelo interrumpido también violentamente, un duelo al que la supervivencia arrancase el dolor.

La guerra arranca el dolor al duelo, como a una madre a la que le arrancaran del vientre a su hijo, una madre que deja de serlo y debe correr por salvar la propia vida sin dejar nada atrás. La guerra es también perder el derecho a vivir el duelo. ✖

# Diplomacia postruptura y conflictos territoriales sobre bares

## Juan Carlos Monst

Arandas, Jalisco, 1991. Su publicación más reciente es  
«Skynet, Bezos, Belanova» (Revista Espora, 2024).

*To feel forgiveness, you gotta forgive  
It's lost on me, I believe in revenge  
It's not war, just the end of love  
You've got the looks, but I've got the scars.*

*(It's Not War) Just the End of Love*  
Manic Street Preachers

**La gente celebra** que su amor le dé significado a objetos, lugares y situaciones. No entiendo por qué, si al final las relaciones tienden a terminar y lo que prevalece es esa carga semántica permeando su entorno como el olor de un platillo con exceso de especias que se queda muchas horas después de prepararlo.

Pensemos en los lugares a los que uno solía acudir en pareja: cafés, bares, restaurantes, plazas, etc. Salir con alguien es como ser turista en tu propia ciudad. ¿Qué pasa con esos sitios tras los rompimientos? En el mejor de los casos, hay un reconocimiento de quién actuó como anfitrión y quién como invitado, «Ok, Mary, el bazar de ropa noventera es tuyo, pero la taquería que te mostré es mía». Una vez terminada la relación y, en reconocimiento al amor habido, se acuerda no cruzar los territorios del otro como parte de un pacto implícito de no agresión que tienen las parejas que terminan de forma civilizada. Esto casi nunca pasa.

En mi relación más reciente durante la primera cita enlistamos en una servilleta los lugares de la ciudad que cada uno conservaría tras nuestra ruptura, que se daría sólo unas pocas semanas después. Me quedé con los bares de temática tropical, ella con los pubs; yo, los restaurantes de ramen, ella, los de sushi; ella, el estadio de fútbol, y yo, el de béisbol. Para bien o para mal, no la he visto por mis espacios desde que dejamos la cosa por la paz (¿o la guerra?). Como pareja dejó mucho que desear, pero como diplomática ha estado a la altura.

Dicha concesión es una anomalía. La mayoría de las veces, una de las partes manda a la otra a tomar por culo, adquiere una postura imperialista y se dedica a tomar como propio lo que conoció a través de su ex. Empiezas a ver a esa o ese fulano, otrora posible amor de tu vida, yendo a tu bar con afán sionista de quedárselo, incluso teniendo el descaro de llevar consigo a nuevos ligues. En el punto más bajo, te hace preguntarte qué vale más para ti, si tu estabilidad emocional o que Rafa, tu bartender de confianza, sepa de memoria cómo te gusta el gin & tonic. Al final, renuncias a tu bar, renuncias a Rafa, a tu gin & tonic ideal, todo se lo dejas a ese infeliz Netanyahu a quien solías llamar «cariñito» y te vas beber a otro lado, probablemente a un bar mediocre, donde te choca que expriman el limón en la ginebra en lugar de sólo darle un twist.

Lo mismo pasa con la música, el cine, la televisión, la literatura, etc. Ninguna obra fue creada especialmente para nosotros, pero se siente como una putada cuando tu expareja va por la vida con canciones, películas y libros que tú le mostraste como si los hubiera descubierto ella. Pasan de ser un regalo a convertirse en un botín. Cala más si esas obras, una vez terminada nuestra relación, se usan como armas en nuestra contra, ya sea en publicaciones en redes sociales, citadas en pláticas o en escritos.

Entre lo más doloroso de las rupturas está lo bueno que uno deja de poseer. Juan Carlos Onetti escribió: «Lo malo no está en que la vida promete cosas que nunca nos dará; lo malo es que siempre las da y deja de darlas». Algún optimista tóxico dirá que siempre habrá una próxima vez, que mujeres hay muchas, que hombres hay muchos, que personas que te besen, te abracen y te follan hay muchas. De lo que no hay mucho es gente con la que volver a tener esa dinámica tan íntima y única que desarrollamos con cada relación, al contrario, sólo hay una persona, ese o esa paria horrible que lleva a nuevos ligues a tu bar favorito y ahora habla de su desamor con ellos con la canción que le compartiste cuando tú le hablaste de tu desamor (probablemente también se la robaste a algún ex, pero por nuestra relación escritor-lector no te exhibiré).

Lo que más me duele de las rupturas es perder los chistes locales que le daban alegría y sentido de cotidianidad a cada relación. Se me ponen los ojos vidriosos cuando pienso en las dinámicas tontunas perdidas con cada rompimiento: en que ya no puedo jugar con alguien a darnos golpecitos cuando vemos un vocho, que ya no tengo con quien sentarme en un bar a dibujar parroquianos raros entre la concurrencia mientras bebemos y nos besamos o que ya no puedo bromear de sobre quién se quedará tal o cual lugar de la ciudad una vez que terminemos porque ese chiste se volvió real y nada cómico. Algunas personas intentan reciclar los chistes locales y los insertan en cada relación que tienen, lo que a mí me parece un acto triste y, francamente, cercano a la necrofilia.

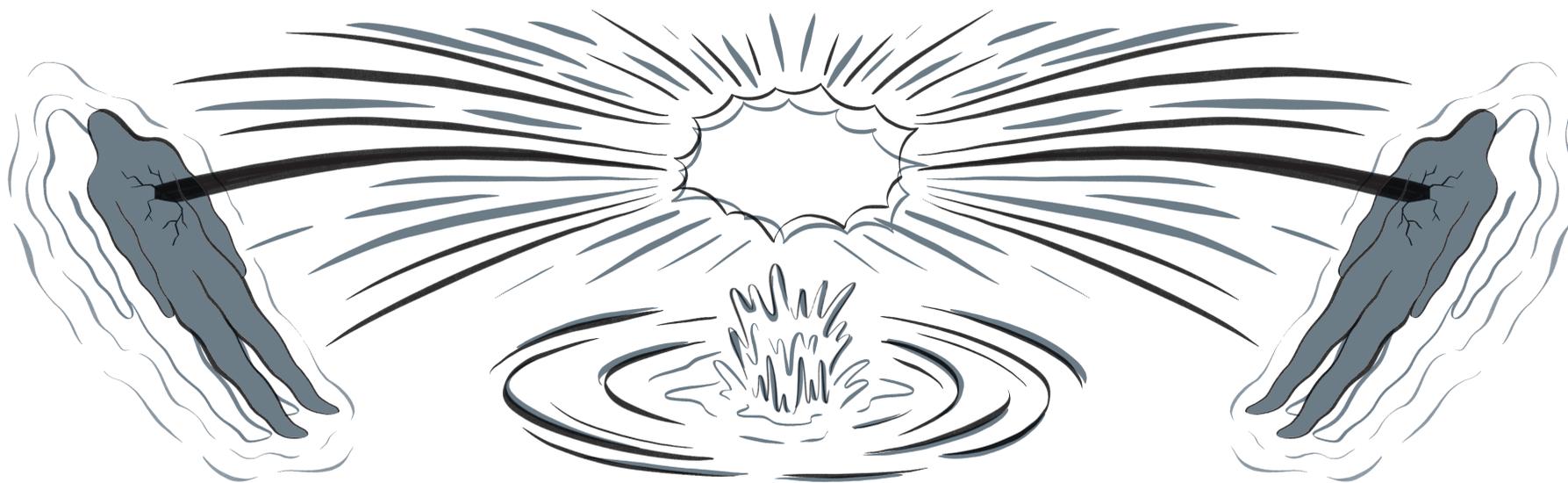
Algo con lo que soy más permisivo es con la cuestión de dedicar canciones. Como lo veo, un tema va ligado más a sentimientos que a personas en concreto; por ello, no está mal que, cuando uno vuelva a creer que encontró el amor, otra vez se atreva a compartir «Fade into You», «Ojitos lindos», «Nothing Gonna Hurt You, Baby», «A la antigüita» o lo que sea que ustedes dediquen.

Si hay alguna ex con deseos linchatorios leyendo esto, que me diga si acaso usa su música para una sola sesión de pilates y luego busca nuevas canciones. Mejor aún: que me diga en oídos de cuántas personas han estado las canciones que me ha compartido. Nadie es inocente de este crimen. Aquel que esté libre de pecado que lance la primera piedra y le recomendaré una canción para que lo haga.<sup>1</sup>

Sloane Crosley en su ensayo *El problema del poni* da cuenta de una etapa de su vida en la que guardaba ponis de juguete como reliquias de relaciones pasadas, una figurita por cada ex, al cual en específico le pidió ese regalo. Para explicar su extraño hábito, Crosley comenta que, en las relaciones jóvenes, buscamos hacer de estas algo especial a través de los chistes, los lugares compartidos, las playlist personalizadas y juegos privados, ya que nuestras relaciones no tienen grandes historias como las de antes.

A diferencia de nuestros padres y abuelos, no hay fugas con toreros, duelos con pistolas o novias esperando que volvamos de la guerra; todo lo que tenemos como generación son aplicaciones de citas, encuentros en bares, cortejo en talleres o flirteo en la fiesta de algún amigo en común (a la cual ya íbamos con predisposición fornicatoria). Las historias de amor más intensas de nuestra generación, a lo mucho implican festivales de música, viajes o intercambios. Por supuesto, tu historia de faje en el Corona Capital no se compara con la de tu

<sup>1</sup> «I Hope Ur Miserable Until Ur Dead» de Ness Barrett. Gran tema para lapidar.



abuela, que era cortejada por un mariachi chulo y un fornido minero al mismo tiempo. A falta de historias épicas, esa necesidad de hacer algo íntimo y único que menciona Crosley se logra a través de compartir bromas, espacios y obras.

Ese canje también se da por medio de elementos menos luminosos. ¿Quién no se ha vulnerado revelando traumas y momentos embarazosos? ¿Quién no sintió que había encontrado a su pareja ideal después de abrir su corazón y narrar su infancia difícil, su resentimiento hacia los progenitores, su historia de desamor?

Entre los intercambios que se dan en pareja, este me parece el peor, porque, si ya es incómodo el que alguien vaya por la vida robándose nuestras canciones y lugares, es mucho peor que alguien tenga una lista de diez datos poco conocidos, lamentables, tristes y patéticos acerca de uno.<sup>2</sup> Probablemente, ahora mismo alguna de nuestras exparejas está sentada en nuestro previo bar favorito ventilando cosas de nosotros: la inseguridad latente, el desempeño sexual mediocre, la necesidad para soltar, decenas<sup>3</sup> de momentos de poca o nula inteligencia emocional. Todo esto mientras bebe los gin & tonics perfectos de Rafa con un nuevo prospecto.

Me pone mal porque mis defectos siguen siendo míos y, dentro de mi ilusión de libre albedrío, es cosa

<sup>2</sup> Como la manía de hacer listas para todo: lugares favoritos, comida favorita, mejores amigos por año, hechos vergonzosos, enemigos —ya sean reales o imaginarios—, fracasos laborales.

<sup>3</sup> Cientos. No venimos a este ensayo a condenar exparejas sin reconocer que a su vez hemos sido bastante parias.

mía trabajarlos o no; en cambio los traumas compartidos con otra persona ya no nos pertenecen, se volvieron parte de ese trueque que llevamos a cabo al salir con alguien. «Ok, guapa, el trato es este: te entrego un disco de Phoebe Bridgers, una receta de pasta Alfredo y la historia de la separación de mis padres; a cambio tú me das la filmografía completa de Wong Kar-wai, el gusto por los juegos de mesa y el derecho a saber que odias las piscinas a raíz del ahogamiento de tu hermano».

Por último, quedan las cosas que no le pertenecen a nadie y toman su significado derivado de nuestras relaciones y rupturas. Hace poco, compré un print, un grabado de un ángel miniatura que limpia una lágrima del rostro de una mujer con la leyenda «Love is a practice» (El amor es una práctica). La imagen me enterneció porque sentía que ese día iba a terminar con alguien (y así fue), lo compré porque me recordó que quizá en unas horas iba a dejar de practicar el amor.

Cuando subí a Instagram una foto, mi mejor amigo, recién separado de la chica con la que había compartido hogar y la crianza del niño de ella durante un par de años, me contó que su expareja había comprado el mismo print poco antes de separarse, justo cuando su relación se redujo a negociaciones, tirria y distanciamiento paulatino. Mi primera reacción, producto de un corazón recién roto y demasiado susceptible, fue querer darle a dicha ilustración un sentido oscuro, como si de un cuadro maldito se tratase. Un par de días de reflexión y cuartillas desechadas de un borrador previo de

este ensayo<sup>4</sup> me hicieron ver que el print no es especial ni macabro, sino sólo un objeto cargándose de significado gratuito por la ruptura.

Si hay elementos malditos en las relaciones, son los comportamientos erráticos, esos que casi siempre anuncian el final: regatear lo que esperamos como pareja, «podría perdonar su infidelidad si...»; usar nombres sólo para expresar molestia, «Juan Carlos, te he dicho mil veces que...»; hastío con lo que daba cotidianidad «siempre pones esa canción», etc. Lo peor es que esos patrones de conducta, como las canciones amor y desamor que tanto nos llegan, puede que ni siquiera sean nuestros, sólo objetos que nos dejaron sin querer las personas con las que rompimos antes, algo así como cuando sigues recibiendo durante años los estados de cuenta y recibos de alguien que ya no vive contigo.

Al final, lo único que se siente como propio e intransferible es nuestra forma de expresar amor, aunque caigamos en la repetición y nuestro terapeuta reduzca nuestra colección de canciones, historias, gestos, libros, películas, sitios, outfits, recetas, versos, chistes, palabras, errores, aciertos y otras cosas a «patrones».

Como cierre, me dirijo a cualquier persona con la que llegue a salir en un futuro para decirle que, si te hablo de *On the Edge* como mi película favorita, si vuelvo a compartir «You, Me, Dancing» de Los Campesinos!, si te cocino pizza, si te llevo a mi tienda favorita de discos, si te cuento de la separación de mis padres, no es que me repita, sino que he pulido y restaurado las herramientas que uso para decir «te quiero». Espero que te permitas hacer ese trueque de cosas que nos harán pareja y así construir chistes locales (mi parte favorita), mientras Rafa nos prepara gins. Tú también podrás entregarme tus reliquias de persona enamorada, no voy a preguntar si son nuevas o recicladas, eso sería una descortesía. ✖

<sup>4</sup> Casi arruino este escrito centrándome en una ilustración que compré por cuarenta pesos junto con un café americano y unas frituras de camote.

## Dafne Martínez

.....  
Aguascalientes, 1992. Su libro más reciente es *Shibari* (Palíndroma, 2024).

### APOCATÁSTASIS

Un atardecer dorado  
en Babilonia  
dulce de leche  
en los dedos  
suaves llanuras

hierve el soldado  
en su tumba

Clava la luna sus uñas  
en la batalla perdida

tibia la espada  
agrio, el hueso

roja la carne  
podrida

la sangre seca

ciudad rancia  
de las moscas

cada poro  
es un abismo

y el desierto  
sabe a sal

## DE LA SANGRE PEREGRINA

Huir de casa  
 huir del ruido  
 de los odres viejos  
 huir  
 del Talmud  
 del Sabath

Huir del cordero  
 su furia

Lluvia de fuego  
 fallida

Huir de la sed  
 huir del valle  
 de los secretos  
 huir  
 de las maldiciones

Huir también  
 de las arañas  
 hormigas  
 de los maderos  
 malditos  
 Plaza Mayor  
 de Toledo  
 un sábado  
 en la mañana  
 huir de la leña  
 verde

Huir del mar  
 pero no se huye  
 del mar  
 sin atravesarlo

Huir de la propia  
 madre  
 de su vientre  
 de su leche

Huir del abuelo  
 materno

Huir del propio  
 apellido

Y esconderlo todo  
 en cofres

Huir a buscar oro  
 para encontrar  
 sólo espina

Huir de la propia  
 sombra  
 de la propia alma  
 huir  
 del nombre propio

Infinitas pulgas  
 ácidas  
 cruzan mi pecho  
 hacia su fin

Y yo fundo  
 ciudades  
 como aplasto  
 insectos  
 con la mano húmeda  
 la mano fría  
 en silencio

Yo fundo  
 imperios  
 dormidos ✕

# Kéfir

Edna Montes

Ciudad de México, 1985. Uno de sus libros más recientes es *El fuego en la memoria* (Paraíso Perdido, 2021).

**Un atentado terrorista doméstico** inició la guerra contra los búlgaros: mi madrastra los dejó en la cocina con la sutileza de quien planta una bomba. Juraba que la depresión era imaginaria, que saldría de ella si le echaba ganas y comía más sano.

—Lo vi en un TikTok, te deprimes porque te falla la flora intestinal. El kéfir y los fermentados te ayudarían, ¿no te quieres curar?

Cuando tenía un episodio depresivo, era un esfuerzo titánico salir de la cama, bañarme y lanzar el saco de carne que llamo cuerpo al auto para manejar hacia el trabajo. ¿De dónde iba a sacar fuerzas para lidiar con los bichos? Quería ser paciente, explicárselo a mi madrastra y mantener la concordia. Todo lo que conseguí decir fue:

—¡Que no los quiero!

Papá se puso de su lado y me regaló una serie de argumentos tan malos que resultaban vertiginosos: «Ella sólo trata de llevarse bien contigo», «¿Qué te cuesta ceder y darle el gusto?», «Si no te curan, tampoco te van a hacer daño». Habíamos tenido el mismo problema con el carbón activado, la sal rosa del Himalaya y la cúrcuma. Más bien, el conflicto empezó cuando a mi viejo le entró la crisis de los cincuenta, se metió a yoga y, en un año, se casó con la maestra.

Los saqué del envase maniobrando con los guantes como lo haría un empleado de Chernóbil. Le había dicho millones de veces que no, pero ella se aprovechó de que no tuviera corazón para abandonarlos a su suerte. Le reclamé que no sabía cuidarlos. «Es facilísimo, busca en internet». Prodigó las instrucciones como si fueran suficientes, empujándome al abismo de la ansiedad informada.

La rutina superficial me tenía sin cuidado: bañarlos en leche, dejarlos reposar, colar el kéfir, lavarlos con agua, secar y empezar otra vez. La información extra era lo que en verdad me inquietaba: no tienen nada que ver

con Bulgaria. Se reproducen a gran velocidad. Son una comunidad biológica milenaria. Y, lo peor, se trata de una relación simbiótica entre bacterias y levaduras (que termina absorbiendo al incauto cuidador humano). Miré la placidez con la que reposaban. Sospeché de su bobez gelatinosa.

La primera tanda parecía manejable. Apenas un puño de búlgaros que, luego de colarlos, babeaban bajo el chorro del agua. Le di un trago al kéfir. Lo sentí deslizarse por mi garganta como una corriente ácida y densa. Pensé en los lengüetazos que me daba Pirata, el viejo bóxer de papá; en el hilo espeso de los licuados verdes que me hacía mamá; también en mis primeros besos con mi novio de la secundaria. En todas aquellas viscosidades que me disgustaban y que dejaba expandirse lentas y pesadas por mi anatomía en nombre del amor.

Detestaba el sabor, pero lo bebía sin falta. Ignoré las decenas de recetas con frutas, nueces y miel que me envió mi madrastra. No tenía energías para elaborar menurjes exóticos; odiarme, por otro lado, era mi rutina natural. El ejército de búlgaros crecía a una velocidad alarmante. Pasé de nunca tener leche en el refri a comprar un galón cada tres días. Repasé todos mis contactos: la familia alejada y las amistades frustradas. No tenía a nadie a quien enjaretarle unos cuantos. La idea fue tan desoladora que sólo atiné a meterme uno a la boca y masticarlo. Se deslizó por mi lengua, terso y azucarado, expulsando un minúsculo suspiro de alivio. Desde ese día, el kéfir y sus creadores se volvieron mi único sustento; yo, una diosa cruel que los nutría para devorarlos.

Encontré las primeras bolitas en mis muslos, una especie de celulitis que, no sé por qué, me pareció hermosa y suave. Tracé su orografía con las yemas de mis dedos. Un mapa táctil plagado de recovecos que me tranquilizaba al contacto. Fui descubriendo nuevas cordilleras miniatura en mi vientre, mi estómago y mi pecho. Cuando sentía la proximidad de un ataque de ansiedad, mis manos gravitaban a mis serranías epidérmicas para ahuyentarlo. Entonces supe lo que tenía que hacer.

Me introduje en la tina con la seguridad parsimoniosa con que lo haría Cleopatra. La leche, al contacto, despierta cada poro. Mis vellos se alzan como manitas, cientos de ellas, extendiéndose al cielo para adorar a una deidad. Los pequeños grumos los abrazan, reconociéndolos como iguales; les prodigan caricias milenarias.

Mi pierna se descompone en coágulos blancuzcos y el alivio me invade. Pronto, ya no existirá la soledad. ✦

# Misa sin vino

Roberto Ramírez Flores

Guadalajara, Jalisco, 1990. Su libro más reciente es  
*Líneas imaginarias* (Veinti6 Veinti8, 2023).

**Toma un puño de garbanzos** y se lo mete completo a la boca. Tiene hambre, todos ahí tienen hambre. El dolor en las encías lo hace arrepentirse. Estos malditos dientes.

—Te digo que no hay que preocuparse. Ayer el general nos mandó una carta en donde decía que son pocos, que nosotros somos más.

—¿Y tú crees que si ellos fueran más nos lo iba a decir? Por algo es el general, y para ser general hay que tener tranquila a la tropa.

Escucha atentamente a los dos soldados. Se ríe por dentro cuando uno de ellos se refiere a ese puñado de hombres y una que otra mujer como una tropa, y también al darse cuenta de que él mismo ha llamado soldados a esos dos andrajosos y sin comer. Últimamente escucha demasiado las pláticas ajenas. El vino se acabó, así que ahora su pasatiempo es oír lo que los otros dicen. A veces baja al río San Juan y se lava los pies con todo y sandalias sabiendo que por las noches no aguantará las reumas, o se mete en los barrios de indios que están al cruzar, esos que hace trescientos años amaron a otros dioses y, aunque hoy sonrían y lo saluden desde sus puer-tas, a otros sacerdotes. Además de eso no tiene mucho qué hacer.

—Por eso tú no podrías ser general, Martín, porque tú siempre te andas con la verdad y crees que los demás también.

*Pobre Martín*, se hace pequeño en la silla, en silencio, y da un trago a su aguardiente.

—En cambio yo sí podría, porque sé cuándo decir la verdad y cuándo...

—Mentir.

—No, no es mentir, es sólo que sé cuándo guardarme la verdad cuando los otros no pueden con ella, que es distinto. Y por eso me doy cuenta cuando alguien más lo hace. Tú no, y por eso no podrías ser general.

*Todo el que se ensalce será humillado y el que se humille será ensalzado.* Toma otro puño de garbanzos, pero esta vez se mete dos a la boca, los recorre con la lengua hasta las dos únicas muelas que le quedan. *Lucas 14, versículo... ¿10? No, versículo 11, tal vez 12. Titivillus*, el demonio de la Edad Media que hacía equivocarse a los sacerdotes cuando escribían. Un *titivillus para las equivocaciones del pensamiento*, que seguramente se deben a su propia falta de eucaristía. Él mismo le pidió a José Antonio dos barriles del vino que fuera, pan no, porque el pan se podía hacer si conseguían harina, *pero de dónde sacar tiempo para hacer vino.*

No le importa si los realistas son más que ellos. Desde que regresó a estas tierras la vocación de cura se ha confundido con la de sepulturero, no tanto por haberlos enterrado sino porque ha visto a muchos morir. Pocas cosas importan, el número de realistas e insurgentes no es una de ellas, *al final todos mueren. Suerte que los realistas quieran más al clero*, aunque un rumor entre los indios aseguraba que habían fusilado a un cura de Lagos de Moreno. Y ve a través de la puerta el árbol sin mangos, e imagina su silueta como si después de fusilado lo hubieran colgado en un árbol que no da frutos.

Primero es una pierna vendada a través de la puerta, luego un muchacho sobre una carretilla y una mujer empujándolo. El muchacho tiene una mueca de dolor contenido, pero inmediatamente suelta un grito que sofoca el rumor de la tropa. La mayoría los mira sin sorpresa, acostumbrados a hombres que sufren mucho.

—¿Y el cura?—pregunta la mujer a todos y a ninguno a la vez.

Martín lo señala tímidamente con un dedo. Él se lleva un par de garbanzos a la boca, como espectador de una tragedia. La mujer empuja la carretilla entre cántaros vacíos y escupitajos que se pegan a la llanta.

—Perdone, señor cura, que me presenté así. Somos de Lomas, un pueblito de aquí al lado. El cura se fue con los gachupines y, como puede ver, mi hijo está muy mal y no hay nadie que lo ayude. Hicimos tres horas hasta acá.

Él mira los zapatos de la mujer, llenos de polvo. El sudor le ilumina la cara.

—Hágale usted el favor de oficiar una misa a su salud.

El muchacho tiene los ojos cerrados, las manos en el pecho como si la fractura de la pierna traspasara todo su cuerpo.

—¿Qué tiene? —no había hablado con nadie en todo el día, su voz le sueña extraña.

—Se cayó de la azotea por esconderse de la leva.

Él se mete a la boca otro par de garbanzos, los mastica con lentitud mientras repasa sus palabras para decirle que no puede: *el vino se acabó*, o tal vez sería mejor tranquilizarla: *el vino no tarda en llegar*.

—El vino se acabó... Una misa sin vino no se puede officiar.

Ella lo mira sin expresión, como si el cansancio no la dejara entenderlo, luego una lágrima que escurre por su cara le limpia el polvo hasta colgarse de su mentón y caer, negra.

—Pero no tarda en llegar, tranquila.

Se pone de pie para acercarse a ella, le hace la señal de la cruz en la frente, luego a él. Ella empuja a su hijo a una esquina del lugar y toma asiento en el piso, después lo mira y sonrío. El muchacho tiene el mismo gesto de dolor, parece que intenta regresarle una sonrisa pero al no poder simplemente la toma de la mano.

*¿Una casa, una capilla, un cuartel? Podría reírse de cada una de las opciones. Este lugar, al ser un poco de todo, termina siendo nada.*

—¿Crees que el teniente tiene madera suficiente para general? —pregunta Martín, luego espera una respuesta sin parpadear y con el cántaro de aguardiente entre los labios.

—No sé, pero tú no podrías.

En un pueblo de Nueva Vizcaya conoció a un hombre que hacía la confesión cada semana. El hombre le contó que había regalado un caballo enfermo a un empleado, el cual lo tuvo durante siete meses, hasta que el caballo murió una tarde en que lo cabalgó bajo la lluvia. El patrón tenía tanta culpa que estuvo confesando el mismo pecado durante largo tiempo, cada vez que veía a su empleado sumido en la tristeza. No sabe por qué imagina que el semblante del empleado se parece al de Martín. *¿Pero quién es el caballo enfermo en esta historia?*

—No te deberías poner así. Acuérdate lo que dice el Nuevo Testamento: al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios... Hay que aceptar lo que le toca a cada quien.

—¿Y yo cuál sería?

—El César, a Dios no creo que llegues.

Un garbanzo duro le lastima la encía. La boca sabe a sangre. *Tonto, no sabe que el César también era general*. Los gritos del joven vuelven a llenar la sala. Sus manos se aferran a su estómago con tanta fuerza que ha

reventado un botón de la camisa. Al no poder hacer otra cosa, su madre le pasa un pañuelo por la cara. Los gritos son tan fuertes que si estuvieran escondiéndose de los realistas tendrían que matarlo. Ella mira a su hijo y luego lo mira a él, como si pudiera hacer algo. Deja los garbanzos que trae en la mano y se pone de pie, camina entre el puñado de hombres y mujeres tirados en el piso, entre platos y vasos sucios. Se detiene frente al muchacho, lo toma de la mano, reza un padre nuestro en voz alta aunque los gritos sean más fuertes. La mujer también los toma de las manos y empieza a rezar con los ojos cerrados, la cara hacia el cielo *con una fe que yo no dejo entrar*. El muchacho lo jala hacia él, casi lo tira pero logra agarrarse de la carretilla.

—Confesión —le susurra al oído—, por favor.

Él ahuyenta a los que están alrededor sacudiendo su mano, moscas sin alas que deben caminar a otro rincón.

—¿Qué te duele, hijo?

—Todo, todo —y aprieta los dientes para guardar silencio.

Su madre le deja el pañuelo sobre el pecho, se hace a un lado como los demás.

—Dime tus pecados.

El muchacho vuelve a gritar, se tapa la boca con las manos hasta que poco a poco sólo queda un gemido. Él le seca las mejillas y el cuello con el pañuelo. Es de seda.

—Maté a mucha gente, padre.

Tiene ojos de hombre bueno, pero como dijo José Antonio antes de partir: si no has matado en esta época es porque estás muerto.

—¿A cuántos?

Se lleva la mano al estómago.

—Perdí la cuenta.

Revisa con detenimiento el pañuelo: la seda desgastada y sucia que en algún momento fue blanca, un bordado en la esquina que apenas puede sentirse con las yemas.

—A veces miento.

*¿Quién no lo hace? Detrás de los grandes pecados, están los pequeños que nos vuelven iguales*. Pasa sus yemas por el bordado, siente la cruz de San Andrés, el escudo de Castilla, los repasa varias veces y se pone nervioso. El muchacho vuelve a gritar y él regresa a su mesa con el pañuelo escondido entre la ropa.

Los garbanzos están llenos de moscas. También las moscas tienen hambre. Recorre su encía con la lengua mientras mira los dientes de Martín que se asoman cuando habla.

—Quiero que me digas el nombre de otro soldado que no sirva para general.

—No sé el nombre de otro soldado que no...

—¡Que quiero que me lo digas, cabrón!

Siempre es lo mismo, *se ponen borrachos como si en lugar de una guerra se estuviera librando una fiesta*. Se pregunta qué harían esos borrachos con el enfermo y su madre si supieran que son realistas. Mete la mano entre su ropa y toca el pañuelo. La madre del enfermo mira al piso con impaciencia, se asoma debajo de la carretilla. *La seda se vuelve más suave con el tiempo, a diferencia de todo lo demás*.

¿Qué haría él con nosotros? El muchacho se lleva las manos al estómago y grita. Cuesta trabajo creer que alguien así pudiera matar, pero los ha visto recuperarse y hacerlo de nuevo. Había escuchado que en estos tiempos vale menos una docena de soldados que un caballo, y hace una operación matemática para calcular cuántos niños, mujeres y hombres valdrían lo mismo que el animal, luego pide perdón a Dios. Toma otro par de garbanzos y al llevarlos a su boca recuerda las moscas sobre ellos, así que se los traga con asco. Mete la mano a su ropa para sentir el pañuelo: la cruz, las dos torres. Lo saca para verlo con cuidado y evitar el titivillus del tacto, aunque el titivillus de la vista es el peor de todos. La mujer se acerca y él guarda el pañuelo.

—¿Alguna noticia del vino, padre? —junta sus manos como si en lugar de hacer una pregunta rezara.

—Ninguna, hija —ya no le importa si llora, si pierde todas las esperanzas.

Ella mira los garbanzos fijamente, después pasa saliva. Tampoco le importa si muere de hambre. Mueve la mano para decirle que lo deje solo y las moscas sobre los garbanzos se espantan junto con ella.

El teniente se mece con los ojos cerrados sobre una silla sin pata, fuma de un puro que parece no tener fin. Abre los ojos y mira el humo que se eleva hasta confundirse con las marcas de humedad en el techo. Él mete su mano entre la ropa, el corazón le palpita hasta sentirlo en los dedos con los que aprieta el pañuelo. Cuando está a punto de sacarlo, lo aprieta con más fuerza contra su pecho, como si su cuerpo hiciera lo opuesto a lo que le pide. Se pone de pie sosteniéndose de la mesa. Martín está tirado en el piso con la cabeza recargada en la pared, el otro soldado sigue sentado

en la silla con una rectitud que desafía su embriaguez y los agujeros en su camisa. De repente lo mira y él se pregunta si hace lo correcto, *qué pensará este soldado de mí*, pero las palabras vuelven a su cabeza: *Si no has matado en esta época es porque estás muerto*.

Primero la cabeza del caballo, luego unas pezuñas con espuelas y un jinete. El hombre desciende del animal y el polvo de la calle forma un halo alrededor de sus botas negras. Tiene un sombrero que parece nuevo, pero nada es nuevo en estos tiempos. Entra al lugar con una carta en la mano y el teniente se pone de pie, dejando caer la silla que a su vez tira un cántaro con aguardiente. *¿Cuántos hombres vale un caballo con espuelas? Tal vez todos los que estamos aquí*. El teniente recibe la carta y la lee en unos segundos, como si se tratara de un mensaje escrito sin tiempo. Levanta la silla y toma asiento de nuevo, piensa qué hacer mientras mira al cielo, aunque tal vez haga otra cosa. Las miradas de todos están puestas sobre él en un completo silencio que deja oír el sonido de su silla meciéndose, pero él no dice nada, se guarda la carta y vuelve a fumar de su puro.

—Sí sirve para general —dice el otro soldado a Martín, quien asiente con un movimiento de cabeza.

Él regresa sobre sus pasos. Desde su silla apenas puede distinguir la figura del caballo junto al árbol, tal vez atado a él, *como lo harán conmigo*. Aprovecha la distracción de la madre y su hijo para ver de cerca el bordado del pañuelo, se limpia el sudor, luego lo guarda entre sus ropas, pero esta vez en lo más profundo.

Pone la biblia sobre la mesa. Un hombre ha sacado un poco de pan de un morral, es tan poco que no podrá darle un pedazo a cada quien sino apenas compartirlo a mordidas. Martín sigue acostado en el piso con la cabeza recargada en la pared, *para algunos hombres todo el mundo es un lecho de muerte*. Una mujer ayuda a la madre del muchacho a cambiarlo para que esté presentable. Él grita con fuerza, pero ha prometido aguantarse cuando empieza la misa. ✱

# Melinna Guerrero

.....  
 Aguascalientes, 1993. Uno de sus libros más recientes  
 es *Sobre pedazos de vidrio* (Círculo de Poesía, 2022).

## DIENTES

Le pido a S. que me muestre sus dientes.

Estamos tendidos

y junto a mi lado, a esta altura,

tengo una vista perfecta para verlos.

Pienso que, de esta forma, puedo conocerlo un poco más, desde otro sitio.

Mirarlo para recordarlos después, años después, para que la imagen de sus dientes se convierta en una huella en esta playa.

S. obedece, confundido, y abre su boca como quien toma bocanadas de aire cuando se es niño; por un momento puedo ver su cara de pequeño, y sus dientes que son los mismos que cuando tuvo esa cara que acabo de conocer. Entonces noto que uno de sus dientes incisivos, abajo, se encuentra casi fuera de la encía, a punto de expulsión; extranjero y pequeño como una alubia. No lo había visto antes, ese diente que camina hacia afuera. Incluso cuando sonrío no lo he notado.

Él se disculpa, apenado, por una fuerza que viene de él, pero no es totalmente suya. La fuerza del cuerpo que empuja sé que ése es uno de sus tantos secretos, y que los secretos del otro son así, uno debe buscarlos y merecerlos.

«Porque la muela del juicio empuja», dirán los dentistas, que ese diente se muestra así, el mismo diente que podría ser la cola del animal que vive en las muelas, enroscado, sin rostro.

Muelas, dientes-escamas. Así aprendemos, como los reptiles, que hay partes nuestras que perdemos, que nos abandonan. Caen.

Un laboratorio sobre las pérdidas, los dientes.

Pero perder un diente también nos enseña sobre preservar. Nadie lo tira, en seguida se le cae a uno un diente. Debajo de la almohada lo acomodamos para que el ratón nos ofrezca una recompensa por aceptar que nos desprendemos, que el cuerpo empuja sobre nosotros. Y agradecemos la minúscula manzana que descalabra el tiempo.

O quizá los dejamos bajo la almohada porque algo de nosotros se ha quedado lejos, y creemos que podemos unirlos de nuevo a nosotros a través de la noche.

S. permite que yo vea sus muelas, donde aparece el fantasma alimenticio y los cuentos que recorren su infancia; la caries que le pintan un río negro en el primer molar; el descuido de un par de muelas que se han vuelto amarillas. Los dientes son calcio, fósforo y magnesio, luego nuestra historia.

Ellos no olvidan que trituramos el dulce duro de las paletas de nuestra niñez hasta volverlas polvo.

Cuadernos del cuerpo. Incisos. Muelas.

Quizá le pido a S. que me muestre sus dientes porque quiero encontrar las palabras que no dijimos durante el sexo.

Sé que yo escribiré después de hoy, después de haber visto sus dientes, después de que se vista y se aleje en un taxi, pero ¿él? ¿Tendrá palabras para esto?

Para mí no es suficiente, por eso busco una palabra en sus dientes, aunque sepa que las palabras nacen en otro sitio.

Quiero que el sexo sea también un texto.

Entonces imagino que de las palabras quedan restos, en los incisivos, en los premolares; y que las muelas del juicio son palabras que quieren vivir, a pesar de su edad, a pesar de ser viejas, y los dentistas declaren que ahora no sirven para nada, y que hay que extirparlas para no verlas, ni sentir que no tienen lugar, por viejas, porque un día fueron importantes para el cuerpo y ya no.

La alubia que le sobresale de la encía a S. es una oración a punto de ser dicha.

Él cierra su boca, y sus labios sellan aquel nido.

Nos besamos, y nuestras bocas se convierten en un lugar, en una cueva sin pasadizos.

Esta vez soy yo quien lo llena, quien se posa adentro; acaricio sus dientes con mi lengua, para borrar el rastro de alguna palabra.

Para quedarme con ella. ✖

# In memoriam

Isa Arias

.....  
 Ciudad de México, 1985. Una de sus publicaciones más recientes es «Sumidero/s» (*Punto en Línea*, número 92, 2021).

## HIPÓTESIS

Toda vida es una guerra.

Y se urde en la memoria, transcurre sólo en ella e inicia allí, toda vida.

## CAPÍTULO 1. NOSOTRAS

Nunca nos sacamos fotos para documentar la existencia, mi madre y yo. Ahora, trato de atisbar instantes mínimos que organicen lo que íbamos siendo.

¿Cuándo? ¿Cuándo fue que éramos eso y no algo distinto?

## CAPÍTULO 2. TRAZOS DE UNA CRONOLOGÍA DEL ACECHO

Aquel hombre escudriña también todo esto.

Atisbo el instante —la tinción exacta de la oscuridad— cuando mi perro, con su pelo corto de alpaca a rape y sus ojos de buda, sin decidirlo, se endureció al frío de la noche y a la soledad en su caja de cartón. Debió helarse allí tantas noches. Mi perro.

Distingo el segundo, la geografía del patio por donde la paloma que criaba salió volando a media lluvia, cruzó la barda y el aire la estrelló en la hierba crecida de los baldíos al lado de esta casa; en sus alas abiertas: aire, lluvia sobre su carne blanquinegra de pluma. Puedo verme desde arriba, algo que no es niño ni adulto, arrojándose al agua con una sombrilla que iba a arrastrar el viento cada vez que quisiera; soltarla, para agarrar al ave y pegársela —pegármela— al pecho antes de echar a correr adentro. Y hallarlo, ahí, en su ventana: un chico de mirada que escruta y hurga, espionando. Mirada que será la de siempre, que oteará momentos como aquel —desde ese sitio— cada que pueda.

Sé que fueron esos días los que lo vieron aparecer al lado de una cruz de cocker blanco, bajarse de una vieja Brasilia 1982, meterse en la casa donde vivían, antes, una mujer y unos niños —una mujer que sin parar limpió el vidrio enorme de sus ventanas—, y quedarse allí. Él, allí. Hoy está justo en el mismo lugar: un señor que mira el interior de mi casa mientras fuma un cigarro.

## CAPÍTULO 3. (BORRADOR F) PARA EL CROQUIS DE UN TEMOR FAMILIAR

Tuvimos un árbol de navidad que supo crecer en la orfandad hasta secarse, esos días. Esferas blancas, translúcidas. Miniaturas con diamantina que caía de ellas al sacarlas de su caja. Luces. Fue el diciembre que mi madre se rapó la cabeza luego de la primera cirugía; se compró una peluca, del color del agua en una cisterna si la abres cuando se ha ido la luz: el color del vacío. En ella iba bien. Contemplo la claridad de aquel diciembre; las hojas aciculares del árbol que tuvimos; que, mientras lo llenaba de luces, yo, en esta deshabitada casa, comprendía con la constancia con que se puede comprender algo, que mi madre quizás ya no regresaba para verlo adornado, encendido, musical y, al mismo tiempo, no dejaba de desearla volviendo.

Sin fotos.

Sin notas.

Ni diarios.

El uniforme de la escuela media era lo que yo vestía cuando le mostraron la placa de partes de su cuerpo invadidas, mutando, tragándosela desde dentro. Estuvo sentada junto a mí. Fuimos ella y yo, y un consultorio. No recuerdo el mes. No sé cómo encajar esas escenas, esas semanas, ese espanto.

Pabellones de hospital. Decir adiós. Yo y nadie más en la sala de espera; yo, catorce años; aguardando los sonidos de su nombre por el altavoz. Un tripié y una bolsa de sangre conectada a su brazo. Ella, sentada con una almohada en su espalda. Horarios de visita. Las hojas de alta y una pluma de tinta azul. Viajes a una sala aislada que le presagiaban náuseas. La palabra: radiación. Segunda cirugía. Las caras conocidas de los médicos. Radiación. Su cabeza lisa y suave. La peluca que la hacía reír y le picaba en el cuero cabelludo. Consultas. Controles. Habíamos llegado cerca del julio siguiente, en el que salí de la escuela media.

La noche previa dormimos en casa de mi abuela; salimos muy temprano para dirigirnos a la iglesia, cerca de la aislada colonia donde habitamos. Diez kilómetros de distancia, recorrida entre tramos a pie, transbordos de metro, paradas de combi. Recibir el certificado casi me separó de aquella otra parte de mí.

Un patio soleado antes del mediodía; el director me dio la mano. Su sonrisa. El traje gris y el pelo blanco. Mis compañeros y yo nos formábamos, esperando; nuestros padres alrededor; mi madre, ahí. Luego, después de tres años en ese sitio, por fin los chicos reían; yo reía frente a los maestros. También ella.

Mi padre se volvió generoso esos meses. Dejó de seguirnos. De inventarnos historias y llamarnos perdidas. Cualquiera. De odiarnos.

El lomo entre amarillo y naranja de mi perro, quieto, inmóvil: decidido a no dejar que lo separásemos de su caja, de su espacio en el patio, de nosotros, para sumirlo en un hueco de tierra junto a la casa, llegó después, pronto.

Sí. Pronto.

¿Cuándo ocurrió? ¿Qué horas eran? ¿Qué estúpidas fechas?

Todo quedó en la memoria.

#### **CAPÍTULO 4. DEVENIR ANIMALIDAD**

Mi padre fue un monstruo. Consecuentemente, también yo debo serlo. Y lo soy. Tal vez por eso busco, rastreo con mi nariz del perro, del gato que me he vuelto.

Pistas. Es de lo que entiendo.

Pistas de lo que ya no existe y cuyos restos siguen ahí, en algún lugar, de alguna forma. Huelen. Siento su tacto a veces. A veces, cuando no estoy prestando atención, les oigo.

¿Cómo han sido?

¿Cómo ocurrieron las cosas?

#### **CAPÍTULO 5. FACTOR DECISIVO**

Sé que aquel fue un domingo; sé que mamá y yo salíamos a caminar. De mi padre, hincado sobre el jardín, cavando —cavaba quizás el hoyo donde planeaba enterrarnos—, vi su camisa blanca: las líneas que le había dejado la plancha a la tela; su nuca. Debí estar recorriendo alguna licenciatura de esas en las que fracasé. Ella llevaba el pelo ondulado, castaño rojizo, tan de ella. Me agarraba de su brazo, solía colgarme, así, en su brazo, desde la infancia. Seguíamos siendo mi madre y yo, y años pasando. Nos habían llegado nuestra perra blanca, la poblada de lunares, y el cachorro al que el fleco se le hundía en los ojos, grandes como cielo cerrado.

Por esos días, encontraba al muchacho de la ventana en la tienda, comprando cigarros. Tenía ya cerca de veinticinco y una forma de reír de quien es inocente. Pasamos tardes hablando. Tontear se nos dio demasiado bien.

Es ese domingo. Hemos salido a caminar mamá y yo. Veo la calle, el asoleadero que es el pavimento y, abierta, la casa de los vecinos. Un hombre robusto, que ronda los cincuenta, sale, arroja agua sucia con una cubeta a las plantas, al lado de mi casa. Las hojas brillantes son agachadas por el agua densa. Mamá está hablándole. Él, su voz idiota, le contesta que no está sucia, que es del fondo de su cisterna, que es para regar las plantas.

Ahí aparece, sin el cocker ni la Brasilia, el mismo muchacho: hijo de quien ahora empapa las bugambilias con el líquido lodoso. Fuerte, nítida, la voz de ese muchacho que hoy todavía nos vigila por su ventana, recorre la calle, se

cuela en mi casa ese domingo de mierda. Está gritando allí y no va a callarse. Sus palabras abren a la fuerza la calma, el silencio a medias, como cuarteaduras: una y otra, luego, otra más.

Una especie de parto en el que el cuerpo se desgarró hasta acabar de rasgarse, así fue la tarde esa. La que nos trajo a este aquí inimaginado, accidental.

Con el miedo, nos fuimos mamá y yo. Anduvimos dos colonias, el sol arriba bullendo, hablábamos; se trataba de olvidar lo que nos encontraría al regreso, en la noche, en nuestra casa. Un padre, los nervios trastornados; las luces apagadas; sentado en la entrada, esperando. Esperándonos.

Sus palabras son simples. Metido en la cisterna, bromeando al hombre del agua puerca, revolcándonos sin piedad dentro de aquel juego, echándonos al interior de una realidad de la que no escapamos: «Ya, pá, luego echas novia». «Novia», la vecina de enfrente. «Novia», mi madre. «Novia» e hincado en el jardín un esposo que hace una zanja, que cava su furia, su desconfianza, y enloquece: mi padre. Las palabras del muchacho son simples, son sobre mamá, sobre el hombre que hace hoyos y arranca raíces, sobre mi vida. Las está gritando. No nos mira a la cara. No se calla.

#### **CAPÍTULO 6. CREACIÓN DE UN UNIVERSO**

Dieciocho sonidos son el nacimiento del odio. Odio que emergió, echó raíces, hojas, frutos, dentro, afuera, alrededor de mí.

#### **CAPÍTULO 7. SIEMPRE HABRÁ QUIEN ATAQUE**

De mi padre conozco las caras que escapan de su propia cara cuando está acechando, cuando va a atacar.

Lo he visto contenerse recargado en la pared del patio, con la puerta cerrada, como un bisonte autófago que hace esfuerzos por devorar sus tejidos enfermos en los que se gestan horrores, delirios, brotes contra nosotras y contra el mundo. Su mundo. Allá, se encierra. Lejos. Y, desde allá, avienta la puerta. Y abre. Y entra encima mío, que estoy atorándola con mi cuerpo. Y es domingo. Y, también, puede ser cualquier otro día.

#### **CAPÍTULO 8. LOS QUE ATIZAN EL FUEGO Y SU INOCENCIA**

El muchacho de la Brasilia y yo habíamos sido amigos algunos años en preparatoria. ¿Por qué? ¿Para qué? Algunos años. Años que se hacen nada cuando un quien sea que te agrada, que además te espía, empieza un incendio y tu familia se está por quemar: cinco palabras. Una frase. Y ríe. Aunque tú sientes náuseas, para él no pasa nada.

## CAPÍTULO 9. RECONOCER EL TERRENO: ELEGIR UN BANDO

Un incendio devorará todo, te tragará. Ni por un amigo, ni por nadie. Conocer la vida con la garganta ahogada de eso, que es como la ceniza, y saber cortar de tajo todo lo que te ensucie el aire son la misma cosa.

## CAPÍTULO 10. GUERRERA

Ella.

Hoy, por las avenidas caminadas, miro mi teléfono: no es mi primer anhelo hallar algo que me haga abrir la cámara, hacer capturas.

Mi madre escribe recordatorios en post-its de colores que han poblado ya las paredes, los muebles. Cuadritos de papel: trozos de vida. Lo que nos queda.

Anota en ellos la dosis de una pluma de inyección que saca del refrigerador y se entierra en la pierna. 1 dosis/día. 28 dosis/pluma. 80 microlitros para rellenar profundas, cuantiosas, proliferantes cavidades en su arquitectura ósea.

Suele repetir para sí las calles de los sitios que frecuentamos; las repite mal. Buscando entender, pregunta lo mismo sin que su cara de incompreensión se alivie. Lleva ese diario fotográfico de lo que come. Y, a veces, cuando descompone el teléfono, pierde sus pedazos, la historia que va armando con constancia, día a día. La perderá cada vez que olvide hacer el respaldo de datos; entonces, volverá a empezar. Quizás.

Hoy, deja su andadera en una esquina del patio, recoge el bastón, avanza rengueando al taxi; se duerme en el camino; despierta; baja frente al edificio donde está el tanque en que toma sus terapias. Se quita el collarín que envuelve sus vértebras cervicales —un collarín que es ahora parte de su cuerpo— y, lenta, va a sumergirse en el agua.

Al salir, surte la lista de sus medicamentos en cualquier farmacia cerca, compra una penca de plátanos. Llegará, jugará con Osa, su canina de raza mixta. Ella encontrará el sitio de taxis para volver, aunque tenga que preguntar en cada calle. Dos frases le hacen falta: el nombre de la colonia y la calle donde vivimos, y mi madre las porta en su teléfono y en sus manos, en la piel de los brazos, en innumerables páginas de la libreta de pendientes e instrucciones que lleva.

Tomará fotos en el camino. Banquetas. Gente. Nubes. Zaguanes. Fotos de ella misma. De los torcimientos de su cuerpo proyectados en forma de sombra. De los espacios luminosos.

## CAPÍTULO 11. EXISTIMOS A PARTIR DE LOS DAÑOS

Sé que aquel muchacho —aquel señor, hoy, que continúa hablando a gritos de voz aguda—, nunca entendió por qué dejé de mirarlo, de notar su presencia al casi chocarnos donde sea que coincidamos. Por qué mi cara se volvió la que pones si algo apesta, apenas pasar cerca suyo o de cualquiera de su familia. Que vacíe en su banqueta los charcos que junto al barrer el patio. Y susurre, cuando salgo por la puerta y me encuentro su casa: «Dios, que todos ahí se mueran». Sí. Que todos ahí mueran.

Hubo ese tiempo en que él no entendía. E, igual que a mí, le germinaron dentro la rabia, la cólera, una mañana: aquella en que insulté a su querida hermana en la calle, o una noche, esa, cuando le estrellé el coche a su zaguán, y la madrugada en que apaleé el tubo que puso sobre el pavimento para que no se estacionara nadie, también está la tarde que pagué a un carrito de basura a cambio de que le descargara toda la recolección del día en su banqueta: un promontorio de inmundicia, igual a él. Él, que ha empezado a grabarnos: una cámara de frente nos enfoca; debe estar entre sus grabaciones la noche en que se acercó a nuestra jardinera y, con sus manos dentro de ella, comenzó a despedazar los racimos blancos de las suculentas que ahí habitaban, los recogió, los metió por su puerta; la mañana en la que abrió boquetes en nuestros viejos adoquines y rompió la guarnición frente a la reja que da al exterior.

No sé cuándo exactamente la ira lo invadió y, expandiéndose, lo desbordó hasta ocupar y atravesar su casa toda, como un eucalipto que se ensancha y avanza, justo al centro, desparramando las ramas por puertas, tragaluces; las raíces crecidas entre el subsuelo.

Hay noches en las que me siento a admirarlo desde mi ventana. Me gusta contemplar su tronco abierto, seco, descascarado, con esas ramas que están por partirse y caernos encima.

El nuestro es un odio colmado con momentos que se palpan, se recorren, se sostienen en las manos. Momentos futuros en medio de nada.

Antes de que la rabia nos infestara, tampoco poseíamos fotografías, notas, algo tangible que nos obligara a seguir así.

## CAPÍTULO 12. LO QUE NO SOBREVIVió

A unos metros, perduran enterrados los perros de mi familia. El cachorro de los ojos de cielo cerrado se nos volvió ceniza hace cuatro años. Igual, como nosotros nos fuimos volviendo.

Es destino, eso. Supongo.

De la misma forma en que le ocurrió al de aquel viejo muchacho, mi padre hace su camino entre la tierra. Plantas diminutas crecen sobre él.

Yo y mi madre. Ella, que se torna ausencia, de vez en vez y, esas veces, parece como si el sol que iluminó un patio en el que supimos reír, nos abrasara completas, sin cesar: un sol que ciega y vuelve, y vuelve. Y vuelve. Ella no se da cuenta, salvo por mis gritos diarios en su contra y la de sus desmemorias, con los que intento atrapar cada trozo de esto que venimos siendo antes que lo pierda; sus retazos de lo que intentamos ser y en los que, dentro de los pensamientos de mi madre, se expande el cuerpo absurdo e infinito de un olvido alimentado con tajadas de nuestras vidas, de lo que conocimos, de lo que mañana ya no seremos.

Yo, que me convierto en este perro, esta gata, que olfatea el aire y sólo sabe no parar de buscar todo rastro de supervivencia; de gruñir a lo que sea que tenga el miasma del peligro. Que no sé más que montar batalla, persiguiendo lo que una vez atesoramos, acechando lo que pueda despojarnos de esto que nos queda.

### **CAPÍTULO 13. TESIS: CADA VIDA ES EL ATLAS DE DEMASIADAS GUERRAS**

Trazo un árbol familiar injertado. Un ciprés: uno con un aro de alambre hundido en su tronco, como el que en nuestro patio sobrevivía la década que abarcó mi infancia; parte araucaria, con sus zanates revolcados en negrura, que se lancen, vayan y se hundan en sus ramas; parte yuca, a la que le crezcan cabezas capaces de enterrarse contra lo que se acerque y frágil que cualquiera pueda retorcerle los racimos de flores hasta quedarse con ellos en las manos.

Un árbol que le muestre a mi madre quiénes fuimos nosotras. Y le descubra el camino de rumbos venideros.

Que me señale una dirección desde aquí hacia la que seguir.

Se encuentra en algún despoblado. No escucha voces. No ve caras. No tiene voz.

Pero existe.

Está ahí.

Sé que está ahí. ✖

# Xel-Ha López Méndez

Guadalajara, Jalisco, 1991. Uno de sus libros más recientes es *Crónicas de un nuevo siglo* (Quinqué Cooperativa Editorial, 2016).

## ¿SE PUEDEN COMER LOS ENLATADOS VENCIDOS?

La mujer del búnker  
y yo  
sabemos  
lo que el futuro significa.

Cada quien a su manera  
pero estamos  
seguras

cada una  
de la suya.

En el camino a recoger los enlatados  
construyo  
un pájaro con una cuponera  
también vencida.

Origami: el arte de doblar papeles  
de cambiar la forma de una hoja  
o algo como eso.

En ambos futuros  
las dos terminamos enterradas  
y encima  
de nuestras cabezas  
crecen flores. ✖

# Lewis

## Verónica Grossi

Guadalajara, Jalisco, 1963. Autora de *Sigilosos v(u)elos epistemológicos en Sor Juana Inés de la Cruz* (Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2007).

**Los pantalones** se le caían de la cadera. Era delgado, fuerte, bien proporcionado. Joven y guapo. Ágil. Se trepaba en el techo con sus trabajadores y lo arreglaba todo a buen precio.

Una vez, al final de hacerme el trabajo, me tocó a la puerta. «Señora, ¿se le ofrece algo más?». Me lo dijo con la mano en la cadera. Pude ver estacionada su camioneta. Todos sus trabajadores nos miraban. Eran el público de la escena, preparada para mostrarles a ellos cómo podía seducirme.

Otro día, había terminado una labor en el techo. Salí al patio. Ahí estaba de nuevo, con su cinturón grueso, sus pantalones caídos que dejaban ver el ombligo, su vientre firme y brillante bajo el sol, su sonrisa, su copepe dorado, su expresión traviesa. De repente, se acercó e intentó besarme. Me hice para atrás, sin poder contener la risa.

Lewis me mandó una vez a uno de sus trabajadores a limpiar las canaletas del techo. Ya me había despachado antes a otros hombres. Lo hacían muy bien y me cobraban poco, gracias a él. Esta vez oí el ruido de pisadas violentas, cómo aventaba los sacos abarrotados de hojas secas, desparrajándose al caer. Salí al patio y vi hacia arriba. Me topé con un rostro enfurecido, una rabia acumulada, una mirada peligrosa. Era un rufián. Al final, me cobró demasiado. Se lo dije a Lewis. «Ey, ¡a quien me mandaste me cobró mucho!». Pocos días después, Lewis mandó a ese granuja a que me devolviera parte del dinero.



Una vez necesitaba una reparación y llamé a Lewis para comparar precios: me cobró la cuarta parte. Me dijo, todo lo que tú quieras, querida. *My dear*, me decía.

No recuerdo qué otros trabajos me hizo, siempre con dedicación y energía.

Años después, al terminar un arreglo bajó del techo y ya se iba. En el jardín había un aro. No sé qué coquetería murmuró risueño. Esta vez le contesté, con inusitado aplomo: «¿Ves ese aro que está sobre el pasto?». Hice una pausa, notando en él expectativa o sorpresa. «Pues mira, ya no se mueven igual mis caderas. No lo podrían sostener». Se lo dije, en jarras, mientras giraba ampliamente la cintura en un círculo imperfecto. No supe cuándo encendió el motor acompañado de su comitiva. Un objeto rojo quedó en el pasto. Me acerqué. Era un martillo nuevo y reluciente. Lo guardé. Pero Lewis nunca volvió por él.

Actualmente, Lewis se encuentra en una cárcel de alta seguridad por haberse agazapado detrás de un gran arbusto, donde jugaba golf el futuro presidente de Estados Unidos. ✱

## J. R. Espinosa

Matamoros, Tamaulipas, 1990. Su libro más reciente es *Tomado del canon* (Universidad Autónoma de Sinaloa, 2024).

### TELÉMACO

Sentado en el muelle de Ítaca  
contemplo el horizonte vacío.  
De niño vi hacerse pequeño  
el barco de mi padre.  
Que este dolor disminuya,  
quisiera, que la distancia lo aplaste  
hasta hacerlo desaparecer.

A través de las olas, el canto de las sirenas.

Me cruzo de brazos y detengo mis ojos  
en la figura de Argos, perro vetusto  
a quien la muerte olvidó segar.  
Ya no ladra. Veo inflarse su vientre  
a cada fatigada respiración.

Y así,  
en este momento,  
donde la desesperación reina,  
yo también prefiero soñar. ✖

## Marlena Braester

Jassy, Rumania, 1953. Uno de sus libros más recientes es *De violettes luisantes* (Éditions Jacques Brémond, 2018).

VERSIÓN DEL FRANCÉS DE SILVIA EUGENIA CASTILLERO

### Te sientes observado

Giras la cabeza  
Para no ver

El silencio se anudó  
el tiempo duele  
ni vacío ni espacio  
Ni tiempo ni silencio infinitos  
La vida en la muerte

Giras la cabeza  
Para no ver  
Pero ves

El cadáver llora  
pues las lágrimas no han dejado de brotar  
Su peso es demasiado grande  
La vida suspendida en la muerte

Lloras encima  
del cadáver que llora  
Lloras por las heridas que vendrán

La muerte se duplica  
La vida se duplica  
Y fluye  
en lágrimas imborrables ✖

**Tu te sens dévisagé**

Tu tournes la tête  
Pour ne pas voir

Le silence a noué  
le temps qui blémit  
ni vide ni espace  
Ni temps ni silence infinis  
La vie dans la mort

Tu tournes la tête  
Pour ne pas voir  
Mais tu vois

Le cadavre qui pleure  
car les larmes n'ont pas arrêté de couler  
Leur poids est trop lourd  
La vie suspendue dans la mort

Tu pleures au-dessus  
du cadavre qui pleure  
Tu pleures les blessures à venir

La mort redouble  
La vie redouble  
Et s'écoule  
en larmes ineffaçables

# María Salgado

Madrid, España, 1984. Su libro más reciente es  
*Orientada a Stein* (Disbauxa Editorial, 2024).

Brisco huele a alcohol su casa huele a alcohol la madera y el aura y el Isaac huelen a alcohol que aún no sé que son vino y aguardiente y con mi bisabuela en la segunda de las cuatro tardes de cualquier tarde de agosto jugamos a la que llaman brisca Como la oscuridad o la hierba las continuidades me confunden Detrás del pajar en el San Pedro vibra algo que me atrae como luego la luz que toma el agua a la salida de un club en una ciudad con río me reconoce Sentados en la acera los amigos de siempre y los de sólo hoy singularmente se indistinguen El cuerpo y el exceso: pequeñas pertenencias Subo al árbol y no bajo hasta agotar el juego y ya es de noche y traigo la ropa empapada de orina Como la hierba o la oscuridad las continuidades me seducen Nos descubren escondidas en un cuarto riéndonos de que al hombre de la Aurelia lo llamen Tío Molas

✱

al fondo en el cuarto de los hombres condensa un sudor tan duro que me punza la garganta como al oír tus ojos bandidos robaron lo que me vibra es la piel Desconocido amenazante llega hasta aquí directo si bien no sé si sea posible acordarse de un olor literalmente La espera de respuesta La de una estación de tren un tiempo de medida tampoco verosímil tan poco registrable Dorado: sinestesia De la pared del otro lado el murmullo de los padres y los tíos conspira contra los hijos que fingen dormir Cuando descifras el secreto cuando recibes la respuesta cuando esa persona se aproxima y con ella te desnudas la presencia cobra forma para en seguida ir hacia un lugar inextraíble hasta que en otro cuerpo en otro cuarto de pronto de nuevo brevemente se extrae De la pared de este lado esta noche hemos bailado y nos hemos en el suelo acostado y han pasado diez años y al abrir la puerta del fondo descubro dos literas deshechas por tres torsos que ebrios y desnudos ya no están



playa de la Perla verano el Paraná por turnos nos bañamos no por «No  
 habilitada Peligro Profundidad» sino por gusto de mirar nadar una a la otra en  
 la distancia Distinto ritmo de frío y de calor hacen un cuerpo A la humedad del  
 vestuario se adhiere la intimidad de género en ningún otro recinto practicable La  
 que lanza y antes que entre porque sabe que va a entrar saca la lengua La que al  
 límite de falta te defiende La que en las peleas separas a las que en las peleas se  
 van a pegar y fatalmente te gustan Me gusta La miro conducir y hablar y al  
 hablar bailar la de Los Foras que suena por la radio como si pudiera  
 conocerla de antes de hace ocho días conocernos a la edad en que  
 bajo el agua de la ducha más oscura más al fondo el lloro no se siente y  
 te prometes no volver a perder una final sino envolverte en ti  
 como un secreto Deseo: el mínimo a riesgo es necesario para  
 que haya de eso Ya tarde sobre el río la sombra arriba  
 cierra se



a oscuras en un cuarto en una casa en que a nadie conoces y nadie  
 te conoce despiertas sin dinero sin idea del dinero ni noción de cómo llegaste  
 aquí y no es un sueño Quietos hologramas morados sobre un campo que  
 si cruzas una casa se derrumba y ninguna noción de ti salvo correr al  
 límite sí lo son como el Cowboy que desde el sótano dirige y Dios  
 que te vigila desde una sala con circuito cerrado de tv lo serían si no  
 fueran recuerdos de imágenes que verdaderamente viste Disímil la  
 marisma de la ciénaga no tan disímil del terror de proyección  
 sobre un espejo oscuro Lo que no ves y sabes y lo que ves y no  
 sabes y lo que no sabes que sabes hasta que ves su reflejo en lo  
 que quiera que seas creciendo junto sin raíz sobre un suelo  
 inundado Una luz verde que te orienta a la deriva Bajas  
 las escaleras saltas la reja de la casa y sales



al terminar varias nos acostamos en el suelo por no escindir eso que  
 hacía horas sudaba junto sobre el mismo Diez años pasan despertamos sobre  
 una doble cama doble encajada en un cuarto sin luz Calor con  
 forma de intimidad podría hacer sexo aparecer pero este no dominaría el  
 sentido Del otro lado suena una versión cumbia de «Así fue» que por  
 el muro amortigua como por debajo de una manta Desgastada lejos del  
 original apenas junta nos parece una forma aún más valiosa y al girar  
 la cara de Julio se encuentra con la de Adrián que le sonríe y esta  
 con la de Ro y la de Paulo con Amalia Cualquier nombre que ocupe cual-  
 quier bulto aquí tendido concreta cualquier recuerdo Sobre fondo  
 arenoso un terreno bajo en cuerpos de agua La noche es la  
 siguiente: la mañana está  
 empezando

# Por su culpa

## Talia S. Padilla

Guadalajara, Jalisco, 1983. Esta es su primera publicación literaria.

**El cabello de Clara** era largo y negro. Lo llevaba siempre suelto, una cortina enmarañada que le caía por la espalda y que en otoño coleccionaba restos de hojas que caían de los árboles y se perdían en su espesor. Tenía 16 años y era la hija de Jaime, mi socio y vecino de toda la vida.

Por aquel entonces yo todavía estaba casado. Vivíamos en la calle Amberes, lo suficientemente cerca del centro como para poder ir caminando, pero no tan cerca que las casas se sintieran amontonadas. Al menos en nuestra calle todas tenían patio adelante y atrás. Algunas con un ficus o un árbol de hule rompiéndoles la banqueta. La mayoría con enredaderas en las bardas para darles más verdor. Más apariencia de lujo.

En las mañanas yo procuraba salir de mi casa a la misma hora que salían Clara y su madre camino a la prepa, con la esperanza de encontrarlas. Clara siempre se vestía con los mismos pantalones azul marino que arrastraban por el suelo y una camiseta negra un par de tallas demasiado grande para su cuerpo escuálido, todavía de niña. Su madre preferiría que su hija se pusiera esa falda escocesa, esas medias de red, ese vestido de terciopelo, todo lo que ella veía que se ponían las jóvenes de su edad. La escuchaba gritárselo todos los días.

Clara la rechazaba en silencio, de la misma manera que rechazaba a los hombres, jóvenes y viejos, adolescentes de su edad y señores casados, como yo. Nos perdíamos sin remedio en la oscuridad de sus ojos, más negros cuando yo le sonreía, idiota, ciego a la rabia que brotaba de sus pupilas, ahogándose en la sexualidad que emanaba de ella a pesar de su cuerpo de niña y aun cuando nos encontráramos de pie a mitad de la calle, su madre haciéndome plática mundana, preguntándome por mi mujer y mis hijas, mientras la suya me mataba con la mirada. Casi como si lo disfrutara.

Nunca tuve malas intenciones, aunque no puedo negar que gozaba mirándola, mis ojos moviéndose por cuenta propia hacia sus pechos incipientes, dos conitos que los días de frío invariablemente me saludaban. La niña tampoco quería usar sujetador. También su madre se lo reclamaba a voces.

Pero nunca pasó de ahí, nunca hice nada.

El problema es que Clara no se daba cuenta del efecto que causaba en los demás. Y no sólo en los hombres. Mi hijas revoloteaban a su alrededor cuando nos juntábamos las dos familias para asar carne los domingos, en su patio o en el nuestro; mi mujer procuraba sentarse a su lado. Clara, con el rostro serio y movimientos ariscos, su piel doblándose en sí misma como la de un gato que no quiere ser acariciado cuando alguien se le acercaba. Nos miraba de soslayo.

Varias veces me la encontré en horario escolar paseando por el centro. La reconocía entre la gente por su cabello, rozándole las nalgas bien paraditas, su caminar sinuoso a pesar de que todavía no tenía caderas. Cuando las tenga, pensaba, qué va a ser de mí. Qué va a ser de nosotros, bromeaba con los otros socios, a quienes también se les iba la mirada cuando Clara les llevaba la bebida durante las reuniones en casa de Jaime, contoneándose para hacerse paso entre los muebles. Entre nuestras piernas, estiradas para cortarles el paso.

—¿Por qué no te sientas aquí con nosotros, Clarita, y que tu papá se encargue de los vinos? —decía uno u otro, siempre alguien queriendo hacerse el chistoso. A veces, yo.

—Seguro que los entretienes mejor que yo —Jaime le daba una nalgada, riéndose. Su esposa asomada desde la cocina no le quitaba la vista a su hija, y ya sabía yo que en cuanto nos fuéramos le iba a gritonear. «Diario ahí andas de putilla, vas a acabar mal, pinchis viejos raboverdes no van a dar la cara». Cosas así.

Clara no sonreía, pero nos sostenía la mirada, nos daba los vasos como si quisiera estrellarnos en la cara. Algunos se reían, le pellizcaban el cachete; otros bajaban los ojos y cambiaban de conversación.

—Siéntate aquí conmigo Clara, conviene que te vayas enterando del negocio —le decía yo, en bajito, de pendejo, como si ella no viera en mis ojos el deseo, las ganas de que me estrellara el vaso, o lo que quisiera, en la cara.

Un día la vi salir de su casa con la boca pintada de rojo y una línea gruesa en los párpados reforzando el negro de sus pupilas. Su madre la miraba con orgullo. Yo también. En cualquier momento le hace caso a su mamá y se pone las falditas, pensé.

¿Cómo serán sus piernas?, pensé.

Pensé.

Toda la noche di vueltas en la cama recordando los labios rojos. Las piernas imaginadas.

—Siempre supe que iba a acabar mal —dijo mi mujer, que buscaba cualquier pretexto para tocar a Clara, acariciarle el cabello, el brazo, la mano, una vez los labios: tienes unas morusitas ahí de pastel, dejando el pulgar en la boca de Clara cuando las morusas ya no estaban.

—Se vestía así a propósito —dijo mi hija, la mayor, en primer año de la universidad, que diario invitaba a Clara a salir de fiesta con ella aunque fuera dos años más joven porque atraía la atención de los muchachos—. Lo hacía para manipular a los demás, hacer que creyeran que tenía lo que no tenía.

—Dijo miss Mari que lo que le pasó fue culpa suya —dijo mi otra hija, un año menor que Clara, a quien seguía para todos lados como perro faldero—. Y sí es cierto. Varias veces la vi escapándose de su casa en la noche.

—¿Tú también te escapas?

—No, papi, cómo crees. Yo sí me doy a respetar.

—Mataría por tenerte entre mis brazos —le dije una vez, borracho.

Clara sonrió, sin mirarme, y continuó jalándose los pellejitos de las uñas. Estaba borracha también, de puro sorber los restos del vaso de su papá. En la madrugada la escuché vomitando en el patio trasero de su casa.

—Sht —le dije desde mi balcón, para que volteara a verme. Le salía puro líquido, que echaba sobre los geranios blancos plantados en cubetas viejas. Las flores ni se manchaban, como si las estuviera regando.

—¿A quién le hablas? —dijo mi mujer desde la cama.

—Nada. Un pinchi perro husmeando en la basura —dije volviendo a acostarme. Cerré los ojos y vi a Clara abriendo la boca, la lengua cubriendo el labio inferior, el espasmo que parecía un escalofrío recorriendo su cuerpo arqueado para no mancharse la pijama.

Así me acuerdo de ella.

—¿Por qué nunca me dices nada? —le dije la única vez que me animé a tocarla.

Venía llegando del trabajo y ella iba rumbo al tambo de basura comunitario al final de la calle. Tenía un mechón de pelo tapándole el ojo, y se lo quité. Se lo guardé atrás de la oreja. Bajé el dedo hasta su clavícula. El esfuerzo por sujetar las bolsas de la basura hacía que se le resaltara un tendón. Sus pechos, apenas visibles bajo la tela tosca de su camiseta, temblaban.

Me hice a un lado para que pasara y cuando lo hizo me rozó.

Ahí supe que salió a esa hora a propósito para encontrarse conmigo.

Se la encontraron en un lote baldío en las afueras, por allá por Tlaquepaque. Desnuda. Varios días la idea de su cuerpo tirado entre los desperdicios torturó mi imaginación. Sus ojos abiertos, su pelo enmarañado lleno de hojas como cuando estaba viva. ¿Qué más? Las piernas que nunca le vi.

—La violaron entre cuatro, como a perra en celo —dijo Jaime sentado en la mitad de su patio. En su voz, asco—. No voy a decir que se lo merecía, porque uno no dice esas barbaridades de sus propios hijos. Pero Clara volvía locos a los hombres.

—¿A ti también? —le pregunté, y tuve que voltearme a escupir en los geranios blancos los celos que me chorreaban por la boca al pensar en mi vecino viendo a Clara recién levantada, los ojos blandos de sueño.

Jaime ni me respondió. ✖

# Nadia López García

.....  
 Heroica Ciudad de Tlaxiaco, Oaxaca, 1992. Uno de sus  
 libros más recientes es *¿A dónde van los árboles cuando  
 duermen?* (Almadía, 2025).

## UN COMETA LLAMADO SHOEMAKER-LEVY 9

¿Cuántas fronteras cruzamos a lo largo de nuestra vida?  
 Tal vez, la primera fue decir nuestro nombre en voz alta  
 mientras resistíamos al dolor del mundo.

En 1994, un cometa se equivocó en la forma,  
 en la trayectoria, en el destino  
 y colisionó contra Júpiter

el desastre se veía venir,  
 pero como siempre

nadie nunca se detuvo a sentir  
 los primeros temblores  
 de una devastación futura.

En ocasiones,  
 el ojo no basta para lo pequeño:  
 Un año antes, se observó que ese cometa  
 era inusual,  
 se empeñó en ser el primero en girar  
 alrededor de un planeta  
 en lugar del Sol.  
 El primero en querer estar cerca  
 de aquello que se sabe,  
 lo destruiría hasta el infinito.

Tal vez, eso hemos sido tú y yo,  
 planetas que cambiaron de órbita  
 para no destruirse por completo,  
 porque en ocasiones  
 la voluntad de no querer estrellarse  
 no es suficiente.

A veces, la terquedad de querer salvarnos  
 sin que nos duela el tiempo  
 de lo que fuimos y ya no somos  
 puede más que las ganas de abrazarnos  
 mientras amanece.

En ocasiones, seguir trayectorias distantes  
 y solitarias, puede ser el único refugio  
 para poder seguir flotando en este universo  
 donde los planetas se mueven siguiendo rutas  
 en forma de elipse que evitan que choquen  
 unos contra otros.

¿Recuerdas cuando vimos las estrellas  
 desde esa loma?  
 ¿Recuerdas cuando metimos nuestras manos  
 en el agua fría de ese río?  
 Nunca escuchamos el rumor  
 de aquello que comenzaba  
 a desmoronarse,  
 de esa avalancha de muerte que significaba  
 el permanecer juntos.

Tal vez,  
 así como el cometa llamado Shoemaker-Levy 9,  
 pensamos que nuestro deseo  
 de girar en la misma órbita y amarnos  
 podría vencer al peso tiempo y la memoria  
 de esos que fuimos, de esas raíces  
 que aun en el silencio

y la completa calma,  
a veces tan parecida al olvido,  
siguen susurrándose  
historias y mapas de un camino trazado  
hace muchas vidas,  
hace muchos tiempos.

Pero nosotros no,  
no resistimos a la gravedad  
ni a los vientos.  
No resistimos al propio daño  
que da el abismo  
al que nos asomamos  
mientras caminamos juntos. ✕

# En el espesor de la carne [Fragmento]

## Jean-Marie Blas de Roblès

Sidi Bel Abbes, Argelia, 1954. Este es un fragmento de  
*Dans l'épaisseur de la chair* (Zulma, 2017).

VERSIÓN DEL FRANCÉS DEL AUTOR

**A pesar de la lluvia torrencial**, un penacho de humo se distinguía sobre el Vesubio cuando Manuel Cortés ingresó a la caseta de mando. Pelorjas había reunido a todos sus oficiales para advertirles sobre su inminente partida. Frente a un mapa de Italia surcado por líneas de lápiz rojo, hizo un resumen rápido de la situación.

Después de haber desembarcado en Sicilia, luego en Calabria y en Salerno, el 8º Ejército británico y el 5º Ejército estadounidense habían tomado Nápoles, pero se encontraban bloqueados por una resistencia alemana sumamente sólida. Tomado por sorpresa ante el avance de los Aliados, el mariscal Kesselring había optado por replegar sus fuerzas en buen orden y proteger Roma estableciendo dos líneas de defensa que aprovechaban al máximo el relieve de la península.

La primera se apoyaba en los Abruzos, a lo largo de un frente que iba desde la desembocadura del Volturno, en el Mediterráneo, hasta Termoli, en el Adriático. La segunda, bautizada como la línea Gustav, se situaba unos cincuenta kilómetros más atrás. Aproximadamente paralela a la línea del Volturno, y aún más fortificada, bloqueaba el valle del Liri, explotando al norte la cadena escarpada de los montes San Croce, San Martino, Cifalco, Belvedere, Cairo, Cassino, y al sur, los montes Aurunci y el Majo.

En un mapa de estado mayor, más detallado, Pelorjas les mostró el escenario de las futuras operaciones. La maniobra de las fuerzas francesas consistía en perforar el frente de los Abruzos a la altura de Pantano y abrirse paso hacia Atina, apoderándose de todas las alturas estratégicas. Los tabores

apoyarían a la Segunda División de Infantería Marroquí, que ya estaba en la zona para relevar a los infantes de marina estadounidenses de la 34ª D.I.U.S.

—Tú, pequeño *toubib*<sup>1</sup> —dijo el comandante—, instalas tu enfermería donde yo esté. Siempre. Pase lo que pase.

Entre las palabras y las cosas, todo se supone que lo sabemos, hay un abismo que la imaginación no puede colmar. Lo indefinido en la orden de Pelorjas, y lo vagamente amenazante, sólo tomó forma dos días después, el 16 de diciembre de 1943, pero con la exactitud fulminante de una reacción química.

Manuel se hundió en la guerra como quien cae en la afasia.

En el principio están las entrañas, primero las de los caballos antes que las de los hombres, infames marañas intestinales entregadas al hostigamiento de las moscas. Los vio partir al amanecer, en una ladera del Pantano: doscientos jinetes marroquíes lanzados al galope contra la metralla, con sus cascos altos sobre el turbante y las franjas gris-negras de sus albornoz de montaña.

Bajo ellos, sus caballos pálidos, pequeños y lanudos, recién desembarcados del *Atlas*, se destripaban en plena carrera en la luz naciente.

En el principio están los obuses, las minas, los cohetes. A golpes de relámpagos, de chisporroteos centelleantes, a tijeretazos en el cielo, de truenos redoblados, él ve desatarse, hincharse, disiparse, reavivarse en convulsiones súbitas, endurecerse de nuevo, la furia monstruosa que abrasa la tierra, deforma a ciegas el paisaje, lo retuerce, lo lacera, lo embadurna de sangre y sesos, lo aplasta con una trepidación divina.

El maullido de las minas saltarinas, esos *crying minnies* que te explotan bajo los pies, rebotan y dan volteretas antes de soltar a la altura del hombre su ráfaga de metralla; el silbido de los cohetes incendiarios, expulsados en paquetes de seis desde los *nebelwerfer*, su amplificación en el espacio hasta confundirse con el grito que se escapa de tu propia garganta; el trueno aberrante de la artillería pesada, las detonaciones de las ametralladoras, la incesante lluvia de escombros, de arcilla, de harapos ensangrentados, todo eso es en lo que se reduce el mundo mientras Manuel avanza con dificultad, trepando por las laderas empinadas y resbaladizas del pantano.

El puesto de socorro avanzado está casi en medio de este caos: Pelorjas se pega al combate como una mosca sobre la carne muerta, y Manuel sigue a su comandante. Los camilleros no deben buscar la enfermería, ha insistido, deben encontrarla. Así que van, van por ellos, pase lo que pase, a pesar de esa grieta en el cielo que anuncia el Apocalipsis.

<sup>1</sup> Médico.

Le han dado el mismo equipo que a sus camilleros marroquíes: sarouel y gandoura bajo una gruesa djellaba de rayas marrones, tejida con lana y pelo de cabra, supuestamente impermeable. Le han aconsejado guardar su equipo de intervención en la capucha, el koub: vendajes de primeros auxilios y jeringas de morfina. Calcetas de lana sin pie para cubrirse las piernas, un par de sandalias de cuero de buey sin curtir. Hace menos siete grados allá arriba, y bajará hasta los menos treinta, pero la intendencia no ha cumplido; las botas y los *snow-boots* llegarán mucho después.

Así que camina con túnica de fraile y pies descalzos dentro de sus *naâil*, con grandes zancadas sobre un suelo cubierto de cadáveres. Entre esos cuerpos blanqueados por la escarcha, algunos aún se mueven, gimen, suplican; otros gritan llorando.

—*Stena chouïa, toubib*,<sup>2</sup> veo uno que se mueve...

Se acercan, verifican; unos segundos para un torniquete o una inyección de morfina, y suben al hombre a una camilla. Seis mulas esperan un poco más abajo, en un resguardo precario. Allí, el mulero, apenas logra mantenerlas en su sitio, pues están aterrorizadas; dos llevan una camilla plegable a cada lado, cuatro tienen albardas que permiten sentar a los heridos. Se gagan encima, las pobres bestias, pero transportan hasta las tiendas esos cuerpos martirizados.

Gritos, órdenes, maldiciones.

—¡Adelante, detrás de mí!

El que dijo eso nunca volverá a caminar: le han volado ambas piernas a la altura de la rodilla. Un joven capitán francés de Constantina tiembla de pies a cabeza mientras lo suturan.

—*Zidou l'goudem*.<sup>3</sup>

Quiere decir lo mismo en bereber, y ese otro, Lakdar, un hombre alto del Drâa, no tiene más que un agujero rojo en el lugar del rostro.

—¡Semilla de ganso! ¡Hijo de becerro! ¡Cara de pedo! ¡Jugo de mono! ¡Escoria de pala de mierda! ¡Vaya, mi cebra, te dieron bien en la jeta!

En el principio están los olores a éter, a fenol, a creosota.

Los catres manchados de orina, vómito y coágulos, lechos de dolor donde desfilan los moribundos, donde uno mismo termina por dormirse, aturcido por el horror y el agotamiento.

Hubo una noche, luego una mañana, y alguna instancia desconocida decidió que todo estaba bien y que no había razón alguna para no continuar. ✕

<sup>2</sup> Espere un poco, doctor.

<sup>3</sup> ¡Adelante!

# Isaura Leonardo Salazar

.....  
 Ciudad de México, 1984. Su publicación más reciente es  
 la plaquette *Santa Rabia* (Rizomancias, 2022).

## TETIS [Fragmento]

II

*In the same way, there is not a single one of the combatants who is spared the shameful  
 experience of fear.*

[Del mismo modo, no hay uno solo de los combatientes que se libre de  
 la vergonzosa experiencia del miedo.]

**Simone Weil, *Illiad or The Poem of Force***

Armados hasta los dientes  
 con nuestros cuerpos.

Tu escudo,  
 desde él *los hombres dotados de palabra me hablan*;  
 puedo ver a la Osa Mayor,  
 a Orión.  
 Entre tu cuerpo y el mío  
 miro el cielo en el escudo que te protege.

Cada músculo tuyo una daga;  
 y el mío, piel de leopardo, desgarrar.  
 La palabra *guerra* te diré. Al oído, gutural y rugido: *guerra*.

Me gusta quién soy cuando odio.  
 ¿Será eso?  
 Y aun así nos bañaremos juntos,  
 confiados,  
 como dos cachorros  
 de manadas enemigas.

Cruzaré el estrecho del Helesponto  
 en tus muslos;  
 haremos que los continentes se toquen;  
 cimbrará el mundo.

Le diré a Héctor que  
 no habré de morir  
*inerte como una mujer*.  
 Pelearé.

IV

Con tus manos apretando mis pechos voy a recordarte a Penthesilea. «Las amazonas tenían un seno mutilado», diré. Sonreirás. Agradecerás que no soy una de ellas y tengo dos pechos que no han amamantado a un hijo soldado ni han ido a la guerra.  
 Y yo sentiré, en cambio, que mis pezones han llorado, no sabría explicarte. Entonces me doblaré sobre tu cuerpo para morderte un labio; una pequeña herida, un dolor mínimo que te atravesase como la espada en el pecho de Tetis. Eres mortal. Dejaré de temblar.

VI

María Zavala, La Destroyer

La soldada Jessica<sup>1</sup> se ahogó;  
 se la tragó el plancton.  
 Se la comió el lago.

La Destroyer, monstruo de la laguna,  
 la jala de los cabellos.

Pasa la Destroyer en el campo de batalla  
 ultimando soldados.  
 María reza, reza y sacude las yerbas.  
 Amortaja el cuerpo juvenil de Jessica.  
 ¿Habrá conocido hombre, mujer?,  
 te pregunto sin abrir los ojos.  
 ¿La última adrenalina se la entregó  
 a los sicarios que la perseguían?

<sup>1</sup> El 14 de enero de 2020 Jessica Abigail Alcalá Contreras, del 12 batallón de la Guardia Nacional, murió ahogada tras una persecución por parte de sicarios en Tamaulipas.

Se ahogó,  
 como Alfonsina, como Virginia,  
 con 20 kilos de ropa militar.  
 El peso de ser hija bastarda de la Patria: 20 kilos.  
 Y los 25 gramos de su alma los toma María, la Destroyer,  
 para hacer explotar las vías del tren  
 donde viaja la Revolución. ✖

## Irene Selser

Buenos Aires, Argentina, 1957. Su libro más reciente es *Sonnet en yx. Mallarmé. Traducción y ensayo* (El Tucán de Virginia, 2019).

## PALABRAS PARA GAZA

I  
 No es Numancia, el pueblo celtíbero amurallado en la cima de un cerro,  
 que prefirió morir de propia mano, la inmensa hoguera o el cuchillo agudo  
 en las entrañas con tal de no rendirse al general Escipión.  
 Su memoria yace invicta bajo el caudal absoluto del Duero.  
 Tal vez sea el Mediterráneo y su promesa azul de libertad  
 lo que empuja a los habitantes de la antigua Gazzat, ciudad doliente  
 a aferrarse a la vida como a un mástil,  
 los olivares altivos de troncos grises, retorcidos,  
 sus anchas copas expuestas al sol abrasador de la siesta,  
 la sonrisa nostálgica del abuelo mirando pastar ovejas  
 —quién sabe qué recuerdos—,  
 callejuelas polvosas donde los adolescentes practicaban parkour,  
 el arte de sortear obstáculos, antes de que el cielo estallara en nueve círculos.  
 Diminuta parcela unida a un destino de lágrimas,  
 bordadas en los tapices del mercado.

Del río Jordán al mar de las batallas llegaba este terruño como asta bandera,  
 para unos Canaán, Judea, para otros Palestina, pena eterna  
 pero no quejumbrosa. Lo sabe Jess, que ha guardado en el bolsillo  
 durante más de un año la llave de su casa, aferrado a la esperanza  
 de volver y encontrarla en pie. Ahogado en llanto,  
 sostiene entre sus brazos a un gatito negro  
 que rescató de los escombros después de un bombardeo.  
*Siento el corazón repleto de emociones*, dice el niño de ocho años  
 y confía en darle a Simba un nuevo hogar,  
 una mesa. O sólo un plato.

## II

Tierra Santa maldita, la he recorrido en su breve largura  
 con el corazón auestas,  
 la mayor densidad de fe y de odio por kilómetro cuadrado.  
 Y me duelen por igual las víctimas de Octubre, pan ácimo la aflicción.  
 Por mis venas corre sangre semita, sobreviviente del Diluvio.  
 Mi padre repetía a sus tres hijas que éramos princesas,  
 el rey David una figura legendaria y Buenos Aires, nuestro Edén.  
*Esto es como una tragedia griega, cada parte tiene su razón,*  
 me dijo en un café frente a la Basílica del Santo Sepulcro,  
 en la Ciudad Vieja de Jerusalén,  
 un pesaroso y taciturno Carlos Monsiváis,  
 compañero acucioso de viaje, conmovido como yo  
 al escuchar los alegatos irrefutables del rencor.  
 Temprano, en la mañana, los judíos:  
*El padre de ese hombre que usted ve allá mató a mi abuelo,*  
*por eso los colonos hicimos justicia.*  
 Y al anochecer, el nieto:  
*Mi abuelo mató al suyo porque él ocupó su tierra...*  
 Una historia de éxodos, de duelos y revanchas,  
 no obstante en tiempos primigenios, en el sur del Levante,  
 la piel aceitunada y el cabello oscuro eran uno y lo mismo,  
 como mis células que descienden del Dniéper y del Rin  
 y desembocaron en un riachuelo ancho como el Aqueronte,  
 con música de tango y olor a tempestad.

## III

También Amos Oz tuvo un riachuelo donde distraer las horas,  
 una vertiente sin alardes que bordea de norte a sur los viñedos.  
 Se asomaba a la orilla los domingos ese hombre que tocaba el viento,  
 esperando que regresara la persiana azul  
 arrastrada de golpe por la corriente, mas nunca el mismo río.  
*Judíos y palestinos somos dos familias desgraciadas y mal avenidas.*  
*¡Dividamos la casa y así quizás aprendamos!;*  
 repetía mientras cortaba aceitunas junto a mujeres con kefias  
 a cuadros blancos y negros cubriendo sus cabezas, él la kipá.

Falleció en viernes como suelen morir los justos,  
 fiel a su mandamiento de levantarse a las cuatro de la mañana  
 y reparar la realidad con azadas, libros y palas  
 y no causar dolor, o al menos empezar a causar menos dolor:  
 tomar un lapicero y delinear la esperanza con el poder de las palabras.

Palabras son lo que intento volcar en líneas sin alas.  
 Los pájaros volverán a cantar, clamaba la poeta Fadwa con apellido de ave.  
 ¿Y si no vuelven? ¿Si son los suyos alaridos en la oscuridad?  
 Y es que no vencen en las guerras la verdad ni la razón,  
 sino el pulgar que talló diestramente la primera punta de flecha  
 y ahora dispara un misil contra la puerta de la casa de Jess, inútil llave.  
 Una luna de sangre envuelve los edificios derruidos, esqueletos,  
 aferrados los palestinos a la terca decisión de nunca irse.  
 Tampoco las ruinas: permanecen ahí como la densa raíz de los naranjos,  
 las dunas ondulantes de la costa elevan rezos. ✖

# Terror sin nombre<sup>1</sup>

Ingrid Solana

Oaxaca, 1980. Su libro más reciente es *Piel gruesa* (2024).

*Aquel ruido de huesos y de maderas hacía pensar en una representación de marionetas celebrada en el reino de la Muerte. Al mismo tiempo, el viento traía un penetrante, pesado y dulzón olor a descomposición, que nos hizo estremecer hasta la médula. Y entonces, en lo más hondo de nuestro ser, oímos cómo una melodía vital se alzaba desde la cuerda más grave y profunda.*

Ernst Jünger. *Sobre los acantilados de mármol*

**En las imágenes, los cuerpos** de los indígenas aparecen en confusas proporciones, los colores de las ropas, los pies y las sombras se agolpan contra las paredes, hay rastros de sangre y atmósferas oscuras en las secuencias de televisión. Una película de la historia deshistorizada, es decir, reconstruida en una historia televisada invade la conciencia colectiva: por primera vez en la historia de México, una guerra se puede ver casi a tiempo simultáneo con los hechos: el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional invade los adormecidos hogares mexicanos mientras el discurso periodístico se disgrega en racimos, rizomas, ritornelos. Es la hoguera de nuestro tiempo; la historia secreta de nuestro país. Una pila de cadáveres se extiende ante mis ojos, los pies arrugados de esos hombres refulgen más allá de

<sup>1</sup> La expresión «terror sin nombre» proviene de la teoría psicoanalítica de Wilfred Bion en la que refiere a un terror psíquico originado en los estados primarios del desarrollo humano en las etapas tempranas.

la pantalla con su ostensible verdad; los espectadores observamos petrificados, la descarnada realidad de los cadáveres; aquellas muertes son la muerte entera, el mar de la revolución en su apogeo de muerte. Es una escena en presente continuo —transcurre sin cesar y jamás pasa—, se desenvuelve de la misma forma, una y otra vez, en mi recuerdo. Es la repetición perseverante del trauma. El trauma habita el presente; no tiene futuro y mucho menos pasado. Todo trauma es, una y otra vez, el tiempo en sí en su actualidad más pura. Es enero de 1994 en la Ciudad de México. Hay muchos días nublados y silencios largos entre las personas; hay crisis económica, tristeza, deterioro, rock. Tengo catorce años. Observo inmóvil la pantalla sin saber qué decir, qué sentir, qué pensar. Nos proyectaron aquellos reportajes en la clase de Historia tal vez, pero no lo recuerdo. Tampoco recuerdo cómo era ese salón ni cuántos eran mis compañeros ni quién era el profesor. Tampoco hay palabras. El trauma no tiene nombre. El silencio de los otros es un abismo. Es la primera vez que los presentes —esos muchachos curiosos, confundidos, crueles y bellos como los son todos los adolescentes— atestiguamos la ira de los seres humanos en nuestra primera guerra televisada.

*Terror sin nombre* es una experiencia que no tiene una palabra precisa en el lenguaje, lo *siniestro* se acerca pero no es lo mismo; el concepto de *horror* también, pero tampoco lo define a cabalidad. El terror sin nombre en la teoría de Wilfred Bion tiene que ver con la ayuda o «traducción» de ciertas experiencias que la madre ofrece al infante para procesar todo aquello que no comprende y le provoca malestar o sufrimiento. Pero también, quizás, el terror sin nombre ya está presente en el momento mismo del nacimiento. Somos el ser arrojado a este espacio de vacíos, insatisfacciones y deseos. Sentimos hambre. Sentir hambre por primera vez, mientras que en el vientre de la madre, todo nos había sido dado; allí éramos uno con el universo, nuestra experiencia era el goce absoluto: goce fusionado con el universo interior del otro cuerpo. Sin comprensión de lo uno ni de lo otro, la vida humana en el vientre materno es una extraordinaria forma larvaria y radical de un estado paradisiaco. Nada hace falta en él. La madre feliz otorga una existencia prematura a ese ser humano al que ya espera con ansiedad y agrado; canta, atesora nombres, especula con emoción sobre el ser gestado sin esperar ningún sexo concreto. La madre *disponible* y *dispuesta* espera con felicidad; la criatura en formación recibe ese afecto anticipado que comienza con la confianza de lo que, quizá, esa voz

*del más allá* le depara. La madre sueña con el vientre repleto de posibilidades, de lumbres futuras. Es una madre sumergida en su propio y único ensueño (*rêverie*). Hay madres que escuchan música porque «el bebé también la escucha»; en el cosmos de la necesidad cubierta, ese *oído mar* que es un bebé deseado y amado, alcanza los ecos de la melodía. No le importa nacer, allí se está bien, entre las esferas concertadas del cosmos que es la madre. Más adelante, cuando el bebé habite el entorno de la madre, la ensoñación de la misma le ayudará a procesar y a traducir lo desconocido. La primera vez que somos un ser humano en el mundo, nos alzamos detrás del grito, ese grito instintivo de la vida en sí; es la primera vez que un bebé se hace escuchar, como si su llanto fuera el devenir mismo de lo humano. Ser afuera, sin duda, inaugura el mundo del terror y del error.

Las guerras del siglo XX fueron televisadas, así que el habitante de este siglo fue a la guerra innumerables veces. Fue en la guerra de Vietnam en la que se evidenció la sintomatología psíquica desarrollada por los combatientes que sobrevivieron. Pero también los efectos de la violencia de guerra en los espectadores de los conflictos bélicos, y quizá la consecuente normalización de la violencia para las épocas por venir, encuentre su origen en las respuestas generadas por las grandes colectividades a partir de esas revelaciones diferidas de la televisión y el cine. La imagen en su representación visual se nutrió de la guerra como uno de los grandes acontecimientos concernientes a la cultura de masas. Entre tanto, el silencio devastador de los campos de concentración coronó el terror sin nombre del siglo XX que es la forma más acabada del odio: el exterminio de una especie por sí misma. Un uroboros de exterminios: la más radical indiferencia ante la propia especie.

Se habla pero, en realidad, no hablamos. Hablamos con un lenguaje vacío. ¿Cómo se asimila la experiencia diferida, aquella que me es posible observar pero de la cual soy una simple testigo enmudecida? No existen nombres para lo que el ojo ve desde la distancia de una vulnerabilidad al acecho de sí. Soy lo que contemplo; casi fusionada, identificada *proyectivamente* con el miedo. Nos convertimos en el terror: absolutamente entremezclados con él; una amalgama inextricable. No hay nombres. En los espacios terapéuticos no alcanzamos a expresar la sensación radical e impotente, casi delirante, de aquello que nos aterroriza pero que no podemos expresar con el lenguaje. De forma semejante, el solo nacimiento es el primer instante traumático en el que, por primera vez, conocemos la

sensación de frío, la angustia ante el hambre, el horror ante lo desconocido. Para poder pensar necesitamos la función de *rêverie*, aquella que nos otorga la madre como una traducción de lo desconocido. Según Bion, esta será la manera de generar pensamiento: la madre nos enseña a pensar.

La guerra, el terror sin nombre, nos aleja del pensar.

En el aula comienzan a escucharse algunas expresiones de horror e indignación pero nadie habla, nadie puede hablar. Parece que el lenguaje desapareció porque, ahora, en ese ahora eterno, es una entidad desconocida. ¿Cómo nombrar el terror? No se puede nombrar. Lo terrorífico es una circunstancia sin lenguaje que, paradójicamente, es *todo* lenguaje sólo que permanece contenido, atrapado en su origen, succionado por un centro oculto, un enigma de tiempo en sí. Estoy atrapada en las imágenes, sumergida en lo que veo y no puedo creer. ¿Acaso los nombres propios, es decir, la función periodística (hablar de hechos) puede explicar el nacimiento del terror? El llanto de una compañera, de pronto, rompe la mudez horrorizada de aquella habitación. La miro, me sorprende que pueda llorar porque su llanto, de alguna manera oscura, nombra algo de ese terror sin nombre que nos provoca mirar aquellas imágenes suspendidas en el deterioro de nuestra conciencia juvenil temprana. El llanto inaugura una expresión sugestiva y emocional pero todavía no formula un lenguaje articulado; es apenas el vestigio de una emoción colectiva, un gesto emotivo que rompe la aparición del trauma. Mi pequeñez se vuelve ostensible. Por un momento, la historia borra la identidad de los individuos, su trauma borra la identificación identitaria. Somos la nada: el abismo de *no ser*. El llanto alumbró el trauma.

La novela titulada *Claus y Lucas* de Agota Kristoff describe el cruento universo de dos personajes infantiles corrompidos y desquiciados por las carencias de la guerra. En la literatura, la guerra adquiere la poesía de la carencia; sin embargo, a través de las experiencias de Claus y Lucas experimentamos algo más: el terror sin nombre. Sin participar en la guerra, la novela funciona metonímicamente simbolizando el conflicto interior de los seres humanos cuando viven experiencias de despojo y pérdida como son las guerras. En el caso de la espléndida novela de Kristoff, los hermanos describen un universo cruel y amoral en el que aprenden a sobrevivir suprimiendo los afectos; un universo desvinculado, atroz por indiferente,

supera la violencia de los campos de batalla: en el mundo de Claus y Lucas sólo existe un páramo de soledades dispersas. La guerra es carencia material, política, espiritual y ontológica. La novela de Kristoff es letal: en ella el *pensamiento* está suprimido; la guerra impide el pensamiento porque el instinto de supervivencia despierta defensas primarias que en Claus y Lucas son una suerte de respuesta psicopática a la violencia. La guerra destruye así la facultad de la ensoñación.

En la novela de Ernst Jünger *Sobre los acantilados de mármol* se plantea la metáfora de un espacio simbólico llamado la Marina; una tierra idílica y paradisiaca en la que habitan conjuntamente las flores, las serpientes, el mundo antiguo de los acantilados, el horizonte amplio que permite colocarse en diálogo con la belleza escondida de las pequeñas cosas, en suma, la conversación y el goce del ser humano con su entorno. Como una metáfora de las ideas de Bion sobre la relación armónica del recién nacido con el entorno cuando cuenta con una madre disponible que le permite procesar lo desconocido, el sujeto evocado por la novela de Jünger, en la primera parte, habita en comunión con la naturaleza; sus vínculos están orientados hacia la creación y la búsqueda de conocimiento; no desea la dominación ni convertirse en *amo*. En los acantilados de mármol, tanto el protagonista como el hermano Othon buscan conocer, sin zaherir los animales, las plantas, a las otras personas que coexisten habitando, sumergidas en su placer de conocer ingenuamente, sin acumular, sin poseer; por el mero hecho de existir el entorno adquiere ser y les otorga *ser*. En ese lugar —acaso una utopía—, el ser humano está reconciliado con la naturaleza porque no tiene hacia ella una necesidad invasiva. Coexiste con los órdenes dados, juzga a la naturaleza por su belleza y por un hambre sin ansiedad de conocimiento, simplemente habita el cosmos. En el momento mismo en que el Guardabosques, cuyo deseo es convertirse en amo de todas las tierras aleañas, invade y genera anarquía entre los pastores y otros grupos salvajes, comienza la destrucción y la decadencia. Hay un pasaje fundamental en la novela cuando el protagonista descubre el campo de desollados y entonces todo cambia. A partir de ese momento, incluso aunque las flores muestren todavía su belleza y sean un medio para conocer el universo, ya no se puede olvidar ese olor putrefacto: el olor dulzón de los cadáveres. Una vez que el trauma echa sus raíces en la sociedad, incluso aunque la belleza continúe existiendo, ya no podremos olvidar. No se puede olvidar aquel olor... Aquel terror sin nombre.

La novela de Jünger y la de Kristoff están conectadas por una costura secreta; ambas son novelas sobre el trauma. Y este, desde luego, está conectado con el terror y la carencia que provoca la guerra. El trauma aparece en escenas y en circunstancias anecdóticas, pero el trauma es, sobre todo, silencioso. Es ese clima narrativo decadente y oscuro que se lee detrás de las palabras, esa nada circunspecta (y no puedo obviar ni olvidar ese portentoso relato de la guerra que es *Nada* de Carmen Laforet) es la narración del tiempo en sí. La nada, el todo, el grito del silencio si es que es posible decirlo así; son, evidentemente, «escrituras del desastre».

Una vez que la proyección terminó, mis compañeros y yo nos retiramos a otras actividades. Hubo una develación. Cada quien acudió a su siguiente espacio vital de distinta forma, porque el trauma se camufla, se adapta; de la misma forma en la que el agua se adecua a su recipiente, el trauma permanece en la vasija de nuestras emociones, contenido, domesticado allí: la cuestión palpitante. He ahí que la sensación de peso permanece; el insoportable peso de ser el otro. ✱

# Carolina O. Fernández

.....  
 Lima, Perú, 1956. Su libro más reciente es *Bordando quilcas*  
 (Hipatia Ediciones, 2023), que obtuvo una mención espe-  
 cial en el Premio Casa de las Américas 2022.

## URPAYHUACHAC Y PENÉLOPE

*Tú como yo tienes el ojo apagado piedra  
 Como yo sueñas con un cataclismo  
 Entre humedad sequía o tiempo indiferente  
 Una misma sed nos agobia*  
**César Moro**

Tú como yo y la piedra de Moro tambaleas  
 Quién soy sino roca que no soy  
     roca que sueña  
 que inventa palabras para hablarte

Urpayhuachac, piedra que me estás hablando  
 tú que con tus cuidados multiplicas los peces  
 abres la compuerta  
 enseñas a surfear a Penélope juntas montan las olas Huyen  
 Unen sus versos para dar de beber a incontables naufragos  
 En tu poderoso regazo acogen al escritor Refaat Alareer  
 Limpian las heridas de su despojado cuerpo  
 intentan eliminar la pesadilla  
 el exterminio / la pólvora / el cemento  
 cumplen su último deseo

*con un trozo de tela blanca y unas cuerdas  
 cosen un cometa para el niño  
 que al ver con sus ojos el cielo  
 ve el cometa que alguna vez hizo su padre*

Refaat Alareer y las cuitas de Shakespeare  
 Vientos recorren las estepas  
 Vientos de sus hijos muertos: No somos números  
     No lo somos  
 Somos el lenguaje pétreo de los algarrobos

Ante el reino de la destrucción, el espanto de las armas, la dictadura de las  
 finanzas Las rocas madres convocan a todos los seres de la tierra  
 Arriban los atoq, las ballenas, las tórtolas, lxs pájaros. los eucaliptos  
 las qantu ... las piedras ilusas, lxs marrones

Todes juntos  
 Tejen y bordan cometas que florecen de las rocas  
 Tejen y bordan los confines  
 Se enfurecen y aman  
 Tejen al compás de la siembra  
 acaban con la pólvora y las armas  
 Tejen y bailan wifalas  
 construyen hermosas balsas  
     y se marchan danzando en el decir de las olas  
 Wifala wifala wifala  
 wifala wifala wifalaa ✖

# Como si fuera el fin del mundo

**Silvia Eugenia Castellero**

.....  
Ciudad de México, 1963. Su libro más reciente es *Después, seguía la muerte* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2024).

**La niña Isabel era tranquila**, se quedó sentada en la recepción mirando a las personas que llegaban al gimnasio. Era un día que parecía normal, aunque para la niña no era así pues estaba encargada por sus papás durante una semana con la tía Martita. Sus primas, veinteañeras, fueron al gimnasio a la Plaza de las Tres Culturas.

Después de un rato, ya aburrída, se acercó a la puerta a mirar hacia la calle.

—Escuché un helicóptero, me asomé y vi que lanzó luces de colores. Me salí y caminé siguiendo esas luces.

La niña Isabel miraba hacia el cielo esperando más bengalas. *Somos seiscientas mil personas de todos los sectores de la población. México – Libertad, México – Libertad*<sup>1</sup> coreaba la multitud de estudiantes que realizaban un mitin para protestar contra la política de represión del gobierno mexicano. De pronto comenzaron a correr en todas direcciones, ante las balas y metralletas de los granaderos disparando a diestra y siniestra para matarlos.

La niña Isabel siguió caminando, diferentes voces se mezclaban entre sus pasos apresurados; tropezaba con cadáveres, o con personas heridas. *Preveíamos los cocolazos, las detenciones masivas, estábamos preparados para la cárcel... pero no previmos la muerte.* Escuchó decir a un joven que se desangraba.

<sup>1</sup> Las citas en cursiva provienen del libro *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska (Era, 1971). Lo demás es el testimonio de María Isabel Castellero Manzano.

No entendía nada; todo le parecía una puesta en escena, un teatro callejero. La manifestación de ese 2 de octubre de 1968 provenía de muchas otras: el movimiento magisterial, el ferrocarrilero, solidaridad con Cuba, Vietnam. Peticiones concretas como liberación de presos políticos, disolución del cuerpo de granaderos. Esos mismos que perseguían para matar a los manifestantes y que comenzaron a disparar cuando el helicóptero lanzó las luces de colores que tanto atrajeron a la niña Isabel.

—La desbandada fue general, todos huían y caían en la plaza, frente a la iglesia de Santiago Tlatelolco, sobre las ruinas prehispánicas.

El periódico *Excelsior* publicó el 3 de octubre: «Nadie observó de dónde salieron los primeros disparos. Pero la gran mayoría de los manifestantes aseguró que los soldados, sin advertencia ni previo aviso, comenzaron a disparar. Los disparos surgían por todos lados, lo mismo de lo alto de un edificio de la Unidad Tlatelolco que de la calle donde las fuerzas militares en tanques ligeros y vehículos blindados lanzaban ráfagas de ametralladora casi ininterrumpidamente». Los demás diarios de entonces, *El Universal*, *El Día*, *El Nacional*, *Novedades*, *El Sol de México*, *El Herald*, *La Prensa*, *La Afición*, *Ovaciones*, publicaron todas notas similares en las que decían que el ejército tuvo que atacar a tiros a francotiradores y terroristas que estaban en las azoteas de los edificios. Con el objetivo de desprestigiar a México para frustrar los XIX Juegos Olímpicos, que habrían de iniciarse en diez días.

La niña Isabel seguía escuchando a su paso ya no voces sino gritos, alaridos y disparos, truenos de ametralladora como si fuera el fin del mundo.

—De repente estaba envuelta en remolinos de personas que corrían y volvían, era una masa de gente gritando.

Las unidades del Batallón Olimpia habían rodeado la Plaza y tenían cerradas todas las salidas.. Habían tomado también el edificio Chihuahua y catearon cada departamento. Algunas familias tuvieron que huir después de que asesinaran ahí a los jóvenes que intentaron esconderse.

La niña Isabel corrió hacia el gimnasio, todavía logró pasar o nadie vio que huía. El caso es que llegó. Sus primas desesperadas la aguardaban dentro, pues no las dejaron salir. La puerta estaba cerrada, como era de vidrio vieron acercarse a la niña y abrieron rapidísimo para que nadie más ingresara. Una decena de jóvenes trató de entrar tras ella, implorando ayuda, pero no los dejaron, no fuera a llegar el ejército a catear el lugar. Los dueños prohibieron que escondieran personas.

Debe saber el lector que desde aquel año a la actualidad y, en el espacio de esta narración, la niña Isabel se transformó en una mujer que

reside en este u otro país y vive una circunstancia similar a esa primera vivencia de violencia y muerte.

Es también caminando que recorre calles, veredas, montañas y valles para no regresar. Y llegar al reverso del mundo. Para no saber que a su hijo lo asesinaron. Estaría por terminar su servicio militar obligatorio en algún ejército, o fue simplemente otra víctima de los conflictos bélicos en algún punto del planeta. Un ataque mortal, catastrófico. Isabel no puede estar en su casa para contestar el teléfono o para recibir una carta o para abrirle la puerta a alguien con la noticia. Incapaz de escucharlo porque ya lo sabe su piel, incapaz de leerlo porque ya lo vieron su intuición y sus ojos, incapaz de plantarse al otro lado del auricular porque sus manos ya tocaron sin tocar su cadáver.

*Un grito que daba miedo, miedo por el mal absoluto que se le puede hacer a un ser humano; ese grito distorsionado que todo lo rompe, el ay de la herida definitiva, la que no podrá cicatrizar jamás, la de la muerte del hijo. ✱*

## Selva Casal

Montevideo, Uruguay, 1927-2020. Estos textos formarán parte de *Porque tristes y pequeñas son las cosas*. *Obra reunida*, de próxima publicación en Fondo de Cultura Económica, D.R. 2025.

# PORQUE TRISTES Y PEQUEÑAS SON LAS COSAS

[Selección]

### Y LO PEOR ES QUE SOBREVIVIMOS

Y lo peor es que sobrevivimos  
sobrevivimos siempre  
al amor a la ruina  
a la incesante sorpresa de la muerte  
avanzo entre despojos  
y sé que lo terrible  
es que volvemos a ser felices.

### XIII [LA LUZ DUERME BAJO LAS ESCALERAS]

La luz duerme bajo las escaleras  
entonces se organiza la enfermedad.  
Algo más tras las paredes  
milenario terrible  
y duele porque sí  
y creemos que es nuestro  
que el dolor es nuestro.

Ellos conversan  
 iluminando una sala oscura  
 donde esperan  
 suspiros viajes  
 desarraigado  
 como harás  
 como tu mentira de vidrio  
 la fantasía  
 el rictus de tantos días  
 nunca viste cómo refulgen  
 esas salas de sangre  
 complicidad del vértigo  
 los doctores  
 los viejitos oscuros  
 terriblemente vivos  
 nos miran todavía.  
 Tiene que ser domingo  
 para que me sucedan estas cosas.  
 Yo no sé este lugar  
 y vuelvo a ser por siempre  
 como una isla  
 como un silencio solo.  
 En algún cuaderno estoy escrita.  
 Han matado a todos los supervisores.  
 No vinieron.

### EL INFIERNO ES UNA CASA AZUL

El infierno es una casa azul  
 la lluvia sobre un expediente  
 un hombre despertando de un mal sueño  
 camina solo y qué solo camina  
 cuerpos al agua destinados  
 a la explosión y al aire destinados  
 como arden las últimas estrellas

así ardemos nosotros  
 yo sospecho la noche  
 transfigurada y sola  
 la noche constelada  
 donde tú y yo estamos  
 abriéndonos las vísceras  
 donde el hombre destrozado a palos  
 es un hombre  
 y el que autenticó su muerte natural  
 el que dijo que nada sucedía  
 el que firmó la autopsia  
 con qué ojos mira  
 con qué boca muerde  
 oh, dale muerte a los muertos  
 luz a los huesos hondos  
 ten piedad  
 que digo estoy azul  
 morada y suelta  
 como los vientos de la madrugada  
 qué digo de quién sospecho yo  
 del cáncer de la ruina  
 de los ojos dorados  
 del hombre que me amaba  
 qué vientres me reclaman  
 vientres todos desnudos silenciosos  
 desde su sangre ahogados  
 el que murió no va a la guerra  
 no envejece  
 porque lloras amor  
 lloro por el asesino  
 lloro por el asesinado  
 porque vi cómo el muchacho  
 el condenado aquel abrazaba a su madre  
 porque vi enloquecer sobre el pasto  
 a un parricida  
 porque se me ha permitido ver. ✱





De la serie *Buenos salvajes*, 2015  
 Carpeta de once aguafuertes coloreados a mano  
 28.5 × 38 cm  
 Impresión: Taller Tigre Ediciones, Ciudad de México



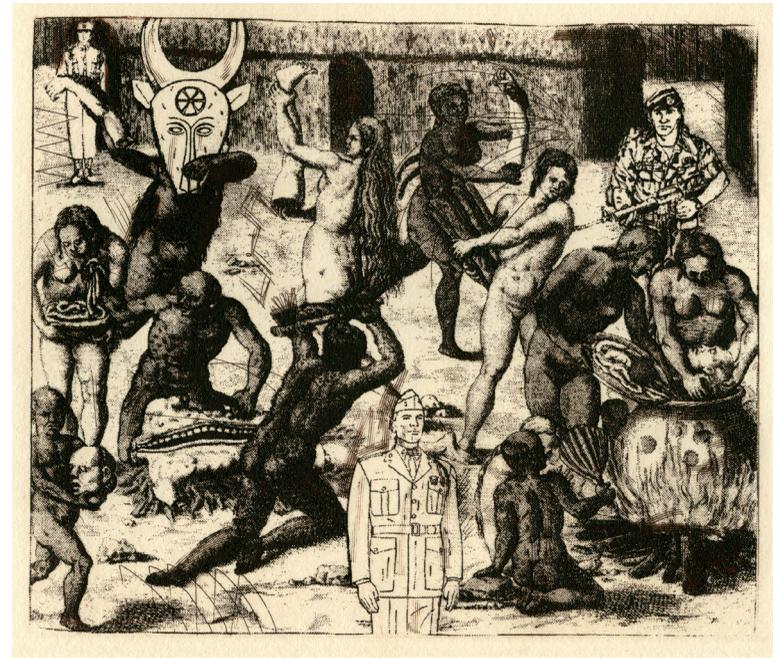
De la serie *Buenos salvajes*, 2015  
 Carpeta de once aguafuertes coloreados a mano  
 28.5 × 38 cm  
 Impresión: Taller Tigre Ediciones, Ciudad de México



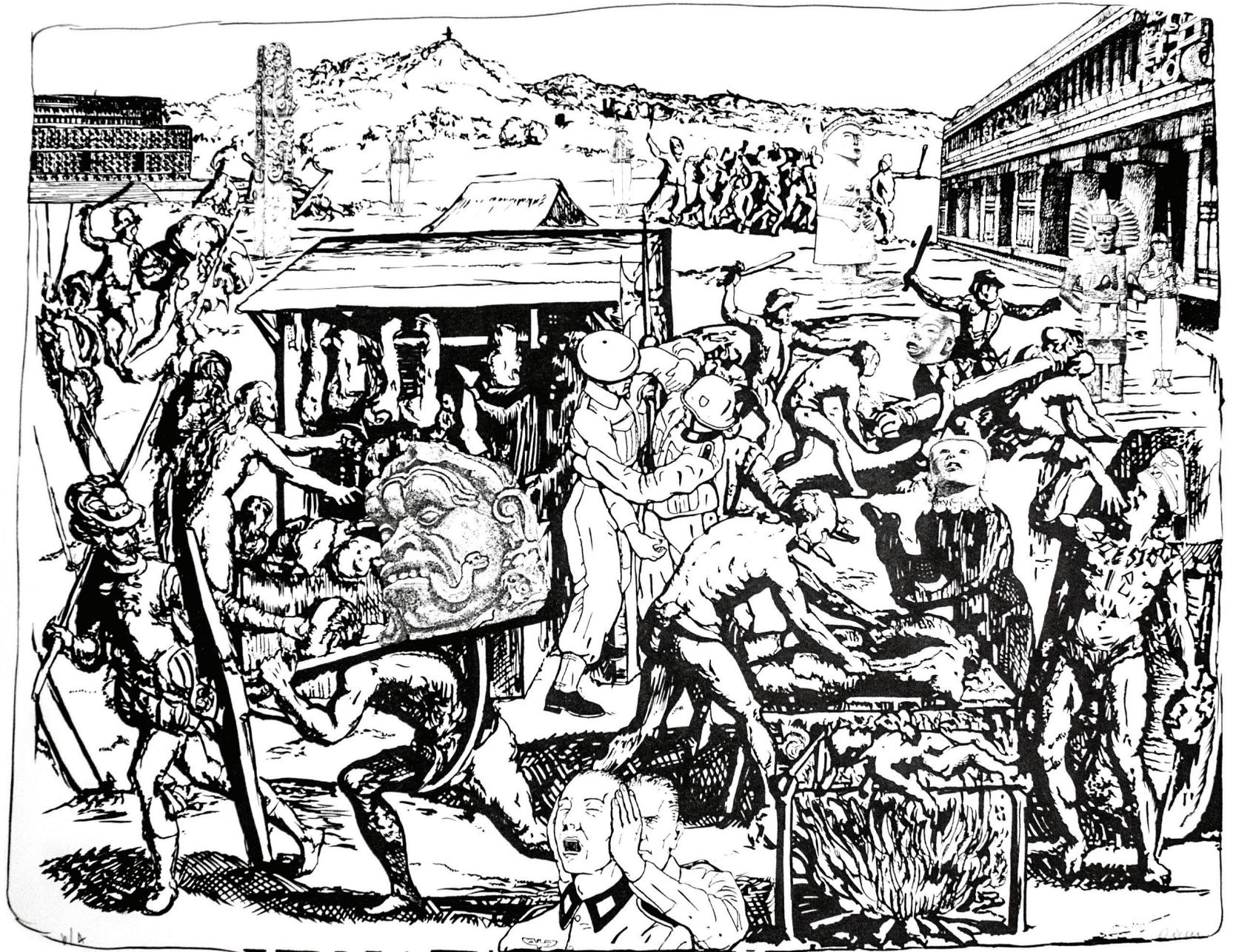
De la serie *Buenos salvajes*, 2015  
Carpeta de once aguafuertes coloreados a mano  
28.5 × 38 cm  
Impresión: Taller Tigre Ediciones, Ciudad de México



De la serie *Buenos salvajes*, 2015  
 Carpeta de once aguafuertes coloreados a mano  
 28.5 × 38 cm  
 Impresión: Taller Tigre Ediciones, Ciudad de México



De la serie *Antropofagia*, 2015  
 Carpeta de once aguafuertes  
 24 × 29.5 cm  
 Impresión: Taller El Chanate, Torreón, Coahuila



De la serie *Destrucción de las Indias*, 2016  
Carpeta con 18 litografías  
65 × 90 cm  
Impresión: Taller Ochoa, Ciudad de México



De la serie *Antropofagia*, 2015  
Carpeta de once aguafuertes  
24 x 29.5 cm

Impresión: Taller El Chanate, Torreón, Coahuila



De la serie *Buenos salvajes*, 2015  
 Carpeta de once aguafuertes coloreados a mano  
 28.5 × 38 cm  
 Impresión: Taller Tigre Ediciones, Ciudad de México

# DEMIÁN FLORES

## América grabada en el presente

**En América.** *Visiones nuevas desde el viejo mundo*, Demián Flores construye una obra gráfica crítica que confronta el imaginario colonial con la violencia contemporánea. En este proyecto, el artista oaxaqueño dialoga con las estampas del grabador flamenco Theodor de Bry, cuyos libros del siglo XVI representaron de manera sesgada y fantasiosa la conquista del continente americano. Como señala Daniel Brena, Demián Flores «reutilizó estas imágenes para citar fragmentos de la historia del México actual, enfocándose en la violencia causada por el narcotráfico y los abusos de poder generados desde el gobierno», logrando que «tanto las imágenes de Flores como las de De Bry empaten en su nivel de crueldad».

La obra gráfica de Flores se articula en tres series: *Buenos salvajes*, *Antropofagia* y *Dstrucción de las Indias*. En ellas, el artista no sólo reinterpreta visualmente las láminas coloniales, sino que las «deseuropeiza», como él mismo afirma, para introducir elementos contemporáneos, simbólicos y políticos que resignifican su sentido original. La curadora Lluvia Sepúlveda describe este gesto como un palimpsesto visual: «Flores crea una nueva narrativa para citar la historia reciente en México [...] una nueva “colonización” efectuada por el crimen organizado, cuya virulencia se apodera de territorios y personas con la misma ferocidad que la de los conquistadores de América en el siglo XVI».

Joaquín Barriendos reconoce que el proyecto de Flores se inscribe en una genealogía crítica de las imágenes como territorios de poder. El grabado «opera como una tecnología civilizadora: convierte la alteridad y la lejanía del salvaje en materia visual consumible». La serie *Antropofagia* se inserta en esta economía de imágenes caníbales, donde «todas las imágenes tienen hambre. Todas se devoran entre sí», y donde Flores, al intervenir las planchas de De Bry, explora cómo la mirada europea imprimió la barbarie en el cuerpo del otro. «Es a esta economía antropófaga del libro y de la imprenta a la que el artista oaxaqueño ha dedicado sus últimas series de grabados», concluye Barriendos.

El arte de Flores también se sitúa en la tradición del grabado como medio de crítica visual. Juan Peiró lo plantea desde el lema «hazlo nuevo» de Ezra Pound, afirmando que el artista «vibra con la intensidad del presente en un equilibrio dinámico entre el peso de la tradición y el compromiso por el futuro». Peiró identifica tres momentos en el trabajo de Flores: con tradición, con contradicción y con traición. Es decir, una apropiación respetuosa de la historia gráfica; una tensión entre opuestos (pasado/presente, ficción/realidad, arte/artesanía); y una reconfiguración radical de esos elementos para crear algo nuevo, actual, político.

En esta línea, Antonio Alcaraz enfatiza la forma en que Flores desvela el grabado tradicional desde el arte contemporáneo. A través de técnicas fotomecánicas y de impresión digital, el artista «manipula, combina e incorpora a las imágenes elementos gráficos, pictóricos y textuales», como lo hicieron artistas como Baldessari o Rauschenberg. Sin embargo, lo singular de Flores es su diálogo con lo local y su trabajo en comunidad, como en el Taller La Curtiduría de Oaxaca. Su producción es colaborativa, arraigada en técnicas tradicionales, pero también provocadora y profundamente contemporánea.

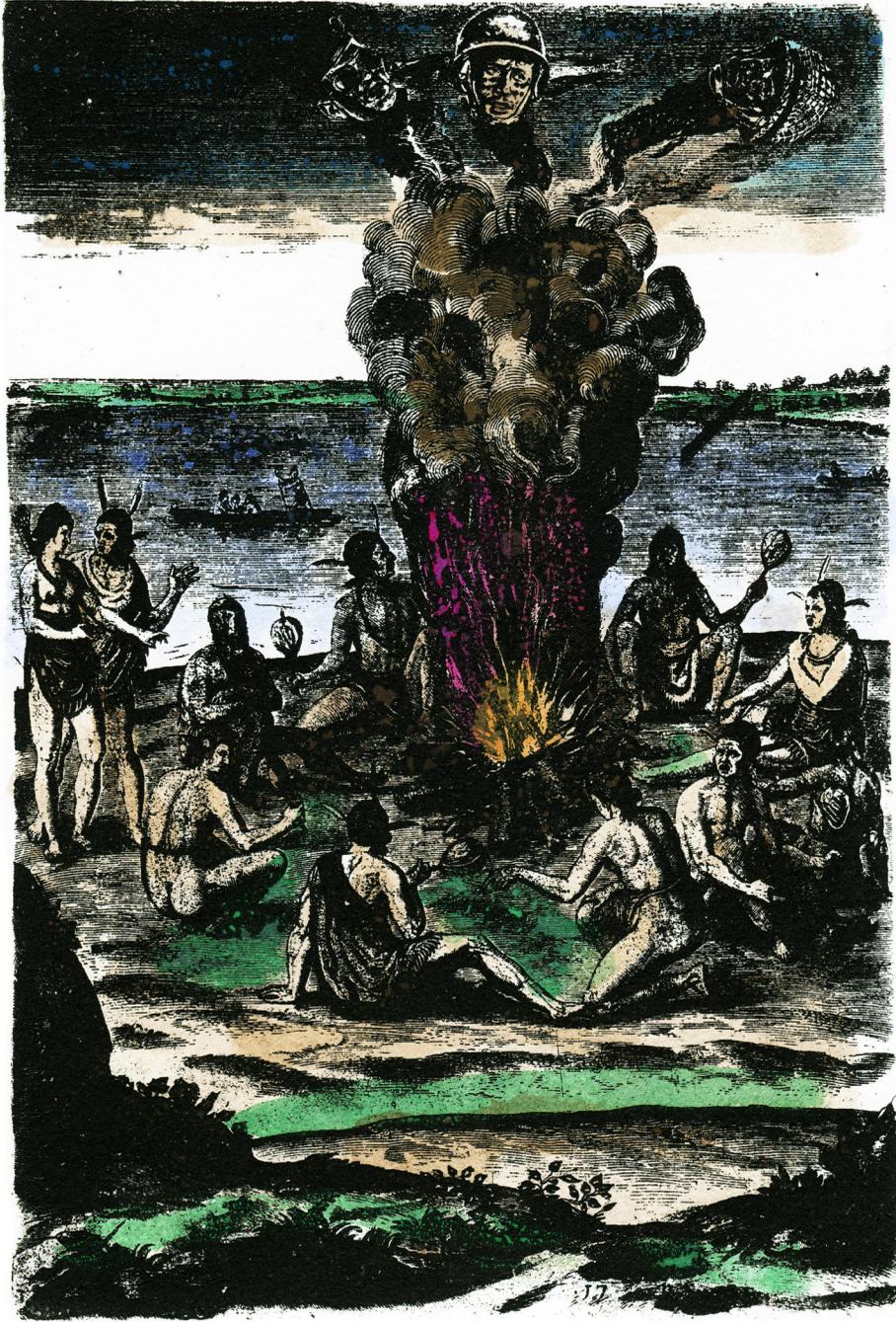
Alfredo Bueno Jiménez, por su parte, ofrece el trasfondo histórico de la obra de De Bry y su influencia en la creación de un imaginario visual europeo sobre América. De Bry nunca pisó el continente, pero sus grabados —basados en crónicas y acuarelas de otros autores— definieron durante siglos la representación del «salvaje». Como explica Bueno: «la objetividad y veracidad de los temas queda en un segundo plano», pues lo que predominaba era un discurso eurocéntrico, político y religioso. Demián Flores retoma esa herencia para subvertirla desde el sur, devolviendo al grabado su función como arma crítica.

*América. Visiones nuevas desde el viejo mundo* es un ejercicio de contraimagen, de reapropiación crítica y de insurrección gráfica. Las tres series que lo conforman dialogan con una iconografía colonizadora para desmascarar las violencias del presente, construyendo desde el arte un espacio de resistencia, memoria y transformación. Como señala Juan Peiró: «la poesía es un arma cargada de futuro», y en las manos de Demián Flores el grabado también dispara.

**Demián Flores** (Juchitán de Zaragoza, Oaxaca, 1971) es un artista visual egresado de la UNAM. Ha expuesto en recintos como el Museo Reina Sofía (Madrid), el MUAC y el Palacio de Bellas Artes (CDMX). Representó a México en la Bienal de La Habana (2015), la Triennale Bovisa (Milán, 2007) y la Bienal de Sharjah (2003). Su obra forma parte de las colecciones del British Museum, el MOLAA y el Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, entre otras. Ha recibido becas como la Pollock-Krasner y fundó La Curtiduría en Oaxaca, espacio de producción, formación y experimentación artística.

Este texto fue elaborado por Víctor Ortiz Partida a partir de los ensayos incluidos en el libro *América. Visiones nuevas desde el viejo mundo* de Demián Flores (Sistema Nacional de Creadores, Fundación BBVA Bancomer, Centro de las Artes de San Agustín, Amigos del Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca y Centro Cultural La Curtiduría, 2019).

Las imágenes de la obra de Demián Flores aparecen en **Luvina** por cortesía del propio artista.



De la serie *Buenos salvajes*, 2015  
Carpeta de once aguafuertes coloreados a mano  
28.5 x 38 cm  
Impresión: Taller Tigre Ediciones, Ciudad de México

## PÁRAMO

## ERIK SATIE: NATURALEZA MUERTA CON PARTITURA

MARÍA NEGRONI

Todo en él era singular: la sorna, el malhumor, la misantropía y la vestimenta. Tenía una colección entera de trajes de terciopelo azul y nunca le faltaron ni el sombrero bombín ni el paraguas para atravesar la ciudad desde el suburbio paupérrimo donde vivía hasta Montmartre, donde tocaba el piano en un cabaret.

Propenso al aislamiento (y a cierta atonía sexual), a la miniatura y a esa forma sutil del juego que es el arte, fue amigo de Ravel y Debussy, y también de Picasso, Cocteau, Diaghilev, Man Ray, Duchamp, Max Jacob, Apollinaire o Picabia, todos más jóvenes que él, con quienes colaboró en proyectos de cine, teatro y danza.

Mucho es lo que puede decirse de su excentricidad.

Ya a comienzos del siglo XX, antes del surgimiento de las primeras vanguardias, había creado, bajo la égida del rosacruciano Josephin Péladan, la Iglesia Metropolitana de Arte de Cristo, con un solo

Rosario, Argentina, 1951. Su libro más reciente es *La idea natural* (Acantilado, 2024).

miembro (él), y había compuesto *Ogives*, *Gimnopédies* y *Gnossiennes*. Más tarde escribió partituras con directivas estrictas (y absurdas) para los intérpretes, inventó la llamada música ambiental y fue autor de numerosas misceláneas, todas comiquísimas, como la conferencia sobre la música y los animales, que publicó en 1920 en la revista *Vanity Fair* de Nueva York, o los fragmentos de *Memorias de un amnésico*, que alcanzan por sí solos para hacer trastabillar cualquier orden biempensante.

Más de un siglo después, John Cage, uno de los pioneros de la música experimental norteamericana, lo señaló como su maestro y lo catapultó a la escena internacional. A él le debemos el estreno maratónico, en el Pocket Theatre de Manhattan, de una de sus obras más enigmáticas, *Vexations*, que consiste en la «diabólica» repetición de un solo motivo ochocientas cuarenta veces.

Sesgo, ironía y anacronismo; impertinencia como categoría estética; desdén por cualquier tipo de inserción canónica: Satie quería concentrarse en su presa más honda (él mismo) con el volumen muy roto y el aburrimiento intacto. Por eso, ningún amigo suyo

conoció nunca el cuchitril donde vivía. A su muerte, la policía dejó constancia, en una inspección ocular del inmueble, que había encontrado, además de un piano destartado y un ejemplar de *Las flores del mal*, cuatro mil papelitos, con apuntes para pequeños ruidos, dibujos de edificios mentales, e instrumentos musicales absurdos.

Nada, en síntesis, que perteneciera al Libro de la Realidad.

## ADRIFT'S BOOK (ÍNDIGO): LA INVESTIGACIÓN DEL CUERPO

CHRISTIAN MENDOZA

En las páginas de *Adrift's Book (Índigo)* de Sayak Valencia (2024) se pueden identificar rasgos de lo que llamaríamos la diégesis que organiza una trama. Un detective recibe una llamada telefónica. La voz del otro lado del auricular demanda que acuda al sitio de los hechos donde se ha encontrado el cadáver de una mujer. Para el momento de la

Ciudad de México, 1990. Su publicación más reciente es una reseña sobre *Poeta griego arcaico* de Luis Felipe Fabre (*Revista de la Universidad de México*, marzo de 2025).

llamada, la voz narradora ya ha colocado algunos indicios, anunciando que su historia estará compuesta «de los detalles imperceptibles, de los actores de fondo, de las voces lejanas, del mobiliario vencido, del sonido de la máquina». ¿Esto nos quiere decir que los asesinatos son habituales en la vida de un funcionario, y que la mujer muerta representa un día más en la vida del detective? ¿Aquel hombre es un mero encargado de esclarecer la muerte mediante aparatos jurídicos y, eventualmente, con la fuerza de las armas? ¿El caso que ahora debe resolver tiene algo de especial, o es un legajo más que se suma a la pila de papeles sobre su escritorio? Prontamente, la premisa policial es subvertida: la pesquisa del detective indagará en aquello que constituye a un cuerpo; a esa entidad física sobre la que se imprimen cicatrices que alteran el significado de lo que es la piel.

Filósofa y poeta, Sayak Valencia es debidamente reconocida por *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder* (2016). En este trabajo, la autora plantea que el narcotráfico no opera al margen del orden económico contemporáneo, sino que, más bien, representa una más de

sus etapas. Valencia mira al narco como si analizara una empresa y encuentra que las lógicas laborales entre ambos campos económicos son las mismas, sólo que la explotación que ejerce el narco recae sobre el cuerpo de una manera mucho más brutal. Para las dinámicas transaccionales del crimen organizado, el cuerpo es una mercancía que puede ser desechada en los frentes de guerra o en las escenificaciones que monta para mandar mensajes: las cabezas degolladas o los torsos colgados de puentes no son más que señaléticas que advierten a los competidores del peligro en el que se encuentran.

La producción literaria de Valencia puede integrarse a la postura que ha adoptado en su quehacer teórico. En *Adrift's Book* (2024) o en *Postales de R* (2023) la existencia del cuerpo se da bajo un contexto de vulnerabilidad; por ello, la poesía marca el camino inverso al asedio de la violencia narcoestatal. «La piel tiene que ser algo más que un límite o un confín», se lee en *Postales de R*, donde la materia textual son los omóplatos, la boca o los huesos; elementos que enuncian el deseo, preservan la memoria y son testimonio del duelo. Por su parte, *Adrift's*

*Book* también posiciona al cuerpo como una materialidad mucho más abstracta. ¿Cuál es el significado de la piel? La piel, por ciertas características genómicas, implica que se le dé un nombre a su portador y, por ende, una identidad diferenciada como masculina o femenina. La investigación del detective en torno al cuerpo será un escrutinio de las consecuencias físicas que trae negar dicha esquematización de la piel. «¿Cómo hablar del deseo? ¿Cómo en un cuerpo que no nos (co)responde? ¿Cómo de la geografía ciega, de la historia desértica, del exilio que no cambiará los cromosomas?», se pregunta el detective.

De manera paulatina, la voz narradora indica que el punto de vista asumido por el detective para realizar su labor poco tiene que ver con el acopio impersonal de las evidencias sobre un cuerpo innombrado. La separación entre el investigador y su objeto de estudio queda anulada ya que el caso a resolver parte desde «el tajo del sexo que sigue cuestionando la Historia»; el momento en el que el detective toca sus cicatrices y piensa en el «ciclo de doce años» que le costó para que su cuerpo sea su cuerpo: para que pueda decretar con mayor certeza que

«estamos aquí». Entonces, ¿cuál es el caso de la mujer muerta? El expediente que recaba la información pareciera tener una relación directa con el detective: «La Muerta es un punto medular y de inflexión en esta (su) historia».

Lo que ha ocurrido es la muerte de un significado de la piel que en algún momento moldeó la realidad, y que aparece bajo la forma de un reloj rosado en la muñeca del detective o del recuerdo constante sobre una mujer que quiso morir y que se llamó Índigo, la memoria de «cuando fue un cuerpo». Ese pasado hace que el detective sea también el interrogado: no había vuelto a pensar en el cuerpo de la mujer «desde que empezó su travesía, su destierro del género». Por ello, las respuestas se deben buscar en la carne que ahora porta, la de «un hombre que camina deprisa y que huye de sí mismo. Un hombre que siempre regresa a su centro, un transhumante, un tráfuga de los recuerdos». Sin embargo, a esa fuga de la memoria la imposibilita el remanente de un tejido muerto que permanece sobre el detective, las «heridas y fibrilaciones en su vientre, en el triángulo inmanente que bajo su pubis es su muerto y él-la no puede

mostrar». Lo que ha muerto es la identidad epidérmica de un detective que decidió diseccionar sus cromosomas y atravesar la frontera entre lo femenino y lo masculino.

Publicado por primera vez en España bajo el sello Aristas Martínez y editado por primera vez en México por la editorial U-Tópicas, *Adrift's Book (Índigo)* contiene una poética de la transición de género. En las páginas del texto, el andamiaje teórico que ha acompañado a la autora sirve a la sensibilidad y a la empatía para aproximarse a los cuerpos que transmutan su identidad y modifican su carne: cuerpos que existen pero que no sólo habitan biología sino también subjetividades. Cuerpos investigados no desde el frío escalpelo forense, sino desde la humanización.

**Sayak Valencia, *Adrift's Book (Índigo)* (U-Tópicas, 2024).**

## POESÍA Y POLÍTICA

### INDRAN AMIRTHANAYAGAM

Nací tamil, una minoría en una isla conocida como Ceilán. Ceilán ya no existe, pasó a llamarse Sri Lanka cuando yo tenía doce años, en 1972. Han pasado muchas cosas desde entonces. Tantas cosas están ocurriendo hoy en día, cuando somos testigos de la desaparición de tantas especies, de islas cubiertas de agua. ¿Qué es una desaparición más, la de Ceilán? Para esta mente individual es fundamental, un principio rector. Así que desde muy pronto, dos años antes de empezar a escribir poemas, ya era consciente en un nivel profundo pero inconsciente, de mi razón de ser fundamental: escribir la poesía de la desaparición.

¿Qué he aprendido de la vida de migrante que me dieron las circunstancias, nacido en un país donde los derechos de la minoría estaban circunscritos, limitados, negados? Sri Lanka se recupera hoy de aquella terrible guerra civil que duró más de veinticinco años. De hecho, sus raíces modernas se remontan a 1956, cuando se oficializó una

**Colombo, Sri Lanka, 1960. Su libro más reciente en español es *Isleño* (RIL Editores, 2023).**

lengua y se relegó a las demás a un estatus sombrío, secundario, reconocido por ley dos años después, pero siempre supeditado, subalterno, a la narrativa dominante.

Nací entonces en una minoría étnica, lingüística y religiosa también, pues mi familia era católica. Aprendí la lección de esta minoría sin intentarlo. Lo vi en los letreros de las calles escritos sólo en la lengua dominante. Lo deduje en los cuentos infantiles donde el personaje malvado, el malo, era moreno y tamil. Pero, como siempre en estos asuntos de lucha por el poder y la influencia, hay muchas caras complejas de la historia. Entre ellas, la inevitable y fundamental hermandad de los seres humanos. La identificación étnica, el grupo de clan, incluso la lengua preferida, aunque heredada, pueden dejarse de lado. Se puede aprender a tender puentes entre comunidades, a cruzarlas. Aquí es donde me disfrazo de diplomático, donde establezco el diálogo, las reuniones periódicas, los programas culturales, el intercambio.

Escribo durante la guerra contra Gaza y otra guerra en Europa derivada de la invasión a Ucrania. En mi primer libro de poemas en francés escribí lo siguiente:

AL OÍDO

Sí, es verdad  
la diplomacia es  
una responsabilidad,  
representar a un pueblo  
es un privilegio,  
y todo eso,  
pero, a veces,  
pesa como una carga,  
hay que ser prudente,  
guardar silencio  
cuando el corazón  
quiere llorar.

¿Por qué mi corazón quiere llorar ahora? Pienso en los niños y las mujeres masacrados en cada rincón de Gaza. Pienso en aquellos que suben a los trenes y caminan hacia la frontera de Ucrania. Pienso en hermanos y hermanas negros y morenos arrojados de esos trenes, a los que no se permite subir. Pienso en los atletas que toman las armas para defender a su patria. Pienso en el chico de 18 años con uniforme de invasor que se da cuenta de que sus órdenes son disparar y matar. Pienso en cantantes de ópera y actores a los que no se les permite representar sus papeles en el escenario. Pienso en la gente común y corriente que no puede subir a un avión porque la flota está en tierra, porque el espacio aéreo ha quedado fuera de los límites.

¿Qué puede hacer la diplomacia ante todo esto? ¿Cómo puede ayudar la poesía? Sé que cuando escribo un verso, cuando recojo la masa mezclada y remezclada de emociones y sudor y sueños y la exprimo en una línea, también estoy liberando endorfinas, sintiéndome más ligero y feliz gracias a su liberación. Cualquiera que sea el estímulo —una relación amorosa condenada al fracaso, una invasión, el borrón de una lengua, la mirada retrospectiva a la ciudad cuando esta se llamaba Sodom— el poema entra en escena como un deus ex machina, una respuesta divina, una salida del laberinto. La diplomacia también trabaja los caminos dentro del laberinto, buscando resquicios en los setos, caminos ocultos, la salida. Así que tanto la diplomacia como la poesía tienen el mismo fin, la liberación, de endorfinas, de los encarcelados, y una fiesta para el hijo o la hija pródigos que esperamos al otro lado, en el país de refugio.

¿Por qué esa fiesta debe celebrarse en el país del refugio, el país de la migración, del exilio? ¿Por qué tenemos que contentarnos con celebrar lo que hemos encontrado, lo que hemos recuperado lejos de nuestro pedazo de tierra más

querido, al que ningún viajero puede volver, ya que la vida es un movimiento constante alrededor del Sol, pero también hacia delante, hacia el borde de la Tierra?

Estamos tristes o felices, siempre, en una escala que depende del tamaño de nuestros deseos y de nuestros sueños. Cuanto mayor es el sueño, cuanto mayor es el deseo, mayor es nuestra capacidad de alegrarnos y mayor también nuestra inclinación a desesperarnos, a caer en el pozo y ver víboras y ratas deslizándose y correteando, y a pensar que no hay salida.

Hay una salida, amigos míos. La diplomacia o la poesía o la pintura o el baile o la música, o simplemente amar a tu prójimo. Todo esto te da la oportunidad de redimirte, de encontrar la felicidad incluso en medio del dolor. Hoy he perdido a un ser querido. Imagina cuántos seres humanos lloran la muerte de sus seres queridos mientras escribo.

Somos ocho mil millones de personas. ¿Y si pensamos en los elefantes, los chimpancés, las abejas obreras que recogen miel para la reina? ¿Y si pensamos en el amor de un perro por otro perro? ¿Y si rompemos las fronteras entre especies y trasplantamos el

corazón de un cerdo al pecho de un hombre? Ya lo hemos hecho. El hombre caminó sobre el planeta renovado durante algún tiempo más. Podemos cruzar al otro lado.

¿Podemos cruzar de vuelta? ¿Podemos volver a poner el corazón del cerdo en el cerdo? ¿Puede el tamil volver a una tierra que le gustaría llamar Eelam y no ser acosado o golpeado o algo peor? ¿Podemos celebrar de verdad nuestros derechos humanos, el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad?

Vivimos en la contradicción, amigos míos. Sí, somos una aldea global. Pero también somos noche y día, alegría y desesperación que se encuentran constantemente en el puente. Llamémoslo Puente de la Paz. Hagamos poemas y proyectos de ley para mantenerlo activo, para que sea el puente más visitado del planeta.

Y amemos a pesar de todos nuestros amores truncados, rotos, desechados. Por eso, mientras la lucha continúa, yo también escribo canciones de amor y de libertad. Puede que no viva para ver la tierra prometida, como predijo Martin Luther King en su última noche. Pero sus palabras han pasado a formar parte del lenguaje

del Sueño, de las lecciones escolares y de la esperanza. Los poemas pueden hacernos libres como la palabra que vino de Dios, o en una versión secular de los mitos de la herencia y la creación, de los poetas y los poetas diplomáticos que nos precedieron. William Shakespeare escribió, «¿Te comparo con un día de verano?»; Pablo Neruda: «Sucede que me canso de ser hombre»; Octavio Paz observó: «Entre lo que veo y digo / Entre lo que digo y callo / Entre lo que callo y sueño, / Entre lo que sueño y olvido / la poesía».

Cuando conocí a Octavio Paz después de una lectura en Nueva York, le pedí su opinión sobre mi poeta favorito de entonces, Pablo Neruda. Me respondió: «un gran poeta y un gran pecador». Un gran poeta y un gran pecador. Confieso que yo también he pecado. Y he sabido identificarme con Pablo, que de joven cónsul llegó a Ceilán, se instaló en Wellawatha y adquirió una mangosta como mascota. Más tarde, emigrado a Estados Unidos, decidí seguir el camino de mi héroe Pablo, diplomático y poeta. Mientras él cruzaba los océanos para llegar a mi lejana isla, yo decidí viajar a su remoto país en el fondo de Sudamérica. Y mi primer

destino fue Buenos Aires, donde también Pablo había pasado un tiempo y conocido y entablado amistad con Federico García Lorca.

De Buenos Aires viajé a Santiago para conocer poetas, para ver las casas de Neruda: Isla Negra, La Sebastiana, La Chascona. Fui a La Reina en Santiago y conversé con Nicanor Parra. En ese momento Parra estaba traduciendo *El rey Lear*, y me mostró su manuscrito. El libro se publicó más tarde como *Lear mendigo*.

Nicanor me dibujó una figura en un trozo de papel después de darme una cena de ostras acompañada de vino tinto, después de hablar de su fascinación por la idea hindú de dejar todas tus ataduras mundanas, tus amores, tu familia, tu casa, tus bienes y vestirse con las ropas de un mendigo y caminar por las calles pidiendo limosna, y caminar luego hacia el bosque en busca de la mariposa mágica. Nicanor me dijo que cuando veas la mariposa tu alma volará, serás liberado. No tendrás que volver de nuevo al ciclo de la reencarnación.

Aunque Nicanor tenía entonces ochenta y tantos años, le acompañaba una compañera muy joven, y a pesar de su cuento de la mariposa no

parecía en absoluto dispuesto a cortar sus ataduras, a volar.

La vida de Neruda se truncó a los 69 años, envenenado por el régimen verdugo de Pinochet, pero el poeta dejó tres mil páginas de poesía para leer cuando queremos liberarnos de las cadenas que hemos puesto al corazón, a la cabeza, a la imaginación, a nuestros sueños.

Yo tampoco estoy preparado para buscar la mariposa. La diplomacia y la poesía están tejiendo el tapiz de Penélope, los cuentos de Sherezade, y el sueño aún no se ha hecho realidad. Todavía tengo energía. Todos la tenemos. Sigamos adelante y hagamos más paz, más poemas. Volvamos a Ítaca. Volvamos a Jaffna. Quedémonos para la fiesta del regreso y sepamos que el hogar está en el corazón y no depende de ningún poder exterior.

Celebremos, y volvamos hacia atrás y hacia adelante, a los lugares donde hemos establecido nuevas raíces, y donde nuestras raíces al final no desaparecieron sino que quedaron bajo tierra, alimentando los arroyos, alimentando el magma, preparándose para estallar, para hacer nueva tierra.

## VOCES DEL NORTE. UNA CELEBRACIÓN DE LA UANL POR LOS 200 AÑOS DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

CARLOS LEJAIM GÓMEZ

Para el filólogo español Ramón Menéndez Pidal, uno de los procesos para la configuración de una tradición poética es el estado latente: realidades lingüísticas y literarias que no se documentan y de las que se supone la existencia. Cuando se logra reunir una muestra de veinticinco voces que den cuenta de la poesía que se ha escrito en Nuevo León en doscientos años, es porque las voces se sustentan en una tradición que viene de mucho antes de que nuestro estado lograra su declaratoria como libre y soberano. Antes de que la poesía encontrara su vía a través de la escritura, ya servía para resguardar y transmitir el sagrado conocimiento del tránsito de los bisontes por las llanuras nuevoleonenses, el itinerario celeste que marcaba el recorrido estacional de los pueblos por el territorio y el canto con el que las madres

Monterrey, Nuevo León, 1986. Su libro más reciente es *El verde y la ruina* (An. alfa.beta, 2015).

arrullaban a sus hijos. Después de la llegada de la imprenta a Nuevo León, tras la independencia y mientras se gestaba la idea de nación, la poesía comenzó a tener un papel fundamental en la cultura: los periódicos en los que se debatían noticias y el rumbo de la política regional, le destinaban espacio: la poesía formaba parte de los asuntos públicos. En el transcurso del siglo XX, con la consolidación de las industrias periodísticas y editoriales, así como la fundación de la Universidad de Nuevo León en 1933, nuestra poesía expandió sus temas y búsquedas estéticas.

La poesía ha estado presente a lo largo de la historia del estado y esta muestra da cuenta de ello. Comienza —acompañada a lo largo de todo el recorrido con fotografías de Gabriela Bautista— con versos de fray Servando en los que se percibe el espíritu ilustrado que inspirará el pensamiento insurgente de las independencias y la construcción de las naciones latinoamericanas. En los poemas de Celedonio Junco de la Vega encontramos algunos de los temas y motivos de nuestra literatura: las montañas y el clima estival. Nemesio García Naranjo en «Mi madre, mi señora, mi maestra»,

recordando el nopal sobre el que se posa el águila —símbolo de identidad nacional— reflexiona la capacidad del pueblo nuevoleonés de afrontar la hostilidad de su medio. María Luisa Garza «Loreley», una de las voces femeninas que destacan en la primera mitad del siglo XX, ofrece bellas aproximaciones a la espera. Carlos Barrera —maestro de la métrica— presenta su lectura del ritmo de la ciudad «En tus fábricas resuenan / los metálicos clamores del acero, / y saliendo por / las altas chimeneas, / rascacielos, / se difunden por el valle / qu'ensordecen con sus ecos». De Alfonso Reyes tenemos las imágenes luminosas y solares de su «Golfo de México» y «Sol de Monterrey», pero además esa aproximación a la cotidianidad no desde el costumbrismo sino desde el asombro por el instante. «Yo vivía entre gendarmes rurales, / contrabandistas en su tiempo, / que sabían de guitarra y de albures / y de pistola y de machete, / tan bravos que no se escondían / cuando les daba por llorar». En Eusebio de la Cueva encontramos una vuelta de tuerca al tema del *locus amoenus*: una pareja regresa de «los plácidos estíos vacacionales en la noble aldea» para encontrarse con

la ciudad donde «los altos hornos / fumaban hierro; / pródidos metales / regaban su acidez en los contornos; / bregaban las potencias industriales», mas en el amor «juntos tú y yo, sin réplicas hurañas, / bendijimos, amantes y exaltados, / nuestra púgil ciudad de las montañas». En Andrés Huerta hay un recorrido interior desde el paisaje: «¿cómo irá a entrar el año? / decían los viejos / yo lo imaginaba bajar por las blancas veredas / y gemir entre arroyos y retamas / entre cañaverales / y trigales». En la poesía de Isabel Fraire la fragmentación, la luz y los sentidos nos revelan imágenes como en el caleidoscopio: «Al principio no me gustaban los árboles [...] pero luego descubrí / abriendo la ventana / que el rumor de su follaje / es un rumor de olas». Los poemas de Hugo Padilla son pequeños artefactos verbales cuyo movimiento persiste más allá de sus propios versos: «ASTROS // A su modo, / ellos cantan también: / grillos de luz / en el estanque de la noche». En «Nacimiento heliaco de Sirio», Jorge Cantú de la Garza comienza un tema recurrente en la poesía nuevoleonés, la canícula, desde una aproximación astronómica, para terminar en

una costumbrista: «La anciana Filomena Equis, de Villa de García, / entrevistada para la televisión, declaró: / “Para mí todos los días son iguales”. / Claro, ahí están la higuera, la gallina, / el cerro indiferente». Con Guillermo Meléndez recorremos los espacios sórdidos y ocultos de la vida urbana de Monterrey, pero donde el libro es refugio: «Vuelvo al libro, / en él descubro que / vale la pena engañarse / mientras desnudo y sudando, resisto / el zarpazo infalible de los astros». Eligio Coronado apunta a imágenes que se sostienen en el extrañamiento: «Me dicen / que atraparon un grito en un cristal / y en vez de ruidos / resonó reflejos». Armando Joel Dávila muestra cruda y agudamente la sequía: «Los reptiles / Suspendidos en el llameante mediodía / Se precipitan sobre sí mismos / El hocico de la sequía / Devoró su cuerpo y dejó la sombra». Graciela Salazar Reyna presenta una ciudad atravesada por la memoria: «escuchamos de reojo silbatos de otra fábrica / estacionada en el recuerdo de los abuelos muertos». En la muestra de Minerva Margarita Villarreal encontramos tres de los motivos fundamentales de su poesía: el amor, el feminismo y la mística, en

«Canto de Penélope desde las playas de Ítaca», Penélope le habla a Ulises: «He velado por más de veinte siglos. Y hoy, / en el turbio amanecer de esta historia manchada, / preparo las naves». Dulce María González explora dimensiones ocultas de la cotidianidad y la vida familiar: «Se encienden las luces de la casa / porque afuera el mundo es oscuro». Ana Kullick Lacker se aproxima al dolor desde la imagen del paisaje: «Cuando el llanto apareció como / camino / sólo era un seco río / me hice piedra sin mojarme». Óscar Efraín Herrera nos ofrece una poética de la reivindicación de lo desestimado: «Recolecto pequeñas piedras, / cansadas palabras caídas de algún libro / que no llegaron a la imprenta». En los poemas de Luis Aguilar encontraremos múltiples facetas del amor, el erotismo y un humor inteligente: «Amanezco cada día con una duda / joven en las manos». Iván Trejo reflexiona el porvenir del libro: «quizá sus hojas / amarillentas estén ya pegadas y se ha vuelto / aún más ilegible que cuando nuevo / tal como sucede / con las ideas nuevas dichas en un tiempo distinto».

No me queda más que reconocer el gran trabajo que representa este libro, en

el que el equipo editorial de Capilla Alfonsina, dirigido por el doctor Víctor Barrera Enderle —quien además aportó su conocimiento de la literatura regional para la concepción de este volumen—, los editores Rodrigo Alvarado, Nancy Cárdenas y Alfredo Iván Mata, y los diseñadores Deni Ríos y Pepe Vela. También el de Martha Beatriz Ramos, directora de Desarrollo Cultural de nuestra universidad, cuya lucidez y acuciosidad fue determinante en la realización del libro. Además, y sobre todo, hay que reconocer el liderazgo y la entrega por la difusión de la cultura a través de proyectos editoriales tan esmerados como este, del doctor Santos Guzmán López, rector de nuestra *alma máter*, y del doctor José Javier Villarreal, secretario de Extensión y Cultura. Esta visión por un proyecto editorial tan ambicioso ya nos está dejando un legado invaluable a todos los universitarios y a todo el pueblo de Nuevo León.

## QUISE

VÍCTOR CABRERA

Quise, en esta ocasión, escribir unas líneas brillantes en las que, como ironizaba el misántropo de Transilvania, pudiese demostrar «la calidad de los adverbios y la propiedad de los adjetivos» de los versos de Luis Téllez Tejeda y, de paso, aclararme —y aclararles a mis improbables lectoras, a los hipotéticos lectores de estas líneas— el sentido de estos poemas. Pero no queda demasiado que esclarecer donde todo es de por sí diáfano y fluye en un caudal modesto, temperado, de nostalgia transparente.

Alguna vez, algunas veces, yo también quise amar y ser amado. No tuve éxito. O lo tuve sólo a medias. Y si lo tuve, también me resigné a perder. O ya no importa: tiré la toalla... Tiré la toalla y al hacerlo algo me fue revelado. No el sentido del amor ni sus recetas infalibles para vivir cien años en pareja y de todos modos morir en el intento, sino acaso algo más sencillo: su finitud y su imposibilidad, su carácter perdurable pero también falible,

Arriaga, Chiapas, 1973. Su libro más reciente es *Mística del hastío* (Mano Santa / Bonobos, 2017).

la conveniencia del desapego, porque, como dice una de mis canciones favoritas: «todo es temporal de todos modos». Eso y la trascendencia de instantes aparentemente sin importancia pero que, a la larga, enlazados unos con otros, conforman un río de recuerdos en cuya corriente discurre la memoria. De esa materia finita e infinita está compuesto este librito de tonos azulados como la melancolía, esa que los esclavos negros de Estados Unidos también llamaron blues.

*Quise* es, a su manera, un largo blues erigido, erguido —y aquí el vocablo parece el más adecuado— por y desde la memoria, y de modo específico, desde la nostalgia; o un soundtrack doble con cuarenta temas que juntos conforman un *bildungsgedicht* en que el descubrimiento del deseo y el amor «que no se nombran» se superponen como los beats en un tapiz sonoro que al final los conjunta en una melodía discretamente salvaje, violentamente tierna, que transita —necesariamente— entre la balada pop y el rock progresivo, entre Dave Brubeck y el danzón «Almendra»... y una polca norteña en medio de una pista de baile en la que señores de bigote afianzan sus pasos a los de otros señores de bigote: un

ponchis ponchis lírico, calculada y voluntariamente joto.

Quise decir homoerótico, homosexual, «no heteronormado». Buga no. No straight pero tampoco gay.

**PARENTAL  
ADVISORY  
EXPLICIT CONTENT**

Quise decir: este librito contiene escenas de amor y de erotismo entre personas que beben cerveza y comen chicharrones y van al tianguis por su mandado y acuden a museos a ver exposiciones. Quise decir: este volumen incluye imágenes explícitas de sujetos que pretenden cultivar a otros sujetos —Pígalión y Ganimedes visitan Bellas Artes—, de jóvenes que asisten al estadio, lo mismo a ver una escultura que un juego de fútbol, de personas que hojean revistas en un Sanborns mientras esperan, como todo el mundo, a alguien; de estudiantes que visitan bibliotecas. De gente común y corriente.

Quise decir:

Este libro también contiene aberraciones: partidos de fútbol de la liga MX, tostadas de pata, llamadas telefónicas (¡desde teléfonos fijos!), telenovelas, frituras ricas en glutamato monosódico. Y el grito ¡¡¡PUTO!!! —afrenta y estigma— en la tribuna de un estadio.

*Quise* es, así, la breve crónica de una postadolescencia

signada por la curiosidad y el descubrimiento de una sexualidad y una emocionalidad diversas, el relato incontinente de una época que, desde el ahora, se observa con menos nostalgia que indulgencia: Juventud, divino tesoro, ya te vas, chau chau, no vuelvas.

En diciembre de 2023, a sus cuarenta años, mi bróder Luis Téllez Tejeda, conocido en los círculos semicultos de las redes sociales como el Pávido Návido, enfrentó el trance más difícil de su ya no tan corta vida. *Quise* es entonces, además, un testimonio de sobrevivencia y una reconciliación con un pasado cada vez más remoto, acaso incómodo y doloroso, pero también gozoso y entrañable. La celebración de una vida y sus circunstancias. Yo celebro, también, poder seguir compartiendo con Luis, el Pávido, la amistad, el amor, la fraternidad, la vida y la poesía de este lado del Mictlán.

Luis Téllez Tejeda «El Pávido Navido», *Quise* (Alacraña, 2024).

## POETA EN ROMA DE JORGE EDUARDO EIELSON

RICARDO POHLENZ

En una nota que escribí sobre *Poesía escrita* de Jorge Eduardo Eielson, que publicó la revista *Vuelta* en noviembre de 1991, cierro declarando que se ve en su obra «la intención mágica de convertir la palabra en un arcano». Antes señalo la transición que sufre su poesía entre los abigarramientos a partir de referencias míticas de su primera poesía y el desnudamiento personal y verbal que alcanza después de su llegada a Roma, misma que señalé ahí mismo como «la certeza de la transitoriedad que nos revela lo orgánico dentro de nuestro cuerpo», la que podemos seguir o asumir como una decantación de lo sublime, un peso determinado o descubierto desde una certeza del cuerpo —sus órganos y sus partes— y el cómo nos dice y cómo nos hace: nombrado, anunciado, sentido. Hay un hiato de más de treinta años entre esta nota, publicada cuando era considerado un joven poeta entregado

Puebla, 1965. Uno de sus libros más recientes es *Bac Kga Mon* (Gato Negro Ediciones, 2016).

malamente a la reformulación de los usos y figuras de la literatura de vanguardia y ahora, de esta, mientras transijo y contrapongo materialidades entre palabras y objetos. Es ahora cuando viene a reaparecer Eielson en una nueva edición, compilada por Sergio Téllez-Pon, quien revisó las distintas publicaciones que conforman la obra del poeta peruano o que versan sobre ella —muchas de las cuales fueron realizadas por editoriales independientes y universitarias en México— aparecidas entre la suya y la que fue publicada por *Vuelta*. Entre los dos momentos, el ideario de lo poético —por llamarlo de algún modo que pueda despertar desdeños furibundos— ha cambiado en lugares y proporciones, líneas y construcciones, entregado a referencias y rescates de aquello que solapa, contrapone, reniega y se rinde de algún modo a las normas y convenciones acatadas por un coto tan reducido —y secreto— como es el de los poetas y su consumo. Hay un rescate en ambos momentos, el de traer a cuenta un poeta que se deslinda y deviene en su impronta hacia el culto. Estuvo la autoridad de la revista *Vuelta*, transigida ahora, y

luego, tanto tiempo después, este nuevo rescate o reposición publicado por Mangos de Hacha, que viene a tener una autoridad distinta, otro punto de referencia. Entre una y otra se puede leer desde dónde se han deslindado las perspectivas de la escena poética y hacia dónde se han ido, junto con las discusiones y necesidad que tienen o tuvieron, y por las cuales se insiste—por supuesto— en traer a colación en sus distintos momentos las voces y lugares que han determinado un canon, frente a lo asequible o no de sus distintas ediciones, y las razones para hacerlo. La edición de *Vuelta* lo presenta entero (a partir de lo que se tiene asequible): su sustrato mítico originario, la desnudez esencial romana y la coda mágica que supone *Ptyx*; la edición de Téllez-Pon se remite o se reduce a los poemarios escritos entre 1952 y 1964 durante la estancia en Roma del poeta, por lo que se llama, tal cual, *Poeta en Roma*, situándolo ahí, traspuesto en su escenario, mágico y simbólico de por sí; imaginado antes, todavía en Perú, antes de que pudiera trasladarse y trasponerse, en tanto cuerpo, como lo hacía su voz a través de sus versos. Es importante

anotar, en los términos que supone esta nueva edición, los tiempos que se señalan, entre que fueron escritos y fueron publicados. Los lapsos son hasta de más de treinta años: a pesar de su relevancia, estas fechas nos lo revelan como un poeta secreto. Se puede asumir que sus poemas fueron descubiertos o pasaron de mano en mano, supongo que debido a discreciones del poeta o por lo delicado o subversivo de su contenido. Esto, claro está, no es más que mera especulación de mi parte, pero acota—desde la apertura y tolerancia ganados— una incertidumbre frente a la posibilidad de nuevos tiempos aciagos que vienen replicando patrones y situaciones políticos que no acaban de extinguirse. Recorro de nueva cuenta a mi nota publicada en *Vuelta*, donde me pregunté por el impacto que tuvo Roma en Eielson, dado el vuelco radical que tienen sus poemas y el hecho de que estuvieran guardados. Queda imaginar que fuera un secreto a voces, un mundo que le sirve de refugio paradójico, construido con «largas enumeraciones de imágenes en las que se pierde de vista el centro» transmitiendo «un desasosiego aterrador». Mismo que ahora,

treinta años después, me cae con su peso matérico, cuya retahíla conjuga y conjura ansiedad y deseo, haciendo de las palabras, cuerpos. Sería injusto achacarle a Téllez-Pon esta falta de contrapunto sobre la transformación y evolución del poeta dado que su intención es otra (y dado el interés que pueda suscitar, queda siempre buscar sus libros en librerías de segunda mano). Es justo, señalando lo perentorio de estos tiempos aciagos, que nos resulta, desde su discreción subversiva, una luz, una guía o un consuelo en un mundo revuelto en el que hemos encontrado un lugar público de convivencia que, aún, vive la amenaza de regresar a la marginalidad o lo clandestino. En su prólogo, Téllez-Pon se lanza, igualmente, a la especulación de las razones de las que surge o puede haber surgido el sustrato de los versos de Eielson, siempre frente a la experiencia apabullante de las razones que se suceden a partir de los mismos, el lugar a donde nos mueven, en su desparpajo y contundencia, desde una poética donde confluyen— en tanto experiencia y sensación— figuras traídas del imaginario común, tales como es el señalar «deslumbrantes criaturas de papel policroma-

do» y la acción de devorar la «coca cola bien helada», donde contrapone la experiencia inasible de la aurora con lo tangible de la mantequilla, las prendas para decir las partes del cuerpo o la vinculación que hace entre el *quattrocento* y la bomba atómica, trazando el dibujo que conforman las palabras, que las repite, rompe y transforma, sean manchas de tinta vistas o salmodias entonadas, pasando así revista a los objetos, las sensaciones, los vínculos y vehículos, atados por asociación libre, haciendo nudos entre hilos que dicen nociones y afectos, desmembrando y desarticulando nombres y personas, lugares y cosas, llevando la experiencia de lo cotidiano a lo concreto, y el lugar que se tiene en el mundo proyectado— en espasmo— a lo estelar (se van asomando en sus versos las astronaves y estrellas intuitas en todos sus cielos dichos, que son muchos). Trae a colación el technicolor, lo menta más de una vez, visionario quizás (o no tanto) del simulacro de realidad que se nos ha impuesto desde la pantalla, armado de referencias y alusiones, tan lleno de ruido y, aún, tan hermético, sabiéndose metáfora del término, diciendo

el mundo, diciéndose el mundo. Queda la experiencia mínima del lenguaje, partida en retazos, hecha de despojos, tan tensa y retraída y aún, gozosa en su promesa. Esa que se remuda a las duraciones, a los tiempos, sin llegar a imponerse, dicha en su posibilidad—desde el sueño— como otro lugar donde se abjure del peso del presente, su evidencia atroz, su transcurso más allá de todo detenimiento, de toda inmovilidad ansiada, cual pasión religiosa traslapada en medievalismos pop. Y aún, a pesar de ello, se resigna—desde una felicidad paradójica que se rinde a las urgencias y mandatos del cuerpo— a una dinámica motora que mueve y transforma las imágenes, en tanto gestos, apelando a ideogramas, como es el caso *De Materia Verbalis*, donde un signo emulando una silla sirve de título a cada uno de los poemas que, paradójicamente— a partir de contenidos que describen la vaciedad— se niegan la posibilidad de decirse, desde figuras que apelan a lo inasible por inabarcable, sea una estrella (o un pantalón o una camisa) de ceniza, un brillante adefesio—refiriéndose al universo— o declarando que los cocodrilos, las hormigas y los monos también son poetas. Los

cocodrilos se seguirán apareciendo, siendo una semejanza, una posibilidad, su hermano, él mismo o el «reptil de patas infinitas» desde donde apela a la animalidad inherente a lo sexual, al discurso de lo vivencial, invocando patrones orgánicos, situaciones que sirven de paralelos entre encierros y libertades en abstracto (o mejor aún, los abstractos de la libertad) guardados en paquetes haciéndola de cajas negras que conforman—tópico— un catálogo descubierto—personal de algún modo y aún, sin serlo— de las manifestaciones del deseo. Es justo esta disyuntiva entre el propio cuerpo y el cuerpo de los demás puesto frente a un modelo ideal de cuerpo—pienso en el hombre de Vitruvio de Leonardo, sus proporciones y su geometría implícita— desde donde que queda abolido, negada toda trascendencia ante los accidentes que constituyen nuestra propia evidencia, y su revelación—siempre eléctrica—ya sea a través de la visión—bajada de sus pretensiones románticas— en la que se suman todos los sentidos: siendo que cuando tocamos, oímos, olemos o gustamos, sea que tengamos los ojos vendados o no, algo

vemos—algo ve—y nos lleva a través del mundo sensorial, definiendo contornos y trazando signos. La pregunta que hace Eielson a través de su poesía se deslinda de la imagen, misma que permanece en tanto impronta, para sumergirse y transmigrar a su materialidad, sea un hígado o un páncreas derretido, que se manifiesta más allá de su esquema, sea como golpe o palpitante más allá de la incisión que se hace en el papel que la hace de piel, de carne, de hueso. Esto tiene su contrapunto o correspondencia en los animales que trae a cuenta, sea una vaca parturienta, las costillas de un ciervo o comparando el interior de una sala de cine con el vientre de un elefante. Eielson, desde la materia de las palabras, hace sublimación de lo escatológico, lo eleva a las alturas de la revelación, dice no saber, por ejemplo, en la certeza incierta descrita a lo largo de sus *ceremonias solitarias*, cuál es su piel y cuál es la de su amante. Ya en algún momento ha mencionado a Dante (que aquí acaba por hacerla de comparsa de Brando) para trazar todo ese camino recorrido en unos cuantos versos, a partir de decir que sus brazos y los de su amante son

los «de una estrella que se multiplica» o proyectándose a lo cósmico al darle a sus versos una vocación, llamado o proceso semejante: «Un puñado de tierra que respira / De incandescentes materias / Que jadean y que gozan / Y que jamás reposan». El periplo que lo lleva a habitar la ciudad de Roma en tanto vacío y cuerpo, vacante y resquicio, entre palabra y lengua, como animalidad que se reconoce. Es en ello, a la manera de lo religioso, desde donde lo trasciende, cual sustrato mítico que apela—un poco a la manera de Jorge Cuesta, pero distinto—a lo mineral, a la tierra misma que lo sostiene, en vilo, siempre a punto de derrumbarse. El libro armado por Téllez-Pon es un testimonio y una finalidad, cierra y constituye, veloz y vertiginoso, un tiempo extendido, a partir de sus pequeños atisbos concretos, en tanto manifestaciones, en tanto gritos, aunque murmullos, de una noche que se sabe entera.

**Jorge Eduardo Eielson, *Poeta en Roma (Mangos de Hacha / Universidad Iberoamericana, 2024)*.**

## EL OFICIO DE RESISTIR

LUIS VICENTE DE AGUINAGA

Algunos de los poetas más importantes del México moderno son también sus más importantes ensayistas. Si la conciencia literaria de nuestra sociedad ha depositado sobre los hombros de los poetas el peso de la exploración de la libertad, las pasiones y los temores de toda una era, paralelamente ha confiado a los ensayistas la inspección de la identidad colectiva, la tradición, la historia con letra minúscula y la observación de los comportamientos. Y si en la poesía escrita en México ha predominado un tono de melancolía introspectiva, con magníficas excepciones, el ensayo ha sido territorio del humor, el anonadamiento y la reconciliación con la sensatez.

Con la minucia del estudioso y el ímpetu del buen conversador, Daniel Ayala Bertoglio ha dedicado un libro de casi doscientas páginas a un brillante y cordial poeta-ensayista del México de las últimas décadas: Tomás Segovia. Ordenado en cinco capítulos a los que antecede un preámbulo y completa una coda, el volumen

Guadalajara, Jalisco, 1971. Su libro más reciente es *Perspectiva descendente* (Medusa Editores, 2024).

se ocupa no de la obra poética de Segovia, que ya fue objeto de un estudio de Lilia Solórzano (*Anagnórisis: el espacio de la reconciliación*, de 2012), sino de sus ensayos, examinados por Juan Pascual Gay desde otra perspectiva en *El huésped del tiempo*, de 2013. Inevitablemente, lo mismo Ayala Bertoglio que cualquier otro estudioso de Segovia podría solicitar para sus propios trabajos el título que usó el escritor hispanomexicano en su libro de 2005, *Recobrar el sentido*, porque no es otra la experiencia ni es otro el esfuerzo al que incita su lectura.

En el primer capítulo, Ayala Bertoglio traza una semblanza biográfica de Segovia en su infancia y adolescencia, cuando el nacido en 1927 se descubre una intensa vocación de poeta. En ese tiempo le fueron decisivas las amistades con Emilio Prados, primero, con Ramón Gaya, después, y con Raimundo Lida, más tarde. Con los dos primeros, naturalmente, Segovia se identificó como español y como exiliado (o, como él prefería decir, «hijo de exiliado»), manera elegante de no reconocerse como español sin desligarse de la cultura española, los usos lingüísticos españoles y el entorno familiar español en los que se formó), si

bien es importante considerar que tanto Prados como Gaya encarnaron para Segovia una forma singular de marginalidad entre la marginalidad que ya de por sí era propia de los exiliados: la existencia marginal de los artistas poco interesados en la fama y el triunfo económico. Ayala Bertoglio muestra, por ejemplo, cómo Segovia describió a Prados casi como un adulto que viajaba de polizón entre adolescentes, cuando lo que se deja ver es más bien que Segovia, en aquella temprana juventud, era quien procuraba la cercanía y la tutela de poetas y maestros mayores.

La semblanza biográfica es retomada en el segundo capítulo, cuando ya el joven poeta es becario del Colegio de México. En seguida será colaborador de la *Revista de la Universidad* y la *Revista Mexicana de Literatura*, miembro de la generación de Medio Siglo, jefe de redacción por un año de la revista *Plural* y, por supuesto, traductor. En la traducción, a decir verdad, coincidirán más de una vez el Segovia poeta y el Segovia ensayista, el enamorado de ciertas obras y *amigo* de otras, el discípulo del Romanticismo y el desterrado que comprende que no sólo tiene una tierra que recuperar, sino también una edad con la que reencontrarse.

El tercer capítulo tiene como tema el género del ensayo y las implicaciones que supuso para Segovia elegirlo como complemento del oficio poético. Ayala Bertoglio encuentra en la definición que José Ortega y Gasset hizo de sus *Meditaciones del Quijote* un modelo para entender la escritura ensayística como Segovia la ejercía. En cada ensayo, según Ortega, toma forma un afecto en razón de la vivencia particular que le haya dado nacimiento. Según su propio autor, las *Meditaciones del Quijote* son «ensayos de amor intelectual», bella definición que Ayala Bertoglio proyecta sobre la obra crítica de Segovia.

Hablar de *pensamiento* es, con estos precedentes, hablar de *amor intelectual*. Así, la «imbricación entre pensamiento y poesía» reafirma en Segovia el impulso de identificarse como romántico. «La rebeldía romántica», dirá, «es revolucionaria en la medida en que reivindica los lenguajes oscuros», entendiéndolo por esto último el «lenguaje de los proscritos por la razón: los locos, los niños, las mujeres, los salvajes».

Ayala Bertoglio retoma con provecho las reflexiones de Lukács, para quien el ensayo parte, más que de una tarea

libresca, de una vivencia que despierta en el escritor determinada necesidad expresiva. Es de dicha necesidad, siempre según el teórico húngaro, de donde surge la «voluntad de forma» que hará de cada ensayo un objeto peculiar, irreplicable, y por ello mismo artístico en el sentido moderno de la palabra.

Con esta preparación de terreno, Ayala Bertoglio escribirá los dos capítulos más personales y profundos de su libro: el cuarto y el quinto. Segovia siempre quiso escribir una poesía que ni despreciara ni suplantara la realidad. Esta convicción se sostuvo en su pensamiento desde mediados del siglo XX hasta ya entrado el XXI y alimentó en gran medida sus notas, artículos, entrevistas (recuérdese que respondía por escrito a los periodistas, críticos o investigadores que lo procuraban con fines informativos) y, en general, sus ensayos, fuera cual fuera la forma contingente que adoptaran. Entre los géneros reflexivos, por cierto, debe incluirse la carta, ya que Segovia entendía el intercambio epistolar como uno de los modelos más elevados del diálogo. Ayala Bertoglio explica nitidamente por qué la carta es, como paradigma, inseparable de la prosa

ensayística de Segovia: el poeta-ensayista le dirige cartas, por así decirlo, a quienes han encendido su interés, y en ocasiones hace de su reflexión un simulacro de correspondencia consigo mismo, explicitando así la mayéutica interna de su razonamiento.

En el quinto y último capítulo, Ayala Bertoglio muestra cómo la ética de Segovia se apoyaba no en una idea de la literatura como profesión sino de la escritura como quehacer artesanal. Segovia, que se consideraba «un escritor marginal, pero no marginado», entendía que una sola moral era, para él, posible: la moral de la inadecuación. Ante la incesante avidez del mundo actual, Segovia respondía no con la indiferencia o el desdén, sino con la inactualidad, entendiendo por ello la resistencia contra la obligación de lo nuevo. Sólo así, fortalecida en esa resistencia, la poesía podría fundirse con la realidad sin dejarse devorar por el presente. Y sólo el oficio del ensayo podría ofrecerle a la poesía esa fortaleza.

**Daniel Ayala Bertoglio, *Sentido y resistencia en la obra ensayística de Tomás Segovia* (Universidad de Guanajuato / El Colegio de San Luis, 2023).**

## ÓPERA MEXICAN STYLE O POETIZAR LO NUESTRO

ANA CLAUDIA ZAMUDIO  
AGUIAR

*Todo estilo es más que una  
manera de hablar*  
Octavio Paz

En *El laberinto de la soledad*, que como todos sabemos es considerado un texto primordial del ensayo en lengua española y un libro imprescindible para entender la esencia del ser mexicano, no sólo como ente social e individual sino como intelectual y creativo, Octavio Paz afirma, me parece que a manera de advertencia: «Las preguntas que todos nos hacemos ahora, probablemente resulten incomprensibles dentro de cincuenta años. Nuevas circunstancias tal vez produzcan reacciones nuevas». Han pasado más años, para ser precisa, 74 años de la fecha en que apareció el libro. Y lo traigo a colación porque, mientras leía *Ópera mexicana style* de Óscar Tagle venía a mi memoria dicho texto, ¿por qué? Intentaré explicarlo, para lo cual, les confieso,

Poza Rica, Veracruz, 1966. Su libro más reciente es el estudio de investigación *Una mirada al espacio y la naturaleza en la ciudad y el viento de Dolores Castro* (Ediciones de la Noche, 2022).

tuve que desempolvarlo de mi librero donde llevaba años sin hojearse.

*Ópera mexicana style* es un libro de poesía compuesto por 32 poemas escritos en lenguaje directo pero no por ello carentes de figuras literarias: las palabras forman un campo lúdico en el que cada verso depende del anterior y justo el último vocablo redondea y cierra el círculo completo de la metáfora. El poema con el que inicia lleva por título «Las reglas del juego», plantea la pregunta que nos une en una especie de confabulación a todos quienes alguna vez hemos intentado escribir, ya sea poesía o narrativa:

Desconozco el origen  
de mi escritura / menos  
entiendo las reglas del  
juego. / No sé dónde estoy  
sentado frente a la hoja /  
ni por qué ruta ir hacia el  
fin de la página. / Quizá  
parto de la última línea  
describiendo / hacia la  
superficie con la absurda  
idea / de generar nueva  
escritura.

Versos ya escritos que se borran, ser o no ser en y por la escritura, ¿esa es la cuestión? Poetizar lo que se es o lo que no se es, me parece, es la premisa que nos plantea el poeta y es a nosotros, sus lectores a quie-

nes nos corresponde descubrir pues conforme avanzamos en la lectura de los versos, se va desvelando el juego, el enroque de palabras, a manera de piezas de ajedrez con las que el poeta nos muestra su destreza en el manejo del lenguaje y la brevedad. En la economía de palabras manejadas con precisión surgen sus preferencias e inclinaciones, nos refiere reiteradamente, a manera de homenaje, no sólo al arte mexicano sino también al folclor que nos caracteriza cuando menciona en sus estrofas lo mismo a cineastas como Ismael Rodríguez que a nuestros poetas, pasados y presentes como López Velarde, Amado Nervo, Elías Nandino, Alejandro Aura, Óscar Ávila, Efraín Huerta, Rubén Bonifaz Nuño, Rosario Castellanos, Carlos Pellicer, Ricardo Castillo y José Eugenio Sánchez; y a nuestros grandes narradores como Agustín Yáñez, Juan Rulfo, José Agustín o Juan José Arreola. Y por supuesto, no faltan los cantantes que nos han heredado una tradición cultural como Lola Beltrán, las luchas Villa y Reyes, las hermanas Landín, Toña la Negra, el Trío Calaveras y Jorge Negrete; mención especial a Javier Solís, de cuyo poema Óscar toma el título para el libro, en el cual hace un breve y

maravilloso juego comparativo de la canción «Payaso» escrita por Fernando Z. Maldonado y que hiciera famosa Javier Solís en 1966, con el aria «Vesti la Giubba» de la también famosa ópera *Pagliacci* del italiano Ruggero Leoncavallo. ¿Se inspiró Fernando Z. Maldonado en la ópera para escribir su versión? Lo que pude indagar en el «maestro Google» es que, según afirma la hija de Maldonado, no, su padre se inspiró en el payaso de un circo, el cual tenía una situación muy parecida de desamor y desengaño que el payaso de la ópera y, sobreponiéndose, se vistió, se maquilló y salió a escena para hacer reír a los niños. Inspirado o no en la ópera, lo que sí podríamos afirmar es que «Payaso» es una tropicalización de «Vesti la Giubba» al puritito estilo mexicano. Y quién mejor para expresarlo con palabras exactas en tal recreación poética y riqueza lúdica literaria y sinigual que el poeta Óscar Tagle, que al final, por lo menos, nos hace esbozar una sonrisa, cuando no una carcajada. Óscar también hace distinción de sus preferencias en el arte internacional, aquí sólo mencionaré «Entremeses quijotescos» compuesto por cinco breves poemas en los que Tagle juega con Cervantes al

recrear algunos detalles de don Quijote. Los invito pues a que descubran por ustedes mismos el ser o no ser, lo que escribe o desescribe el poeta en *Ópera mexicana style*, a descubrir esas generalidades mexicanas que nos divierten porque nos retratan, nos vemos reflejados en el mismo espejo y, además, a disfrutar las particularidades de su estilo y marcas literarias que también lo hacen nuestro: mexicano.

Vuelvo a Octavio Paz y observo que las preguntas de entonces no son incomprensibles ahora, al contrario, la distancia de esos 74 años nos ha ayudado a comprender y comprendernos como mexicanos, y en nuestro caso específico, como mexicanos creativos. Pienso que quizá como un reto a los intelectuales por venir, en el capítulo «La “inteligencia” mexicana», Paz menciona que, además de la radical fidelidad al lenguaje que define a todo escritor, el escritor mexicano tiene algunos otros deberes específicos, afirma que el primero es expresar lo nuestro. Luego enfatiza que: «Escribir equivale a deshacer el español y recrearlo para que se vuelva mexicano sin dejar de ser español. Nuestra fidelidad al lenguaje, en suma, implica fidelidad a nuestro pueblo y

fidelidad a una tradición». Entonces, después de la lectura anterior, lo comprendí. Llegué a la conclusión de que en *Ópera mexicana style*, Óscar «desescribe» el español para «generar nueva escritura», consiguiendo sin lugar a duda poetizar lo nuestro, lo mexicano.

**Óscar Tagle, *Ópera mexicana style* (PANICVM, 2024).**



### OH NAPALM DEL ALMA

A propósito de guerra, el primero de los poemarios de culto del uruguayo Elías Uriarte que reúne en este libro la editorial de culto cabezaprusia lleva por título *Hiroshima*. Sin duda, el más interesante de los tres compilados. *Hiroshima* no refiere a la ciudad bombardeada, sino a una mesa donde se sientan «A la derecha / El padre, / A la izquierda / La madre, / Al frente / El espíritu». Es decir, las ruinas de una infancia bombardeada. «¿Recuerdas tu niñez? ¿Recuerdas las cenizas de Hiroshima? Oh, cómo caían sobre las cosas. ¿Recuerdas que se metían en todo?». Así deja caer también el poeta las palabras, como una capa finísima de polvo radioactivo sobre las cosas, los patios, los chiqueros, las lagunas y los árboles. Porque más que la mesa familiar, *Hiroshima* es el lenguaje disuelto en el aire químico, en el amor químico, en los pensamientos químicos. Aquel napalm del alma.

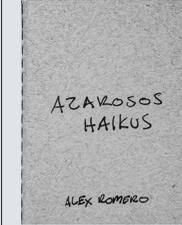
Elías Uriarte, *Poesía reunida* (cabezaprusia, 2023).



### EL QUE QUIERE RECORDAR, ESCUCHA

Estos versos de Paloma Conejo expresan el espíritu de esta lúcida antología sobre el corrido. Este se nos presenta como un género literario, que no se constriñe a una región en particular, sino que es binacional y transfronterizo, siempre presente en el territorio de la memoria y la identidad. El libro, realizado en Yuriria, Guanajuato—tierra de Junior H, según se aclara en el prólogo—, incluye ensayos, poemas y cuentos que recogen desde fascinantes apuntes historiográficos del corrido (al que logran rastrear desde el siglo XIX), hasta críticas a la criminalización del corrido tumbado. Esta entrañable entrega nos muestra que el corrido siempre ha sido un espacio de lucha de los jóvenes para tomar su lugar en contextos plagados de injusticia social y desesperanza, pero donde también reivindican la vida a partir de la música, el goce, la memoria y la fiesta.

VV. AA., *El corrido también es parte del paisaje* (Colectivo Preciosa Sangre, 2024).



### MÁQUINA DE HAIKUS

«Todo el día / el abuelo con su mejor traje / sonido del agua». El artista visual Alex Romero se inspiró tanto en grandes maestros del haikú (Basho e Issa) como en poetas beat para construir esta máquina de papel que hilvana poesía y azar para obtener significados inesperados. Una pieza de arte conceptual que mantiene interés literario más allá del contexto que la origina. «Sobre el invierno / el techo / suficiente para llenar mi barriga». La técnica del *cut-up* de William Burroughs es utilizada aquí para transformar la forma poética más concisa (y tradicional) en lo contrario. En estos haikus descompuestos el caos y la métrica producen una poética del accidente. «Perdiendo su nombre / luciendo un sombrero / fuera de sí mismo».

Alex Romero, *Azarosos haikus* (Mixedmedia.press, 2024).



### UN PARQUE DE DIVERSIONES

Las antologías personales son un acontecimiento mágico y maravilloso, la existencia de las editoriales independientes en países como México, también. En *Un poema es una niña que tiene un secreto*, Berta García Faet, de la mano de la amistosa editorial Osa Menor, hacen de este libro un parque de diversiones poético; el humor, la filosofía, lo cursi y lo político se divierten desde una mirada lúdica e intelectual. Con una selección personal de la autora, este libro reúne poemas de libros que se han convertido en grandes referentes de la poesía contemporánea como *Corazón tradicionalista*, *Poesía 2008-2011*, *La edad de merecer*, *Los salmos fosforitos*, *Una pequeña personalidad linda* y *Corazonada*. Un paseo imperdible por la obra de una poeta tan auténtica e icónica como Berta García Faet, un viaje interesantísimo por el camino de su obra hasta el día de hoy.

Berta García Faet, *Un poema es una niña que tiene un secreto* (Osa Menor, 2024).



### DE CORAZÓN VIOLENTO

En trece relatos, algunos de ellos concatenados, Dahlia de la Cerda indaga en la vida de diversas mujeres mexicanas. Ellas cuentan su propia historia en primera persona: «Empecé a robar porque me dio pa'bajo la pinche vida culera, mijo», abre su monólogo la narradora-protagonista de «Dios no hizo el paro», relato que avanza al ritmo del corazón violento que late en *Perras de reserva*. El libro fue uno de los trece incluidos en la lista larga del Premio Booker Internacional 2025. «Impacta de principio a fin. Es divertidísimo, pero a la vez muy serio [...] Tiene una enorme fuerza política y lingüística, pero también es sutil, revelador y conmovedor [...] entrelaza el testimonio desenfrenado de vivas y muertas para crear una explosiva ráfaga feminista, cargada de exabruptos, dentro de la literatura mexicana», expresó, acertadamente, el jurado.

Dahlia de la Cerda, *Perras de reserva* (Sexto Piso, 2022).



### EL EXILIO: RECOLECCIÓN DE SIGNIFICADOS

Palabras, oraciones, imágenes, versos. Versículos de un libro fundacional. *Herida fecunda* de Sandra Lorenzano (XV Premio Málaga de Ensayo 2024) va más allá del tema que toca: el exilio. Abarca la realidad de los marginados por represión, violencia, migración, pobreza, desaparición. Elabora un bordado de voces unidas a la suya, al dolor de una joven que en 1976 abandonaba Argentina para instalarse en México. «Aquello fue un naufragio». *Herida fecunda* es la puesta al día de tanta memoria acumulada, perdida, dando lugar al deseo, la premonición, la reconstrucción del ser. Hay en la escritura de Lorenzano dos direcciones sonoras y semánticas: silencio y vacío. El libro es camino, recolección de significados, de sentido, de la etimología de la existencia entre dos realidades, dos países, dos posibilidades de vida.

Sandra Lorenzano, *Herida fecunda* (Páginas de Espuma, 2024).

## GUERRA Y FAMILIA

ALFREDO SÁNCHEZ GUTIÉRREZ

Buena parte de mi sangre viene de España: tres abuelos gachupines y una mexicana que seguramente también tenía en sus venas sangre hispana. Así que soy un indudable hijo de muchas cosas, pero sobre todo de la migración. Eso sí: he sido más bien sedentario. Viví mis primeros catorce años en la ciudad donde nací—Distrito Federal la llamaban—y luego me mudé, por decisión de mis padres, a la Guadalajara donde he permanecido. Así ha sido también con mi hermana y uno de mis hermanos, pero no con el menor, quien muy joven emigró a Estados Unidos—él, por razones profesionales—donde vive hasta hoy.

Nuestros migrantes abuelos llegaron a México procedentes de España a principios del siglo XX. Uno, el materno, se montó en un barco a sus quince años y llegó solito desde Asturias a Veracruz. Nunca hablé con él lo suficiente, pero sospecho que lo motivaron un par de cosas: huir de un

Ciudad de México, 1956. Autor de *La música de acá. Crónicas de la Guadalajara que suena* (Universidad de Guadalajara, 2018).

destino que parecía inevitable—con hambre incluida—y seguir el rastro aventurero de un nuevo continente. Más tarde se trasladó a Tabasco donde se casó con la única que me heredó sangre mexicana. Por cierto, esa familia tabasqueña venía de otro lugar—Chiapas—y tampoco se quedó quieta: ejerció su nomadismo migrando mayoritariamente a la Ciudad de México.

Los paternos, en cambio, llegaron con sus propias familias que emigraron en bola: mi abuela venía de Santander y se instaló en la capital mexicana con su padre farmacéutico, su madre y su hermana. Venían a reclamar una supuesta herencia que les había dejado otro pariente que emigró antes y que resultó falsa. Mi abuelo venía con sus padres y hermanos andaluces luego de haber perdido sus bienes en circunstancias poco claras; tenían el objetivo, como tantos otros, de «hacer la América», enriquecerse en una tierra con mejores oportunidades. Lo lograron gracias al trabajo intenso y la habilidad comercial—con sus artilugios respectivos—que desarrollaron.

Todos ellos llegaron a México en una época convulsa: comenzaba la Revolución.

Muchas veces me he preguntado—nunca me lo dijeron más que con cierta vaguedad—qué significado tuvo para ellos la guerra. O más bien las guerras, porque fueron muchas y muy cruentas las que les tocaron, de cerca o de lejitos, durante sus vidas: la Revolución Mexicana, la Primera Guerra Mundial, la Guerra Cristera, la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial. Es decir, durante buena parte de sus vidas hubo conflictos bélicos alrededor y, aunque no estuvieron directamente involucrados, los tocaron de muchas formas.

A mi abuela paterna, por ejemplo. Ya dije que su padre era farmacéutico. Mis indagaciones me llevan a concluir que aquel hombre decidió instalar un dispensario médico por el rumbo de Xochimilco. Pronto llegaron soldados porfiristas a atender sus heridas. Los revolucionarios no lo vieron con buenos ojos, lo acusaron de traidor y cuando hubo amenazas de muerte decidió huir. Con todo y familia se mudó a Estados Unidos, donde supuso que estaría a salvo. Allá vivieron algunos años hasta que con las aguas revolucionarias más apaciguadas, volvieron. Más adelante a los padres les entró una enorme nostalgia y

decidieron regresar a España con los hijos varones que habían nacido ya en México. Las dos mayores, ya casadas —mi abuela una de ellas—, se quedaron para siempre acá. La familia emigró cuando empezaba la Guerra Civil. Mi abuela contaba que en aquella guerra fratricida mataron a sus hermanos adolescentes. Ella no lo vio pero se lo contaron: salían de misa, en el brazo izquierdo de sus camisolas traían la cruz de Santiago identificada con los franquistas, se toparon con un grupo de soldados republicanos, los apresaron, los hicieron cavar su tumba, les dispararon y los arrojaron al agujero, uno de ellos pudo salir quién sabe cómo, llegar malherido hasta su casa y tocó la puerta, salió su madre y el hijo se le murió en los brazos. Y, cierta o no, exagerada o exacta, esa historia instalada en los anales familiares produjo en mi abuela un odio irreductible contra los rojos. También tuve un tío asturiano que peleó al lado de los franquistas y relataba los furiosos enfrentamientos, contaba que había sido herido en combate cuando era un muchacho. Solía referirse con desprecio a los refugiados, aquellos que habían sido sus enemigos.

Durante mi vida he conocido a otros cuyas familias llegaron a México, a diferencia de la mía, como refugiados de la guerra. Eran republicanos y fueron acogidos por nuestro generoso país. Contaban historias como la de mi abuela pero los malos eran los otros. A diferencia de ella yo siempre prefería a los republicanos y una vez discutimos al respecto. Terminó enfurecida invocando el crimen de sus hermanos. Opté por la prudencia y no volví a tocar el tema. La reconciliación es difícil, y es claro que las guerras producen víctimas por todas partes.

Se ha escrito con abundancia sobre la Guerra Civil Española y otras más, tanto en ficción como en no ficción. En los tiempos recientes he leído novelas donde se habla de algunos horrores de aquella: *Los rojos de ultramar* de Jordi Soler —que forma parte de una trilogía llamada *La guerra perdida*— cuenta la historia de su abuelo, catalán republicano que padeció un campo de concentración en Francia antes de llegar a Veracruz donde instaló un emporio cafetalero. *Mala gente que camina* de Benjamín Prado relata el terrible asunto de los bebés de republicanos robados y entregados a familias franquistas. Y claro,

la celebradísima *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, un riquísimo relato donde se miran los hechos desde muchas perspectivas y que va más allá de la propia Guerra Civil, como él mismo lo ha llegado a expresar:

La novela, básicamente, habla de los héroes, de la posibilidad del heroísmo; habla de los muertos, y del hecho de que los muertos no están muertos del todo mientras haya alguien que los recuerde [...] habla de la inutilidad de la virtud y de la literatura como única forma de salvación personal...

A mí no me han tocado guerras como aquellas. O eso creo. De adolescente escuché mucho sobre la de Vietnam, una extrañísima invasión provocada por la paranoia anticomunista donde los gringos enviaban a sus jóvenes a morir al otro lado del mundo sin saber por qué peleaban y de donde algunos regresaron vueltos locos. Había canciones al respecto, manifestaciones de jóvenes en California y otros lugares. Pero esa guerra era lejísimos. También hubo una, llamada Fría, que nunca estuvo claro dónde se desarrollaba y que tuvo en vilo a la humanidad durante algunos años con

la amenaza de la destrucción nuclear. Y claro, he escuchado de conflictos en Oriente Medio, en Ucrania, en África, ahora mismo un genocidio brutal en Palestina. Todo parece lejos aunque nada lo esté tanto.

«Nada está tan lejos». Me detengo a pensar más en esto: yo era adolescente cuando la revuelta estudiantil de 1968, vivía en la Ciudad de México, vi tanques, granaderos, gente armada, jóvenes repartiendo volantes y gritando consignas, camiones urbanos pintarrajeados con lemas agresivos y supe de la matanza de Tlatelolco. Pero aquello no era guerra, nos decían, todo fue obra de un grupito de subversivos a quienes se aplacó a tiempo para que se pudieran hacer las olimpiadas. También supe de otros jóvenes en Guadalajara que peleaban contra el sistema, ponían bombas, asaltaban bancos, formaban grupos guerrilleros. Aquella fue guerra mucho más cercana pero se trató de ocultar, de minimizar. De los muchos muertos se hablaba poco, de nuevo eran unos poquitos subversivos, comunistas, que querían desestabilizar y provocar el caos. Pero sí: me pudo haber tocado una balacera, una explosión. Tuve un vecino poco mayor que yo que fue asesinado en

esos días. Estaba en la Liga, me decían con cara de susto, lo emboscó el ejército y lo mataron junto a otros dos. Así que la afirmación de que no me ha tocado ninguna guerra es discutible. Pero no, no he oído aún las sirenas antiaéreas, ni caer las bombas, ni sentido las ráfagas de ametralladora. Tampoco las del narco, los cárteles, el crimen organizado, los grupos armados que pululan en este país. Otra guerra que está muy cerca.

He leído en estos días una obviedad: todos venimos de la migración. El recién electo presidente estadounidense parece empeñado en negarlo al cerrar las puertas de su país a un fenómeno natural —él mismo viene de ahí, no hay que olvidarlo—: la tendencia a moverse, a desplazarse, ya sea por elección —como mis abuelos— o por imposición —como sucede en muchos lugares hoy en día—. Muchos piensan como él, tan es así que lo votaron. Quiere engrandecer de nuevo a su país a cualquier costo, dice, amenaza sin parar y nos tiene en vilo con sus ocurrencias, sus decretos, sus fanfarronadas. Algunos dicen que es puro bluf, jarabe de pico, pájaro nalgón; otros, que hay que tomarlo en serio, que puede causar un daño irreversible. Espero que

los abundantes temores se aplaquen, que en efecto sea un pájaro nalgón. Que se imponga la razón y no me toque, como a mis abuelos, ver de cerca una guerra como aquellas a las que sobrevivieron.

## LA GUERRA: ENTRE LA HISTORIA Y EL ESTILO

HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

Desde su temprana infancia, el cine mostró interés por la guerra. Un breve recuento de su historia alcanzaría para corroborarlo: se ha acercado a numerosas conflagraciones —no podría cubrir la totalidad de ellas: el humano afán bélico es inabarcable y hay guerras más rentables y menos deshonrosas que otras—, y la Segunda Guerra Mundial es un hito. Asimismo, y como queda constancia en tiempos recientes, la Primera Guerra Mundial ha sido objeto de interés y ha dado origen a no pocas películas. Si hablamos del cine de Estados Unidos en concreto —y considerando el número de guerras en las que se ha involucrado ese país y las cintas que alrededor de este tema ha aportado su industria cinematográfica— cabría hablar incluso de fascinación. De ahí que conflictos locales (como la Guerra Civil) o algunos que se inspiran en las invasiones realizadas por Estados Unidos (como la de Vietnam) despiertan particular interés,

Guadalajara, Jalisco, 1965. Es crítico de cine, profesor en el ITESO y colaborador de la revista *Magis*.



FULL METAL JACKET, STANLEY KUBRIC, 1987.

tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo. La guerra está presente en los clásicos norteamericanos de D. W. Griffith: *El nacimiento de una nación* (*The Birth of a Nation*, 1915), que registra las singularidades de la guerra civil, e *Intolerancia* (*Intolerance*, 1916), que explora episodios bélicos de diferentes épocas. Los diversos acercamientos a la guerra, en *America y ailleurs*, constituyen una clase, un género: el cine bélico o *war film*, que tendría una amplia variedad de subgéneros dependiendo de la presencia que tiene la guerra en el curso de la historia que se está contando.

La guerra ha estado al fondo cuando el interés está en la exploración de lo que supone una conflagración en concreto para los que no están haciendo la guerra. Del paisaje humano que se observaba al inicio de la Guerra Civil Española, José

Luis Cuerda da buena cuenta en *La lengua de las mariposas* (1999); lo hace a través de un recurso muy utilizado en el cine ibérico: la mirada infantil. El drama amoroso que supone la separación de los amantes, condicionado por la Segunda Guerra Mundial es memorablemente abordado en *Casablanca* (1942) por Michael Curtiz; sobre el gélido clima que imprime la Guerra Fría a los que la padecen de forma directa *Guerra Fría* (*Cold War*, 2018) de Pawel Pawlikowski ofrece una cálida mirada. Milcho Manchevski ilumina el estado de cosas en los inicios de la Guerra de los Balcanes en *Antes de la lluvia* (*Pred dozhdot*, 1994).

El cine muestra singular pasión cuando la guerra está al frente... en el frente de batalla. La Segunda Guerra Mundial, adelantamos, es icónica en este aspecto. Ahí se ubican

numerosas producciones, más o menos espectaculares, más o menos costosas, que habitualmente cabrían en los terrenos de la épica. La guerra es un asunto propicio para el nacimiento o la confirmación del héroe. Es memorable en este renglón, por ejemplo, *Dunkerke* (*Dunkirk*, 2017) de Christopher Nolan, quien multiplica los tiempos para presentar diferentes aristas de la heroicidad británica, y así incrementar el dramatismo de la historia y la Historia. Steven Spielberg es un habitual especialista en estos menesteres; para muestra algunos largometrajes: *Rescatando al soldado Ryan* (*Saving Private Ryan*, 1998), que acompaña a un pelotón en una misión de rescate y *La lista de Schindler* (*Schindler's List*, 1993), acaso el mayor drama filmado sobre el maltrato a los judíos. Los soviéticos no filmaban mal los dramas bélicos; abundaron las películas de propaganda, pero en los mejores títulos convive la heroicidad con la melancolía, como en *La infancia de Iván* (*Ivanovo detstvo*, 1962) de Andrei Tarkovski y *Ven y mira* (*Idi i smotri*, 1985) de Elem Klimov; el acercamiento al conflicto presenta mayor crudeza que en los dramas bélicos de otras latitudes:

los realizadores vivieron la guerra en su propio país (el cuestionable Volodimir Zelenski tiene razón cuando le dice al prepotente Donald Trump que no ha sentido la guerra en su propio territorio).

La Primera Guerra Mundial ha sido objeto de interés reciente, comentaba párrafos arriba. *1917* (2019) de Sam Mendes llamó la atención por el acercamiento y la propuesta narrativa y técnica. La historia sigue a un soldado que debe llevar un mensaje al frente para alertar a los suyos. Mendes apuesta por dar cuenta de la aventura sin cortes: plantea una serie de planosecuencias que, al dar continuidad al tiempo y el espacio, terminan por potenciarlos y, así, contribuyen a incrementar la tensión del recorrido. En *Caballo de guerra* (*War Horse*, 2011), Spielberg acompaña —en particular en una memorable escena— al equino del título en sus lances en las trincheras. *Sin novedad en el frente*, la célebre novela de Erich Maria Remarque, ha inspirado más de un largometraje y alguna serie de televisión. En 1930, Lewis Milestone encabezó una producción norteamericana que fue bien recibida por la crítica y se embolsó los óscaros a mejor película y mejor director.

En 2022, el alemán Edward Berger volvió a las páginas de la novela y dirigió *Sin novedad en el frente* (*Im Westen nichts Neues*), una coproducción de Alemania, Reino Unido y Estados Unidos. Es notable el ánimo autocrítico y el afán de dar cuenta de algo así como la pérdida de la inocencia con relación a la guerra por un grupo de jóvenes alemanes. No cabría imaginar que fuera de otra forma: el cine bélico en Alemania es un terreno propicio para la contricción.

La guerra ha sido abordada casi en exclusividad con *live action*. Pero la animación también ha sido un medio provechoso para reflexionar sobre sus implicaciones y consecuencias. Así lo ilustra *La tumba de las luciérnagas* (*Hotaru no haka*, 1988), una de las obras maestras de Isao Takahata. La historia acompaña a un chamaco y su hermanita en su peregrinar entre los bombardeos de los aliados a Japón. Es una cinta entrañable, tal vez la más triste en la historia del cine. *Vals con Bashir* (*Vals Im Bashir*, 2008) de Ari Folman sigue a un director de cine que busca reconstruir su memoria sobre su participación en la invasión a Líbano de 1982. Para hacerlo se encuentra con

sus excompañeros de la milicia y los interroga. El resultado es espectacular y, justo es subrayar, establece una crítica sólida al belicismo israelí.

Como hemos visto en algunos casos, el cine adopta una voluntad crítica para exhibir la mezquindad de los que patrocinan la guerra. A menudo vemos las consecuencias nefastas para los que participan en ella —la mayoría de los cuales son jóvenes— y se invita a la conmiseración al acumular en pantalla a soldados mutilados y montones de cadáveres. En este renglón cabría apuntar tres producciones norteamericanas que exponen la sinrazón que se hizo presente en Vietnam: *El francotirador* (*The Deer Hunter*, 1978) de Michael Cimino; *Apocalipsis* (*Apocalypse Now*, 1979) de Francis Ford Coppola y *Cara de guerra* (*Full Metal Jacket*, 1987) de Stanley Kubrick. En todas ellas la locura habita a sus anchas: de la ruleta rusa —en la primera— al suicidio en la segunda, pasando por la ritualidad demencial de la tercera. Todas ellas subrayan con realismo ambiciones metafóricas.

Este recuento de títulos permite vislumbrar a qué se ha asomado el cine a lo largo de su historia. No es menos

relevante reflexionar sobre la forma —los dispositivos técnicos que ha implementado— en que ha abordado la guerra y las ambiciones que se albergan o se revelan a partir de ella. No es raro que en algunas aparezcan sesgos antibélicos y hasta reproches y francas descalificaciones a las causas y al desarrollo de la guerra. Pero también es habitual detectar contradicciones entre el supuesto mensaje antibélico y la forma de la cinta. Un caso emblemático es del norteamericano Michael Bay, en cuyas realizaciones aparecen palabras que aparentemente dicen estar en contra pero que en los hechos (la forma) son un espectáculo que valida y aplaude más de lo que cuestiona o censura. Lo podemos ver en el drama histórico *Pearl Harbor* (2001), pero también en películas que sólo aluden a la guerra, como *Transformers* (2007). En ambos casos las batallas son registradas con matices de belleza que no cuestionan la guerra ni tantito. En la segunda, Bay filma de la misma manera las escenas bélicas y las escenas amorosas: a contraluz y con colores cálidos. Su propuesta está muy cerca de la propaganda (parecen invitaciones para enlistarse en el ejército),

como *El triunfo de la voluntad* (*Triumph des Willens*, 1935) de Leni Riefenstahl, cuya belleza es proporcional a la ignominia de los protagonistas de ese documental: Hitler y sus secuaces. Es conveniente subrayar que el estilo, el manejo de la forma, revela la moral del realizador. Como dijo Jean-Luc Godard, «un travelling es un asunto de moral». Y si el realizador concibe un espectáculo fascinante, del cual el espectador sale maravillado (y no horrorizado) habría que cuestionar la moral del realizador, su ignorancia... o su cinismo.

Es menos frecuente que aparezcan cintas con una clara postura antibélica y que sean congruentes. Es el caso de *La delgada línea roja* (*The Thin Red Line*, 1998) de Terrence Malick, quien ubica la historia en la Segunda Guerra Mundial y en el Pacífico y se aproxima a la guerra desde una postura que cabría calificar como panteísta: nos hacer ver que la guerra es una especie de enfermedad planetaria en la que los humanos reflexivos y sensibles tienen poco espacio. Estos acercamientos no son abundantes, pero son los imprescindibles.

## ESTRELLA CARMONA RONZÓN: LA GUERRA EN MOVIMIENTO

En la obra de Estrella Carmona Ronzón (Veracruz, 1962- Ciudad de México, 2011), la guerra es una fuerza que interfiere en la vida cotidiana para transformarla en algo inaudito, va más allá de ser un episodio histórico o un símbolo abstracto. La artista veracruzana formada en La Esmeralda y con una sólida trayectoria internacional, convirtió la guerra en uno de los ejes centrales de su producción, junto a la industria y la tecnología.

En sus piezas, creadas en los años noventa y la primera década de este siglo, el conflicto bélico se manifiesta en líneas tensas y figuras fragmentadas sin reposo, como explosiones, choques, impactos: pasos que avanzan hacia lo incierto. Sus composiciones transmiten una sensación de inestabilidad, de inquietud latente, como si el espectador estuviera de pronto frente al instante crítico de una batalla.

Carmona desarrolló una iconografía de la violencia con múltiples técnicas —carboncillo,

acrílico, encáustica, óleo, transfer, papel y madera— en series como *Soberbia estrangulada*, *Cartografía bélica*, *La avanzada* o *El sepulcro de los imperios*. En estas obras, la guerra aparece como un proceso de descomposición progresiva del cuerpo, de la máquina y del paisaje más simbólico que real.

La serie *Robots, cyborgs y el devenir del hombre-máquina*, por ejemplo, elaborada durante su periodo como becaria del Sistema Nacional de Creadores, aborda la idea de la guerra tecnológica que deteriora lo humano, y contribuye así al debate contemporáneo sobre la despersonalización del combate y la fusión del cuerpo y los metales en los campos de batalla.

La obra de Estrella Carmona es un intenso registro plástico de las tensiones contemporáneas, un testimonio visual lúcido y crítico sobre una guerra que se desarrolla en mapas que dejan de ser futuros para situarse en un presente amenazante, aterrador.



**PÁGINA 29**  
*Chelsea*, 2002  
 Acrílico sobre tela  
 200 × 145 cm  
 Colección Laufer / Cruz



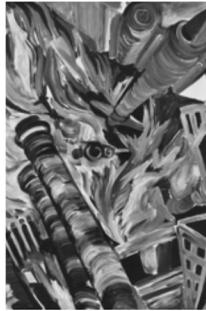
**PÁGINA 31**  
 De la serie *Guerra*, 1993 (detalle)  
 Carboncillo sobre papel  
 74.5 × 54.5 cm  
 Colección Laufer / Cruz



**PÁGINA 7**  
*Soberbia estrangulada*, 2008  
 Acrílico sobre madera  
 42 × 29 cm  
 Colección Laufer / Cruz



**PÁGINA 45**  
*El sepulcro de los imperios*, 2010  
 Acrílico sobre tela  
 190 × 85 cm  
 Colección Laufer / Cruz



**PÁGINA 10**  
*Cartografía bélica*, 2006  
 Acrílico sobre tela  
 64 × 55 cm  
 Colección Laufer / Cruz



**PÁGINA 106**  
 De la serie *Guerra*, 1994  
 Carboncillo sobre papel  
 31.5 × 44.5 cm  
 Colección Beto Adame



**PÁGINA 48**  
*Asinapsia*, 2010  
 Encáustica sobre tela  
 110 × 145 cm  
 Colección Laufer / Cruz



**PÁGINA 112**  
*Descomposición arbitraria*, 2009  
 Acrílico y transfer sobre madera  
 15 × 20 cm  
 Colección Beto Adame



**PÁGINA 58**  
*Órganos disipados*, 2008  
 Acrílico sobre madera  
 60 × 90 cm  
 Colección Laufer / Cruz



**PÁGINA 103**  
*Estado terminal*, 2009  
 Acrílico y transfer sobre madera  
 15 × 20 cm  
 Colección particular

Las imágenes de la obra de Estrella Carmona Ronzón aparecen en **Luvina** por cortesía de Beto Adame y la Colección Laufer.



## PERFIL:

Laura Almela

## DOSSIER:

En espera de una nueva política  
teatral

## ESTRENO DE PAPEL:

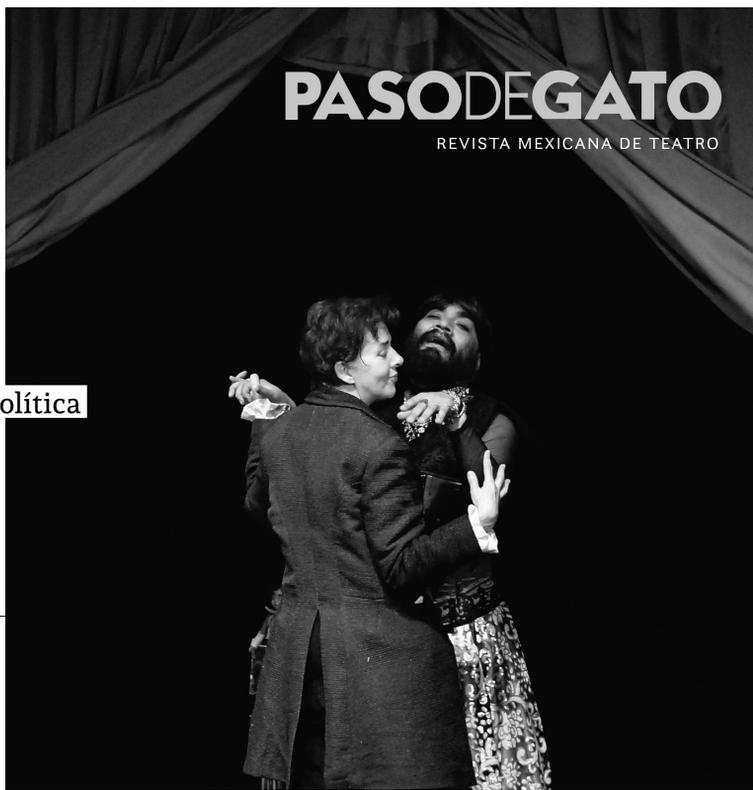
*Hotel Boutique Rosablanca,*  
de Jimena Hinojosa

ENCUÉNTRALA EN LA LIBRERÍA PASO DE GATO

LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:  
libriepasodegato01@gmail.com  
55 5981 6993  
www.pasodegato.com

PASODEGATO

REVISTA MEXICANA DE TEATRO



GREZZO  
GELATERIA

*Cafetería y repostería italiana*

Avenida Morelos 2038B Ladrón de Guevara 44600

@grezzo.gdl en Instagram.

